

 Seix Barral



Adam Johnson

George Orwell

fue amigo mío



Índice

PORTADA

EN MEMORIA

NIRVANA

HURACANES ANÓNIMOS

DATOS INTERESANTES

GEORGE ORWELL FUE AMIGO MÍO

PRADERA OSCURA

LA SONRISA DE LA FORTUNA

AGRADECIMIENTOS

NOTAS

CRÉDITOS

*En memoria de Thomas Mannarino, 1964-2007,
y de Eric Rogers, 1970-2012*

NIRVANA

Es tarde y no puedo dormir. Corro una ventana para dejar pasar el aire primaveral de Palo Alto, pero no sirve de nada. En la cama, con los ojos abiertos, oigo susurros e inmediatamente pienso en el presidente, porque siempre hablamos en susurros. Sé que en realidad el susurro que oigo es mi mujer, Charlotte, que escucha Nirvana con los cascos y suele murmurar las letras, medio dormida. Charlotte tiene su propia cama, una cama mecánica.

Mi problema de insomnio es el siguiente: cada vez que cierro los ojos, no puedo dejar de ver a mi mujer quitándose la vida. Bueno, más bien las múltiples formas en que puede tratar de quitarse la vida, puesto que está paralizada de los hombros para abajo. La parálisis es temporal, pero a ver quién consigue convencer a Charlotte de ello. Hoy se ha dormido de lado, por las llagas, y me he fijado en cómo miraba la barra de seguridad que hay junto al colchón. La cama se activa con su voz, de modo que si de alguna manera lograra meter la cabeza entre los barrotes, sólo tendría que decir «inclínate». La cama se levantaría y ella se asfixiaría en segundos. Y luego están también las miradas que le lanza al cable enroscado que cuelga del elevador hidráulico Hoyer con el que sube y baja de la cama.

Pero mi mujer no necesita ningún método exótico para suicidarse, sobre todo porque me arrancó la promesa de que, llegado el momento, yo la ayudaría.

Me levanto y voy a su cuarto, pero todavía no está escuchando Nirvana; normalmente se lo reserva para cuando lo necesita de verdad, pasada la medianoche, cuando le empiezan a chisporrotear los nervios.

—Me ha parecido oír un ruido —le digo—. Una especie de susurro.

Su pelo, corto y revuelto, le enmarca la cara; tiene la piel blanquecina como la luz del frigorífico.

—Sí, yo también lo he oído —contesta.

En la bandejita de plata que hay junto a su mando a distancia activado por voz aguarda un porro a medio fumar. Se lo enciendo y se lo acerco a los labios.

—¿Qué tiempo hace ahí dentro? —le pregunto.

—Hay viento —dice a través del humo.

El viento es mucho mejor que el granizo, los relámpagos o, Dios no lo quiera, una inundación, que es lo que sintió cuando los pulmones le empezaron a funcionar de nuevo. Aunque hay diferentes tipos de viento.

—Pero ¿es un viento como un silbido a través de la ventana? —insisto —, ¿o como un repiqueteo de contraventanas?

—Es una brisa fuerte, con siseos y crujidos, como un micrófono en un vendaval.

Da otra calada. Charlotte detesta estar colocada, pero dice que la calma por dentro. Tiene el síndrome de Guillain-Barré, una enfermedad en la que el propio sistema inmunológico ataca la capa aislante que recubre los nervios, de modo que cuando el cerebro envía señales al cuerpo, los impulsos eléctricos se pierden antes de llegar a los receptores. En su interior, mil millones de nervios envían señales que van a todas partes y a ninguna al mismo tiempo. Estamos ya en el noveno mes, un mes situado en los confines de la literatura médica. Llegados a este punto, los médicos ya no se atreven a pronosticar si los nervios de Charlotte empezarán a regenerarse o se quedará así para siempre.

Charlotte suelta el humo, tose. Le da un espasmo en el brazo derecho, lo que significa que su cerebro ha intentado decirle al brazo que se levantara y se tapara la boca. Da otra calada y a través del humo dice:

—Estoy preocupada.

—¿Por qué?

—Por ti.

—¿Estás preocupada por mí?

—Quiero que dejes de hablar con el presidente. Ha llegado el momento de aceptar la realidad.

Intento quitarle hierro al asunto:

—Pero si es él quien quiere hablar conmigo.

—Pues deja de prestarle atención. Ya no está. Se supone que cuando te llega el momento debes marcharte en silencio.

Asiento a regañadientes. Pero no lo entiende. Atrapada en esa cama y después de renunciar a la televisión, seguramente sea la única persona en Estados Unidos que no presenció las imágenes del asesinato. Si hubiera visto

la mirada del presidente en el momento en que le quitaron la vida, entendería por qué hablo con él a altas horas de la noche. Si pudiera salir de esta habitación y sentir cómo el país intenta pasar el luto, comprendería por qué he reanimado al comandante en jefe y le he devuelto la vida.

—En cuanto a mis conversaciones con el presidente —le digo—, sólo quiero señalar que tú pasas un tercio de tu vida escuchando canciones de Nirvana, compuestas por un tío que se voló la tapa de los sesos.

Charlotte ladea la cabeza y me mira como si no me conociera.

—Kurt Cobain convirtió el dolor de toda su vida en algo relevante. ¿Qué ha dejado el presidente? Incertezas, vacío y mil rocas por levantar.

Cuando está colocada habla así. Apago el porro y cojo los cascos.

—¿A punto para tu Nirvana? —pregunto.

Ella mira hacia la ventana.

—El sonido ese, vuelvo a oírlo —dice.

Echo un vistazo por la ventana, hacia la oscuridad. Es una noche típica de Palo Alto: el siseo de los aspersores, contenedores de reciclaje azules, un mapache escarbando en el jardín comunitario. Y entonces lo veo: justo delante de mis ojos hay un pequeño dron negro, suspendido en el aire. Sus minúsculos servos rotan para mirarme. Con un gesto rápido, lo agarro y lo meto dentro de casa. Cierro la ventana, corro las cortinas y lo estudio: su caparazón está hecho de papel de aluminio negro, extendido sobre unas finas varillas que parecen los huesos de un ala de murciélago. Detrás de una hélice de celofán transparente, un diminuto motor infrarrojo desprende un cálido latido.

—¿Me vas a hacer caso ahora? —pregunta Charlotte—. ¿Vas a cortar de una vez con el rollo ese del presidente?

—Es demasiado tarde para eso —le digo, y suelto el dron. Rebota por la habitación, como si estuviera ciego. ¿Es autónomo? ¿Lo ha estado manejando alguien, alguien que vigila nuestra casa? Lo levanto, lo aparto de su columna de aire y, después de encontrar el interruptor, lo apago.

Charlotte se vuelve hacia su control remoto activado por voz.

—Pon música —le dice.

Cierra los ojos y espera a que yo le coloque los cascos sobre las orejas, por donde oírás cómo Kurt Cobain regresa una vez más a la vida.

Me despierto entrada la noche. El dron ha vuelto a conectarse, no sé cómo, y flota suspendido sobre mi cuerpo, cartografiándolo con un débil rayo de luz roja. Le tiro un jersey encima y cae al suelo. Después de comprobar que Charlotte está dormida, saco mi iProjector. Lo conecto y aparece el presidente en tres dimensiones; su tronco a tamaño real irradia un resplandor ambarino. Me saluda con una sonrisa.

—Me complace enormemente estar en Palo Alto —dice.

Mi algoritmo tiene acceso al chip GPS del iProjector y rastrea la base de datos del presidente en busca de referencias geolocalizadas. Ésta en concreto corresponde a un discurso de graduación que pronunció en Stanford cuando todavía era senador.

—Señor presidente —le digo—. Siento mucho volver a molestarlo, pero tengo más preguntas.

Él otea la distancia con actitud contemplativa.

—Dispara —dice.

Me coloco en su línea de visión, pero no logro que me mire a los ojos. Ése es uno de los problemas de diseño con los que me he encontrado.

—¿Cometí un error creándolo, lanzándolo al mundo? —le pregunto—. Según mi mujer, su existencia impide que la gente pase el luto, que esta versión de usted nos evita tener que aceptar el hecho de que su persona real nos ha dejado.

El presidente se rasca la barbilla. Baja los ojos, la mirada absorta.

—No puedes volver a encerrar al genio en la botella —dice.

Y la frase resulta inquietante, porque la pronunció en el programa *60 Minutes* refiriéndose a su remordimiento por haber legalizado el uso civil de drones.

—¿Sabe que soy quien lo creó? —le pregunto.

—Todos nacemos libres —dice—. Ninguna persona puede traficar con otra.

—Pero usted no nació —insisto—. Yo escribí un algoritmo basado en el kernel del sistema operativo Linux. Usted es un buscador de código abierto combinado con un bot de conversación y un compilador de vídeo. El programa rastrea la red en busca de archivos de imagen, vídeo y datos de una persona; todo lo que usted dice ya lo ha dicho con anterioridad.

Por primera vez, el presidente no responde.

—Porque sabe que ya no existe, ¿no? —le pregunto—. Que ha muerto...

—El final de la vida no es más que otro tipo de libertad —contesta sin dudar.

El asesinato me pasa por delante de los ojos. He visto el vídeo un montón de veces: la caravana avanza lentamente mientras el presidente desfila a pie ante la multitud reunida detrás de las vallas. Alguien de entre los espectadores atrae la atención del presidente. Éste se vuelve y levanta una mano para saludar. Entonces una bala lo alcanza en el abdomen. Se dobla hacia delante por el impacto y levanta los ojos para mirar al pistolero. En sus ojos se refleja una mirada de reconocimiento; ¿ha identificado a una persona concreta, algún tipo de verdad, algo que ya había presagiado? El segundo disparo le da en la cara. Las imágenes muestran cómo se le apagan las luces; sus piernas ceden y se derrumba.

De reojo miro a Charlotte, que sigue dormida.

—Señor presidente —susurro—, ¿usted y la primera dama hablaban del futuro, de cuáles eran los peores escenarios posibles?

Me pregunto si la primera dama fue la encargada de apagar la máquina. El presidente sonrío.

—La primera dama y yo tenemos una relación fantástica. Lo compartimos todo.

—Pero ¿había instrucciones concretas? ¿Tenían algún tipo de plan?

Baja el tono y, con voz engolada, pregunta:

—¿Se refiere a la institución del matrimonio?

—Sí, más o menos —respondo.

—En ese sentido —dice—, nuestra única obligación es ser útiles en todo lo que podamos.

Mi mente le da vueltas a la cuestión de qué puedo hacer para serle útil a Charlotte. El presidente mira a lo lejos, como si hubiera una bandera ondeando.

—Soy el presidente de Estados Unidos —añade— y he dado mi aprobación a este mensaje.

Eso me da a entender que nuestra conversación ha terminado. Cuando voy a apagar el iProjector, el presidente me mira fijamente a los ojos; una coincidencia de perspectiva, supongo. Nos quedamos frente a frente; el presidente tiene una mirada profunda y melancólica, y mi dedo vacila un instante sobre el interruptor.

—Busca tu determinación interior —me dice.

¿Se puede contar una historia que no empieze, sino que de pronto está sucediendo? La mujer a la que amas pilla la gripe. Nota un cosquilleo en los dedos, insensibilidad en las piernas. Pronto no puede sostener una taza de café. Lo que finalmente la lleva al hospital es que necesita hacer pipí, se muere de ganas; pero la parálisis ha empezado y la vejiga ya no oye al cerebro. Después de que un médico de urgencias le coloque un catéter de Foley, aprendes varios conceptos nuevos, como *axón*, *arreflexia* o *polineuropatía periférica ascendente*.

Charlotte dice que está llena de «ruido», que hay una «tormenta» en su interior.

El médico coge una aguja enorme. Le pide a Charlotte que se eche en la camilla. A Charlotte le da miedo echarse. La asusta no volver a levantarse más.

—Por favor, cariño —le dices—. Échate en la camilla.

Pronto tienes ante tus ojos el brillo de glicerina del líquido cefalorraquídeo de tu mujer. Y tenía razón: no vuelve a levantarse.

A continuación viene la plasmaféresis, seguida de una terapia de inmunoglobulina de alta dosis.

Los médicos mencionan, como de pasada, la palabra *ventilador*.

Llega la madre de Charlotte. Trae su violonchelo. Es especialista en el sitio de Leningrado, ha escrito un libro sobre el tema. Cuando le inducen el coma a Charlotte, su madre llena el ala de Neurología con los sonidos más tristes jamás concebidos. Durante días sólo se oyen los silbidos de los fuelles del ventilador, el trino de los monitores de constantes vitales y Shostakóvich, Shostakóvich y más Shostakóvich.

Dos meses de fisioterapia en Santa Clara. Ahí tienen tanques de inmersión, estimuladores de sónar, cintas de correr con exoesqueleto. Charlotte se convierte en la persona de la sala que hace que los afectados por otras dolencias se sientan menos desgraciados con su suerte. No evoluciona, no es una «luchadora», ni una «valiente», ni una «campeona».

Charlotte está convencida de que la voy a dejar por una de las enfermeras del ala de Rehabilitación. Me grita que me haga una vasectomía para que la enfermera y yo tengamos un futuro estéril. Para tranquilizarla, le leo en voz alta las memorias de Joseph Heller sobre su lucha con el síndrome de Guillain-Barré. Se suponía que el libro tenía que hacernos sentir mejor, pero pronto descubro que se trata de una crónica sobre lo geniales que son los amigos de Heller, sobre lo optimista que es Heller y sobre cómo Heller deja a su mujer y se casa con la guapísima enfermera que lo cuida. Y el final del libro es particularmente doloroso para Charlotte, porque Joseph Heller mejora.

Nos hundimos en un pozo de desesperación estrecho y profundo, un lugar que nos separa del mundo. Todo lo nuestro está ahí, en el fondo del pozo —nuestras carreras, nuestros objetivos, nuestros viajes y nuestros hijos—, tan cerca que podemos ahogarlo para salvarnos nosotros.

Finalmente le dan el alta, pero nuestra casa nos resulta inesperadamente surrealista. El entorno familiar amplifica la imposibilidad de hacer una vida normal. Pero el gato está feliz, tan feliz de que Charlotte haya vuelto a casa que pasa una noche entera enroscado en su cuello, encima de su incisión traqueal. ¡Adiós, gato! Mientras estoy en el garaje, Charlotte ve una araña que baja lentamente desde el techo, colgando de un hilo. Intenta apartarla soplando. Sopla y sopla, pero la araña desaparece en su pelo.

Quedan por describir también los reconocimientos, las pataletas y los tratamientos. Llegará luego el descubrimiento de Kurt Cobain y de la marihuana. De todos esos momentos sólo hay uno que deba relatar. Era una noche normal. Yo estaba junto a Charlotte en la cama mecánica, sujetándole una revista.

—No te imaginas las ganas que tengo de salir de esta cama —dijo. Hablaba en voz baja, sin inflexiones. Había dicho cosas similares un millar de veces—. Haría lo que fuera para escapar.

Pasé la página y solté una carcajada por un pie de foto que decía: «¡Las estrellas son iguales que nosotros!».

—Pero nunca podría hacerte eso —añadió.

—¿Hacerme qué? —pregunté.

—Nada.

—¿De qué hablas? ¿En qué estás pensando?

Me volví hacia ella. La tenía a apenas unos centímetros de distancia.

—Si no fuera por el daño que te haría —dijo—, me largaría.

—¿De dónde?

—De aquí.

Desde la noche en que me arrancó la promesa, ninguno de los dos ha vuelto a hablar de ello. He intentado actuar como si la promesa no existiera, pero existe.

—Acéptalo, no te vas a librar de mí —le dije, y me obligué a sonreír—. Estamos predestinados a estar juntos, nuestros futuros están unidos. Y pronto mejorarás, las cosas volverán a ser normales.

—Toda mi vida es una almohada.

—Eso no es verdad. Tienes a tus amigos y a la familia. Y también la tecnología. Tienes el mundo entero en la punta de los dedos.

Cuando dije *amigos*, me refería a los enfermeros y a los fisioterapeutas. Y cuando dije *familia*, a su madre, distante y deprimida. Pero no importaba, Charlotte estaba tan ajena a todo que ni siquiera mencionó que ni podía mover los dedos ni tenía sensibilidad en las yemas.

Volvió la cabeza hacia un lado y se quedó mirando la barra de seguridad.

—Tranquilo —dijo—. Yo nunca te haría eso.

Por la mañana, antes de que llegue la enfermera, abro las cortinas y estudio el dron a la luz del día. La mayor parte de las piezas de sigilo y propulsión se pueden comprar en cualquier tienda, pero los procesadores me parecen nuevos, ocultos bajo una armadura de Kevlar. Para lograr que el dron hable, para someterlo a un análisis forense y descubrir quién me lo ha enviado, voy a tener que echar mano del lector de hash del trabajo.

Cuando Charlotte despierta, le coloco una almohada debajo de la cabeza y le doy un masaje en las piernas. Es nuestra rutina de cada mañana.

—Vamos a generar unas cuantas células de Schwann —les digo a los dedos de sus pies—. Ha llegado el momento de que el cuerpo de Charlotte empiece a producir membranas de mielina.

—Vaya, vaya, alguien se ha levantado de buen humor —dice ella—. Debe de haber estado hablando con el presidente. ¿No hablas con él para eso, para inspirarte? ¿Para ver el lado positivo de las cosas?

Le doy una friega en el tendón de Aquiles. La semana pasada Charlotte no superó una prueba importante, el DTRE, que mide la respuesta profunda en los tendones y que debe marcar el comienzo de la recuperación.

—No se preocupen —dijo el médico—. Sé de otro paciente que también tardó nueve meses en responder y terminó recuperándose plenamente.

Le pregunté si podíamos ponernos en contacto con ese paciente, para saber por lo que había pasado y lo que nos deparaba el futuro. El médico nos informó de que el paciente había sido tratado en Francia, en el año 1918.

Cuando el doctor se marchó, me encerré en el garaje y empecé a crear al presidente. Seguramente un psicólogo diría que lo ideé por la promesa que le había hecho a Charlotte y porque el presidente también tenía relación con la persona que le había quitado la vida. Pero es mucho más simple que eso: necesitaba salvar a alguien, y con el presidente no importaba que fuera ya demasiado tarde.

Doy un golpecito en la rótula de Charlotte, pero no hay respuesta.

—¿Notas algún dolor?

—¿Qué te dijo el presidente?

—¿Qué presidente?

—El muerto —dice.

Le masajeo la zona de la fascia plantar.

—¿Y ahora?

—Noto como una fría llovizna de diamantes —dice—. Vamos, sé que hablaste con él.

Va a ser un mal día, lo intuyo.

—A ver si lo adivino —prosigue Charlotte—. El presidente te ha dicho que te mudes a los Mares del Sur y te dediques a la pintura. Es muy inspirador, ¿no?

No respondo.

—Me llevarías contigo, ¿verdad? Sería tu ayudante. Te sostendría la paleta con los dientes. Además, si necesitas una modelo, los desnudos recostados son mi especialidad.

—Si de verdad lo quieres saber, el presidente me ha dicho que busque mi determinación interior —le explico.

—Tu determinación interior... —repite ella—. Pues cuando termines me puedes echar una mano con la mía.

—Tú tienes más determinación que nadie que conozca.

—Dios, pues sí que estamos optimistas. ¿En serio todavía no te has dado cuenta de qué va esto? ¿Acaso no ves que voy a pasar el resto de mi vida así?

—Modérate un poco, cariño, que el día no ha hecho más que empezar.

—Sí, ya lo sé —me responde—. Y también se supone que debería haber alcanzado una fase de iluminación, aceptación y no sé qué más. ¿Crees que me gusta que la única persona con quien pueda cabrearme seas tú? Eres lo único que amo en este mundo.

—También amas a Kurt Cobain.

—Pero él está muerto.

Oímos a Hector, el enfermero de las mañanas, aparcando delante de casa. Tiene un coche antiguo, de esos con motor de combustión.

—Tengo que ir a buscar una cosa al trabajo —le digo a Charlotte—. Pero volveré.

—Prométeme una cosa —dice ella.

—No.

—Vamos. Si lo haces, te libero de la otra promesa.

Niego con la cabeza. No lo dice sinceramente, no me liberará jamás.

—Sólo quiero que te comprometas a ser sincero conmigo —dice—. No tienes por qué fingir y mostrarte optimista. No me ayuda.

—Es que soy optimista.

—Pues no deberías serlo —replica—. Fingir fue precisamente lo que mató a Kurt Cobain.

Yo pienso que fue una escopeta apuntada a su cabeza, pero me callo.
Sólo me sé un verso de Nirvana, y se lo canto a Charlotte en plan karaoke:

—*With the lights on she's less dangerous.*

Ella pone los ojos en blanco.

—No es así —dice sonriendo.

—Pero me darás unos puntos por intentarlo, ¿no? —pregunto, en un intento por fomentar esa actitud.

—¿No lo oyes? —pregunta Charlotte.

—¿Qué es lo que tengo que oír?

—A mí, aplaudiendo; ahora suena así.

—Me rindo —digo, y me dirijo hacia la puerta.

—Cama, inclínate —ordena Charlotte a su control remoto. Su torso se levanta lentamente. Es el momento de empezar la jornada.

Cojo la autopista 101 hacia el sur, en dirección a Mountain View, donde me dedico a programar para una empresa llamada Reputation Curator. La empresa se dedica básicamente a amenazar a usuarios de Facebook y Yelp para que eliminen comentarios negativos sobre abogados ramplones y dentistas incompetentes. Es una tarea que requiere muchas horas, por eso me contrataron para que escribiera un programa capaz de rastrear la red y crear perfiles de clientes. Crear al presidente no era más que el siguiente paso.

En el vehículo de al lado hay una mujer con su iProjector en el asiento del copiloto; habla animadamente con el presidente mientras conduce. En el siguiente cruce elevado veo a un hombre con una chaqueta marrón, observando el tráfico. Junto a él está el presidente. No dicen nada, simplemente ven pasar los coches en silencio.

Un coche negro sin conductor avanza junto a mí por el carril contiguo. Cada vez que acelero, acelera él también. A través de los cristales tintados veo que no lleva ningún tipo de carga; dentro no hay más que un conjunto de baterías lo bastante potente para garantizar que ningún coche pueda dejarlo atrás. Aunque me gusta conducir, porque me relaja, paso a automático y me meto a toda velocidad en el carril Google, donde suelto el volante y entro en

la red por primera vez desde que lancé al presidente, hace ya una semana. En cuanto accedo a mi cuenta, descubro que catorce millones de personas se han descargado al presidente. También tengo setecientos mensajes nuevos. El primero es del tío que fundó Facebook, y no es spam; quiere invitarme a un burrito y a hablar del futuro. Salto hasta el último, que es de Charlotte: «No es mi intención ser tan irascible. He perdido la sensibilidad, ¿recuerdas? Pero la recuperaré. Lo estoy intentando, de verdad que sí».

Vuelvo a ver al presidente, sobre el césped de delante de una iglesia coreana. El pastor ha colocado un iProjector encima de una silla y el presidente parece estar leyendo una biblia que han colocado ante él, en un atril. Me doy cuenta de que es un espectro que nos va a perseguir a todos hasta que el país acepte lo que ha pasado: que ya no está, que nos lo han arrebatado de forma irreversible. Y no soy idiota, sé perfectamente qué me están arrebatando a mí, de forma lenta pero irrevocable, delante de mis ojos. Sé que por las noches debería ir a hablar con Charlotte y no con el presidente.

Pero cuando estoy con Charlotte, mi mente alza una membrana entre los dos para protegerme del temblor de su voz, del pulso que late en sus muñecas deshidratadas. Sólo cuando estoy lejos lo veo todo: lo asustada que está, lo cruel que debe de parecerle la vida. En este momento, en el coche, pienso en cómo se ha vuelto hacia la pared antes incluso de que se terminara la última canción del disco de Nirvana y me digo que pronto los auriculares y la marihuana dejarán de funcionar. Mi salida está borrosa y me doy cuenta de que tengo lágrimas en los ojos. Paso de largo y dejo que el carril Google se me lleve.

Cuando llego a casa, mi jefe, Sanjay, me está esperando. Le mandé un mensaje pidiéndole que un becario me trajera el lector de hash, pero se ha presentado en persona. Lo lleva en las manos. En teoría, los lectores de hash no deberían existir. En teoría, tendría que ser imposible descryptar una contraseña completa de cien claves. Pero un tipo de India lo logró, un tipo al que Sanjay conoce. Para Sanjay, ser indio es un tema susceptible; además considera un cliché que un tipo con su nombre dirija una *start-up* en Palo Alto. Por eso se hace llamar SJ y se viste como si estudiara diseño. Tiene un

MBA por Stanford, pero básicamente copió el modelo de negocio de una empresa llamada Reputation Defender. Aunque tampoco se le puede culpar por ello, es uno de esos tipos que cargan a sus espaldas las esperanzas y los sueños de un pueblo entero.

SJ me acompaña al garaje, donde conecto el dron y utilizo un código esclavo para analizar su unidad. Me pasa el lector de hash, soldado a mano en Bangalore sobre una vieja placa base. Lo estudiamos con asombro, tenemos la herramienta criptográfica más potente del mundo en nuestras indignas manos. Pero bueno, si te propones convertirte en el «curador» de las reputaciones de Silicon Valley, más te vale poder cargarte algunas contraseñas.

SJ no dice nada mientras enciendo el dron y realizo un diagnóstico.

—Dichosos los ojos —dice finalmente.

—Necesitaba tiempo —respondo.

—Ya, y lo entiendo —asegura SJ—. Sólo digo que te hemos echado de menos. Le devuelves la vida al presidente, mandas quince millones de personas a nuestra página web y no te vemos durante una semana.

El dron sabe que algo no cuadra y se apaga solo. Lo obligo a reiniciarse.

—¿Te has comprado un dron? —pregunta SJ.

—Lo he rescatado —digo—. Lo voy a adoptar.

SJ asiente en silencio.

—He pensado que querrías saber que el Servicio Secreto pasó por la empresa a hacernos una visita.

—¿Y me buscaban a mí? —pregunto—. Pues tan secreto no parece...

—Debió de impresionarlos tu presidente. A mí me impresionó.

SJ tiene las pestañas largas y unos ojos grandes y marrones, de manga, que me miran fijamente.

—En serio —dice—, el presidente es una obra de arte, una interfaz de datos integrados sin interrupciones. Va a cambiar las reglas del juego. ¿Sabes qué se me ha ocurrido?

Me fijo en sus llamativas gafas.

—¿Son Android? —le pregunto.

—Sí.

—¿Puedo probarlas?

Me las deja y examino las varillas buscando la dirección IP.

—Lo que imagino es tu algoritmo aplicado a Reputation Curator —dice SJ con un gesto exagerado—. El usuario podría dar vida a su personalidad, dejar que hablara por sí misma, ajustar y personalizar la forma en que lo ve el mundo. Tu programa es como Google, Wikipedia y Facebook, todo en uno. Cualquiera persona del mundo preocupada por su reputación pagaría por ver cómo ésta cobra vida y habla, una reputación atenta..., eterna.

—Te lo regalo —le digo a SJ—. El núcleo del algoritmo es de código abierto; utilicé un protocolo freeware.

SJ esboza una débil sonrisa.

—En realidad ya lo hemos estudiado —dice—. Y... bueno, al parecer usaste una encriptación de siete niveles.

—Sí, supongo que sí lo hice, ¿no? Pero tú tienes el lector de hash. Desencríptalo y ya está.

—No quiero hacerlo así —dice SJ—. Seamos socios. Tu idea es brillante: el algoritmo que rastrea la red y compila los resultados en una animación personal. El presidente es la prueba, pero también ha revelado la idea. Si actuamos rápido, podemos protegerla y será nuestra. Si no, dentro de unas semanas todo el mundo tendrá su propia versión.

No digo nada sobre la ironía de que SJ intente proteger un modelo de negocio.

—¿El presidente no es más que una animación para ti? —le pregunto—. ¿Has hablado con él? ¿Has escuchado lo que dice?

—Te estoy ofreciendo acciones —dice SJ—. A carretadas.

El dron deja a la vista su firewall como una mujer fatal ofreciendo su cuello. Activo el lector de hash, cuyo procesador zumba y suelta destellos. Nos sentamos en dos sillas plegables mientras éste hace su trabajo.

—Necesito tu opinión —le digo.

—Venga —dice, y saca una bolsa de hierba. Empieza a liarse un porro y me pasa el resto. Hace meses que me mantiene bien surtido, sin hacer preguntas.

—¿Qué opinas de Kurt Cobain? —le pregunto.

—Kurt Cobain —repite él mientras enrosca el papel con los dedos—. El tío era puro. —Pasa la lengua por el borde—. Demasiado puro para este mundo. ¿Has escuchado la versión de Patti Smith de *Smells Like Teen Spirit*? Impecable, tío.

Enciende el porro y me lo pasa, pero no lo quiero. Se queda mirando la boca abierta de mi garaje, contemplando el pintoresco paisaje de Palo Alto. Apple, Oracle, PayPal y Hewlett-Packard empezaron en garajes a menos de dos kilómetros a la redonda de aquí. Más o menos una vez al mes a SJ le entra nostalgia y cocina *litti chokha* para toda la oficina; pone canciones de Sharda Sinha y te mira como si estuviera otra vez en Bihar, tierra de la higuera sagrada y las carracas. Ahora tiene esa mirada.

—Mi familia también se ha descargado el presidente, ¿sabes? —dice—. No tienen ni idea de qué hago aquí. Jamás podría hacerles entender que ayudo a chefs de sushi malotes a defenderse de los troles en Twitter. Pero al presidente de Estados Unidos sí lo entienden.

El alcalde pasa haciendo *footing* descalzo por delante del garaje. Al cabo de un momento pasa un panel publicitario sin conductor.

—Oye, ¿podrías hacer que el presidente hablara hindi? —pregunta SJ—. Si pudieras hacer que el presidente de Estados Unidos dijera «Ahora mismo me tomaría una Pepsi» en hindi, te convertiría en el hombre más rico del planeta.

La luz del lector de hash se vuelve de color verde. Así, sin más, el dron es mío. Desconecto los cables y empiezo a sincronizar las gafas Android. El dron aprovecha su momento de libertad para elevarse y estudiar a SJ.

Éste le devuelve la mirada inquisitiva.

—¿Quién crees que te lo ha enviado? —pregunta—. ¿Mozilla? ¿Craigslist?

—Lo sabremos en un momento.

—Silencioso. Negro. Con tecnología antirradar —dice SJ—. Juraría que es obra de la magia negra de Microsoft.

El nuevo sistema operativo se reinicia, el dron responde y, utilizando comandos de retina, le hago dar una vuelta por el garaje.

—Mira por dónde —digo—. Resulta que nuestro amiguito habla Google.

—Uau —dice SJ—. No seas malo, ¿eh?
Cuando vuelve, el dron apunta a SJ en la sien con un láser verde.
—Pero ¿qué coño...? —exclama SJ.
—Tranquilo —le digo—. Sólo te está tomando el pulso y la temperatura.
—¿Para qué?
—Seguramente quiere leer tus emociones —contesto—. Apuesto a que se trata de una subrutina residual.
—¿Estás seguro de que lo controlas?
Pongo los ojos en blanco y el dron da una voltereta hacia atrás.
—Mis emociones son muy simples —dice SJ—. Es hora de que regreses al trabajo.
—Lo haré —le aseguro—. Pero antes tengo que resolver algunas cosas. SJ me mira.
—Si no quieres hablar de tu mujer, lo entiendo, pero no tienes por qué pasar solo por esto. Todo el mundo en el trabajo está preocupado por ti.

Dentro, Charlotte está suspendida de un cabestrillo del elevador hidráulico Hoyer, que han acercado a la ventana para que pueda ver el exterior. Lleva unos viejos pantalones ajustados de yoga, que le quedan anchos, y huele al aceite de cedro que su fisioterapeuta usa para los masajes. Me acerco a ella y abro la ventana.

—Me has leído la mente —dice, e inspira el aire fresco.

Le pongo las gafas y Charlotte pasa un momento mirando de aquí para allá antes de que el dron se eleve de mi mano. Una sonrisa radiante se le dibuja en la cara mientras se familiariza con sus funciones: flotar, rotar, hacer girar los servos de la cámara. Acto seguido el dron sale disparado. Veo cómo cruza el césped de casa, gira donde las pilas de abono y se dirige hacia el jardín comunitario. Flota entre los arriates y, aunque no dispongo de la visión que tiene Charlotte con las gafas, veo al dron inspeccionando las flores de los calabacines y los rollizos tomates de pera. Se eleva por las espalderas de las judías e inspecciona las sandías, resiguiendo sus tallos umbilicales. Al llegar a su parcela, Charlotte suelta un grito ahogado.

—Mis rosas —dice—. Siguen ahí, alguien las ha estado cuidando.

—Nunca dejaría morir tus rosas —contesto.

Hace que el dron inspeccione cada flor. Con mucho cuidado, lo hace maniobrar entre los pétalos brillantes, lo frota contra las flores y, finalmente, lo manda de vuelta a casa. Cuando está de nuevo suspendido entre nosotros, Charlotte inclina la cabeza ligeramente hacia delante y lo huele.

—Pensé que nunca volvería a oler mis rosas —dice, con el rostro congestionado de esperanza y asombro. Empiezan a brotarle las lágrimas.

Le quito las gafas y dejamos el dron flotando.

Charlotte me mira.

—Quiero tener un bebé —dice.

—¿Un bebé?

—Han pasado nueve meses. Ya podría haber tenido uno. Podría haber estado haciendo algo útil todo este tiempo.

—Pero la enfermedad... —digo—. No sabemos lo que nos espera.

Cierra los ojos como si estuviera abrazando algo, una certeza reconfortante.

—Con un bebé tendría algo a lo que aferrarme, un motivo. Por lo menos dejaría algo cuando me fuera.

—No puedes hablar así —protesto—. Quedamos en que no ibas a hablar así.

Pero no me escucha, ni siquiera abre los ojos; lo único que dice es:

—Quiero empezar esta noche.

Más tarde me llevo el iProjector de vuelta al cobertizo del jardín. Allí, entre la luz dorada del atardecer, el presidente se levanta y recobra la vida. Se ajusta el cuello y los puños, y se pasa el pulgar por la solapa negra, como si hubiera empezado a existir sólo un instante antes de que la cámara lo proyectara al mundo.

—Señor presidente —le digo—. Siento volver a molestarlo.

—Ni lo mencione —me responde—. Mi objetivo es complacer a la gente.

—¿Se acuerda de mí? —le pregunto—. ¿Recuerda los problemas de los que le hablé?

—Los problemas que acechan al ser humano son de naturaleza inmutable. Pero, en cambio, nos llaman a cada uno de nosotros con una voz particular.

—El problema del que quiero hablarle hoy es de naturaleza personal.

—En ese caso, esta conversación quedará bajo el sello de la confidencialidad.

—No he hecho el amor con mi mujer en mucho tiempo.

Levanta una mano para que no siga. Me dirige una sonrisa cómplice y paternal.

—Los tiempos de duda son inherentes a la unión civil —me dice.

—Quiero preguntarle por los hijos. ¿Habría traído a las tuyas al mundo si hubiera sabido que a lo mejor sólo uno de los dos estaría ahí para criarlas?

—La estructura monoparental expone a las familias actuales a una presión excesiva —explica—. Por eso presentaré una ley que disminuirá la carga sobre los padres trabajadores.

—Pero ¿qué me dice de los hijos? ¿Echa usted de menos a las tuyas?

—Pienso constantemente en ellas. No poder estar a su lado es el mayor sacrificio del cargo.

En el cobertizo, el polvo en suspensión centellea y se arremolina en la luz de su figura espectral. Parece que vaya a cortarse, como si estuviera a punto de desaparecer. Me embarga cierta urgencia.

—Cuando todo se termina —digo—, ¿adónde vamos?

—No soy ningún predicador —contesta el presidente—, pero creo que vamos allí donde nos llaman.

—Y a usted ¿adónde lo llamaron? ¿Dónde está ahora?

—Todos tratamos de encontrar un lugar entre los pilares del conocimiento menos corriente, ¿no es cierto?

—No sabe dónde está, ¿verdad? —le pregunto.

—Estoy seguro de que a mi oponente le gustaría que pensara eso.

—No pasa nada —digo, más para mí que para él—. Tampoco esperaba que lo supiera.

—Sé exactamente dónde estoy —dice el presidente. Y entonces, con una voz que parece creada a partir de múltiples cortes, añade—: Mi posición actual es tres siete punto cuatro cuatro norte, dos dos punto uno cuatro oeste.

Creo que ha terminado y espero su «Buenas noches y que Dios bendiga a América», pero en ese momento alarga la mano para ponérmela sobre el pecho.

—He oído que ha hecho muchos sacrificios personales —dice—. También he oído que tiene un acusado sentido del deber.

—Sí, señor —respondo, aunque no creo estar muy de acuerdo.

Me agarra el hombro con su luminosa mano y no me importa no sentirlo.

—En ese caso, esta medalla que le impongo es mucho más que un trozo de plata para lucir en el uniforme. Es un símbolo de lo mucho que ha sacrificado, no sólo en la lucha armada, ni al servicio de la nación. Esta condecoración lo distingue para siempre como alguien con quien se puede contar, alguien que en momentos de necesidad se levantará y llevará en brazos a quienes han caído. —Lanza una mirada orgullosa por encima del hombro—. Y ahora, soldado —añade—, vuelva a casa con su mujer y empiece un nuevo capítulo de su vida.

Cuando anochece voy a ver a Charlotte. La enfermera del turno de tarde le ha puesto un picardías. Al verme, Charlotte baja la cama. El motor eléctrico es el único sonido de la habitación.

—Estoy ovulando —anuncia—. Lo noto.

—¿En serio lo notas?

—No necesito notarlo —dice—. Lo sé.

Parece extrañamente tranquila.

—¿Estás preparado? —pregunta.

—Sí, claro.

Me agarro a la barra de seguridad que nos separa.

—¿Quieres sexo oral primero? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Pues ven, tumbate conmigo —dice.

Empiezo a trepar a la cama, pero ella me detiene.

—Eh, cielo —dice—. Quítate la ropa.

Ya ni me acuerdo de la última vez que me llamó así.

—Ah, claro —digo; me desabotono la camisa y abro la cremallera de los vaqueros. Cuando me quito la ropa interior me siento extrañamente..., no sé, desnudo. Levanto una pierna y me coloco encima de ella. Una mirada de felicidad le ilumina el rostro.

—Así es como tiene que ser —dice—. Hace mucho que no podía mirarte a los ojos.

Tiene el cuerpo delgado pero cálido. No sé qué hacer con las manos.

—¿Me quieres quitar las bragas?

Me incorporo y empiezo a bajárselas. Veo la cicatriz del *stent* femoral. Le levanto las piernas y ahí están las llagas que llevamos tiempo tratando de evitar.

—¿Te acuerdas de nuestro viaje a México, cuando hicimos el amor en lo alto de una pirámide? —pregunta—. Fue como si estuviéramos al mismo tiempo en el pasado y en el futuro. Pues es más o menos como me siento ahora.

—No estarás colocada, ¿verdad?

—¿Qué dices? ¿Crees que tengo que estar colocada para recordar la primera vez que hablamos de tener un bebé?

Le bajo las bragas, le levanto las piernas y me detengo un momento. Necesito toda mi concentración para lograr una erección, y entonces no me puedo creer que lo haya conseguido. Aquí está mi mujer, parálitica, inválida, sin sensibilidad, y aunque la situación es cualquier cosa menos erótica, aquí estoy yo, encima de ella y tieso como un palo.

—Estoy húmeda, ¿verdad? —pregunta Charlotte—. Llevo el día entero pensando en esto.

Me acuerdo de la pirámide. Las piedras estaban frías, la escalinata era empinada. Para mí, el pasado era una semana de Charlotte vestida con trajes mayas haciendo monerías a cada bebé que veía. follando bajo las estrellas, intenté imaginar el futuro: un alguien sin rostro, concebido en un altar para sacrificios. Terminé muy pronto e intenté quitármelo de la cabeza y concentrarme en todos aquellos peldaños que teníamos que bajar a oscuras.

—Creo que noto algo —dice—. Estás dentro, ¿verdad? Porque estoy bastante segura de que lo noto.

Aquí es donde penetro a mi mujer y empezamos a hacer el amor. Intento concentrarme en la idea de que, si esto funciona, Charlotte estará a salvo, que durante nueve meses no dejará que le pase nada malo; y a lo mejor tiene razón, a lo mejor el bebé estimulará algo y empezará la recuperación.

Charlotte sonrío. Es una sonrisa frágil, pero una sonrisa.

—No tendré que pasar por los dolores de parto, ¡eso sí es encontrar el lado positivo a las cosas!

Lo que me lleva a preguntarme si una mujer paralizada es capaz de expulsar un bebé o si lo tienen que sacar por cesárea, y, en ese caso, si utilizan anestesia, y de repente advierto que mi cuerpo está a punto de dejar de cooperar.

—Oye, ¿estás aquí? —me dice—. Estoy intentando arrancarte una sonrisa.

—Necesito un momento para concentrarme —digo.

—Se nota que no estás por la labor —comenta—. Se nota que sigues comiéndote el coco con eso de que voy a hacer algo drástico, ¿no? Sólo porque a veces diga tonterías no significa que vaya a hacer nada.

—Entonces ¿por qué me hiciste prometer que te ayudaría?

Lo de la promesa pasó muy pronto, casi al principio, justo antes del ventilador. Charlotte tuvo un reflejo emético que duró varias horas. Basta imaginar un acceso interminable de arcadas secas estando paralizado. Al final los médicos le dieron sedantes. Narcotizada, incapaz de mover las extremidades y vomitando, de pronto fue consciente de que su cuerpo ya no le pertenecía. Mientras ella jadeaba entre una arcada y la siguiente, yo le sujetaba el pelo para alejarlo del barreño.

—Prométeme que cuando te diga que ya basta, harás que se termine —dijo.

—¿Que se termine el qué? —pregunté yo.

Le vino otra arcada, larga y estertórea. La había entendido perfectamente.

—No llegaremos a eso —dije.

Intentó decir algo, pero las arcadas se lo impidieron.

—Te lo prometo —dije.

Ahora, en su cama mecánica, con los tirantes del picardías deslizándosele por los hombros, Charlotte dice:

—Para ti es difícil de entender, lo sé. Pero la idea de que existe una salida es lo único que me permite seguir adelante. No lo haría nunca. Tú me crees, ¿verdad?

—Detesto esa promesa, detesto que me empujaras a hacerla.

—No lo haría nunca, nunca te obligaría a ayudarme.

—Pues libérame.

—Lo siento —dice.

Decido callarme y seguir a lo que íbamos. Estoy perdiendo la erección y empiezo a preguntarme qué pasará si se me arruga —¿sería capaz de fingir? —, pero aparto esos pensamientos e insisto, embisto a Charlotte hasta que casi no siento nada. Sus pechos se balancean debajo de mí. En la mesita de noche, el dron se conecta y se eleva. Suspendido en el aire, me apunta a la frente con su láser verde, como si fuera fácil determinar lo que estoy sintiendo, como si mi emoción tuviera un nombre. ¿Me está espiando, siente simpatía por mí o simplemente ejecuta un código antiguo? Me pregunto si el sistema operativo del dron se habrá revertido a una versión anterior, si Google habrá recuperado su control o si estará funcionando con un modo autónomo. Aunque también podría ser que alguien hubiera hackeado las gafas Android, o a lo mejor... Entonces miro hacia abajo y veo que Charlotte está llorando.

Me detengo.

—No, no pares —dice ella—. Sigue.

Llora en silencio, pero le caen sentidos lagrimones.

—Podemos volver a intentarlo mañana —propongo.

—No, estoy bien —dice—. Tú sigue, pero primero hazme un favor, ¿quieres?

—Vale.

—Ponme los auriculares.

—¿Mientras lo hacemos, quieres decir?

—Pon música —dice. De los auriculares de la mesita de noche llega el zumbido de Nirvana.

—Sé que lo estoy haciendo todo mal —me disculpo—. Es que hace mucho tiempo y...

—No eres tú —me corta—. Es sólo que necesito mi música. Ponme los auriculares y ya está.

—¿Por qué necesitas a Nirvana? ¿A qué viene esta fijación?

Ella cierra los ojos y sacude la cabeza.

—¿Qué tiene el tal Kurt Cobain? —le pregunto—. ¿Qué le ves?

Le agarro las muñecas y se las sujeto con fuerza, pero ella no lo siente.

—¿Por qué tienes que estar siempre escuchando esta música? ¿Se puede saber qué te pasa? —le exijo—. Dime de una vez qué te pasa.

El dron me sigue hasta el garaje, donde recorre las paredes buscando una salida. Yo conecto el ordenador y me bajo uno de esos discos de Nirvana. Lo escucho entero, sentado en la oscuridad. El tío, el tal Kurt Cobain, canta sobre lo estúpido que es, dice que es idiota y que nadie lo quiere. En una canción dice que Jesús no quiere que sea un rayo de sol. En otra, que quiere leche y laxantes con antiácido con sabor a cereza. Tiene una canción titulada *All Apologies*, pero no se disculpa en ningún momento, ni siquiera dice qué ha hecho mal.

Al no hallar escapatoria, el dron vuelve a mi lado y aguarda suspendido en silencio. Debo de tener un aspecto patético, porque el dron me toma la temperatura. Cojo el mando a distancia que abre la puerta del garaje.

—¿Es esto lo que quieres? —le pregunto—. Si te suelto, ¿volverás?

El dron emite un débil zumbido, impasible sobre su columna de aire cálido.

Pulso el botón. El dron espera a que la puerta del garaje se abra hasta arriba. Entonces me saca una foto y desaparece en la noche de Palo Alto.

Yo me levanto y respiro hondo; el aire es fresco y huele a flores. La luna es tan clara que recorta la silueta de las hojas sobre el caminito de acceso. Calle abajo, veo los ojos brillantes de nuestro gato. Lo llamo, pero no viene. Se lo regalé a un amigo que vive un par de manzanas más allá, y durante varias semanas el gato venía a visitarme cada noche. Hasta que dejó de venir. En este instante es como si la sensación de estar cerca de algo que sabes que

se te ha escapado definiera toda mi vida. Charlotte comprendería perfectamente esa sensación si pudiera hablar con el presidente. Pero de repente caigo en la cuenta de que no es con él con quien necesita hablar. Regreso a la mesa de mi ordenador y enciendo las diversas pantallas. Contemplo un instante su brillo azulado y me pongo a trabajar. Me lleva horas, casi toda la noche, pero finalmente está terminado.

Falta poco para que amanezca cuando vuelvo con Charlotte. La habitación está a oscuras y sólo veo su silueta.

—Cama, inclínate —digo, y Charlotte empieza a elevarse. Se despierta y me mira sin decir nada. Su rostro tiene esa mirada inexpresiva que sobreviene después de haber agotado todas las emociones.

Le coloco el iProjector en el regazo. Charlotte lo detesta, pero no dice nada. Sólo ladea ligeramente la cabeza, como si estuviera triste por mí. Entonces lo conecto.

Kurt Cobain aparece ante ella vestido con bata, hecho de luz azul claro. Charlotte contiene la respiración.

—Dios mío —murmura, y me mira—. ¿Es él?

Asiento. Ella lo observa, alucinada.

—¿Qué digo? —pregunta—. ¿Habla?

No respondo.

Kurt Cobain tiene el pelo sobre la cara. Charlotte mueve los ojos, intentando mirarlo de frente. Así como el presidente no era capaz de mirarte fijamente a los ojos, Kurt los evita intencionadamente.

—No me puedo creer que seas tan joven —le dice Charlotte—. Pero si eres un niño.

—Soy viejo —murmura él.

—¿Estás realmente aquí? —le pregunta Charlotte.

—*Here we are now* —canta Kurt—. *Entertain us*.

Tiene una voz áspera, cascada; para Charlotte eso es una garantía de algo.

Me mira, asombrada.

—Pensaba que se había ido —dice—. No me puedo creer que esté aquí.

Kurt se encoge de hombros.

—Sólo sé apreciar las cosas cuando ya no están —dice.

Charlotte parece tocada.

—Conozco esa frase —me comenta—. Es de su carta de suicidio. ¿Cómo lo sabe? ¿Ya la ha escrito?, ¿sabe lo que va a hacer?

—Ni idea —le digo. No soy yo quien debe tener esa conversación. Me acerco a la puerta y, justo antes de salir, oigo como empieza a hablar con él.

—No hagas lo que estás pensando hacer —le suplica—. No sabes lo especial que eres, no te imaginas lo mucho que significas para mí —le dice vocalizando exageradamente, como si hablara con un niño—. Por favor, no me dejes. No puedes hacerme esto.

Entonces se inclina hacia Kurt Cobain como si quisiera rodearlo con los brazos, como si se le hubiera olvidado que sus brazos no responden y que no hay nadie a quien abrazar.

HURACANES ANÓNIMOS

Nonc aparca delante de Chuck E. Cheese y pone las luces de emergencia de su camión de UPS. La última antena de telefonía móvil operativa de Lake Charles, en Luisiana, no está lejos, de modo que pasa por allí un par de veces al día para comprobar los mensajes. Se vuelve hacia su hijo, un crío de dos años y medio llamado Geronimo que va atado a una hamaquita hecha con ganchos industriales, e intenta quitarle el móvil de las manos.

—Pela —dice Geronimo, hablando por teléfono—. Pela.

Es una de las pocas palabras que el niño sabe decir y Nonc no tiene ni idea de qué significa.

—¿Me lo cambias? —pregunta Nonc, y le enseña una taza antigoteo para niños llena de leche con cacao—. ¿Por un poquito de gla-gla?

Geronimo tiene unos ojitos hinchados, unos dientecitos blancos que apenas asoman y la piel lamentablemente quemada por el sol.

—Pela —repite el niño.

A continuación Nonc le enseña su DIAD, la tableta electrónica que los clientes usan para firmar la entrega de los paquetes. Tiene GPS, wifi, datos móviles y bluetooth, aunque la mayoría han quedado inutilizados desde el huracán. El niño se abalanza sobre ella y Nonc baja de la furgoneta. El aparcamiento es un tablero de damas de tiendas de campaña verdes y azules.

Hay un restaurante de la cadena Outback Steakhouse con la puerta tapiada con tablones, atestado de campistas del FEMA, el organismo federal que gestiona las emergencias. También hay un cine de la cadena AMC 16 convertido en un campamento urbano al estilo Lollapalooza. Es de locos, pero semanas después de perderlo todo parece como si la gente tuviera más cosas que nunca, y encima suelen ser el tipo de trastos de los que querrías deshacerte: sartenes de teflón, toallas viejas, latas de café llenas de cubiertos... ¿Cómo distingues tus sábanas gastadas de las de tu vecino? ¿Eres capaz de separar tus túpers amarillos y desaparejados de los del resto del mundo? Además, hay montañas de cachivaches nuevos. Delante de las autocaravanas hay cubos de la colada morado chillón, sillas de plástico

cubiertas de moho y barbacoas totalmente chamuscadas, que es lo que pasa cuando quien responde a las llamadas oficiales de auxilio es la cadena de supermercados Walmart.

Dentro de la pizzería, el comedor está abarrotado; todo el mundo está tostado por el sol, con la mirada perdida, todos vestidos con camisetas y sudaderas enormes. Nonc se dirige al baño, pero al abrir la puerta se topa con un muro de vapor caliente y apestoso que indica sin lugar a dudas que cien personas acaban de plantar un pino, hasta el punto de que incluso Nonc —un tipo que en los últimos días ha utilizado gasas de primeros auxilios, un Nuevo Testamento en miniatura y la base de una pizza de Chuck E.'s como papel higiénico improvisado— da media vuelta.

Nonc roba todas las cucharas de plástico y las servilletas, y a continuación comprueba el contestador automático, intentando no prestar atención a la gente que lo rodea; le parecen inútiles, patéticos, todo el día en Chuck E. Cheese's, un lugar que sigue abierto sólo porque es un establecimiento cristiano. Claro que Nonc no es quién para juzgar a nadie; últimamente ha tenido problemas con los mosquitos y sus gafas envolventes le han dejado un moreno mapache. Pero a él nadie le dio ropa gratis ni tarjetas telefónicas de prepago después de que lo desahuciaran el año pasado y el sheriff subastara todas sus cosas.

Tiene un mensaje de texto de su novia, Relle: «411+ xxx».

También tiene un mensaje de voz de su jefe sobre un equipo de instalaciones. Entregar paquetes a los equipos de instalaciones es lo más jodido del mundo; están en un lugar distinto cada día y la mitad del tiempo no saben ni dónde. Todos son de Nebraska y Arkansas, y se presentaron voluntarios para ir a Nueva Orleans después del huracán Katrina, de modo que no les hizo ninguna gracia que les tocara Lake Charles después del huracán Rita.

Finalmente tiene un mensaje de un médico de Los Ángeles sobre su padre. El viejo de Nonc es un granuja de tres al cuarto, y en la escala de padres pésimos quedaría seguramente como por la mitad, pero su capacidad de escribir millones de pósits rabiosos lo convirtió en uno de los personajes más detestados de Lake Charles, hasta que le robó el coche a Nonc y se largó.

El hombre no puede hablar, o sea que una o dos veces al año Nonc recibe una llamada de alguien a quien su padre ha embaucado para que lea una sarta de pósitos.

El mensaje de texto del médico dice: «Su padre está muy enfermo, no espere gran cosa».

El padre de Nonc ha tenido cáncer con anterioridad, o sea que el diagnóstico no es nuevo. Y, sin embargo, el mensaje acierta bastante. Nonc nunca ha esperado gran cosa de él, ¿no es lo más normal que también al final sea así?

Nonc se sube a una de las atracciones infantiles, una furgoneta de la policía que conduce una rata cantarina. Desde arriba se da cuenta de que todos los evacuados llevan brazaletes color naranja del FEMA y las mismas zapatillas blancas cutres. Pasan el día comiendo pizza y viendo la tele. Es verdad que esta gente ha pringado: primero les cayó encima el Katrina, los evacuaron a Lake Charles, y sólo tres semanas más tarde los sorprendió el Rita. Pero el huracán Rita ya es cosa del pasado y va siendo hora de que se espabilen. Que alguien les diga que les irá mejor sin sus mesitas de café y sus álbumes de fotos. Que les abran los ojos y les hagan ver que sus apartamentos tampoco eran nada del otro mundo y que, seguramente, perderles la pista a sus familiares era lo mejor que les podía pasar. Pero hay rollos que cada uno debe asumir por sí mismo.

Nonc levanta una mano.

—¿Alguien conoce a Marnie Broussard? —pregunta—. Es una chica blanca de Tremé, en Nueva Orleans. Es la madre de mi hijo.

Al rato, la furgoneta de UPS de Nonc está cruzando el puente de Lake Charles. El puente divide la ciudad en dos y, por lo que sea, hace que te olvides de las cosas. Nonc lo cruza unas diez veces al día —piezas para las plantas petroquímicas, entregas en los casinos de las barcazas del río, un millón de cajas refrigerantes de porexpán con cangrejos de río que hay que llevar al aeropuerto—, pero nunca había pensado en el poder del puente hasta que llegaron los huracanes. Esta mañana ha entregado tripas para salchichas a las granjas porcinas de Lacassine y baterías para Taser a la prisión de

Calcasieu, pero en cuanto empieza a cruzar el puente deja de oír los chillidos de los cerdos y la ropa deja de apestarle a polvos contra los piojos y al quingombó que sirven en la prisión. De repente le llega sólo el olor limpio de las barcazas de arroz, de las ostras petrificadas en esquisto secándose al sol y del océano, que se extiende como mantequilla sobre un sándwich, treinta kilómetros al sur.

Para que el puente surta su efecto sólo debes evitar pensar en una cosa: la mujer de Nueva Orleans que la semana pasada arrojó a sus hijos desde la barandilla. Puso a los chavales en fila, les pegó el clásico empujoncito y, cuando terminó y le tocó a ella darse un chapuzón, se echó para atrás. Los suicidas no son una rareza en el puente, ni mucho menos; Nonc está acostumbrado a pasar junto a coronas ennegrecidas por el humo de combustión y mensajes tipo «Te echamos mucho de menos» pintados con espray en la valla de contención. Lo que le sorprende es que, según su experiencia, los padres te van abandonando progresivamente, poco a poco, a lo largo de toda tu juventud. E incluso cuando ya has superado que te dejen tirado, siguen llamándote para recordártelo. Por eso la idea de deshacerte de tus hijos de un empujón le resulta desconcertante y nueva; además, sabe perfectamente cómo terminará el asunto: le echarán la culpa al huracán, meterán a la mujer un año en un centro de rehabilitación y luego se mudará a Las Vegas o algo así, donde vivirá a base de costillas asadas a un dólar con noventa y nueve.

Nonc baja por la rampa del puente y toma Lake Street, donde están las casas de lujo con sus largos embarcaderos y sus cobertizos para lanchas. Como los ricos siguen de vacaciones donde sea que los evacuaran, ésta ha sido la última parte de la ciudad en recuperar el servicio. Han cogido los troncos de robles anegados y los han apartado a las cunetas, como si fueran neumáticos viejos. Cuando la furgoneta de Nonc pasa por encima de una pila de ladrillos de chimeneas derribadas, ésta hace saltar el reproductor de discos de la radio amarilla de Geronimo.

—¡Coooo! —grita el chaval.

—Tranqui, fitipaldi —le dice Nonc, que va pasando las canciones del CD: primero salen Epi y Blas cantando *La habitación del codo*, y luego viene *Me piro, vampiro*, cantada por la marioneta del Conde Draco. Nonc sube el

volumen cuando Coco empieza a rapear la canción del abecedario.

Tardó una semana en entender que el niño estaba intentando decir «Coco».

Nonc tiene la *custodia* del crío desde el día después del huracán Katrina. Estaban evacuando Nueva Orleans, no paraban de llegar interminables caravanas de autobuses y la ciudad estaba plagada de paletos de las plataformas petrolíferas marinas. Nonc tenía un reparto para el FEMA que lo obligó a abrirse paso por el aparcamiento de un casino en el que había miles de personas, buscando a alguien que llevara corbata. Al regresar a la furgoneta se encontró a Geronimo, con su radio amarilla y una bolsa con ropa.

Marnie ni siquiera le dejó una nota. ¿Se le lavan los dientes a un niño de esa edad? ¿Qué hay que hacer si se pasa la noche entera despierto, mirando el techo de la furgoneta? Nonc habría dado cualquier cosa por una lista de vocabulario. Por ejemplo, ¿qué significa *pofa*? ¿Y *emo*? De momento, Nonc ha logrado descifrar un puñado de palabras: *quiero, cama, sucio, roto* y otras similares. *Glagla* es leche con cacao. Cuando necesita ayuda, Geronimo dice «upa, upa». Y luego está *pela*, que pronuncia con total claridad, aunque ¿para decir qué?

Relle le enseñó al chaval *abrazo* y *beso*. Le puedes decir: «Besa la furgoneta, bonito», y aunque se nota que no le apetece, irá como un robot y pondrá los labios encima del parachoques cubierto de polvo. Relle siempre le está diciendo: «Abraza la silla, bonito», y luego se desternilla, porque es monísimo. Geronimo entra en modo cazar y destruir y, antes de que te des cuenta, se está revolcando por el suelo con el primer taburete que pilla. También fue idea de Relle que el niño lo llamara Nonc en lugar de Randall, que es como se llama en realidad.

Nonc y Relle lo llaman granuja, G, G-Ron, Nimo y cosas así, porque el niño no entiende su nombre entero y menos aún es capaz de decirlo. Eso da una idea del tipo de hombre que era Nonc cuando Marnie le dijo que estaba embarazada. «Geronimo», había soltado como si prefiriera no pensárselo, como quien se tira de un avión. No lo había dicho pensando que fuera a figurar en la partida de nacimiento, o por lo menos eso cree. Marnie se había mudado a Nueva Orleans, había tenido al chaval allí, y en cuanto había

encontrado la forma de embargarle el salario a Nonc no les habían quedado muchos más motivos para hablar. Y, sin embargo, aquí están, formando un equipo de reparto cojonudo. Nonc ha atado la hamaquita del niño al asiento del copiloto con el cinturón de seguridad y no tiene más que abrir las puertas traseras para poder desplegar el cambiador. Y de momento sobrevive, han pasado ya cinco semanas, y las vacaciones de Marnie de la maternidad no pueden durar eternamente. Con huracán o sin él, en Lake Charles tampoco hay tantos lugares donde esconderse.

Los equipos de rescate han abierto un rudimentario camino en Lake Street. Hay arbustos recortados por las esquirlas de cristal y árboles cubiertos de nubes de algodón de poliuretano. Lo más extraño no es la destrucción; uno ya se espera encontrarlo todo abotargado, como un cadáver, colchones empapados y neveras reventadas. No, lo más desconcertante son las prendas de ropa que cuelgan de las ramas de los árboles, que, vistas con el rabillo del ojo, parecen personas que te vigilan. Otra cosa que da bastante grima es que, en lugar de verte reflejado en las ventanas de las casas, tu imagen se pierde en sus habitaciones oscuras.

Más adelante se encuentra con varios camiones municipales de Tulsa y una furgoneta de los servicios públicos. Hay un grupo de instaladores de cableado telefónico avanzando por la calle, envueltos por un halo de aserrín y humo de motor de dos tiempos, mientras operarios eléctricos con camisetas atadas a la cabeza esperan sentados en sillas plegables de pescador, a la sombra de un velero volcado. Se nota que han estado viviendo en sus camiones: hay cajas de leche con provisiones tiradas por todas partes y prendas mal lavadas ondeando de los estabilizadores de un camión grúa. Seguro que salen a buscar sartenes nuevas cada vez que ensucian una, y que cagan en cubos de veinte litros. Pero vivir en el propio vehículo en realidad es bastante fácil. En cuanto aceptas la situación, enseguida aprendes a apañarte.

El paquete que debe entregar no contiene complejas piezas de ingeniería, ni nada parecido. Cuando coge la caja del estante, Nonc ve que en la etiqueta pone Amazon. Baja de la furgoneta y Geronimo lo sigue con el DIAD; su trabajo consiste en recoger la firma. Un electricista con una visera

de soldador levantada desciende con una plataforma elevadora y señala hacia un hombre que está sentado en el único muelle que ha sobrevivido, leyendo unos planos.

Es un tipo mayor, de cincuenta y tantos, lleva una boina verde de soldado y unos prismáticos que parecen cosa seria, de esos con lentes color naranja. Nonc y el chaval se dirigen hacia él.

—Bob Vollman, servicios públicos de la ciudad de Tulsa, entregar en Lake Charles, Luisiana —dice Nonc, leyendo la etiqueta.

—Servidor —dice Vollman—. Suerte tenemos de Amazon. Y de UPS, claro.

Con una navaja plegable abre el paquete y saca la *Guía ornitológica Snyder de las marismas del Golfo*.

—La mayoría de la gente de por aquí prefiere disparar a los pájaros — comenta Nonc.

Geronimo levanta el DIAD y el ingeniero se lo queda mirando y se quita la boina. Entonces se la enfunda en la mano, como si fuera un títere, y, hablando como Yoda, dice:

—Una firma quieres, ¿mmm? ¿Y qué es lo que aquí tenemos, mmm? Un niño, sí, un joven Padawan, ¿cierto es?

Geronimo se acerca a la boina y se la queda mirando como intentando decidir cuáles son sus intenciones. Yoda frunce el ceño.

—Serote el chaval es, mmm... Mucha confusión ha visto. —El ingeniero mira a Nonc, buscando confirmación—. Incierto es todo a su alrededor. —El títere mira calle arriba y calle abajo, pero Geronimo no lo sigue—. Muchas cosas rotas están, sí, y no en los lugares que deberían.

Vollman le hace coger el *stylus* al títere y, farfullando como si tuviera la boca demasiado llena para hablar, firma en el DIAD. Eso sí arranca una carcajada.

—Tengo un chaval exactamente de su edad —dice entonces Vollman—. Con dos grandullones ya en la universidad, de repente llega Henry.

—Los cajún tienen un nombre para eso: *lagngiappe* —dice Nonc—. Significa conseguir más de lo que esperabas.

—Si le digo la verdad —añade Vollman, pasándole la mano por el pelo a Geronimo—, cada vez que tengo que marcharme se me hace muy duro.

Nonc ha intentado imaginar el momento en que Marnie dejó al chaval en la furgoneta; si supiera qué le había dicho antes de largarse, a lo mejor podría hacerse una idea de dónde estaba y cuándo pensaba volver a por él.

—¿Qué le dijo? —pregunta Nonc—. Cuando se marchó, quiero decir...

—¿A Henry?

—Sí.

—Le dije: «Vuelvo enseguida». A esta edad los niños no tienen noción del tiempo, no saben qué es un mes y, además, tampoco tienen memoria. Cometí algunos errores como padre, créame. Pero a esta edad todavía tienes margen de maniobra.

—Nuestra situación es temporal —dice Nonc—. El chaval volverá pronto con su madre.

—El huracán puso algunas vidas patas arriba —comenta Vollman—. Es evidente que la situación por la que pasan es peculiar, pero, en serio, el chaval no puede andar por ahí en pijama. Fíjese en la de cristales y clavos que hay. Necesita botas y unos vaqueros, o algo.

En realidad, el pijama es un chándal que Relle hizo a medida para el niño, pero Nonc no dice nada. Vollman abre su guía nueva.

—Amazon tiene un montón de artículos para niños.

—Pío —exclama Geronimo al ver el libro.

—Muy bien —dice Vollman—. A ver si vemos algún pájaro que haga pío pío.

Coge los prismáticos y se los ofrece a Geronimo para compartirlos. Frunciendo el ceño y mirando cada uno por una lente, hacen un barrido por el lago.

—Esta mañana he visto un guacamayo azul —dice Vollman—. No es exactamente una especie autóctona de Luisiana, pero ha sido todo un espectáculo. Se había posado encima de una barcaza volcada, en medio del lago, y tenía un pimiento rojo en el pico.

—Camayo —dice el niño.

—Exacto —responde Vollman.

—Pío grande.

—Pues sí, era un pájaro muy grande.

Nonc, de pie, también contempla el agua. La marea está subiendo y toda la basura del lago se va acercando hacia donde están ellos, a través de kilómetros y kilómetros de fango marrón. Haciendo visera con la mano, Nonc distingue maderos de tejado, cubos de reciclaje, cojines de sofá empapados y todos los tipos de basura que los seres humanos pueden llegar a acumular en sus garajes. Girando lentamente sobre sí misma, como si fuera el tronco de un árbol, hay una fosa séptica de color negro, y en medio del agua emerge, como un tiburón, el casco de una barca que, después de que la quilla lance un destello, vuelve a sumergirse. Nonc había estado imaginándose a esos niños cayendo desde lo alto del puente a un lago de agua azul. Imaginaba sus ojos abiertos de par en par, sus manos extendidas, intentando sujetarse entre sí, mientras pensaban que por lo menos se tenían los unos a los otros. Pero ahí está, oscura, turbia y ondulante, llena de tanques de propano, planchas de contrachapado y bidones de doscientos litros.

Nonc toma el camino más largo para rodear el lago y deja atrás camiones de helado abandonados con las cabinas chorreando, ganado que se ha vuelto ciego de beber agua salada y una iglesia en cuya marquesina se lee: EL OJO DE LA TORMENTA ES LA PAZ DE CRISTO. Aquí, en el extremo más alejado del lago, se encuentra la oficina de turismo del suroeste de Luisiana, que es donde trabaja Relle. En lugar de repartir folletos de «La Riviera cajún», ahora Relle se pasa el día dibujando mapas para que los trabajadores de emergencias puedan hacerse una idea de dónde estaban pueblos como Gueydan y Grand Chenier. Con o sin huracán, el Estado sigue forrado gracias al juego, y todos los visitantes se llevan una botella de tabasco, una gorra de béisbol con el eslogan EL PARAÍSO DEL DEPORTISTA y un collar de cuentas de Mardi Gras que les coloca una chica guapa. Relle es esa chica.

A través de la ventana, Nonc la ve hablando con unos funcionarios del Gobierno, tipos con la expresión despreocupada de quien sabe que puede largarse cuando quiera. Llevan como seis collares de cuentas cada uno, y todos ríen y sonrían, y cada vez que uno suelta una frase aguda, Relle se abanica con un librito de vales de descuento. Nonc llama su atención con las

luces de la furgoneta y señala al otro lado de la calle, donde hay un bar de carretera que Marnie solía frecuentar en su día. Cruza la calle, pone los intermitentes de emergencia y mete una pajilla en un tetrabrik de zumo.

—Bebe zumo, bonito —le dice al niño, y le quita el móvil—. Nonc volverá enseguida.

Geronimo levanta los brazos para intentar salir de la hamaquita.

—Pofa —dice—. Pofa.

—Escucha —insiste Nonc—. Nonc tiene cosas que hacer.

Al entrar en el bar echa un vistazo al local y se fija en una pared llena de jarras de cerveza. Si pasas suficiente tiempo en el local, cuelgan una jarra con tu nombre. La pared es el típico «Quién es quién» de don nadie del sur de Luisiana, pero Marnie no figura en ella. El camarero parece un paleta al que le han dado vacaciones en una plataforma petrolífera.

—Qué te pongo —pregunta.

—Nada, gracias —contesta Nonc, y el camarero golpea con los nudillos en la barra, el gesto que hacen los comerciantes de las barcazas fluviales cuando alguien no les deja propina—. ¿Te suena una tal Marnie Broussard? —le pregunta, como si tal cosa—. ¿Sabes si viene por aquí?

—¿Qué intentas, entablar conversación? —le dice el camarero—. ¿Quieres una bebida o no?

—La chica solía venir por aquí —insiste Nonc—. Pelo oscuro, ojos hundidos...

El camarero sirve una cerveza y la coloca delante de Nonc como si fuera la última de la tierra.

—Nuestra aportación a las tareas de auxilio después del huracán —dice—. Invita la casa.

Nonc abre su teléfono y, al ver que hay un poco de señal, busca el número del médico. No tiene ni idea de qué le va a decir, pero llama de todos modos. Cuando ya parece que no van a contestar, descuelgan, pero no hay nadie al otro lado. Y entonces Nonc oye el chasquido de la válvula que le pusieron a su padre después de la traqueotomía. Es un sonido que Nonc oye incluso mientras duerme. La historia de ese chasquido, húmedo y jadeante, es como una canción de country, es el *Himno de batalla de la República*.

Si el médico está en lo cierto, esta vez el padre de Nonc va a morir seguro. En el fondo no es más que un suceso. La vida está llena de sucesos: pasan y tú te adaptas, te apañas como puedes y sigues adelante. Pero de vez en cuando, como por ejemplo cuando tu novia Marnie te dice que está embarazada, comprendes que hay sucesos que en realidad son acontecimientos. Te das cuenta de que existe un plan general del que no tienes ni idea, y que un acontecimiento es el primer paso en esa nueva dirección. Si alguien deja a un chaval en tus manos, acabas de darte de bruces con un acontecimiento. Si tu ex desaparece, no lo puedes ignorar como si nada, eso es un acontecimiento serio. A veces hay cosas que parecen acontecimientos dramáticos —te embargan los ingresos, tu viejo te manga el coche y se marcha de la ciudad, te desahucian y te incautan todos los bienes—, pero con el tiempo te adaptas, encuentras otra forma de hacer lo que venías haciendo y te das cuenta de que en el fondo no te han hecho descarrilar, ni te han cambiado. Que no eran más que sucesos. Y la verdad es que el huracán no ha cambiado ni un ápice la vida de Nonc. Y la muerte de su padre tampoco lo hará. Con el paso del tiempo, Nonc ha descubierto que lo difícil es aprender a distinguir entre unos y otros.

Nonc sigue ahí sentado, contemplando el teléfono sin decir nada, cuando Relle entra en el bar. Siempre se viste con esos chándales tan sexis —de satén, que se deslizan sobre su cuerpo— que confecciona ella misma.

—¿Con quién hablas? —le pregunta.

—Mi viejo —contesta él.

Ella reacciona con sorpresa.

—Creía que se estaba muriendo —dice, y Nonc se encoge de hombros—. ¿Lo has llamado tú o te ha llamado él? —pregunta, pero ve la respuesta en su cara—. ¿Qué le has dicho?

—No sé. ¿Qué le voy a decir?

—¿Que qué le vas a decir? ¡Pero si te pasas la vida hablando de él!

—¿Yo? Eres tú la que siempre saca el tema. Y ni siquiera lo conoces.

—Ni falta que me hace —replica Relle, y tiende la mano para que le pase el teléfono—. Lo sé todo sobre él.

Nonc sabe que seguramente sería mejor no dárselo —Relle tiene una vena fría, implacable—, pero se lo da de todos modos.

—Estás seguro de que no puede hablar, ¿verdad? —le pregunta a Nonc, por si acaso. Éste asiente y ella sonríe; es la misma sonrisa que esboza cada vez que un hombre inclina la cabeza para que ella le ponga un collar de cuentas—. Señor Richard —dice hablando al teléfono—. Soy Cherelle, una amiga de Randall, y le voy a contar una historia. Había una vez un hombre que vivía sólo para sí mismo. Utilizaba a sus familiares y se aprovechaba de ellos como uno intenta aprovechar el último trozo de papel higiénico. Le robó el coche a su hijo y, finalmente, desapareció, o sea que la historia tiene un final feliz. ¿Qué podría querer ahora?

Cuando Relle ataca a su padre por él, Nonc siente un escalofrío de miedo y satisfacción. Pero, aun así, dice:

—Uf, te dije que se está muriendo, ¿no?

Pero ella cierra el teléfono.

—¿Dónde está Mister G? —pregunta.

—Descansando en la furgoneta. No me puedo creer que le hayas soltado todo eso. Estabas hablando con mi padre, no con el tuyo, ¿sabes?

Relle coge la cerveza y toma un trago.

—Ya tuvo su oportunidad.

Nonc también toma un trago.

—¿Tú crees que lo van a incinerar?

—¿Quién? —pregunta ella.

—No sé, California.

—¿El Gobierno del estado, quieres decir? Ni hablar, cielo. Eso cuesta un huevo. Vas a tener que ir a buscarlo y traerlo de vuelta. Lo tendrás que enterrar, lo dice la ley.

—¿Sabes qué me gustaría hacer? —pregunta Nonc—. Me encantaría coger sus cenizas y esparcirlas por el jardín de mi madre. Le daría algo, ¿no crees?

—Creo que lo único que puedes hacer es ir a California y, cuando levanten la sábana para que lo identifiques, decir que no es tu padre. Entonces será el Gobierno el que tendrá que cargar con los costes.

Nonc le dirige una mirada dura.

—¿De dónde sacas esos rollos? —le pregunta—. Esto no tiene nada que ver con el dinero.

Se da cuenta de que ella quiere responderle algo, recordarle que Marnie le ha embargado sus ingresos, pero finalmente Relle se muerde la lengua.

—Nunca volverás a ver ese coche —le dice, como muestra de simpatía.

—Ya —repite él. Sólo era un Toyota, pero esas bestias no se estropean nunca.

Entonces Relle saca una fotografía y la desliza hacia él por la barra. Es una imagen borrosa de una mujer encima de una mesa.

—¿Ahora te dedicas a inspeccionar los depósitos de cadáveres? —le pregunta Nonc.

—No —responde ella—. El FEMA tiene un libro de cadáveres, puede consultarlo cualquiera.

—Siento decírtelo, pero ésta no es Marnie.

—¿Tú la has visto? Metro sesenta, rubia de bote, ojos de feto alcohólico...

—No hables así, joder.

—¿Le hicieron cesárea?

—¡Y yo qué sé! —exclama él.

—Oye, que yo no quiero que sea ella —dice Relle—. Aquí nadie quiere que se muera nadie. Además, el chaval necesita una madre como el aire para respirar.

—Marnie no está muerta —dice Nonc—, se ha tomado unas pequeñas vacaciones de la maternidad, nada más. En realidad, esto es típico de ella.

Relle se encoge de hombros.

—En ese caso, ¿por qué no vas a Beaumont a echar un vistazo? Si no es ella, genial, no habrá cambiado nada. Y si es ella, tampoco habrá cambiado nada, pero por lo menos podrás hacer planes, tomar medidas.

Nonc le devuelve la foto.

—Tú no conoces a Marnie. No es de las que se ahoga en un Quick Mart en Texas. Va a salir de este huracán más fuerte que antes.

—Más ligera seguro —dice Relle.

—Seguramente habrá recibido dinero del FEMA y se lo esté pateando. Cuando se le termine, volverá.

—¿Quién deja a su hijo tirado cuando le van bien las cosas y vuelve a por él cuando le van mal?

Nonc no sabe qué responder a eso. Relle abre el bolso y hurga de nuevo.

—¿Por qué no quieres buscarla? —le pregunta.

Nonc toma otro trago y deja la cerveza a un lado.

—La estoy buscando con tanto ahínco como tú.

Del interior del bolso, Relle saca un bastoncillo de algodón envuelto en plástico.

—Casi se me olvida —dice.

—¿El qué?

—Abre la boca —le dice Relle.

—¿Para qué?

—Tú ábrela —insiste ella, rompiendo el envoltorio.

Nonc le hace caso y ella le mete el bastoncillo y se lo frota por las encías.

—¿A qué coño ha venido eso?

—Es para una muestra.

—¿Una muestra de qué?

Relle bebe un trago de cerveza y mete el bastoncillo en un tubito de plástico.

—Será mejor que vayamos a echarle un vistazo al renacuajo —dice—. Porque tengo que pirarme.

Fuera, mientras cruzan el aparcamiento cubierto de tapones de botella y gravilla de pizarra, oyen a Geronimo dentro de la furgoneta, que dice:

—Upa, upa.

Nonc se asoma por la ventanilla y ve que el niño ha logrado sacar la tapa de una de las neveras de porexpán. Hay cangrejos correteando por todas partes y Geronimo da saltitos sin moverse del sitio, aterrorizado.

—Caramba —dice Relle—. Menuda fiesta tienes montada.

Cuando ya está a punto de meterse dentro, Nonc la detiene.

—No, déjalo —le dice—. Ya me encargo yo.

—¿Estás cabreado?

—No —responde—. Ya hablaremos esta noche.

—¿En Alcohólicos Anónimos?

El niño intenta trepar por las correas de su hamaquita.

—Sí, joder, ¿dónde, si no? —le dice Nonc—. Oye, tengo que encargarme de esto.

Pero en lugar de marcharse, Relle sube a la furgoneta.

—Es un encanto —dice—. Un día, tú y yo tendremos un renacuajo como él.

Y entonces le mete al crío un bastoncillo en la boca.

—¿Qué cojones haces?

—Es para una prueba —dice, y baja corriendo de la furgoneta—. El FEMA las hace gratis, para reconectar a las familias.

Nonc va tras ella.

—¿Te has vuelto loca? —le suelta—. Es mi hijo. El chaval es mío.

—Eso no lo sabes —dice ella, y sale disparada por la vía de servicio, ataviada con su chándal.

Cuando vuelve a meterse en la furgoneta, Nonc se da cuenta de que todos los cangrejos chasquean las pinzas y que a Geronimo le ha dado hipo, como siempre cuando está histérico.

—Upa, upa —dice el niño, pataleando y tirando de las correas de la hamaquita.

A Nonc le da mucha pena verlo así.

—Eh, terremoto —le dice—. No les tengas miedo a esos bichos. Nonc está aquí. Nonc te va a proteger.

Le desabrocha las correas y el chaval se aferra a él. Está temblando y tiene la cara cubierta de mocos. Aunque no se ha ensuciado, Nonc se lo lleva a la trasera de la furgoneta para cambiarle el pañal. Eso siempre lo relaja.

—Tranquilo, tranquilo —le dice entre susurros, y lo tiende sobre el cambiador. Los ojos del niño van de un lado a otro, buscando cangrejos frenéticamente—. Nonc está aquí, ¿vale? Nonc siempre vuelve.

Pero no hay forma de explicárselo. Cuando tiene miedo, como ahora, cree que va a durar para siempre, que el miedo es lo único que existe.

Nonc le quita los pantaloncitos y le abre el pañal. Lo tira aunque está limpio, ni siquiera lo ha mojado. Cuando le coloca uno nuevo debajo, Geronimo empieza a calmarse. «Chisss, chisss», le va repitiendo Nonc, y le pide que levante las piernas. Geronimo le hace caso sin rechistar, las levanta y se queda muy quieto. A continuación viene la parte preferida de Nonc, que

coge el talco para bebés y lo eleva bien arriba. Entonces, muy despacio, deja que el polvo vaya cayendo, como si nevara. El talco está frío y desprende un olor dulzón. Nonc agita el bote y los ojos de su hijo siguen el polvillo blanco, que cae lentamente, flotando. El niño podría estar mirando eternamente.

El almacén de UPS está prácticamente desierto, su menguado equipo de repartidores se encuentra en la carretera. Nonc aparca la furgoneta para lavarla y repostar antes de volver a salir. Geronimo coge la manguera y, a medida que Nonc va echando los cangrejos a la calzada, los persigue con el chorro hasta el desagüe. Parece disfrutar viendo cómo intentan escabullirse del agua, pero cuando finalmente desaparecen y caen a través de la rejilla, parece perdido.

Nonc tiene permiso de UPS para almacenar toda la comida y la leche en el muelle de carga refrigerado, para así poder recoger unos bocadillos de mantequilla de cacahuete con mermelada y rellenar la taza antigoteo del niño entre viaje y viaje. En ese sentido, no hay ninguna empresa mejor que UPS: Nonc puede llevarse la furgoneta por la noche, como los polis se llevan el coche patrulla a casa, y aunque a veces salga a repartir con Geronimo en el asiento del copiloto, hacen la vista gorda. Mientras no la cagues y termines saliendo en el periódico, la empresa está siempre de tu lado. Una vez, un repartidor se emborrachó y se metió con la furgoneta en una zanja. UPS mandó una grúa y lo sacó de allí sin hacer preguntas. Le pusieron un psicólogo y lo mandaron de nuevo a la carretera.

Nonc se baja un nuevo manifiesto en el DIAD, que le indica cuál es la mejor ruta; se da cuenta inmediatamente de que una de las paradas es su dirección, o la que fuera su dirección, la casa de Kirkman Avenue de donde lo desahuciaron. Decide empezar por ahí. En su calle han caído varios robles blancos y una luz distinta ilumina su antiguo cuádruplex, tanto que cuando aparca enfrente casi no lo reconoce. Han derribado las cuatro puertas y en el porche un grupo de cuervos se turnan hundiendo la cabeza en una caja de cereales.

Un día, el año anterior, había vuelto a casa y había encontrado la puerta cerrada con candado. El precinto de la oficina del sheriff decía que iban a subastar sus cosas para pagar el alquiler atrasado. Pero al entrar ahora Nonc ve su viejo televisor encima del mueble, el sofá lleno de moho, y la mesa y la silla cubiertas de cristales rotos. El resto no es suyo: los platos amontonados en el suelo, los marcos de foto rotos, la bici puesta boca abajo junto a la puerta. La mezcla de objetos suyos con cosas de algún desconocido no le resulta tan chocante como el hecho de que, antaño, todas esas cosas significaran algo para él. ¿De dónde sacaba el tiempo para sentarse en el sofá? ¿Hubo un día en que se sabía los nombres de los programas que daban por televisión? Tiene la sensación de que el hombre que solía sentarse en ese sofá es un desconocido, tanto como la persona cuyas fotos familiares están tiradas por el suelo.

Entonces Nonc echa un vistazo al paquete y se da cuenta de que va dirigido a él, Randall Richard, de parte de su padre. Coge un cristal roto y abre la caja. Dentro hay una nota, una de las inconfundibles notas de su padre: «Aparte de matarme, California me ha tratado bien. Te mando mis efectos personales. Me preguntaron qué quería hacer con ellos y no supe qué contestar».

Nonc le da la vuelta a la nota para ver si continúa al otro lado, pero no dice nada más. El paquete contiene la ropa de su padre: unos pantalones, una camisa, un cinturón y una gorra de béisbol. A Nonc le está bien que el hombre vaya a morir, pero la idea de que no vuelva a vestirse nunca más, que se muera en bata de hospital, le resulta extraña, inconcebible. También hay una cartera. Grabada en la piel hay la palabra *Nonc*, la abreviación de *n'oncle*, término cajún que significa «tío» pero que se emplea también para los amigos íntimos de la familia. Es como llamaba a su padre de niño, antes de empezar a llamarlo Harlan. Nonc cae en la cuenta de que nunca llamó a su padre «papá», y que, curiosamente, su hijo tampoco lo hace.

Dentro de la cartera hay una tarjeta de Costco, algo de dinero y una lista de casinos de internet escrita a mano, con números de usuario y contraseñas. Hay un permiso de conducir de California, con una dirección de Los Ángeles que Nonc podría buscar en su DIAD, y una vieja nota plastificada de un médico en la que pone que es mudo. Nonc saca un pesado llavero con un

montón de llaves de coche: un Toyota, un Ford, un Hyundai... Una de las llaves corresponde a una lancha, una Grady-White, las mejores. Hay también un paquete de los pañuelos blancos que su padre usaba para limpiar el tubo de la traqueotomía. Nonc deja todos esos objetos en su regazo. Tiene la sensación de estar examinándolos furtivamente, como si su padre pudiera entrar en cualquier momento y sorprenderlo. Tiene la sensación de que su padre murió hace tiempo y que todo eso son sus reliquias. Lo pone todo encima del sofá: las llaves, el dinero, la gorra de la Universidad de Luisiana... Se levanta y echa un vistazo a la casa. Trata de distinguir a los diversos propietarios de los diferentes objetos, conectar unos con otros. Intenta cerrar la puerta, pero está atrancada.

Para tomarse un descanso de Geronimo, Nonc y Relle van a las reuniones de Alcohólicos Anónimos en la iglesia presbiteriana, donde una vieja *maw-maw** hace de canguro gratis. Así, por las noches pueden pasar dos horas tomando café y escuchando los problemas de la gente. Hoy Nonc llega primero y, después de dejar al niño, coge un trozo de roscón de Reyes y se sienta en el círculo medio vacío. Las iglesias se comportan siempre como si se llevaran algo increíble entre manos —sobres blancos para donativos, niños vestidos de traje, policías con guantes blancos dirigiendo el tráfico dominical—, pero sus sótanos son todos iguales: sillas plegables, electrodomésticos viejos y cubos llenos de ropa de gente muerta.

Empiezan a llegar los habituales. Aunque sea «anónimo», Lake Charles tampoco es tan grande y Nonc ha llamado a todas las puertas de la ciudad. Llega Linda Tasso, la hija mayor del alcalde. Cada semana se las apaña para volver a tocar fondo, y luego les da la brasa con ello. Jim Arceneaux saca su termo gigante de té helado. Antes tenía un zoológico de reptiles junto a la interestatal, con serpientes y caimanes a punta pala. Decidió dejar de beber cuando lo acusaron de maltrato animal, después de que lo pescaran adoptando demasiados gatitos y perritos de la perrera. Más tarde se presentan unos tipos de Nueva Orleans. Los distingues al momento: la ropa que parece de otra gente, la mirada perdida...

Finalmente llega Relle. Lleva un chándal chocolate y burdeos, y se sienta justo enfrente de Nonc, en el extremo opuesto del círculo. Se estira en su silla y la tela de los pantalones se le tensa tanto que se le marca la sombra del coño. Les ha cogido de veras el gusto a las reuniones de Alcohólicos Anónimos, y no sólo porque es el único lugar donde no tienen que estar pendientes del niño. Le encanta la idea de que la gente normal, gente con carreras y casas, resulte ser, según sus propias palabras, débil y vulnerable. Relle es la única chica guapa que nunca fue popular en el instituto, y ahora le encanta sentirse rodeada por el grupo en la pausa, participar de la cháchara, gorronear cigarrillos y reírse cuando se ríen todos. Y luego está el momento en que la pausa se termina y vuelven a entrar todos para la segunda hora, el momento en que coge a Nonc de la mano y se lo lleva a la furgoneta.

A veces incluso se anima a hablar en las reuniones. Le encanta discutir el estado de su relación, en voz alta, delante de testigos. Esta noche es la primera en tomar la palabra. Uno de los evacuados de Nueva Orleans se levanta.

—Me llamo James B. —dice— y soy alcohólico.

Y acto seguido Relle empieza a soltar su rollo. Pero Nonc todavía está mirando a James B. Lleva una camiseta nueva de Chuck E. Cheese, de un blanco tan radiante que el hombre parece estar hecho polvo por contraste, como si le hubiera pasado algo realmente chungo.

—Mi novio —dice Relle, mirando el techo, como si nadie supiera de quién habla—. Mi novio es muy fuerte, pero su problema también lo es. Vienen momentos duros, pero él no se da cuenta. Hay un funeral en perspectiva, tendrá que viajar... Yo intento ayudarlo. Le tiendo la mano, pero me temo que no la va a coger.

Bill Maque, el tipo que regenta la tienda de caza Game and Fish, dice:

—Dile a tu novio que se ponga en contacto con los de Alcohólicos Anónimos de donde sea que vaya a viajar. Créeme, es mejor que lo estén esperando.

—Un funeral —dice Linda Tasso—. Que pasen los loqueros; eso provocará una espiral, seguro.

El trabajo de Nonc consiste en descubrir a qué «problema» se refiere Relle. La noche anterior le dijo: «Nadie debería tener que cargar con los problemas de dos personas», que era una frase cifrada sobre la situación en la que los ha dejado Marnie y que significaba que, costara lo que costara, había que dar con ella. Pero Nonc no sabría decir si el problema de esta noche tiene que ver con Marnie o con el test de paternidad, dos asuntos que podrían acarrear serias consecuencias. ¿Resulta que la madre de tu hijo está muerta? ¿Que tu hijo no es tu hijo? En ambos casos se trata de situaciones irreversibles, como cuando un chaval se arroja desde un puente. Y si algo ha aprendido Nonc de la vida es que hay que minimizar las ramificaciones. Va a haber algunas, desde luego, pero no las busques y, sobre todo, no seas tan imbécil como para provocarlas.

—No puedo hablar por tu novio —dice Nonc—, aunque a lo mejor piensa que gracias por tenderle la mano, pero que lo tiene todo controlado. A lo mejor no necesita ayuda ahora mismo.

Aunque es anónimo, todos se vuelven hacia Nonc. Y éste les puede leer la mente: «Tío —piensan—, déjate ayudar».

—¿Me estás diciendo que mi novio no quiere que le tienda la mano? —pregunta Relle, atónita.

—¡Acepta la mano que te tienden! —exclama James B., alzando los ojos—. Dios, ayúdalo a aceptarla.

Es evidente que está implorando al Creador mismo, y eso le da mayor gravedad al momento.

—Yo sólo digo que a lo mejor tu novio ya se las apaña —dice Nonc—. De momento sigue ahí, ¿no? Sale adelante, paso a paso...

—Hay que ir día a día —interviene Linda Tasso.

—A lo mejor eso es lo que cree mi novio —comenta Relle—, pero en realidad está atascado. Y no ir a ninguna parte es retroceder. Yo tengo planes, ¿vale? Y estoy intentando que se venga conmigo.

—¿Y qué te hace pensar que sabes qué es lo mejor para él?

—Que lo llevo en el corazón —dice Relle—. Y que lo conozco mejor de lo que él se conoce a sí mismo.

Los asistentes se vuelven otra vez hacia Nonc, hastiados. Están cansados ya del episodio diario de «El show de Cherelle», pero a Nonc le da igual.

—Si lo llevas en tu corazón —dice—, entonces llevas también sus errores. Y a su hijo, por cierto.

Relle se inclina hacia delante en la silla.

—Estoy intentando ayudarte a ser alguien —le dice mirándolo fijamente—. Nunca te han ayudado, nadie se ha preocupado lo suficiente de ti. Dame la mano, déjame ayudarte.

Ése es el momento en que James B. señala las vigas.

—El techo es frágil —dice, y todos levantan la vista—. Dios, haz que el techo sea frágil y que yo encuentre el punto.

Se hace el silencio y James B. se levanta de la silla. La verdad es que está bastante hecho polvo.

—Antes planificaba cada trago —dice—. Planificaba cómo llegar a la licorería, pero ahora tengo que planificar formas de alejarme de ella, de su fulgor. ¿Por qué hará el Señor que las licorerías refuljan tanto? Ahora hay que planificar la forma de levantarte de la silla plegable y de ir a por una taza de café. —Se queda mirando su café como si fuera la primera vez en su vida que ve café—. Hay que planificar el lavabo, el autobús y cada trozo de pizza. Hay que soltar a los perros, quitarles la cadena.

—Vale —dice Jim Arceneaux, nervioso—. Creo que todos hemos estado donde está James.

—Coge el cuchillo de la mesa, lo vas a necesitar —dice James B., que habla como un personaje de la Biblia, como si fuera uno de los tipos representados en la cristalera policromada que tienen encima.

Jim Arceneaux se levanta y, con una carcajada falsa, dice:

—No, nada de cuchillos, por favor. —Le dirige una mirada a Bill Maque, como si también él tuviera que levantarse—. Vemos tu sufrimiento, James B. —dice Jim, con una biblia en la mano, y abre los brazos—. ¿Deseas apoyo personal?

—Preparaos para la oscuridad —dice James B.—. Estáis de agua hasta los tobillos, las rodillas, las costillas. Antes vivía por poder echar un trago. Cierro los ojos y todavía veo el brillo: azul Budweiser, amarillo Coors. Empuñad el cuchillo contra el techo, encontrad el camino hasta el desván. No os olvidéis de que el aislante flota. Una botella que escondisteis hace mucho tiempo. Soltad los perros, por favor, quitadles la cadena a mis perros. En un

espacio tan estrecho, el aislante está por todas partes. Tenéis que llegar hasta el techo. Que sea frágil, por favor. Cortad hasta ver el brillo, buscad el brillo en el agua negra. Hacedos pequeños, abríos paso con el cuchillo. Dios, suelta la cadena del porche o se ahogarán.

Después de la pausa, Nonc sostiene las piernas de Cherelle en alto mientras está dentro de ella. La furgoneta huele a toallitas para bebé y a cangrejo. De la capilla llega el sonido de unas escalas de órgano. Las notas son mecánicas, planas, alguien está practicando sin descanso. Relle tiene la manía de mirarte a los ojos todo el rato mientras lo hacéis, no aparta la vista. Es bastante inquietante, pero ella asegura que no puede evitarlo y le recuerda a Nonc que, además, se corre cada vez. Le recuerda lo bien que encajan sus cuerpos, los brazos de él alrededor de los hombros de ella, mientras sus piernas lo abrazan por la cintura. Pero a veces Nonc tiene la sensación de que se esfuerza por no correrse, como si no quisiera ceder. O a lo mejor sólo intenta retrasar el momento, seguir teniendo el control tanto tiempo como pueda. Nonc se da cuenta de que se resiste a lo que va creciendo, y sólo cuando finalmente se rinde, cuando se deja arrastrar, cierra los ojos.

El resultado es que, con ella mirándolo fijamente, Nonc tiende a cerrar los ojos y eso lo sume en su propio mundo. Y entonces es fácil que su mente divague. Es fácil empezar a pensar en James B. y en lo que vivió la gente de Nueva Orleans. Ha estado imaginando que Marnie había logrado que alguien la llevara de gorra a la ciudad y que había dejado a Geronimo para tomarse una especie de vacaciones de ser madre, pero es evidente que algo sucedió en Nueva Orleans, a Marnie y al niño.

Relle alarga las manos, lo agarra por la cadera y lo detiene. A veces, cuando está de mal humor, lo obliga a parar y a ponerse un condón justo a medias. Pero ahora no parece que esté cabreada.

—Has oído lo que he dicho ahí dentro, ¿verdad? —pregunta—. Estoy intentando hacerme un hueco en tu corazón.

—Ya estás en mi corazón.

—Pues que se note —dice—. Necesito que actúes en consecuencia.

—Vale, iré a Beaumont. Iré a ver si es ella.

Relle mete una mano en su bolso.

—No es ella. He llamado después de comer y me han dicho que se trata de otra mujer. —Saca una tarjeta de débito azul claro del FEMA—. Yo estoy actuando —dice—. Estoy forjando un futuro para nosotros. Pero a medida que hay que tomar decisiones, que las opciones se van materializando, tengo que saber que puedo contar contigo.

Nonc ha visto un millar de tarjetas como ésa, todos los evacuados tienen una. El problema es que no te ayudan a sobrevivir, porque no hay nada a la venta; lo único que puedes comprar es un billete para largarte de Luisiana.

—¿De dónde la has sacado? —le pregunta.

—Tiene cinco mil dólares —dice—. Es una ayuda para pequeños negocios. Las regalaban.

—¿Pequeños negocios?

Relle vuelve a meter la mano en el bolso y saca un folleto de «Artículos de caza Nonc», con imágenes de perdigueros y de patos, la foto de instituto de Nonc escaneada y un mapa sacado de Google con indicaciones para llegar a una finca que el padre de Relle tiene en el sur.

—No está mal, ¿no? —le pregunta—. Lo he hecho con el ordenador del trabajo. Los perros de caza y todo eso los he sacado de la página web de la Asociación del Rifle. Nos gastamos el dinero en un cuatro por cuatro y ya está, ya tienes tu negocio. A lo mejor un día construiremos un pabellón de caza, o lo que sea; nos podemos gastar el dinero en lo que queramos.

Nonc podría recordarle que no tiene ni idea de cazar patos, ni ella tampoco. Podría mencionar que su padre criaba galgos, no sabuesos; o que, técnicamente, aceptar ese dinero constituye un delito, y que él ya tiene el salario embargado. Pero no puede dejar de pensar en su foto; su sonrisa es una mezcla de optimismo y alivio, como si, terminado el instituto, hubiera superado ya la parte difícil. Es la misma mirada incauta que tenía la gente que bajaba de los autobuses después del Katrina, cuando todavía no sabían que aún los esperaba el huracán Rita.

—En la oficina de turismo no paro de recibir llamadas de gente que busca guías de caza —comenta Relle—. Se supone que tengo que recomendar las que salen en la lista, pero de pronto caigo: ahí está la respuesta.

—¿Y todo esto no te preocupa? —dice él.

—¿Por qué tendría que preocuparme? —pregunta Relle—. Los cazadores son todos corredores de bolsa y tal. Sólo tenemos que llevarlos en coche. Los tíos llevan unos rifles de la hostia y silbatos bañados en oro.

—Escopetas —la corrige Nonc—. Las aves se cazan con escopeta. Y sabes perfectamente a qué me refiero.

—¿Quieres saber qué es lo que me preocupa? —pregunta ella—. Me preocupa tener que vivir en una casa llena de pirados. Me preocupa tener que venir a Alcohólicos Anónimos para poder tener una cita contigo.

Nonc echa un vistazo al mapa de la propiedad del padre de Relle. El tipo se dedicaba a criar perros de carreras. La empresa resultó un fiasco y, aunque nadie lo diga, es de dominio público que hay perros enterrados por todas partes. Cada vez que Nonc se siente mal porque el fracasado de su padre se marchara de la ciudad, piensa en Relle y en cómo debe de sentirse pensando que el suyo se ha quedado. En el fondo, Relle no busca argucias para ganar dinero, sino simplemente hacer borrón y cuenta nueva. Considerando cómo creció, Relle es la mejor versión posible de sí misma.

—Bueno, pero sólo si eres consciente de lo chungo que es todo esto —le dice.

—Ay, Nonc, por favor —replica ella—. Hoy he enviado este folleto a cuatro personas; van a mandar un depósito. Una de ellas vive en Hollywood.

Lo acaricia y lo vuelve a guardar, aunque Nonc se da cuenta de que ha acordonado el sexo, como si una cinta de terciopelo la separara de lo que sucede ahí abajo. Acto seguido le clava la vista, con los ojos entornados y una expresión inquisitiva. No es una mirada de cabreo, pero Nonc es consciente de que lo está estudiando. Cierra los ojos y ve el restaurante de carretera al que solían ir él y Marnie, el lugar donde se conocieron, en realidad. Se llamaba Triple Crown, estaba en la autopista 90. Se acuerda de una noche en que quedaron —no hacía mucho que se conocían— y Marnie le dijo que no, que no le apetecía beber. Nonc asintió, dijo que la entendía, pero presintió algo; visto con perspectiva, lo que en su día había parecido un detalle sin importancia había terminado convirtiéndose en un acontecimiento

de primera magnitud. Tardaría todavía un mes en saberlo, pero ése había sido el día en que Marnie había descubierto que estaba embarazada. A veces hay cosas que te pasan delante de las narices y tú ni te enteras.

Cuando llega el momento van a buscar a Geronimo al edificio anexo.

Se quedan un momento junto a la puerta. A través de la ventanita ven a las *maw-maws*, cruzadas de brazos, hablando unas con otras.

—Estas mujeres me dan repelús —comenta Relle.

—Pues no hables con ellas —responde Nonc.

—No entiendo a las viejas —dice—. ¿Quiénes son? ¿Qué quieren de ti?

Nonc piensa lo mismo. Las viejas van siempre de inocentes y de buenazas, y de pronto te fulminan con una mirada de sabelotodo. Además, se parecen entre sí. Nonc ni siquiera está seguro de que sean las mismas abuelas que había la semana anterior.

Dentro, Geronimo está sentado en una sillita de plástico. Lleva un delantal atado a la cintura y amasa un trozo de barro, muy concentrado. Ni siquiera se ha dado cuenta de que han entrado. Nonc se lo queda mirando: su frente redonda, sus largas pestañas. Geronimo se rasca la oreja y Nonc sabe que tiene sueño.

—Ven con Nonc —le dice, y se agacha para abrazarlo.

Pero el crío no se mueve.

Las *maw-maws* van a hablar con el niño. Una lo coge de la mano.

—Qué niño tan bueno —le dice.

—Demasiado bueno —añade la otra, y le quita el delantal por la cabeza.

Cuando se lo dan, Nonc ve que le han cortado el pelo y le han puesto una espesa crema solar en la cara quemada. Lleva un mono de segunda mano del cesto de donaciones.

—¿Lo han bañado? —pregunta Nonc.

—Lo hemos lavado un poco —dice una de las mujeres—. Geronimo es un nombre muy especial —añade.

—Sinónimo de resistencia y determinación.

—En el idioma de los apaches, Geronimo significa «intensamente leal».

—Uno de los libros que hemos leído juntos ha sido *El último Palomino*.

Las mujeres se ponen a hablar de los libros que han leído y de las actividades que han realizado, anunciándolo todo como si aquello fuera un acto social y Geronimo el invitado especial, y ellas, las anfitrionas, se lo estuvieran presentando a Nonc y a Relle por primera vez.

Una de las dos mujeres coge un dibujo hecho con garabatos amarillos y lo fija al mono del niño con un alfiler. El dibujo se titula *Guacamayo*.

—Una catástrofe puede ser un momento muy complicado —dice.

—Especialmente para un niño —añade la otra, que le tiende una bolsa de papel marrón con la parte superior enrollada—. El pijama —dice.

Nonc se da cuenta de que Relle da un respingo.

—No es un pijama —le explica Nonc—. Es un chándal hecho a mano, con ribetes y todo. Está confeccionado a medida, con tela de...

—Marruecos —interviene Relle.

—De Marruecos.

Hay una pausa durante la que las viejas le dirigen a Nonc esa mirada.

—Han hecho bien viniendo aquí —comenta una de ellas—. Geronimo será siempre bienvenido. Todos lo serán. Está en una edad perfecta.

—Una edad difícil para que lo separen de uno de los padres...

—Sí, eso puede suponer un trauma considerable.

—A lo mejor yo soy su madre —dice Relle—. ¿Se les ha ocurrido pensar eso? ¿Cómo saben que no lo soy?

Cuando vuelven a salir ya ha oscurecido. Nonc arranca la furgoneta y pone rumbo hacia la casa de acogida temporal de Relle. No ronda los bares de carretera ni se detiene a echar un vistazo en ninguna organización benéfica buscando a Marnie. Da gas a fondo para ahuyentar los mosquitos y atraviesan la noche.

En cuanto llegan, la doctora Gaby abre la puerta, lo que significa que Nonc no dormirá sobre unas sábanas limpias con Relle y Geronimo, ni se duchará e irá al baño a altas horas de la noche. En cuanto ve a la doctora Gaby, Geronimo sale corriendo y se sube a su silla de ruedas. Nonc se encoge, porque Relle le contó que la doctora Gaby usa una bolsa para la orina, no lo dirías nunca pero la lleva debajo de la ropa.

La doctora Gaby le dirige a Nonc una mirada de incredulidad.

—Le has cortado el pelo —dice.

—¿Y cómo sabe que no he sido yo? —le pregunta Relle.

La doctora Gaby no contesta. Mueve la cara del niño a derecha e izquierda, inspeccionando la piel quemada.

—Mucho mejor —dice, le dirige a Nonc una auténtica mirada de repugnancia y entonces empieza su examen rutinario: le coge la oreja al niño y echa un vistazo en el oído; le pasa un dedo por los dientes; le tira del párpado con el pulgar y le examina el blanco del ojo. En realidad no es una doctora de verdad, antes de jubilarse por culpa de la enfermedad era psiquiatra.

—¿Te pica? —le pregunta a Geronimo—. Es por el corte...

El niño se rasca el cuello.

—Pica —dice.

La doctora Gaby sopla para quitarle los pelos y luego da media vuelta con la silla y entra en casa.

Nonc y Relle la siguen. En realidad no se trata de una casa de acogida temporal. Hay cuatro residentes con problemas permanentes, que viven ahí de forma permanente. En cuanto uno entra en esta casa ya no va a ninguna parte. Relle no tiene ningún tipo de formación, o sea que es más bien una niñera; y, desde luego, tiene normas para todo.

Un día, después del Katrina, llegó el *dream team*. Bajaron de un autobús en el Superdome, cogidos de las manos. Ocho hombres adultos. La doctora Gaby cree que sufren autismo profundo, pero no lo sabe de cierto; procedían de un centro desconocido y llegaron sin documentación, historiales médicos, historias clínicas ni nombres completos. Siempre que los acogen en alguna parte se hospedan juntos, se quedan despiertos hasta las tantas y cada noche, antes de acostarse, tienen que ver su película, sí o sí. Nonc y Relle pasan por delante de la sala y ahí están, bebiendo sus refrescos bajos en calorías delante del fulgor azul de una película de Robin Williams.

—Me ponen los pelos de punta —dice Relle. Nonc se fija en sus expresiones confundidas, en las latas de refresco que sujetan con sus toscas manos—. Son patéticos —añade—. ¿Te imaginas vivir así, tener que tragarte la peli que te pongan, dormir en la ciudad donde te deje el autobús?

En la cocina hay galletas recién hechas enfriándose en las rejillas de horno, y el aroma es irresistible. La encimera está fabricada a medida para sillas de ruedas, o sea que está a la altura perfecta para el chaval. Sentado en el regazo de la doctora Gaby, a Geronimo el cuenco le queda justo enfrente. La doctora Gaby le pone un huevo en la mano y la rodea con la suya. Juntos cascan el huevo en el borde del cuenco. Entonces la doctora Gaby lo abre y deja caer la yema dentro. Sin decir nada, le da el siguiente huevo a Geronimo, que lo casca y se lo devuelve a la doctora Gaby, que se encarga de abrirlo.

Relle coge una galleta.

—De avena, qué ricas —dice con la boca llena—. Un día nuestros hijos vivirán a base de galletas.

—Son para los voluntarios —le dice la doctora Gaby—. En la nevera encontrarás la lista para mañana. —Entonces se vuelve hacia Nonc—: Tu novia tendrá sus cosas, ya te habrás dado cuenta, pero dale una lista y verás cómo lo encuentra todo.

—¿Así que todavía no ha venido nadie a reclamar al *dream team*? —pregunta Nonc. Sabe que no debería llamarlos así, que Relle se inventó ese término para fastidiar a la doctora Gaby.

—Hay cientos de miles de personas desplazadas —responde ésta—. Ya sé que a ti el huracán te trae sin cuidado, pero algunos de nosotros lo vemos de otra forma.

—Y si no viene nadie a por ellos, ¿qué pasa? —pregunta Nonc.

—¿Qué va a pasar? —responde la doctora Gaby, encogiéndose de hombros—. Por cierto, antes de seguir con la cháchara, no puedes quedarte a pasar la noche, Randall. Sé que a veces te quedas y no puedo controlar lo que pasa cuando no estoy, pero esta gente se encuentra en una situación vulnerable y necesita estabilidad. Además, también tengo que pensar en el niño.

—Por el chaval no te preocupes —dice Nonc—. Está perfectamente atendido.

—No quiero ni imaginarme dónde pasa la noche —dice la doctora Gaby—. Pero me refería al bienestar del niño aquí, en el centro. No conozco el historial de estos hombres, ni de qué son capaces. Saber distinguir el bien del mal es un lujo reservado a quienes están en su sano juicio. Tendría que tomar

un montón de precauciones para asegurarme de que el niño puede dormir aquí sin riesgos. —La doctora Gaby hace que Geronimo moje un dedo en la masa—. ¿Dónde duermes tú? —le pregunta.

A Geronimo se le iluminan los ojos.

—Furgoneta —responde—. Bonito besa furgoneta.

—Eso es una frase —dice la doctora Gaby—. No quiero saber qué significa, pero este niño ya habla con frases.

—Se la enseñé yo —dice Relle.

—Dormimos en una casa enorme, frente al lago Prien —dice Nonc.

La doctora Gaby le lanza una mirada como diciendo «Sí, seguro».

—¡Ay, casi se me olvida! ¡Tengo que enseñarte algo! —le dice Relle a Nonc, y sale corriendo escaleras arriba.

—Bueno, ¿qué tal te va lo de ser padre? —le pregunta la doctora Gaby a Nonc—. ¿Qué te ha enseñado la paternidad de momento?

—No sé —contesta Nonc, y ella le dirige una mirada aviesa—. ¿Qué pretende, hacerme sentir culpable? ¿Por qué no me dice directamente que estoy haciendo mal? Ya lo llevé a que lo pincharan, ¿vale? Tal como me dijo.

—¿Al doctor Benson, en la clínica?

Nonc asiente con la cabeza.

—Muy bien, Randall, es un primer paso. ¿Has visto alguna vez a un niño con rubeola? Dios mío... Y esas cosas ocurren justo en momentos como éste, después de una catástrofe. Es un escenario clásico de propagación potencial.

Nonc coge una galleta.

—Si esos tipos pueden ser peligrosos, ¿qué pasa con usted? ¿Qué pasa con su seguridad?

—Bah, no hay de qué preocuparse —dice—. No, pero hay otra cosa que sí me preocupa. En la vida, las decisiones más importantes las toman por nosotros.

Nonc se da cuenta de que está a punto de soltarle un discurso, como el de hace unas semanas sobre desarrollo infantil. Y la verdad es que, a sus veintiséis años, Nonc ha descubierto que le encanta que lo sermoneen. Nunca nadie se había tomado la molestia de hablar largo y tendido con él con el único objetivo de convertirlo en una persona mejor.

—Yo no habría elegido vivir en Lake Charles —dice la doctora Gaby—. Mi matrimonio no salió como yo habría deseado. Y tampoco elegí mi enfermedad. A ti deben de haberte ocurrido cosas similares, ¿no? Pero tú sabes adaptarte, eres muy flexible. Es una de tus virtudes. Pero cuando se trata del niño, no debes ceder. Tienes que elegirlo a él y tienes que estar ahí, al cien por cien. No te lo plantees como una elección, piensa que estás obedeciendo a una decisión tomada. Elige lo que quieres y mantente fiel a tu decisión. Yo he elegido a esta gente y no pienso faltar a mi decisión. Tú tienes que formar una familia, Randall. Elige sus miembros y aférrate a ellos. La sangre no necesita nada. Tus parientes, y que conste que los conozco... No les debes nada. Cherelle habla como si el niño no fuera tuyo y como si una prueba fuera a determinar si es así o no. ¿Tú crees que eso al niño le importa? ¿Crees que estos hombres son parientes míos? Ni siquiera estoy segura de cómo se llaman. Pero los elegí, Randall. Y me aferro a ellos.

La expresión de la doctora Gaby indica que todavía no ha terminado, pero justo entonces Relle baja por las escaleras con un cuadro de un pato: vuela sobre el agua, con el pecho hinchado y las alas extendidas, a punto de aterrizar. Contemplar esa imagen resulta estremecedor, casi sientes el gatillo que alguien está a punto de apretar.

—¿Se puede saber qué es eso? —pregunta Nonc.

—Lo encontré en una tienda del Ejército de Salvación —dice Relle—. Es para el pabellón. Nuestro pabellón de caza.

En la parte sur del lago Prien, en el extremo del cabo, se encuentran los cimientos de una casa que se llevó el huracán Audrey hace cincuenta años. Tiene la base de ladrillo, y el cemento, mezclado con barro de esquisto, desprende un resplandor fantasmal bajo la luz de la luna. Nonc solía dejar su furgoneta allí por la noche, aparcaba como si volviera a casa después de pasar el día en la oficina y tendía la hamaca entre la furgoneta y una chimenea solitaria. Ahora Nonc tiene que recoger escombros; la subida de las aguas provocada por el huracán Rita arrastró un gran número de casas al canal, donde terminaron destrozadas por la marea.

Los faros del vehículo iluminan un bloque de cemento en la oscuridad. Nonc guía la furgoneta entre los cimientos y la aparca en el salón. Entonces él y Geronimo empiezan la rutina nocturna: de pie sobre las frías baldosas de la cocina, se cepillan los dientes mientras la brisa del lago les agita la ropa, contemplando los postes indicadores verdes y rojos que delimitan las rutas marítimas del canal y, más lejos, el parpadeo de las luces de las torres de las plataformas de extracción. Hay un lavabo solitario, el único elemento de la estructura que ha sobrevivido, pero, al levantar la tapa con gesto cauto, Nonc ve que ya lo han ensuciado. Hace pis en el dormitorio y le cambia el pañal al niño. Cuando arroja el usado entre la vegetación del pantano, las ranas dejan de croar.

Después de plegar el estante para los paquetes y de extender el colchón de espuma, padre e hijo se acuestan para pasar la noche. Geronimo está echado boca arriba, contemplando la luz del techo. Nonc está a su lado, contemplando a un niño con una respiración muy relajada teniendo en cuenta todo lo que ha tenido que pasar, aunque en sus ojos se aprecia una ausencia de brillo, como si la poca luz que aún les queda pudiera extinguirse el día menos pensado. Su aliento, en cambio, es limpio y perfecto, dulzón. Tal vez el niño no se parezca mucho a Nonc, pero su ceño fruncido, su gesto de incerteza y reprobación, es indudablemente de Harlan. Y esos ojos marrones con vetas más claras son totalmente de Marnie.

—¿Dónde está mamá? —le pregunta Nonc.

El niño no aparta la vista de la luz.

—Pela —dice. Lo pronuncia con claridad y aplomo, pero sin emoción.

—¿Pela? —pregunta Nonc.

—Narc —dice el niño.

—¿Nonc?

—Pela —repite el niño.

Nonc se da cuenta de que el niño tiene barro reseco bajo las uñas. Le coge la mano y se lo va quitando dedo a dedo con el capuchón de un bolígrafo. Geronimo mueve los ojos y, totalmente relajado, observa lo que hace su padre. El pequeño tiene unas uñas suaves y lisas, perfectas. La doctora Gaby le contó que se puede saber cuándo un niño sufre malnutrición porque tiene vetas en las uñas. Las uñas de Geronimo demostraban que

Marnie lo había alimentado bien. Nonc había visitado al niño en una ocasión en Nueva Orleans. Bajo la suspicaz mirada de Marnie, Nonc había comido pudin con él y se había prestado a juegos como «Te voy a quitar las gafas de sol, te las tiraré al suelo y tú no podrás hacer nada al respecto», aunque debía admitir que había tenido en todo momento un ojo puesto en el apartamento, tratando de averiguar en qué se gastaba el dinero Marnie. No se había fijado en el niño, en lo perfecto que era y en que no estaba nada mimado. Nonc sabe que llegará un día, después de que Marnie se vuelva a llevar al niño y éste crezca, en que no se acordará de estos momentos, de cómo se duchaban a primera hora en la Cruz Roja, de cómo gorreaban pizza para desayunar y de cómo viajaban juntos por el campo en una furgoneta marrón. «Seguramente sea lo mejor para él —piensa Nonc—. Desde el punto de vista del desarrollo, seguro que es positivo.» Acaricia el pelo del chaval.

El teléfono suena —California— y Geronimo lo mira con aprensión. Nonc atiende la llamada y oye una voz de mujer.

—Llamo de parte de Harlan Richard. ¿Hablo con Randall Richard?

—Se pronuncia a la francesa, *Rishaar* —dice él.

—Tal vez no sea usted consciente de ello —dice la mujer—, pero su padre ha perdido el control sobre las cuerdas vocales. Me ha pedido que le lea una nota.

—¿Es usted enfermera? —le pregunta Nonc.

—Auxiliar de enfermería.

—¿Y mi padre se está muriendo?

—No es algo que pongan en el historial —dice—. Pero está ingresado en el hospital para enfermos terminales, eso sí.

—Y una vez entras ahí ya no sales, ¿verdad?

—Yo no lo diría así.

—¿Cuánto tiempo hace que conoce a mi padre?

—Acabo de empezar mi turno —dice, y acto seguido comienza a leer la nota con voz entrecortada, mecánica—: «Ya sé que te he dado muy poco, Randall. Nunca he tenido mucho que ofrecer. Es gracioso, todas las cosas que quiero decirte ya las sabes. Tengo algunos efectos que traspasarte, tal vez te resulten útiles. El médico dice que...».

—Pásele el teléfono —dice Nonc.

—Entiendo que necesitaré un tiempo para hacerme a la idea —dice la mujer—, pero ha perdido la capacidad de hablar.

—Por favor —insiste—. Quiero que se ponga.

Nonc oye su respiración sibilante y un chasquido.

—Te paso a tu nieto —le dice, y le da el teléfono a Geronimo—. Es tu abuelo —le dice al niño, pero éste se queda callado, con los botones azules del teclado iluminándole la mejilla.

Ni siquiera dice «pela». Entonces Nonc cae en la cuenta de que seguramente es la primera vez que oye la palabra *abuelo*.

—Es Coco —le dice en un susurro.

—¿Coooo? —pregunta el niño—. ¿Cooooo?

Y acto seguido empieza a farfullar la canción del abecedario de Coco. Canturrea con la mirada perdida, y a Nonc se le ocurre que es posible que nunca haya visto a los personajes de *Barrio Sésamo*, que tan sólo haya oído sus voces en ese interminable CD.

Pasado un rato, Nonc vuelve a coger el teléfono.

—Bueno, ya has hablado con tu nieto. No está mal, ¿eh? No todos los abuelos pueden decir eso. Oye, papá, quiero que sepas que no te guardo rencor. No te culpo de nada. Quiero que te convenzas de que has hecho las cosas tan bien como sabías y que no pienses más en ello. Cuando llegue el momento, no mires hacia atrás, ¿vale?

Nonc cuelga y cierra la puerta de la trasera de la furgoneta. Entonces saca una pierna de debajo de la sábana y la deja fuera, para atraer a los mosquitos y que no piquen a su hijo. Antes de que el temporizador apague la luz del techo, Geronimo ha empezado a soltar ya su profundo ronquido de bebé, y pronto duermen los dos.

La mañana siguiente transcurre en un frenesí de repartos. Después de llenar unas cuantas tazas antigoteo y preparar bocadillos, salen hacia el este a través de Welsh, Iowa y Lacassine, donde hace poco que han vaciado las porqueras, lo que hace presagiar que la planta de salchichas pronto volverá a sus días de gloria. Entregan un paquete en el aeropuerto de Chennault y a continuación ponen rumbo a la cárcel del distrito de Calcasieu. Después de dejar atrás las

distribuidoras de maquinaria y el internado para chicos, finalmente cogen el desvío, allí donde la carretera está llena de caravanas de prestamistas de fianzas.

La cárcel de Calcasieu triplica su capacidad máxima, con todos los prisioneros llegados de Nueva Orleans, y en el aparcamiento las familias evacuadas de prisioneros evacuados han montado un campamento fuera de la verja perimetral, que sirve como sala de visitas improvisada. Bajo el sol, una larga hilera de padres y esposas pasan los dedos a través de la verja, mientras al otro lado los reclusos, bajo vigilancia, mantienen la distancia y hacen lo que al parecer hacen todos los reclusos: asentir con la cabeza y tranquilizar a sus familiares, intentar que el futuro parezca algo factible. Prisioneros, visitantes y vigilantes sobreviven gracias a los kits de supervivencia de la Cruz Roja, o sea que a todos les huele el aliento a colutorio Scope y la piel a jabón de hotel, y todos tienen los mismos cercos de desodorante en las axilas. Nonc ha repartido de todo en la cárcel, desde videojuegos a pantalones de traje de boda, pero hoy, mientras empuja una carretilla alrededor de la gente tirada en la acera, lleva correas para escopeta, chalecos anticuchillos y una caja de una empresa llamada SlamTec.

Mientras hace cola delante del control de seguridad, se apoya en las cajas y estudia un puesto de seguimiento y localización de reclusos que ha montado la prisión. Tal vez porque sí (no es capaz de explicarlo con palabras), se acerca al mostrador y dice que quiere ver a Marnie Broussard, que es su hermano, Dallas. La guarda echa un vistazo a un pliego de hojas de seguimiento y llama por la radio.

—Si está aquí, le pedirán que salga —le dice.

Nonc entrega sus paquetes, compra un refresco y vuelve a la furgoneta con Geronimo, donde aguarda leyendo el periódico mientras el CD de siempre suena en bucle. Hay un artículo sobre la mujer que arrojó a sus hijos desde el puente. Dice que los niños no tenían ningún tipo de documentación, ni partidas de nacimiento, ni nada; seguramente los tuvo en casa, en los bloques de protección social, y nunca los llevó ni al colegio ni al médico. Lo más raro es que la mujer asegura no acordarse de sus nombres; por mucho

que se esfuerce, es incapaz de recordarlos. Nonc se pregunta si es posible que no quede ningún tipo de rastro de la existencia de alguien. Tal vez si estás realmente jodido, si estás al límite...

Finalmente, por el parabrisas ve cómo sacan a Marnie, que se protege de la deslumbrante luz con las manos. Durante todo el rato no han parado de entrar y salir reclusos ataviados con monos de diferentes colores, pero verla a ella vestida de aquella forma le impresiona.

—Mira tú por dónde —le dice Nonc a su hijo. Entonces sale de la furgoneta y atraviesa el aparcamiento.

Nonc se aferra también a la verja. Al verlo, Marnie sacude la cabeza.

—Tendría que habérmelo imaginado —dice—. Mi hermano nunca habría venido a verme.

—¿Qué coño haces aquí? —le pregunta Nonc—. Te he estado buscando.

—¿Cómo está mi pequeño? —pregunta ella.

—Bien —dice Nonc—. ¿Qué te ha pasado?

—Es un error, pero pronto se aclarará.

—¿Qué has hecho?

—Nada, ya te he dicho que es un error.

—¿Has intentado estafar al FEMA o algo así?

Marnie levanta una mano.

—Oye, vale ya. ¿Tú sabes lo que es vivir aquí? La mitad de Nueva Orleans está encerrada ahí dentro. No hay duchas, duermo encima de una mesa de restaurante. Estamos hombres y mujeres juntos, Randall, maricones y violadores. Nos mandaron a la penitenciaría de Jena State durante unos días. —Se lo queda mirando fijamente, para que la información cale—. Aquello está lleno de zorras piradas.

Junto a ellos, un interno intenta tranquilizar a su mujer y a su hija, que, Nonc acaba de darse cuenta, escuchan las palabras de Marnie con gran inquietud.

—¿Qué está pasando? —pregunta Nonc.

—Escucha —dice Marnie—. Estaba saliendo con un tío, pero no tenía ni idea de que estuviera metido en estos líos. Y me vi envuelta en todo esto. Si no fuera por el retraso que llevan, ya me habrían soltado, pero hay como mil casos antes del mío. Ni siquiera me han procesado.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho: por nada. No he hecho nada.

—Paso por aquí cada día, Marnie. Podrías haberme dicho que estabas aquí, podrías haberme echado una mano.

—Te estás apañando muy bien y yo pronto estaré fuera. Es un buen chaval, no necesita instrucciones.

—Ah, ¿no? —dice Nonc—. ¿Qué significa *pofa*?

Ella se ríe.

—¿Lo dices en serio? ¿Tú qué crees que significa?

—No tengo ni idea.

—Es la palabra mágica, Randall. *Pofa* es *por favor*.

—También dice *pela*, ¿qué significa? —dice Nonc.

—¿*Pela*? —pregunta ella—. ¿Por qué dirá eso?

Nonc sacude la cabeza.

—¿Y *emo*?

—Por Dios, Randall, me tomas el pelo, ¿no? Intenta leerle algo de vez en cuando, te dejé un libro titulado *Las vacaciones de Elmo*.

—También ha dicho *narc*.

—Joder, no me digas... —le suelta ella.

Nonc nota una vibración en la verja de tela metálica. Vuelve la cabeza y mira más allá de las manos de otros visitantes. A lo lejos ve a un equipo de presos de confianza enderezando las secciones de la verja que el huracán Rita ha derrumbado.

—¿Crees que será bueno para él verte así? —pregunta Nonc.

—¿Está aquí? ¿Has venido con mi hijo y no dejas que lo vea?

—Tengo varias preguntas, Marnie, y necesito saber las respuestas.

—No seas cabrón —le suelta ella—. ¿Dónde está?

Nonc se la queda mirando.

—Eres un cabrón —dice Marnie—. Mi único error fue dejar que Allen usara mi teléfono. Eso es todo, lo juro. Estaba metido en no sé qué rollos de los que yo no sabía nada.

Mientras habla intenta meterse las manos en los bolsillos, pero no tiene.

Nonc y Marnie salieron juntos durante apenas dos meses, pero él recuerda claramente que de vez en cuando le parecía que ella miraba hacia el futuro con esperanza. Ahora tiene esa mirada, aunque es evidente que lo que despierta su optimismo no es el futuro, sino alejarse del pasado.

—Crean que fui yo quien hizo la entrega. Como si tuviera toda la noche para ir de aquí para allá cargada con papelas de speed. Tengo un hijo, tengo responsabilidades. No he tocado una papela en mi vida. —Marnie se cubre los ojos, como para protegerse de algo totalmente absurdo—. Por el amor de Dios, Allen es tan idiota... Tendría que haberme quedado contigo —dice, y a continuación suelta una carcajada triste, como reprochándose esa idea, como dando a entender que eso sería lo único que haría que su vida fuera todavía más miserable.

Nonc piensa en James B. y en cómo temblaba. O en cómo James B. no podía creer que Dios hiciera brillar tanto las licorerías.

—Tengo una pregunta —dice Nonc—. Y no quiero jueguecitos, ¿vale? ¿De verdad se llama Geronimo?

—¿De qué hablas?

—Te estoy preguntando cómo se llama el niño.

—Es coña, ¿no? —dice ella—. ¡Pero si lo elegiste tú!

—Nunca he visto una partida de nacimiento, ni nada.

—¿Se puede saber de dónde sacas esos rollos?

—Estaba pensando en esa mujer —le dice él—. La que tiró a sus hijos desde el puente. Seguramente esté aquí dentro. Joder, seguramente incluso la conozcas.

—Oh, Dios —dice Marnie, que suelta una carcajada para disimular lo herida que está—. ¿Cómo puedes ser tan cabrón?

—¿Qué pasa?

—No me lo puedo creer. Eres un imbécil. Quiero a ese niño más de lo que te puedes llegar a imaginar.

—Pero ¿qué he dicho?

—Sé muy bien qué pretendes insinuar y eres un cabronazo. Dilo, anda. Di lo que estás pensando.

Nonc se retira. Vuelve a la furgoneta, coge al niño y le acaricia el pelo. Entonces le pone el dibujo del guacamayo en la mano.

—Dale esto a mamá —le dice.

Empiezan a atravesar el aparcamiento, pero de pronto el niño echa a correr. Nonc mantiene el paso, decide guardar las distancias. Se fija en cómo el niño se aferra a la verja. Ve cómo Marnie se echa a llorar, cómo se seca las lágrimas con dedos temblorosos. La suya es una angustia pura. No es una mujer que crea que va a volver a ver a su hijo dentro de una semana, sino todo lo contrario, y de pronto Nonc comprende que va a tener al niño durante mucho tiempo.

Chuck E. Cheese está impregnado del olor corporal de la gente que hay acampada en los reservados, pero no hay ningún otro sitio al que ir. La lucecita que ilumina la mirada de Geronimo es muy débil, de modo que Nonc deja que se monte en todas las figuras del tiovivo, que da vueltas lentamente en la sala de juegos. Lo más siniestro, lo que Nonc no puede quitarse de la cabeza mientras echa una ficha tras otra en el saltamontes, es que no sabe quién metió al niño en la furgoneta. No cayó en ello hasta que estaba ya alejándose de la cárcel, pero sólo con pensar en las manos de un desconocido se le revuelve la pizza en el estómago.

Nonc se arrodilla frente a Geronimo —unas mejillas perfectas, los dientes separados, ojos negros como un pantano—, que va a uno por hora en la diligencia.

—¿Quién te dejó conmigo? —le pregunta.

Nonc levanta la mano y la mueve ante los ojos del niño, pero éste no la sigue. Es como si, no concentrándose, no viera el lugar del que su madre está siempre ausente. Nonc le acaricia el lóbulo de la oreja y lo mira a los ojos. Si el niño llorara, sabría qué hacer. Cuando un niño llora, le das una sacudida cariñosa y una palmadita en el culo.

Nonc echa varias fichas más en la atracción y llama a Relle.

—¿Lo del negocio va en serio? —le pregunta en cuanto descuelga—. ¿Estás dispuesta a que funcione? Porque tengo que saberlo, sin rollos raros.

—¿Va todo bien? —pregunta ella—. ¿Ha pasado algo?

—Dime que lo del pabellón de caza va en serio, dime que va a funcionar. Porque no puedo seguir criando a mi hijo en la trasera de la furgoneta, eso tiene que terminarse.

—Pues claro que va a funcionar, si tú quieres. Ya has visto la de aves que hay ahí fuera, tenemos un montón de patos. Conseguiremos un vehículo, luego convertiremos la caseta de los perros en un pabellón, y antes de que te des cuenta tendremos un chef y una sauna. No te darás ni cuenta y vendrán parejas a pasar la luna de miel.

—Puedo conseguir un cuatro por cuatro, pero como sea otro chanchullo de los tuyos...

—La gente ha empezado ya a mandarnos depósitos —dice Relle—. Y ¿cuándo no he estado yo de tu parte? Soy la única persona del mundo que está de tu parte.

Nonc contempla a Geronimo, que gira lentamente dentro de una taza de té.

—Se acabaron las pruebas de ADN, ¿vale? Es mi hijo, y punto. Y no quiero volver a oír hablar de Marnie, nunca más.

—Tienes razón —dice Relle—. No debería haber hecho esa prueba. El niño es sangre de tu sangre, eso es evidente. Y eso quiere decir que el niño siempre será tuyo, pase lo que pase y vayas donde vayas.

—Vale, mucho mejor —dice Nonc—. Voy a hacer una llamada y tú ve preparando la maleta.

—¿Y el niño?

—A partir de ahora vamos a hacer lo que hay que hacer.

Nonc le limpia la cara con agua de un vaso rojo de plástico. Pone la mano húmeda sobre el hombro del chaval y llama a California. Cuando su padre descuelga, Nonc le dice:

—Busca a alguien, tenemos que hablar.

Al cabo de un minuto, un camillero se pone al teléfono.

—*Hola* —dice—. *Aquí Enrique.*

—Enrique —le dice Nonc—, ¿me puedes ayudar a hablar con mi padre?

—Oye —responde Enrique—. ¿Tú eres el tipo que le pidió a su novia que llamara? Porque me enteré de eso y estuvo fatal.

—No, fue otro —contesta Nonc.

—Bien, mejor —dice Enrique—, porque con tu viejo me parto. Mi padre era un hombre rudo como un callo. Tu padre me recuerda a él.

—¿Cómo le va?

—Está muerto —dice Enrique.

—¿Muerto?

—Sí, se murió el año pasado. Un momento, ¿me preguntas por mi padre o por el tuyo? Pensaba que hablabas de mi viejo.

—¿Me estás vacilando?

Enrique no contesta y Nonc lo oye decir:

—Es su hijo, quiere saber cómo le va. —Hay una pausa—. Tenemos que esperar mientras teclea —le dice a Nonc.

—¿Qué tiene, un ordenador?

—Esta ala del hospital tiene wifi —dice Enrique—. Y con el ordenador puede hablar, o sea que...

Entonces empieza a leer lentamente, a medida que Harlan va tecleando:

—«Vi el huracán por la tele. ¿Todo bien?».

Nonc no sabe a qué se refiere con lo de *todo*, pero dice:

—Sí, dile que hay mucha gente desaparecida pero que nosotros nos hemos salvado.

Enrique le da el mensaje y vuelve a leer:

—«Es muy duro para un niño. Yo tenía seis años cuando el Audrey. Dijeron que por eso había dejado de crecer, por todo lo que pasó el año después del Audrey».

Nonc ha oído a los ancianos hablar del huracán Audrey, de cómo las olas llegaron treinta kilómetros tierra adentro, hasta el mismísimo escroto de Lake Charles, de cómo no hubo ningún aviso, de cómo los caimanes dormían bajo los árboles, esperando a que los cuerpos se pudrieran y cayeran de las ramas. Pero Harlan no lo había mencionado nunca.

—«Si me hubiera quedado en Lake Charles, la tormenta se me habría llevado» —sigue leyendo Enrique—. «Debería haber estado ahí. Así es como se supone que se tiene que marchar un cajún.»

—Dile que he recibido su paquete —dice Nonc.

Enrique le pasa el mensaje y acto seguido responde:

—«Los números de la cartera son cuentas de póquer en internet. Son mi banco. No pagas impuestos ni dejas rastro. Ingresas el dinero y lo sacas cuando quieres».

—Pregúntale si tiene un cuatro por cuatro —dice Nonc.

—Eh —dice Enrique—, ¿y si charláis un poco? Parece que seáis parientes lejanos, y no familia.

—Bueno, ¿qué? ¿Tiene uno o no?

Enrique se lo pregunta y luego lee la respuesta:

—«¿Cómo le has puesto al niño?».

—Geronimo —dice Nonc.

—¿En serio le has puesto Geronimo a tu hijo? Qué intenso. Te va a salir un hijo intenso. Los nombres son así, marcan el destino. Mi nombre real es Maximillian.

—Pregúntale si es un todoterreno o una camioneta, cuántos kilómetros tiene y eso.

Enrique se lo pregunta y lee la respuesta:

—«Tengo varios coches; no sé lo que valen, pero son tuyos. Iba a dejárselos a los leprosos».

Es una expresión que Nonc no oía desde pequeño, cuando la gente solía dejar los muebles antiguos en el muelle para que se los llevara el barco de provisiones de Carville Island, donde estaba el hospital para leprosos. Harlan solía decir, bromeando, que en realidad uno no tenía nada, que los leprosos sólo te prestaban sus cosas durante un tiempo. Harlan no ha reído desde que perdió las cuerdas vocales —de su risa ya sólo quedan unos ojos que se abren de par en par y unos labios que se estrechan—, pero Nonc todavía recuerda cómo se reía de la suerte de los leprosos, como si fueran lo más próximo a los cajún en el árbol de la evolución.

—No habla como si se estuviera muriendo —dice Nonc—. ¿Tú crees que se está muriendo?

—Pregúntaselo a él —dice Enrique—. Quiere hablar contigo.

—¿Cómo?

—Ha estado practicando.

—¿Con el ordenador?

—No, hablando, hablando de verdad. No es fácil entenderlo, pero es posible pillar el sentido de lo que intenta decir.

Nonc sujeta el teléfono y especula con qué querrá contarle su padre: batallas de las que huyó, cómo lo recordarán, dónde quiere que lo entierren... Pero cuando Harlan se pone al teléfono, Nonc oye un chisporroteo húmedo procedente del esófago y sabe que es sobre el niño. Nonc imagina a su padre con la boca abierta como la puerta de una de esas casas sin tejado, y aunque no consigue descifrar sus sonidos, sabe que es algo sobre su nieto, un huracán y el año que les espera.

Nonc conduce hasta su antigua casa, donde coge las llaves, el dinero y la cartera del sofá. Entre la basura del suelo descubre unos pequeños prismáticos como los que la gente lleva a los partidos de fútbol americano, y de camino a ver a la doctora Gaby, el niño contempla el mundo a través de una única lente. Cuando Nonc frena y aparca sobre la hierba, los del *dream team* están reunidos en el porche, sentados en sillas plegables, mientras Relle les lee lentamente la lista de miembros de la Sociedad de Psicología de Luisiana. Lee un nombre, estudia la reacción en sus rostros, y lo lee otra vez antes de proseguir. Geronimo sale corriendo de la furgoneta y se sienta junto a ellos en una silla vacía.

El día se ha estancado, el cielo está encapotado y todos escuchan la voz de Relle con gran expectación, como si fuera a anunciar sus nombres, como si en cualquier momento fueran a elegirlos para que se sumen a las filas de los conocidos.

Nonc sube por la rampa para sillas de ruedas. Relle se levanta y deja la lista sobre su silla.

—Creía que no ibas a llegar nunca —le dice—. Luego le toca el turno a la Sociedad de Psicología de Misisipi.

—¿Estás lista? —le pregunta.

—¿En serio nos vamos? —responde ella—. Quiero decir, ¿y tu trabajo? —insiste, como para asegurarse de que habla en serio—. ¿No te van a despedir?

—Puede ser —dice él—. A lo mejor le echan la culpa al huracán.

Relle le dirige una mirada comedida, calculadora.

—Vale —dice.

Encuentran a la doctora Gaby en la cocina, envolviendo una hilera de bocadillos con film transparente. Geronimo saca un cuenco grande del armario y la mira con gesto expectante.

La doctora Gaby ni siquiera se vuelve a mirarlo, como si ya supiera a qué ha ido Nonc.

—¿Alguna respuesta a la lista? —le pregunta a Relle.

—Ni siquiera saben cómo se llama usted —dice ésta.

—No hace falta que sepan ningún nombre —responde la doctora Gaby—, sólo que lo reconozcan.

Nonc decide hablar:

—Nos vamos a California.

—¿Cuándo os marcháis? —pregunta la doctora Gaby.

—Ahora mismo.

—¿Y cómo vais a ir?

—Con la furgoneta.

—¿Te piensas llevar la furgoneta del trabajo a California? ¿Y a la empresa le parece bien?

Nonc se encoge de hombros, pero la doctora Gaby no lo ve porque está muy concentrada colocando cada bocadillo en medio de un recuadro de plástico. Dobla una parte, luego la otra y, finalmente, enrosca los extremos.

—No puedes llevarte al niño —dice—. No en una furgoneta robada. Ni siquiera tienes una sillita.

—Ya lo sé —responde Nonc—. Por eso estoy aquí.

Ella hace girar la silla de ruedas y se lo queda mirando.

—Doctora Gaby —prosigue Nonc—, he hecho lo que me dijo y he elegido. He elegido y voy a hacer todo lo posible para ser un buen padre. Todos los rollos chungos de mi padre, lo que le hizo a la gente... Existe una forma de sacar algo positivo de todo eso. Sólo pido una semana. Llevarnos al niño no es lo mejor para él. Sabía que usted también lo vería así, que también pensaría en lo que es mejor para él.

—Vamos a buscar un cuatro por cuatro —dice Relle.

—¿Sabéis dónde os estáis metiendo? —pregunta la doctora Gaby—. Vais a necesitar un certificado de defunción, registrar el coche para sacarlo del Estado, pagar el seguro, y eso sólo para cambiar el nombre en los papeles. Dios no quiera que haya una validación testamentaria.

—Llegaremos allí antes de que se muera —dice Nonc.

La doctora Gaby se vuelve hacia Relle.

—¿Y quién va a conducir el vehículo de regreso? ¿Ella? ¿Y si tiene cambio manual? ¿Va a conducir la furgoneta?

—Se trata de mucho más que un cuatro por cuatro —dice Nonc.

—Deje ya de intentar desanimarnos —le espeta Relle—. Ni siquiera hemos salido por la puerta.

La doctora Gaby le tiende la bandeja con los bocadillos.

—¿Puedes repartir la comida, por favor?

Pero Relle se marcha escaleras arriba para terminar de hacer las maletas.

—La cuestión no es si yo te echo una mano con el niño —dice la doctora Gaby—. Le tengo mucho aprecio, ya lo sabes. La cuestión es ésta: dime una sola persona que se haya marchado de Luisiana y haya regresado.

—Yo —dice Nonc—. Yo voy a regresar.

—Pero ¿tú oyes lo que dices? La forma de comprometerte con un niño no es abandonándolo.

—Sólo será una semana.

La doctora Gaby se lo piensa. Va con la silla de ruedas hasta la nevera, saca la leche y le sirve al niño un vasito de papel de vitamina D.

—Tú sabes cuál es mi filosofía respecto a estos asuntos, ¿verdad? Sabes que si dejas al niño conmigo voy a tener que hacer lo que sea mejor para él, que será eso lo que guíe mis decisiones.

—Eso es exactamente lo que quiero —dice Nonc—. Por eso estoy aquí.

—¿Has encontrado a la madre?

—Está en la prisión de Calcasieu, señora.

La doctora Gaby respira hondo y mira al niño.

—¿Me puedes dar un número de contacto en California? Si se te estropea el móvil o te quedas sin servicio, ¿hay alguien a quien pueda llamar?

—No —dice él.

—¿Y cuándo volveréis, exactamente?

—Calculo que en una semana. Dos días para ir, dos para volver, dos para el papeleo y uno para imprevistos.

—Siento tener que ponerme así, Randall, pero ¿podemos acordar el día exacto de regreso?

De pronto, Nonc le lanza una mirada de desconfianza.

—Bueno, es una situación incierta, con muchos elementos desconocidos. O sea que, si vamos a ponernos puntillosos, supongo que la respuesta es no.

—Voy a tener que tomar nota de eso, ¿vale? Que sólo puedes aventurar una fecha aproximada de regreso.

Nonc frunce el ceño, con gesto dolido.

—Randall —le dice la doctora Gaby—. ¿Sabes dónde te estás metiendo? No tienes por qué irte, lo sabes, ¿no? Tienes un trabajo y yo puedo ayudarte. ¿Quieres que te elija? Porque lo haré, te elegiré.

—Vamos —dice Nonc—, sólo es una semana.

La doctora Gaby coloca una hoja en blanco en la encimera y se pone a buscar un lápiz.

—Tendrás que firmarme una cesión de custodia. Si hay una emergencia o hay que tomar una decisión médica, la necesitaré.

—Una cesión temporal.

—Sí, claro —dice ella—. Temporal.

Sin decir nada más, la doctora Gaby saca una neverita para el viaje. Mientras Nonc redacta la nota, ella llena la nevera de bocadillos y refrescos bajos en calorías, y mete conservadores azules de hielo. A Nonc le cuesta lo suyo encontrar las palabras, pero cuando termina e intenta leerlas, su mente es incapaz de combinarlas.

—Ten cuidado con ella —le dice la doctora al darle la neverita—. Siempre he pensado que Cherelle es capaz de hacer cosas buenas, pero, sinceramente, no he visto muchas pruebas de ello.

Cuando salen, Cherelle está ya cruzando el jardín. Anda como un pato, como si estuviera embarazada, cargando su pesadísima máquina de coser hacia la furgoneta.

—¿Se puede saber qué haces? —le pregunta Nonc—. Vamos a volver dentro de nada.

—Yo no voy a ninguna parte sin mi máquina de coser —dice Relle con un gruñido.

La doctora Gaby le lanza una mirada a Nonc, la misma mirada que le dirigieron las viejas de la iglesia.

—¿Qué pasa? —le pregunta.

—Nada —dice ella, sin dejar de mirarlo.

Nonc vuelve a la furgoneta para recoger la radio amarilla de Geronimo y el resto de sus enseres, que siguen dentro de la misma bolsa que usó Marnie. Aunque parece que tendría que preparar un montón de cosas antes de emprender el viaje, en realidad no es así. Regresa a la casa y lo deja todo encima del porche. Geronimo está sentado en la rampa, con los pies colgando y los prismáticos en la mano. Mira sólo a través de una lente, de modo que Nonc puede mirar a través de la otra.

—Pío grande.

Nonc se agacha para quedar a la altura del niño.

—Nonc se tiene que ir —le dice—. Pero volverá enseguida. Nonc siempre vuelve, recuérdalo. —Entonces coge el DIAD y se lo entrega a Geronimo—. Esto lleva un chip GPS. Vayas donde vayas, pase lo que pase, podré encontrarte gracias a esto. Si algo sale mal, hablaré con mis amigos de UPS y te encontraré. —Nonc le da un beso en la frente—. Recuerda que Nonc es tu verdadero padre. Y que volveré enseguida.

Antes de que tenga tiempo de despedirse de ella, la doctora Gaby se mete en casa.

Cuando Nonc sube a la furgoneta, Relle ya lo está esperando en el asiento del acompañante. Desata la hamaquita que cuelga entre los asientos y saca un montón de material que se ha descargado de internet. Uno de los pliegos lleva por título «La Biblia para encontrar piso en L. A.».

—¿Qué pasa? —le pregunta al ver que él se lo queda mirando—. En Los Ángeles no se puede dormir dentro de una furgoneta.

«Todo irá bien», piensa Nonc al arrancar el motor. Aquella parte había resultado más fácil de lo que imaginaba. Nonc había temido que despedirse del niño lo dejara destrozado, que el niño se desmoronara, que él se desmoronara y que todo empezara fatal. Pero de momento todo va bien.

—Tenemos que darnos prisa —dice, dejando atrás el caminito de acceso.

Nonc se despide por última vez, sacando la mano por la ventanilla. El *dream team* lo observa sin juzgarlo, sin responder. Su hijo lo mira sólo con un ojo. A través de esos prismáticos, piensa Nonc, debe de aparecer aumentado, debe de ocupar todo el campo de visión del chaval.

Toman Lake Street y el plan ya está en marcha. Por una vez, en lugar de dejar que las cosas pasen, Nonc está haciendo que pasen cosas, y ésa es una sensación nueva, realmente agradable. Para que el plan resulte va a tener que dar lo mejor de sí, es consciente de ello. Va a tener que echar el resto.

Relle empieza a cambiar las emisoras presintonizadas de la radio de la furgoneta.

—Alguna gente dice que Nueva York es la capital de la moda — comenta—. Pero en realidad es Los Ángeles.

Nonc está pensando en la vez en que Relle lo llevó de visita a la propiedad de su padre. No dejaba de preguntarse dónde habrían enterrado a los perros. Dondequiera que fueran, imaginaba una burbuja llena de galgos bajo sus pies. Pero tiene que dejar de pensar en esas cosas. Ahora venden unas cabañas triangulares prefabricadas, que puedes montar donde quieras. Sí, ése es el tipo de cosas que tiene que empezar a visualizar.

—¿Sabes quién sería un buen chef? —dice—. El hermano de Donny Trousseau. Ese tío te cocina cualquier cosa.

—Sí, es muy bueno —dice Relle, que abre la neverita y saca dos refrescos. Entonces coge los bocadillos—. Me he comido ya mil como éstos —dice, y los tira por la ventana.

Por el retrovisor, Nonc los ve rodar por la calzada. De pronto se acuerda de que quería preparar una hoja de vocabulario para la doctora Gaby.

—Mierda —dice—. Quería escribir algunas instrucciones para el niño.

—No te preocupes —dice Relle—. La doctora Gaby es una profesional.

—Sí, supongo que tienes razón.

—Pues claro que tengo razón —dice ella. Toman la rampa de acceso al puente de la interestatal 210—. Haz el favor de relajarte, ¿quieres? Cálmate un poco. Tu padre no va a ponerte problemas, está casi muerto. Y qué más da si tardamos un día o una semana más en volver. ¿Qué va a hacer la doctora

Gaby? ¿Enrollar al niño en una alfombra y dejarlo en la acera? No, lo adora. O sea que si sale algo, todo irá bien. Si tengo que hacer una parada técnica en Denver, todo irá bien.

—¿Tienes que hacer una parada técnica en Denver?

Ella le coge la mano.

—¿Lo ves?, no te estás relajando.

Mientras remontan el puente de Lake Charles, Nonc se fija en los músculos y los brazos de las plantas petroquímicas, cuyos conductos de ventilación arrojan llamas de color marrón azulado. Debajo ve el borde marrón de la marea y el abdomen abierto de Luisiana extendiéndose en todas direcciones. En lo alto del puente no hay rastro alguno de lo sucedido, ni una taza antigoteo olvidada en el arcén, ni siquiera un zapatito. Nonc contempla la ciudad; parece uno de esos cuadros sobre el fin del mundo bíblico: todo es grandioso e impresionante, pero si te fijas bien, resulta que hay gente pringando por todas partes. Nonc mete la cuarta e incluso eso le parece un avance, el primer paso de un plan tan enorme que escapa a la imaginación. Incluso el menor de los detalles parece un avance, un momento crucial. Le das un beso en la coronilla a tu hijo y, desde luego, sin lugar a dudas, se trata de algo serio. Arrancas la furgoneta y metes primera, y sabes que no se trata de un momento corriente. Llegas al punto más alto del puente de Lake Charles, rumbo al oeste con el viento en los ojos, e incluso ponerte las gafas de sol te parece un gesto cargado de trascendencia.

DATOS INTERESANTES

Un dato interesante: Tucán cera pasa duales toma goya los plumones.

Si no lo entendéis no pasa nada. Yo he intentado descifrarlo y tampoco lo he conseguido. Las cosas más importantes nos las ocultamos incluso a nosotros mismos.

De hecho, hace relativamente poco salió el tema de las esposas muertas. Mi marido y yo volvíamos a casa paseando después de un acto literario. Era en San Francisco, es decir, que había lluvias invernales, y acabábamos de asistir a una lectura de una escritora local que presentaba una colección de relatos cortos. La escritora tenía veintitantos años y era una chica sexy, con los brazos tersos y una melena negra y reluciente. Y, os aviso ya, pienso hablar sobre los pechos de todas las mujeres con las que me cruce. Los de la escritora eran totalmente, terriblemente normales, ni los ocultaba ni los lucía debajo de una blusa de satén, y la odié por ello. La historia que leyó iba sobre un hombre que decide volver a tener una cita después de perder a su mujer. Siempre es un aneurisma, un accidente de coche o una larga lucha contra el cáncer. El cáncer es la peor forma de morir para una esposa de ficción. En cualquier caso, el hombre de la historia espera una temporada razonable tras perder a su mujer —¡dieciséis meses!— antes de decidir tener otra cita. Después de tanto sufrimiento, el tipo está eufórico y despliega sus encantos. La primera mujer con la que habla se muestra más que dispuesta. El tío lleva mucho tiempo esperando y está muy juguetón, y cuando se acuestan, o sea, es brutal. El viudo de cuarenta y tantos se tira a la chica de veintitantos encima del casco de su piragua. Y la historia incluso tiene moraleja, sutil pero implícita: cuando surge el amor, es aún más intenso si el hombre ha descubierto de primera mano la dolorosa fragilidad de la vida. Bueno, de segunda mano.

Aplausos, turno de preguntas, más aplausos.

Como ya he dicho, estaba lloviendo. Acabábamos de salir de Booksmith, en Haight Street. La acera estaba plagada de mendigos empapados, pero nosotros éramos unos cabrones y nunca les dábamos nada.

—¿Qué te ha parecido la historia? —preguntó mi marido.

Se notaba que a él le había gustado. Aunque a él le gustan todas las historias.

—Me he sentido identificada con la esposa muerta —dije yo.

A lo que mi marido, el mayor tarugo que jamás haya ganado un Premio Pulitzer, respondió:

—Pero si ni siquiera era un personaje.

Había pasado un año desde mi diagnóstico, cirugía, quimio y otras intervenciones, inyecciones, indignidades y tratamientos. Cuando enfermé, nuestra hija menor se transformó en un caballo; silenciosa e indomable, nuestra niña-caballo ya sólo rebufa y relincha. Antes de eso, pasó por lo que bautizamos como su «fase de datos interesantes». «Un dato interesante», anunciaba, y acto seguido compartía alguna información increíble con nosotros: ninguna ballena asesina en libertad ha matado jamás a un ser humano; los insectos son ricos en proteínas; los colibríes tienen sentimientos y casi siempre están tristes.

Así que aquí van algunos de mis datos interesantes. El Lupron, además de inhibir la ovulación, se utiliza para castrar químicamente a los agresores sexuales. El Vinblastine, un alcaloide venenoso producido a partir de las flores de la violeta, interrumpe la división celular. El Tamoxifeno hace que te crujan las caderas. A mí se me cayeron las cejas al año de terminar la quimio. Y mucho después de que te hayan extirpado las tetas, sus fantasmas siguen ahí: sienten el frío, te duelen cuando haces ejercicio y las notas mojadas después de ducharte. Y ya puedes secarte como una posea, que seguirán goteando.

Antes de que mi marido ganara el Pulitzer llegamos a un acuerdo: yo lo adoraría aunque cogiera unos kilos de más y él me adoraría aunque tuviera que someterme a una doble mastectomía. ¿Quién más nos iba a querer? Sí, ¿quién más? Ahora sus lecturas están abarrotadas de jóvenes Dorothys Parker que acosan a mi hombre. Y lo peor es que su novela está ambientada en Corea del Norte, o sea que no paran de invitarlo a actos plagados de miembros de la alta sociedad coreana, donantes coreanos, activistas coreanos, escritores coreanos y pilares de la comunidad coreana.

¿Me he olvidado de mencionar las palabras *mujeres* y *guapísimas*?

«Es usted tan sensible a la experiencia coreana», le dice una mujer guapísima de la alta sociedad coreana a mi marido.

«Le presento a mi adorable esposa», responde él, siempre impecable en esas situaciones.

La mujer guapísima de la alta sociedad coreana me ignora y añade: «Tiene que venir a nuestro club de lectura».

Ojalá pudiera apretar un botón cada vez que alguna dice eso.

Lo que ocurre es que estoy cansada. Y cuando estoy cansada me pongo a pensar en estas cosas sin querer. Estamos a cuatro manzanas de casa, donde hemos dejado a los niños, que ya son lo bastante mayores para no necesitar canguro. En noches como ésta, nuestro hijo de once años dibuja cómics sobre las invasiones de Mongolia y el Movimiento por los Derechos Civiles; su profesor de historia le deja presentar los deberes en formato gráfico. (¡Ah, San Francisco!) Nuestra hija, a sus nueve años, es una pastelera experta. Con el pelo recogido en una coleta, está ya cubierta de harina y amasando. La niña-caballo, que sólo tiene siete años, hace doma de exhibición. Es un caballo que no necesita jinete.

Pero mis hijos darían para otra historia. Ahora mismo apenas puedo prestarles atención. Sus pequeñas siluetas, recortadas como camafeos negros, se me hacen una montaña.

Mi marido y yo caminamos bajo la lluvia. No nos damos la mano. Todavía siento el picor del Vinblastine en el nacimiento de las uñas, uno de los lugares donde, al parecer, el cuerpo almacena las toxinas. ¿Alguna vez habéis sentido la necesidad de arrancaros las uñas y rascaros debajo, de tirar de la uña hasta despegarla para poder hacer ras, ras, ras?

Flexiono los dedos, froto las uñas contra las tachas de mi cinturón de piel.

Aunque sé que es mejor no hacerlo, le pregunto:

—¿Cuánto tiempo esperarías tú?

—¿Esperaría para qué?

—Desde que me muriera. ¿Cuántos meses pasarían antes de que te tirarás a una veinteañera en una piragua?

No debería decir esas cosas, lo sé. Mi marido no tiene ni idea de las chaladuras que se me pasan por la cabeza.

Él meditó un momento su respuesta:

—Legalmente —dijo—, seguramente tendría que esperar al certificado de defunción. Si no, podría considerarse bigamia o algo así. O sea, que tendría que esperar a la autopsia y el entierro, y a que los lentos mecanismos burocráticos resolvieran todo el papeleo. Yo calculo que serían entre doce y dieciséis semanas.

—Menudo engorro tiene que ser conseguir un certificado de defunción —le digo yo—. Pero, espera, ¿no conocías a un tipo del ayuntamiento, Keith Nosequé?

—Es verdad, Keith —dice él—. Seguro que Keith me conseguiría una fe de defunción en un periquete. El tío me debe una. Alguien como Keith podría coger el certificado de defunción y reunir todas las firmas necesarias en, qué sé yo, entre siete y catorce días.

—¿Ésa es tu respuesta? ¿Entre siete y catorce días?

—Aproximadamente, claro está. Siempre existen variables, cosas que podrían escapar al control de Keith. Si actuara con prisas excesivas o con demasiada insistencia, podría meterse en un lío. Podrían incluso despedirlo.

—Pobre Keith. Ahora me siento mal por él, a merced del universo y todo eso. Él, que sólo quería ayudar a un amigo que pasa por un apuro a echar un polvo.

Mi marido me dirige una mirada de preocupación.

Entramos en Frank's Liquors a comprar condones, aunque tenemos tantos en casa que ya no sabemos dónde meterlos. Es su forma sutil de decirme: «Dame un poco de sexo, por el amor de Dios».

Mi marido detesta todos los condones, pero hay una marca que detesta menos que las demás. Yo no puedo tomarme la píldora porque mi cáncer era receptivo al estrógeno. Mi marido no cree lo que dicen los médicos: que aunque el Tamoxifeno simule la menopausia, puedes quedarte igualmente embarazada. Mi marido tiene cuarenta y seis años. Yo tengo cuarenta y cinco. Él no cree que a mi edad, después del cáncer, de la quimioterapia y de una menopausia químicamente inducida, pueda quedarme embarazada, pero, queridas, yo conozco mi útero. Ya ha demostrado de qué es capaz.

—¿Tú crees que me harían la autopsia? —le pregunto mientras estudia la vitrina—. No soporto la idea de que me abran.

Él me mira.

—Estás bromeando, ¿verdad? Procesando tu ansiedad mediante una terapia de humor y conversaciones sin ton ni son.

—Sí, claro.

Mi marido asiente.

—Supongo que sí. Eres joven y estás sana. Imagino que querrían abrirte para determinar de qué la has palmado.

Se me escapa un «ah» minúsculo, ácido; sé perfectamente que debería reprimirlos.

—Además —añade él—, si estoy saliendo con alguien al cabo de entre siete y catorce días...

—Aproximadamente.

—Sí, aproximadamente. Querrían descartar que se trate de un crimen.

—Te mereces hacer borrón y cuenta nueva —le digo—. Nadie querría que la muerte de una exesposa mancillara una nueva relación. No sería justo para la chica nueva.

—Creo que este juego ha dejado de ser terapéutico —dice él, eligiendo sus condones.

Un dato interesante: el Tamoxifeno acarrea un riesgo de malformación congénita de clase D, la más temible de todas.

Otro dato interesante: mi marido se niega a someterse a una vasectomía.

La cajera es una mujer mayor. Sus flácidos pechos de vieja le cuelgan debajo del vestido. Cuando abre la caja registradora, el cajón choca contra ellos.

Mis amigas me dicen que un día me sentiré afortunada por haberme ahorrado un futuro de flacidez. Después de mi mastectomía bilateral decidí no reconstruir. O sea que no tengo nada, sólo dos líneas diagonales, como dos cremalleras, donde deberían estar mis pechos.

Giramos hacia el sur y tomamos Cole Street.

Los condones son una mera ilusión. Los dos sabemos que me iré a dormir en cuanto lleguemos a casa.

Un dato interesante: duermo entre doce y trece horas cada noche.

Otro dato interesante: el Taxotere hace que el pis se te vuelva de color rosa.

Otro dato interesante: el Cytoxan es un agente cáustico relacionado con el gas mostaza. Se filtra a través de la sangre y deja cicatrices en la vejiga. Por eso me despierto cada hora, noche sí, noche también, para hacer pis.

¿Comprendéis ahora por qué me cuesta tanto distinguir entre la vela y el sueño, por qué confundo lo uno con lo otro? ¿Veis a qué me refiero cuando digo que me cuesta diferenciarlos?

—¿Y qué me dices de tus obligaciones como nativo americano? —le pregunto a mi marido—. ¿No tendrías que esperar cierto número de lunas o algo así?

No responde, y yo me encojo sólo de pensar en lo que acabo de decir.

—Lo siento —digo—. No sé qué me pasa.

—Es sólo que estás cansada —dice él.

La lluvia se ha convertido en chirimirí. La mujer de la lectura de esta noche me ha parecido detestable. Los asistentes me han parecido detestables. Los aspirantes a escritor fracasados que había entre el público me han parecido detestables. Detesto a todos los aspirantes a escritor fracasados, y especialmente a mí misma.

—¿Has pensado alguna vez en «nunca»? —pregunto.

—¿Nunca qué?

—En que nunca hubiera otra mujer.

—¿Por qué dices esas cosas? —pregunta él—. Hacía mucho que no decías esas cosas.

—Podrías seguir adelante, tú solo —insisto—. Apretar los dientes y seguir adelante.

—Siento de veras todo lo que se te pasa por la cabeza —dice él.

Un dato interesante: Charles Manson vivió en nuestro barrio, en el 636 de Cole Street.

La casa de Manson se alza ante nosotros. Siempre me detengo a mirarla. Ahora es beige, pero cuando Manson la usaba para reclutar a sus jóvenes asesinas estaba pintada de azul. Parte de la acción de mi última novela, un libro que nadie quiso publicarme, tenía lugar en esta casa. ¿Adónde han ido a parar todos los años que pasé escribiéndola? ¿Dónde está hoy ese libro? Contemplo la casa de Manson. Ahora mismo me siento viva, aunque mientras espío las habitaciones oscuras a través de las cortinas no puedo estar segura.

Investigando para mi novela me topé con unas fotografías de la escena del crimen de Sharon Tate, la víctima más famosa de Manson, que murió acuchillada. Tiene unos pechos grandes y redondos, hinchados porque está embarazada, con unas areolas anchas y oscuras.

Miro a mi marido. Es grande y alto como un jugador de fútbol americano. Y no me refiero a los esbeltos receptores que ponen en los calendarios, sino a los fornidos *linebackers*, con la barriga colgando por debajo de la camiseta.

—Necesito saberlo —le digo—. Dímelo, dime cuánto tiempo esperarías.

Él me pone una mano en el hombro y me sostiene la mirada. Es imposible apartar la vista.

—No te vas a ir a ninguna parte —dice—. No dejaré que te marches sin nosotros. Lo hacemos todo juntos, o sea que si alguien se tiene que ir, nos iremos todos. La cabina de nuestro 777 perderá presión. O, mejor aún, sucederá cuando estemos todos en la furgoneta, yendo hacia Pacifica: al tomar las curvas de Devil's Slide de pronto nos saltaremos la valla de contención, todos, tú, yo, los niños, incluso el perro. No hay tiempo para tener miedo, ni para pensar. Nos precipitamos, nos despeñamos, nos estrellamos contra las escarpadas rocas. —Me estruja el hombro con fuerza, casi con demasiada fuerza—. Así es como sucederá, ¿estamos?

Algo se derrite en mi interior. Oírle decir cosas como ésta es lo único que me hace seguir adelante.

Mi marido y mis hijos me acompañaron al hospital para la primera sesión de quimio. ¿Fue hace un año? ¿Hace tres? ¿Qué es el tiempo para vosotras? ¿Un punteo de una cuerda de arpa? ¿El puto do-re-mi de los diapasones? Hay doce salas de tratamiento intravenoso y a nuestra hija pequeña no le gusta ninguno de los datos interesantes del ala de quimioterapia. Ése fue el día en que dejó de hablar y se convirtió en una niña-caballo, galopando por la sala de enfermeras y rascando el suelo con sus pezuñas para expresar sus deseos. Nuestro hijo reconoció a un niño del colegio. Yo también lo reconocí, del concurso de talentos. El niño nos había ofrecido un número cómico a la antigua usanza, con unos pasos de claqué y todo. Pero esos días formaban ya

parte del pasado. Ahí estaba con su madre, una mujer envejecida y hecha polvo, conectada a su gotero. Debía de llevar mucho tiempo de tratamiento, pero incluso yo me di cuenta de que no iba a lograrlo. No le dije nada. ¿Quién quería saludar a una muerta, alguien que pronto estaría departiendo con la muerte? Hice lo posible para que no se me fuera la mirada hacia ella, mientras dos bolsas idénticas de Taxotere iban pasando, gota a gota, furiosamente, a nuestras venas.

Así era como la gente iba a tratarme a mí más tarde; es exactamente como me tratan actualmente, cuando vuelvo a casa y me encuentro a mi marido sentado en el sofá con Megumi, una madre del colegio de las niñas. Mi marido y Megumi hablan a la luz que entra a través del ventanal empañado de niebla. Encima de la mesa hay un plato de Pyrex con pollo *katsu*. Megumi lleva una blusa más tirante que un trampolín. Ha puesto una mano en el hombro de mi marido. Aunque tiene dos hijas, sus pechos son como los de una quinceañera, a punto de estallar. Sólo les falta mascar chicle y dibujar corazones de Hello Kitty.

—¿Qué está pasando aquí? —les pregunto.

Me ignoran con absoluto descaro.

Conocí a Megumi en los bancos de varios parques infantiles, donde entablamos varias conversaciones mientras mirábamos a nuestras hijas columpiarse. Me encantaba su estilo Shinjuku y a ella le gustaba todo lo que tuviera un aire *vintage* americano. Nuestros vínculos se estrecharon gracias a Tokidoki y a Patsy Cline.

—Me encanta tu vestido —fue lo primero que me dijo.

Iba atado al cuello, sin mangas ni espalda, y tenía un estampado de mirtos rosas.

—Un dato interesante —repuse—: soy de Florida, y Florida es el epicentro de la ropa *vintage*. Cuando se jubilan, las mujeres ricas de Nueva York y Nueva Jersey se mudan con sus fabulosos vestidos y luego se mueren.

—Eso es algo que me gusta —dijo ella, con ese tono ligeramente formal con el que hablaba—. En Tokio nadie se pondría la ropa de una muerta. —Entonces se disculpó, temiendo haberme ofendido sin querer—. Desde que me mudé a Estados Unidos digo unas cosas muy raras.

Nuestra familia iba a ir pronto a Tokio para la presentación de la edición japonesa del libro de mi marido. Durante varias semanas, Megumi me enseñó kanji trazando caracteres con ramitas en el cajón de arena, para que pudiera orientarme en el aeropuerto de Narita y en las líneas de metro de Shinkansen y Marunouchi. Me preguntó por mi marido y su libro.

—En Japón veneran bastante a los escritores —me explicó.

—Yo también soy escritora —dije.

Ella apartó la vista del kanji y me estudió.

—Pero nadie quiere publicar mis libros —añadí.

Más tarde ella también me reveló algo, tal vez por esa confesión. Era una tarde fría y neblinosa. Estábamos observando cómo un padre columpiaba a su hija, admirando cómo se deleitaba en los chillidos de placer de la niña cuando llegaba al punto de ingravidez de lo alto del arco.

—Si mi vida fuera una novela, tendría que dejar a mi marido —dijo de pronto Megumi—. Eso es una regla en literatura, ¿no? Tienes que hacer lo que dicta tu corazón. Mi marido se muestra frío y distante —explicó—. No lo sabía hasta que llegué aquí. América me lo ha enseñado.

Se suponía que yo tenía que apaciguarla, recordarle que su marido trabajaba muchas horas y decirle que todo mejoraría.

—¿Y tus hijas? —le pregunté, en cambio.

Megumi no contestó.

Y ahora me la encuentro aquí, sentada en mi sofá, con una mano en el hombro de mi marido.

Fui yo quien los presentó. ¿Os lo podéis creer? Fui yo quien le regaló un ejemplar de su novela en japonés. Me fijo en Megumi, que lo observa abriendo mucho sus grandes ojos oscuros. Y sé perfectamente cuándo mi marido le dedica toda su atención a alguien.

No consigo oír qué dicen, pero no hablan de ninguna obra de ficción, eso es evidente.

Otra cosa atrae mi mirada: flechas. Hay aljabas con flechas por todas partes: plumas rojas, plumas amarillas y blancas.

En la cocina hay una cacerola cubierta con papel de plata. No, dos cacerolas.

Me doy cuenta de que llevo puesta una pulsera de hospital. ¿Me la dejaría como emblema honorífico?, ¿como accesorio oscuramente irónico? ¿Es posible que el brazalete sea una especie de mensaje dirigido a mí misma?

Un dato interesante: el ideograma kanji de *irracional* es, según aprendí, una combinación de los ideogramas de *mujer* y *muerte*.

Hace poco se produjo un episodio que habría que anotar en la columna de la inversión entre sueño y vela. Estaba en el hospital. Eso no tiene nada de extraño. Lo hermoso era la presencia de mi familia; los tenía a todos a mi alrededor, estábamos todos junto a la cama de una paciente. En la sala había un montón de vasos de Starbucks; ahí estaban mi hermano, mis hermanas, mis padres y demás, y charlábamos como en los viejos tiempos. Hablábamos de historias de la guerra. Mi tío abuelo rememoró un partido de fútbol entre las dunas del norte de África, después de una batalla de tanques con Rommel. Mi padre contó la triste historia de cómo había intentado asistir un parto de un bebé del Vietcong cerca de Cu Chi.

De pronto mi hermano se puso muy serio.

—Creo que ha llegado el momento —dijo.

Todos nos volvimos hacia la cama y fue entonces cuando vi a la moribunda. Se oyó un pitido y su respiración se volvió más lenta. Tuvimos la sensación de que perdía peso ante nuestros propios ojos. Admito que guardaba cierta semejanza conmigo, pero no mucha: aquella mujer tenía unas profundas ojeras, y estaba esquelética y calva.

—¿No deberíamos llamar a la enfermera? —preguntó mi hermana.

Imaginé la entrada del carro de paros, con sus agujas, sus palas y su cánula de intubación. Aunque aquello no iba conmigo, pensé: «Dejad a la pobre mujer tranquila. Dejad que se vaya».

Todos nos volvimos hacia mi padre, un médico que ha visto la muerte en muchas ocasiones.

Mi padre es de Georgia. Tiene unos ojos cansados y húmedos, eternamente perlados.

Se volvió hacia mi madre, que estaba llorando. Ella negó con la cabeza.

A lo mejor habéis oído hablar de las experiencias extracorporales. Pues bien, lo que viví en esa sala de hospital fue una experiencia «intracorporal», la intensa sensación de abandonar el mundo real y penetrar en el cuerpo de aquella desconocida, justo en el instante en el que se le desenfocaba la mirada y se le aflojaban los labios. Inmediatamente noté la morfina que corría por su cuerpo y lo teñía todo con halos de luz tetra neón. Me adentré en el largo túnel oscuro del tiempo a través de la morfina, donde pasado, presente y futuro se hacen simultáneamente visibles. Volvía a ser una niña montada en una bici amarilla. Pronto llegaría al Golden Gate Park y podría contemplar a los arqueros disparando flechas entre la niebla. Me doy cuenta de que mis padres han pasado toda la semana visitando a esta mujer y leyéndole mis libros favoritos de Nancy Drew. El amarillo de sus cubiertas llena mi campo de visión. *La escalera oculta. La estatua que susurraba. La clave en el diario.*

¿Sabéis esa pausa entre dos latidos, cuando, durante una fracción de segundo, vuestro corazón se detiene? Oigo la reverberación de ese vacío, como el tañido de un contrabajo. La visión no es más que una vibración oscura y tu mente es apenas la sensación de cuando estás en el fondo de la piscina y te has quedado sin aire. De repente veo el interior del cuerpo de la mujer. Eso es algo que aprendes con el cáncer. Veo una cadena de nódulos linfáticos hinchados, teñidos de azul, y los zarcillos endometriales de un tumor sediento. Por todas partes aparecen los petazetas calcificados del crecimiento por dispersión. Aparece en silencio Kitty, tu mejor amiga. Se marchó del mundo con cáncer hace doce años. Se lleva un dedo a los labios y dice: «Chisssss». Y entonces comprendes que estás atrapada dentro del cuerpo de una moribunda. Te están enterrando en vida. «Será» se convierte en «es» y luego en «fue». Ya no logras distinguir el rojo republicano de la chaqueta St. John de tu madre. Ya no oyes la respiración temblorosa de tu hermana. Y, finalmente, queda sólo el silencio, el silencio creciente, envolvente, de la mujer en la que estás atrapada.

Y entonces, ¡zas!, no sabes cómo pero afortunadamente has logrado salir. Eres libre de nuevo, de vuelta al país de los vasos de Starbucks y los aparcamientos que cobran por fracciones horarias.

La ilusión de estar dentro de una mujer muerta es una experiencia alucinante. Pero así de poderoso es el cáncer, así es como puede llegar a afectarte la cabeza. Ni siquiera ahora puedes sacudirte de encima la sensación que esa percepción del tiempo dejó en ti; ¿cómo volverás a distinguir lo que ya ha pasado de lo que todavía no ha sido, por no hablar de lo que es?

Mi marido y mis hijos se han perdido la pesadilla entera. Están abajo, comiendo sopa.

Varios datos interesantes: el hospital de Kaiser Permanente en Geary Street es donde te quitan los pechos. La sopa de *wonton* con fideos de huevo que sirven en la cafetería es divina. Los *wontons* están hechos a mano, rellenos de col estofada al vapor y pimienta blanca. El Kaiser de Turk Street es la central de quimio. La especialidad de la cafetería del sótano son unos cuencos enormes de *pho* vietnamita, hechos con falda de ternera y decorados con perejil morado. ¡Y que no se os olvide la salsa Sriracha! El Kaiser de Divisadero es para cuando ya se acerca el final. Su *shio ramen* con careta de cerdo es sencillamente celestial. El restaurante abre toda la noche.

Mi conexión con la muerte, una fusión mental a lo Vulcano, tiene efectos extraños sobre nuestra familia. Lo más raro de todo es lo que me cuesta mirar a mis hijos. La idea de que sigan con sus vidas sin mí, la persona cuya única misión consiste en guiarlos, me resulta intolerable. Me tiemblan los brazos sólo con pensar en lo poco que faltó para que sus pequeños espíritus se apagarán de un soplido. La idea de que vayan a abrirse paso a solas en este mundo me da ganas de convertirlo todo en leña menuda, de coger un hacha y reducirlo todo a astillas. No he empuñado un hacha en mi vida, en general no soy una persona muy diestra, o sea que levantaría la hoja con plena conciencia de que no iba a dar en el blanco, y de que los malvados y los inocentes caerían juntos.

Un dato interesante: mi mejor amiga, Kitty, murió de cáncer. A lo largo de varios años, los médicos le quitaron la pierna izquierda, los pechos, la garganta y los ovarios; a cambio, le regalaron dos raciones de médula ósea. A medida que se acercaba el final, empezó a darme miedo ir a visitarla. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué significa, en el fondo, *adiós*? Finalmente, cuando ya sólo

le quedaban unos pocos días, me armé de valor y decidí ir a verla. Para ahorrar, volé a Atlanta y tomé un autobús. ¡Pero me equivoqué de línea! No me di cuenta hasta que ya estaba en Carolina del Norte. Kitty murió en Florida.

Mi marido aprieta los dientes y sigue adelante. Me da espacio y coge el hábito de levantarse pronto para preparar la comida de los niños y acompañarlos luego al colegio. Los niños también están tocados. Empiezan a acostarse con su padre, en la cama de matrimonio. Con tantos brazos y piernas no queda sitio para una servidora. Forman un grupo bastante alicaído, pero los entiendo; no es nada fácil haber estado a punto de perder a alguien.

Paso mucho tiempo en el Golden Gate Park, donde mis sentidos vuelven a agudizarse. Veo una gaviota volando y sé exactamente dónde va a posarse. Desarrollo un sentido pasmoso para predecir qué tiempo va a hacer. Me basta con mirar una planta para saber qué efecto tiene sobre el cuerpo humano.

Un dato interesante: el cohosh azul es una planta que crece en el jardín botánico que hay a cuatro pasos del parque. Sus bayas se pueden moler para hacer emplastos y obtener un aceite violáceo que provoca la contracción del útero. Las tribus miwok de la costa lo usaban para inducir abortos.

Todo esto es duro para mi marido, pero a pesar de ello no vuelve a darle a la bebida. Me siento muy orgullosa de él, aunque si lo hiciera, lo entendería. Sería una demostración de lo mucho que le afectó estar a punto de perderme. Si le hubiera dado al bourbon, yo habría visto en eso lo mucho que me necesitaba. Lo que ha hecho, en cambio, es comprarse unas pesas rusas. Cuando los niños se duermen, él baja al sótano y pasa horas haciéndolas oscilar mientras escucha podcasts sobre caza con arco, *jiu-jitsu* brasileño y el folklore de los nativos americanos.

Empieza a perder peso y eso me preocupa. Los kilos caen que es un contento.

Lleva a los niños a música, a clases de artes marciales y al dentista. El problema es el colegio, donde una procesión de madres se pasa la mañana charlando. Está la reunión de café de los jueves por la mañana, los *beignets*

en el Café Reverie de después de dejar a los niños y el club de lectura en Zazie's. Todas esas madres son solteras, o por lo menos lo son lo suficiente. Fijémonos, por ejemplo, en Liddi, madre de gemelas y famosa en Cole Valley por inventar y comercializar la mochila para dos esterillas de yoga. No tiene ni un gramo de grasa, pero coronando sus pechos de copa A hay dos pezones perfectamente pronunciados, absolutamente locuaces. Luego está Sabina, la madre roquera fan de los tatuajes y la ropa *steampunk*. Unos tentáculos de pulpo te llaman desde su escote. Y no nos olvidemos de Salima, una profesora de la UCSF que no engaña a nadie ocultando sus copas D debajo de capas y capas de tela. Salima no habla nunca de su marido, a quien dejó —vivo o muerto— en Lahore.

«¿Cómo lo llevas?», le preguntan a mi marido.

«Si necesitas algo, no dudes en pedirnoslo», se ofrecen.

Acompañan a nuestros hijos a fiestas de cumpleaños y a los partidos que se disputan fuera de casa. Tienen los hornos perpetuamente precalentados. Pero la que siempre está llamando es Megumi. Megumi es la única que entra en casa.

Un dato interesante: Chuck Norris se enfrenta a diecisiete malos de golpe en *Desaparecido en combate 3*. Clint Eastwood vuelve a empuñar la pistola en *Sin perdón*. George Clooney aparece encantadoramente vulnerable en *Los descendientes*. ¿Sabéis por qué? Los tres han perdido a su mujer.

Otro dato interesante: una mujer que no se murió fue lady Mary Wortley Montagu. Mi tesis de máster está formada por varios relatos entrelazados sobre los esfuerzos de lady Montagu para triunfar como escritora a pesar de las exigencias de sus hijos, del hecho de que su marido fuera famoso y de su dolorosa enfermedad. En realidad yo no tenía demasiadas cosas que decir sobre el tema, sólo pensaba que era una mujer increíble. Nadie, ni una sola persona, se tomó la molestia de leer mi tesis, ni siquiera la profesora que me la dirigió. «Escribe sobre lo que sabes», me decía una y otra vez. No le hice caso.

Una tarde me adentro en el Golden Gate Park, donde están los traficantes de hierba de Hippie Hill y el castillo oxidado del Young Museum. Dejo atrás incluso el redil de los búfalos. En los vastos prados que hay junto al océano Pacífico, descubro por casualidad a mi marido y a mis hijos en el campo de tiro con arco. ¿Qué hacen aquí? ¿Cuánto llevan viniendo? Tensan los arcos y, con actitud solemne, sin decir nada, disparan flechas, una tras otra, contra unas pesadas balas de paja. La niña-caballo emplea un arco recurvo, mi hija maneja uno olímpico, y mi hijo un arco largo con sus brazos delgados, hermosos. Mi marido suda detrás de un arco de poleas, los cables y las levas crujen por la presión. Ha comprado cientos de flechas, de modo que casi no tienen que parar para recoger. Cuando la niebla del atardecer entra desde el mar, tiran a ciegas contra una cortina blanca. Cuando oscurece, colocan globos sobre los objetivos para oírlos estallar con cada flecha bien tirada. He desarrollado un sentido bastante preciso de las trayectorias en la oscuridad. Me coloco junto a mi marido, la tensión del arco le crispera los hombros.

Más tarde no lee cuentos a los niños antes de ir a la cama, sino que éstos se reúnen a su alrededor en nuestra cama supergrande para escuchar cómo repite una historia que ha oído en un podcast de cuentacuentos sioux lakota. Mi marido nunca habla de su sangre sioux, no ha visitado la reserva ni una sola vez. Todas las personas que podrían vincularlo a ese lugar hace tiempo que desaparecieron por culpa del alcohol, de accidentes, de los estragos del paso del tiempo o de un exilio autoimpuesto.

Les cuenta la historia de un caballo fantasmal que los guerreros indios montaban en la batalla porque, como ya estaba muerto, nadie podía derribarlo. El poni, que no temía nada, se levantaba sobre las patas traseras y contaba sus propios golpes.* Sólo al final de la refriega, los guerreros indios se daban cuenta de que tras ellos llevaban a un guerrero fantasma montado a pelo. Y así era como los indios aprendían a galopar a lomos de la muerte sin tener que dejar esta vida.

—¿Y por qué no fue al cielo, el caballo fantasma? —pregunta la niña-caballo.

Me doy cuenta de que es la primera vez que la oigo hablar desde hace... ¿cuánto?

Le responde mi hija:

—En realidad la historia va sobre el guerrero fantasma.

—¿Y por qué no fue al cielo, el guerrero fantasma? —pregunta la niña-caballo.

—Porque los fantasmas tienen asuntos pendientes —dice mi hija—. Eso lo sabe todo el mundo.

—¿Mamá dejó asuntos pendientes? —pregunta mi hijo.

—El trabajo de una madre no termina nunca —les dice mi marido.

Los problemas de salud pueden resultar muy duros para una familia. Y me parte el corazón oírlos hablar como si yo ya no existiera. Si tan muerta estoy, ¿dónde está mi tumba? ¿Por qué no hay una urna llena de cenizas en la repisa de la chimenea? No; esto es una señal de que me he alejado demasiado de mi familia, de que ha llegado el momento de centrarme. Si quiero que dejen de tratarme como a un fantasma, tengo que dejar de actuar como si lo fuera.

Un dato interesante: en las películas de la tele, la tarea de las madres fantasma consiste siempre en ayudar al marido a encontrar a la sustituta perfecta. Se trata de un tema muy antiguo, véanse Heródoto, Eurípides y Virgilio. Si queréis ejemplos más recientes, echad un vistazo a *A Gifted Man* de la CBS, *Awake* de la NBC o *Safe Haven*, que actualmente emiten a menudo por TCM. La mamá fantasma de la tele tiene caladas a las cazafortunas y a las madrastras malvadas, y sabe encontrar a la chica con el corazón de oro que ayudará a sus hijos a reponerse, que aplaudirá en los conciertos de piano, que les preparará *cupcakes* cuando estén tristes y que dirá cosas como: «Tu madre habría estado muy orgullosa».

Os aseguro que esa mujer de fantasía no existe. A ninguna nueva esposa le preocupan los hijos de la esposa anterior, que no son más que una complicación inevitable para la futura familia propia de la nueva esposa. Para eso están las operaciones de reversión de vasectomía y los internados en Suiza. Si yo fuera una madre fantasma, mi tarea consistiría en apuñalar los ojos de esas rivales y coserlas a navajazos. Chas, chas, chas.

Aunque la verdad es que no hace falta morirse para saber qué se siente al ser un fantasma. El día en que mi médico me llamó para darme el diagnóstico estábamos en una fiesta en Nueva York. Nuestra misión consistía en conocer a una joven productora de *The Daily Show* que se estaba planteando emitir un segmento sobre mi marido. Era alta y esbelta, llevaba un vestido negro demasiado ceñido y, aunque es posible que en su día hubiera tenido unos pechos perfectos, el régimen los había dejado en nada. Inmediatamente saludó a mi marido a la europea, con dos besos, se rio por nada y le mostró el cuello. ¡Conmigo ahí delante! Eso sí es ser invisible. Entonces sonó el teléfono; era el Kaiser Permanente con los resultados de la biopsia. Intenté hablar pero no me salieron las palabras. Caminé esquivando cosas. Me encontré en el baño, lavándome la cara. Al cabo de un momento estaba veinte plantas más abajo, en la calle Cincuenta y siete. Os juro que no cogí el ascensor, simplemente aparecí allí. Y acto seguido me encontraba en un autobús rumbo a Carolina del Norte, dejando que un predicador que no paraba de darle a la botella me masajeara los hombros mientras mi amiga se moría en Florida. Entonces me llegó el turno a mí. Vi mi propio entierro: el jardín de mis padres está lleno de coches. Han tenido que comprarse un congelador nuevo para almacenar todos los jamones cocidos que les trae la gente. Mi familia y amigos se reúnen a la orilla del río que discurre lentamente junto a la casa de mis padres. Allí, la gente se turna contando historias.

Mi tío abuelo cuenta la historia de cómo, siendo yo pequeña, decidí casarme con el hijo de los vecinos. Mis padres compraron un pastel y flores, y le pidieron al juez que vivía en nuestra calle que presidiera la ceremonia ataviado con toga. Acudió el vecindario entero y todo el mundo se lo pasó en grande. Al día siguiente se produjo el momento aleccionador, cuando mis padres tuvieron que contarme que mi matrimonio no era real.

Mi hermano cuenta la historia de mis primeras Navidades en casa después de empezar la universidad, cuando traje un montón de lienzos para enseñarle a todo el mundo los desnudos para los que había posado mientras los chicos del último curso de Bellas Artes me pintaban.

Mi madre intenta contar una historia. Me doy cuenta de que será la del caniche que me regalaron por Navidades, pero no puede. Su reacción asusta a los niños, su forma de doblarse a cámara lenta y de caer al suelo como un saco de ropa sucia. Para distraerlos, mi padre propone salir en canoa; para los niños eso ha sido siempre algo muy especial. Les caen las lágrimas mientras se enfundan los chalecos naranjas y se alejan del muelle. Inmediatamente, la niña-caballo grita que tiene miedo al agua. Alcanza cotas de terror que ni sabíamos que existieran. Mi hijo, con su corbatín, intenta disimular su respiración entrecortada, y entonces veo cómo los hombros de mi hija se sacuden. Vuelve la cabeza mirando a todas partes, desesperada, y sé que me está buscando a mí. Mi padre está aturdido y desorientado, demasiado desconsolado para levantar siquiera el remo. Mi padre, que llevó a cabo más de mil quinientas operaciones en el hospital de campaña de Da Nang; mi padre, que ni se inmutó cuando se fue la luz en el Hospital de la Caridad de Nueva Orleans; mi padre cierra lentamente sus ojos grises. Y se quedan ahí flotando, a menos de diez metros de nosotros; la canoa se balancea demasiado para que puedan consolarse unos a otros, y los que estamos en tierra nos retorremos las manos ante la imposibilidad de llegar hasta ellos.

En Nueva York, cuando regresé a la fiesta, me di cuenta de que el tiempo había dejado de correr: mi marido y la productora estaban todavía soltando la misma carcajada, y su aliento, que olía a cáscara de lima, todavía agriaba el ambiente, y me di cuenta de que también aquello era el futuro, todas esas mujeres gélidas, con sus ojos afilados y sus corazones de papel de arroz. Todas buscaban algo genuino, algo real. Querían lo que yo tenía: un hombre dispuesto a despeñarse por el precipicio a tu lado. De pronto comprendí que volverían a por él en cuanto él flaqueara, cuando yo ya no estuviera ahí para ahuyentarlas. No era un producto de la histeria, ni de la imaginación. Tenía a una delante de las narices. Ahí estaba, con esos dientes perfectos formando una sonrisa frágil y unas caderas tan angulosas como unas cajitas de sake.

—Esa historia es demasiado graciosa —le dijo la productora—. No sigas, ¡guárdatela para cuando te entrevistemos!

En un gesto de falsa modestia, mi marido se encogió de hombros y derramó su soda.

—Bueno —dijo—, pero sólo si crees que será bueno para el programa.

Puse una mano en el brazo de la productora. Ella se volvió, sorprendida de verme.

Aproveché el contacto para evaluar su alma; percibí su necesidad absoluta, sondeé su carencia total, del mismo modo en que lady Montagu cartografió el mundo microscópico de las pústulas de viruela y Voltaire aprendió a pesar el vapor.

Ya me diréis entonces quién coño es el fantasma.

Llaman a la puerta. ¡Es Megumi!

Mi marido contesta y los dos se miran durante un instante, casi con tristeza.

Es evidente que son conscientes de que lo que se llevan entre manos, sea lo que sea, está mal.

Se dirigen al piso de arriba, donde (de pronto caigo) hay cajas y cajas de condones por todas partes: debajo del lavabo, en el armario botiquín, pegadas con cinta adhesiva debajo de la mesita de noche, ¡incluso escondidas en la cajetilla para las pilas de un muñeco parlanchín a tamaño real del tigre de Winnie the Pooh!

Megumi y mi marido entran en el dormitorio. Inmediatamente sucede lo peor posible: no hacen ni caso al alijo de anticonceptivos. No cogen ningún condón.

La especie de mamá fantasma a la que pertenezco se propondría impedir que lagartas como Megumi se follaran a hombres que están pasando el duelo, y si llegara tarde, mi tarea consistiría en encontrar a Megumi a altas horas de la noche, acercarme a ella mientras durmiera en su harapiento futón de madre soltera y, con el aplicador, echarle una, dos, tres gotas violáceas en los labios, lo justo para que abortara el bebé que él ha puesto en su interior. En su útero, el feto se tensaría, se contraería y se retorcería hasta morir.

Megumi y mi marido no se acercan a la cama, sino que se dirigen al armario, junto al que hay un perchero con ruedas con todos los vestidos *vintage* que no pude volver a ponerme después de quedarme sin pechos. Los

traspasé al perchero pero no tuve el valor necesario para sacarlos de la habitación.

Megumi acaricia los vestidos.

Se detiene un instante y echa un vistazo a mi colección de sujetadores deportivos de encima de la cómoda.

Un dato interesante: puedes llegar a acostumbrarte a no tener tetas, pero la sensación de desnudez que provoca no llevar sujetador resulta mucho más incómoda; te acostumbras a la sensación de recogimiento que te provocan. Os recomiendo los sujetadores de copa A de la sección para adolescentes de Target. Los míos están estampados con símbolos de la paz de colorines.

Megumi elige un vestido del perchero y lo estudia; es un Hepburn rosa palo con cuello de barca, ribetes blancos y enaguas plisadas. En la Universidad de Florida, donde conocí a mi marido, estuve en su presencia tres veces antes de que se fijara en mí. Cuando finalmente lo hizo, llevaba ese vestido. Me pregunto si se acordará.

Megumi se coloca el vestido sobre el cuerpo y se mira en el espejo. Entonces se vuelve hacia mi marido, envolviendo su figura con la tela, para que dé su aprobación.

Un dato interesante: el ideograma kanji de *figura* es una combinación de los ideogramas de *siguiente* y *mujer*.

Estudio mi propia figura en el espejo.

Otro dato interesante: perder las mamas no te alisa el pecho, sino que te lo deja cóncavo y vacío. Y la cirugía hace que te salga barriga. Mi cirujano me advirtió de ello, pero ¿quién podía hacerse una idea? ¿Quién se imagina a sí misma voluntariamente con ese aspecto?

Megumi espera, con el vestido sobre su cuerpo. Entonces mi marido se acerca. Sus ojos tienen una mirada distante. Con las puntas de los dedos, tira del vestido de aquí y lo alisa de allá, ajustando la caída de la tela a la forma de su cuerpo. Finalmente asiente con la cabeza. Ella acepta el vestido y lo dobla entre los brazos.

Yo no la coso a navajazos. Me quedo donde estoy, sin hacer nada.

Un dato interesante: mi primera novela, que nadie quiso publicarme, iba sobre unas mujeres florero de Scottsdale que formaban un grupo de justicieras y se dedicaban a patrullar su urbanización de acceso restringido. Entre otras cosas, la historia incluye el asesinato de un gato salvaje, una tragedia durante una partida nocturna de golf, el uso ilegal de una máquina de recoger pelotas de golf y una escena sexual entre un hombre y una mujer equipados con pistolas de servir refrescos y un tanque-mochila. Se llamaba *Las boinas beige*.

Otro dato interesante: mi segunda novela, que nadie quiso publicarme, iba de dos chicas con extraños poderes de percepción. Una podía leer auras y la otra veía fantasmas. Para explotar el punto de vista fantasmal, hice que su padre viviera en el antiguo apartamento de Charles Manson. Para que las chicas parecieran más vulnerables, decidí matar a su madre, de modo que le di cáncer. Para intensificar la tensión, puse a un acosador sexual, un tal señor Roses, a vivir en la casa contigua. De hecho, mi marido le cogió bastante cariño a este personaje y me ayudó mucho con la historia de fondo del señor Roses y sus diálogos. Y entonces me robó el personaje y escribió una historia desde el punto de vista del señor Roses titulada *Pradera oscura*. No puedo ni pronunciar el nombre de esa novela sin enfadarme.

Mi marido no vuelve a la novela en la que trabajaba antes de mi cáncer. Cuando los niños se han acostado, se conecta a bigboobsalert.com. Activa el modo pase de diapositivas, de manera que las mujeres, con unos pechos monstruosos, van apareciendo y desapareciendo en la pantalla, una tras otra. Mi marido tiene la crema de manos a punto, pero no se masturba. Tiene la vista perdida en un punto nebuloso, justo detrás de la pantalla. Observo a esas mujeres. Todo lo que veo en sus pezones descarados y sus pechos oscilantes es el superpoder de la maternidad. Lo que tendrían que estar haciendo esas mujeres, en lugar de lanzar miradas lascivas a hombres solitarios, es amamantar a bebés hambrientos, llamar a todos los centros para niños abandonados y dar de mamar a los innumerables huerfanitos del mundo. ¡A esas tetonas habría que mandarlas en paracaídas a zonas que hayan sufrido tsunamis y terremotos, y a las provincias remotas de Corea del Norte!

Me arrodillo junto a mi marido, encorvado en su silla ergonómica de oficina. Alineo mi mirada con la suya, pero soy incapaz de saber qué mira. Nuestras caras casi se tocan, y aunque está perdido y triste, percibo su dulce energía. «Ven a la cama», le susurro, y él se desvela a medias. Pero no va a nuestro dormitorio. Abre un documento de Word en blanco y se lo queda mirando. «Tucán cera», escribe finalmente.

«¡No! —le grito—. La que tuvo cáncer soy yo, fue a mí a quien le tocó. Ésa es mi historia. ¡Es mía!»

Un dato interesante: el cáncer te enseña a ver el interior de las cosas. ¿Vosotras veis el «cán» de *mecánica*, o el «cer» de *desacertada*? Cuando la gente quiere charlar contigo —aunque, si se tomaran la molestia, verían que no tienes pelo debajo del pañuelo—, es más fácil responder: «Lo siento, pero ahora mismo tengo la mecánica desacertada». O, si te sientes con fuerzas, puedes probar un «Me siento cándida y acerba». ¿Quién no se ha sentido así en alguna ocasión?

Pero a veces tienes el cerebro embotado por la quimio, y andas así así de equilibrio, y las uñas te pican una barbaridad y no quieres hablar con nadie. Preparaos para eso.

Persona núm. 1: «Ostras, hace una eternidad que no te veía. ¿Cómo te va?».

Tú: «Tucán cera».

Persona núm. 2: «Eh, ¿qué tal? Estoy superdesfasada, te debo como diez mensajes».

Tú: «Volcán cerrado». Sonríe con cara de póquer. Mantén la sonrisa.

Las flechas atraviesan la noche. Los mapaches, con sus ojos amarillos, se levantan sobre las patas traseras para verlas volar. En primavera, la acedera, que los pueblos miwok consideran una planta afrodisiaca, abren sus envolventes hojas. No puedo mirar a mis hijos a la cara. Los estudio de lejos. Observo a mi marido mientras los lleva al colegio desde tanta distancia que me cuesta distinguir a mis niños de los demás.

Pero peor aún que las que buscan sacar tajada del cáncer son esas tipas que se pegan a los viudos. Se acercan a mi marido con mirada compasiva y lo obligan a decir cosas como: «Vamos tirando», o «Se hace lo que se puede». Pero él no es tonto y les devuelve las fuentes de comida vacías para que se las vuelvan a llenar.

Nuestra hija adopta mi voz. La observo mientras sermonea a su hermano y a la niña-caballo para que se tomen la medicina para el asma y lean en silencio antes de acostarse. Cuando llega la temporada de piojos, es ella quien les pasa el peine meticulosamente por el pelo cuando mi marido sucumbe a la frustración y a las protestas airadas.

Mantengo los ojos bien abiertos por si vuelve a aparecer Megumi. No se deja ver por casa, lo que resulta todavía más sospechoso. Me pregunto si mi marido cogió el dinero del Pulitzer y se compró un «estudio» en el barrio. Ya sabéis, un lugar donde esconder los royalties a los ojos de Hacienda y poder «trabajar sin interrupciones». Examino su llavero pero no encuentro nada nuevo, sólo las llaves de casa, las de su despacho en Stanford, las del Honda Odyssey y las de cinco candados de bici Kryptonite.

Uso mis poderes de percepción e inspecciono el barrio buscando rastros de su presunto estudio de escritor. Intento percibir la efervescencia de la omnipresente agua con gas de mi marido, el brillo del envoltorio de sus condones o el chasquido del cierre del sujetador de Megumi. Pero mis antenas sólo sienten la niebla que avanza desde el océano, apagando el mundo manzana a manzana, empezando por las avenidas más próximas a la costa.

Un dato interesante: los miwok creían que si la niebla te atrapaba, podía arrastrarte hasta el más allá.

Otro dato interesante: terminar dando accidentalmente en la otra vida era un gran motivo de preocupación para los miwok. Para poder encontrarse unos a otros dentro de la niebla, se cubrían la piel con un pigmento hecho con la ceniza de bosques de roble venenoso calcinados, y se aplicaban esencia de apiáceas en el pecho. Cada miwok tenía un reclamo propio que lo distinguía de los demás.

Por lo que sea, esta tarde mi familia se salta la sesión de tiro con arco. Y no hay ningún cuento tradicional nativo americano cuando los niños se van a la cama. Incluso bigboobsalert.com tendrá que esperar. En su despacho, mi marido abre el documento y sigue robándome mi historia. Esta vez no le grito. Es un escritor lento, expresivo. Las decisiones sobre qué palabra elegir se le reflejan en el rostro. Bebe agua con gas, orina dentro de las botellas de plástico ya vacías y pasa casi toda la noche escribiendo. Echo de menos hablar con él. Echo de menos la sensación de que las cosas no sucedían a menos que habláramos de ellas.

Un dato interesante: mi tercera novela, que no terminé, va sobre Buffalo Calf Road Woman, la guerrera cheyenne que asestó el golpe de gracia a Custer en la batalla de Little Bighorn. Escribí sobre su vida sólo porque me parecía increíble.

Mi marido ha dispuesto todo mi material de investigación ante él: atlas de tribus nativas americanas y manuales de botánica, costumbres y mitología. Creo que esto le hace bien.

Sigo ahí cuando guarda el documento por última vez antes de acostarse.

Lo sigo escaleras arriba. Los niños duermen en la cama de matrimonio. Él trepa entre sus brazos y piernas, y yo quiero echarme con ellos pero no hay sitio para mí. Mi marido apoya la cabeza en la almohada; sin embargo, sus ojos siguen abiertos, enormes, tratando de enfocar, como si buscara algo que desaparece en la oscuridad.

Un dato interesante: mi marido cree que los sueños no guardan ningún significado relevante.

Otro dato interesante: una vez tuve un sueño. En el sueño estaba desnuda en la oscuridad. Una mujer se me acercó. Cuando estuvo ante mí, me di cuenta de que la mujer era yo. Me dijo, o supongo que me dije a mí misma: «Está pasando». Entonces alargó la mano y me tocó el pecho izquierdo. Me desperté y sentí un hormigueo caliente en el pecho. Noté un bulto en una posición que más tarde descubrí que era el cuadrante lateral superior. Por la mañana me puse delante del espejo, pero no logré dar con el bulto. Cuando le conté el sueño, mi marido dijo: «Qué yuyu». Le dije que iría al médico de inmediato. «Yo no me preocuparía —dijo—. Seguramente no será nada.»

Finalmente se duerme. Pasa un brazo por encima de un niño y agarra a otro. Se roban todas las almohadas y más tarde las recuperan a medias. Los niños respiran siguiendo sus alentadas, lentas y profundas. Tengo algo que decirle.

Un dato interesante: mi marido tiene un nombre secreto, un nombre sioux.

Y le da vergüenza. No le gusta que lo llamen así, siente que no es digno de ese nombre. Pero en cuanto pronuncio las palabras lakota se desvela. Me ve, lo noto, me repasa lentamente con la mirada. No sonrío, pero hay una expresión de reconocimiento en su rostro.

Los bancos de niebla avanzan por Frederick Street, al otro lado de los ventanales.

—Creo que está pasando —le digo.

Él asiente y vuelve a adormilarse. Más tarde esto no habrá sido más que un sueño.

Me acerco a la cama y miro a mis hijos. Aquí está mi hijo, cada día más fuerte de tanto tirar con el arco. Todavía veo sus mejillas de chiquillo y sus largas pestañas. Todavía veo al bebé que tomaba pecho toda la noche, al niño que se abrazaba a las bocas de riego y corría sin camiseta, con el pelo largo al viento, junto a un plácido río en Florida. Ahora tiene el pelo ensortijado, como su padre, y sus pupilas se mueven lentamente detrás de los párpados cerrados como si soñara con una vida que transcurre en un lugar menos agitado que éste.

Mi hija tiene el pelo negrísimo. Si alguno ha heredado la sangre nativa, es ella. Morena y veloz, tiene una mirada indómita y una vista de lo más afilada. También es la que entraría en el campo de batalla para salvar a su hermano, como se sabe que hizo Buffalo Calf Road Woman. Esta noche duerme con mi iPhone en la mano, con la alarma programada al alba, y en su mandíbula apretada veo todo lo que tendrá que hacer para que sus hermanos desayunen y salgan de casa para ir al colegio.

Y luego está la niña-caballo.

Un dato interesante: la afición de mi pequeña por los datos interesantes fue una etapa pasajera. Cuando mi enfermedad la convirtió en un caballo dejó de recitar datos interesantes.

Otro dato interesante: los caballos no pueden pronunciar palabras humanas ni sentir emociones humanas. Son animales fuertes, inmunes a la tristeza de la mercancía humana que transportan.

Pero en este momento vuelve a ser un pequeño ser humano, un miembro de una especie débil y vulnerable. ¿Quién le explicará todo lo que se perdió mientras era un caballo? ¿Quién la abrazará y le contará quién fui y por lo que pasé? Si nunca hubiera sido un caballo, o si pudiera seguir siéndolo un tiempo más... Qué no daría para volver a oírla relinchar y resoplar sus deseos, para verla golpear delicadamente el suelo con la pezuña, pidiendo una zanahoria o un terrón de azúcar. Pero todo eso se ha terminado. Nunca volverá a galopar, ni se pintará una crin en la espalda con rotuladores. Todo eso será ya para siempre una fase por la que pasó, que pervivirá sólo como una historia. Y supongo que yo seré también eso, una historia de cuando eran pequeños.

GEORGE ORWELL FUE AMIGO MÍO

Por la mañana, *Prinz* se sube a la cama y se me pone encima del pecho, con el puño de la correa en el hocico. Tiene los ojos grandes y húmedos para ser un perro tan pequeño. Le noto el aliento a embutido y caigo en la cuenta de que debí de dejarme un trozo de salchichón en la tabla de cortar. Aunque es capaz de ser obediente, *Prinz* suele sucumbir a tendencias criminales. Ya no soy funcionario de prisiones —me jubilé después de la caída del Muro—, pero sé distinguir una personalidad subversiva a simple vista. Y los que aparentan ser encantadores son los más peligrosos.

Prinz ladea la cabeza y resuella.

—No olvidaré esta traición —le digo, y cojo la correa.

Ante la puerta de casa le pongo su chaqueta en miniatura; es de piel y le da el aspecto de un pequeño miembro de la VoPo. Estamos en noviembre, o sea que yo también me abrigo. Sé que la Volkspolizei de la Alemania del Este desapareció hace dieciocho años. Al fin y al cabo estamos ya en 2008. Pero lo que parecen un hombre y su perro vestidos con chaquetas de piel a conjunto no se puede cambiar.

Fuera el aire es cortante. Un manto de hojas secas cubre el patio dormido. *Prinz* ve una ardilla roja y se pone a ladrar como un loco, hasta que suelto la correa y dejo que salga corriendo. Echo un vistazo por la ranura del buzón, donde encuentro *Der Spiegel* del día y una carta, aunque la dirección no está escrita con la letra de mi esposa, Gitte; o exesposa, o como quiera llamarse.

Seguramente sea la carta de un antiguo recluso; los que fueran mis prisioneros están entrando en la etapa de sus vidas en que «recuperan su voz» y quieren contarme el efecto que el tiempo pasado en nuestro centro tuvo en ellos. Mi dirección es de dominio público y no tengo nada que esconder. Acepto todas sus cartas, aunque debo admitir que sólo me las leo por encima. Me recuerdan un poco la retórica de Anonyme Alkoholiker; uno comprende que, para quienes participan, se trata de un proceso importante para mantenerse sobrios, pero ¿quién quiere oír sus historias? Cierro el buzón. Esos antiguos reclusos se mearían en las bragas si alguna vez les contestara y

les recordara las actividades criminales que los llevaron a mi prisión, por no hablar de lo que hicieron una vez dentro: mentir, chivarse, suplicar, llorar y rebajarse a todo tipo de indignidades y mentiras.

Salgo detrás de *Prinz*, pisando ruidosamente las hojas, y sé perfectamente qué estáis pensando: «Hans, ¿se puede saber qué haces leyendo un periodicucho liberal como *Der Spiegel*?». Lo único que puedo decir es que Gitte estaba suscrita. Ella y yo éramos cuentistas; nuestros buenos tiempos se basaban en intercambiar historias. Eso fue lo que sostuvo nuestro matrimonio hasta que llegó el día en que supongo que las historias ya no bastaron. Mientras cocinábamos o cuidábamos del jardín, yo le contaba historias sobre mi época en la prisión. Eran historias gloriosas, dignas de ser relatadas una y otra vez mucho tiempo después de que cerraran el centro. A veces eran románticas, sobre jóvenes amantes que intercambiaban promesas terribles justo antes de que los interrogaran. A menudo eran graciosas, como la del prisionero daltónico que estaba siempre muerto de miedo porque nunca sabía si las luces de seguridad parpadeaban en rojo o en verde. Con Gitte sólo me callaba las historias trágicas, porque bastantes tragedias había tenido ella ya.

Sobre mis historias siempre decía: «Ay, Hans, qué horrible. ¿Es que no tienes humanidad?». Pero lo decía con un tono de súplica que yo interpretaba como un «Cuéntame más».

Gitte apenas salía de casa. Estaba convencida —erróneamente— de que la gente la miraba de no sé qué forma porque se había casado con el alcaide de una prisión de la Stasi. Por eso creó un pequeño negocio de reparación de cámaras, sobre todo Prakticas y Exaktas; todos los modelos de la Alemania del Este. Pasaba la mañana leyendo y luego, durante las horas vacías de la tarde, cogía sus delicadas herramientas y, bajo la potente luz de una lupa articulada, abría los cuerpos de las cámaras y contaba sus historias, que sacaba de las páginas de *Der Spiegel*. En bata, se tomaba un gimlet a sorbos mientras comentaba todos los artículos antigubernamentales que había leído: programas de vigilancia, la presencia de la Bundeswehr en Afganistán, Abu Ghraib, drones... Mientras hablaba, se dedicaba a fumar, a gesticular y a beber, hasta que era ya incapaz de meter los tornillitos en los agujeritos.

Sentía debilidad por los desamparados y era de esas personas que no saben valorar las decisiones difíciles e ingratas que tienen que tomar las autoridades para que la sociedad funcione correctamente. Yo me debía a una perspectiva más amplia: ante sus historias, siempre señalaba las verdades incómodas que esos artículos izquierdosos omitían convenientemente.

Por la noche, superado otro día, llegaba el momento en que ya no teníamos necesidad de hablar. Le preparaba la última copa, un vodka grande con hielo con una rodaja de pomelo. Ya sólo estábamos nosotros, no quedaba ni rastro de sus historias sobre intervenciones americanas, ni de los espectros de mis antiguos reclusos. Mientras ella bebía en silencio, yo contemplaba sus labios en el borde de la copa y su garganta, que subía y bajaba con cada trago.

Cuando ya sólo quedaba hielo, la acompañaba al piso de arriba y la ayudaba a meterse en la cama, donde se reclinaba en una paz absoluta; no existía problema alguno en el mundo: ni rastro de su remordimiento por haberse casado con el alcaide de una prisión de la Stasi, ni del sentimiento de culpa que arrastraba de sus aventuras del pasado. Incluso la guerra se desvanecía, y, con ello, todo lo que había tenido que soportar de niña, cuando ésta había terminado.

«Las brasas —decía, al filo del sueño—. Proteged las brasas.»

Le pesaban los párpados, sus labios murmuraban palabras que correspondían a los primeros destellos de un sueño, y yo le preguntaba: «¿Qué son esas brasas de las que siempre hablas? ¿Dónde están? ¿Sientes su calor?». Pero el licor ya se la había llevado. Le acariciaba el pelo y le pasaba la mano por el hombro. Estaba convencido de que ella notaba todos esos gestos, que llegaban hasta el lugar lejano donde las brasas seguían ardiendo, aunque sus palabras y sentimientos no lograran dar con el camino de vuelta. Por eso, cuando soltaba los primeros ronquidos, le desabrochaba la bata y lentamente, con ternura, empezaba a hacerle el amor.

Prinz olisquea algo entre la hierba. Al acercarme veo que es un paquetito envuelto en papel manila y cordel. Me detengo. Con los ojos entornados escaneo el vecindario buscando algún rastro del culpable que me los deja. Es ya el tercer paquete. Levanto la vista hacia las torres de guardia de la prisión de Hohenschönhausen. Ojalá la cárcel siguiera abierta, así

podría comprobar las cintas de videovigilancia del muro perimetral y tal vez lograría identificar al agente subversivo que me manda los regalitos. Pero las cámaras ya no están, el centro hace tiempo que cerró.

Me encargaré del paquete más tarde.

Amontono una pila de hojas con la bota, hasta que ya no se ve.

Prinz y yo nos alejamos por la Lössauerstrasse. De los balcones cuelgan farolillos de San Martín. Hay calabazas bordeando las aceras, de aspecto invernal. Todas estas casas, la mía incluida, se construyeron para el personal de la prisión. La mayoría de los guardias se han mudado, pero todavía quedamos unos pocos, y hay una bonita mezcla de familias antiguas y nuevas. Después de la Reunificación, cuando la Alemania del Este dejó de existir, corrió el rumor de que íbamos a tener que renunciar a nuestras viviendas, que formábamos parte del malvado aparato de un Estado que había quedado en el lado equivocado de la Historia, y que no merecíamos aquellos bonitos apartamentos en Berlín.

Ésos eran los rumores. Pero a mí nadie me dijo nada a la cara.

Prinz y yo doblamos la esquina de la Genslerstrasse y paseamos junto al muro de la prisión. Antaño, ahí arriba había el alambre de púas y los discos de cerámica aislante. Por la noche, los vecinos solían tirar libros por encima del muro, seguramente con la esperanza de que los encontraran los reclusos, lo que demuestra lo desinformada que estaba la gente acerca de la naturaleza del centro. Los libros, junto con los objetos que confiscábamos a los presos que llegaban, iban a parar a nuestra caja de «objetos perdidos», que regularmente me llevaba a casa. Así, incluso en los días de mayor represión en la RDA, Gitte leía *1984* y escuchaba casetes de los Rolling Stones.

Una vez, estaba bailando con su música y de pronto, con la voz ronca por el tabaco, dijo:

—Mick Jagger me entiende. Él sí sabe quién soy.

Yo me reí.

—Sí, tú y el cantante sois prácticamente amigos.

—Jagger y yo compartimos una misma historia —dijo—. Hemos llorado las mismas lágrimas. —Sonrió y ladeó la cabeza, su señal cuando quería que le preparara otra copa—. Pero te equivocas —añadió—. Es Orwell. Mi amigo es él.

En la calle, un poco más adelante, hay una fila de autocares escolares, de cuyas puertas van saliendo hordas de adolescentes aburridos. Mi prisión, que en su día fue el terror de los agitadores y los traidores sediciosos de la RDA, es hoy un lugar conmemorativo por el que todos los agobiados adolescentes alemanes deben pasar por lo menos una vez durante su periplo por el instituto. Aquí les hablan sobre la tiranía y el totalitarismo, y acerca del terror de la que fuera la central de torturas de las cárceles de la Stasi. A los guías se les olvida señalar que, entre estas paredes, ni un solo recluso sufrió abusos, y menos aún torturas. Y eso es así porque (y que conste que no bromeo a pesar de lo absurdo de la situación) las visitas guiadas corren a cargo de los criminales que en su día estuvieron presos aquí.

De un salto, *Prinz* se mete dentro de uno de los maceteros que hay junto a la entrada principal de la prisión. Empieza a girar sobre sí mismo, primero hacia la izquierda y luego hacia la derecha, lo que significa que la cagada es inminente. Es una monada incluso cuando caga. Cuando termina de girar, se agacha, pone los ojos, negros como el mármol, en blanco, y empieza a temblar enterito. Incluso los alcorques de los árboles que rodean la prisión forman parte de la propaganda; cada uno está dedicado a la memoria de un antiguo recluso. Cualquier nieto alemán sentimentaloido puede, por diez mil euros, adquirir una de esas placas que convierte instantáneamente a un abuelo subversivo en un santo mártir.

Prinz se ha despatarrado encima de la placa de Klaus Wexler.

Un grupo de adolescentes ociosos se acerca y ¿a quién veo guiándolos sino al mismísimo conservador del centro? Es un tipo de aspecto juvenil, atractivo, un intelectual de la universidad, alto pero que pronto se quedará prematuramente calvo. Aunque nuestras miradas se cruzan muchas mañanas, nunca hemos hablado. El conservador me ve, confirma que soy yo y, acto seguido, hace un gesto para que el grupo se detenga.

—Aquí —dice, dirigiéndose a los estudiantes— tenemos una placa en memoria del dramaturgo Klaus Wexler, que pasó dos años encerrado en esta prisión. Cuando salió, había quedado destrozado por la experiencia y nunca más volvió a escribir.

Los adolescentes observan a *Prinz* mientras éste intenta vaciar los intestinos. Entonces me miran a mí, preguntándose si este hombre con chaqueta de piel va a recoger la mierda de su perro. Se lo preguntan porque no conocen a Hans, un hombre que cree en el orden y la estabilidad, y que sabe de primera mano que, si desaparecen las normas, todo sucumbe al caos.

Como si hubiera estado esperando el momento oportuno, *Prinz* hace su contribución al homenaje.

Me saco una bolsita de basura del bolsillo. Es biodegradable.

—¿Lo has oído? —le pregunto a *Prinz* mientras recojo su mierda—. Este árbol conmemora al dramaturgo Klaus Wexler. —Entonces hago como si *Prinz* me dijera algo; me llevo una mano al oído—. ¿Cómo dices, perrito? ¿Que quién es Klaus Wexler y cómo termina un buen escritor en la cárcel?

Los adolescentes me miran como si me faltara un tornillo, pero yo sigo y contesto a la pregunta de *Prinz*:

—Era un buen dramaturgo, eso es indiscutible, perrito. Pero, si mal no recuerdo, al señor Wexler no lo persiguieron por dramaturgo, sino porque era un perverso y un drogadicto, que desfalcó dinero del Deutscher Bühnenbund para imprimir panfletos pornográficos en los que invitaba a mujeres a disfrazarse de secretaria Honecker para así poder fotografiarse a sí mismo manteniendo relaciones sexuales con el líder de nuestro país con fines «artísticos».

El conservador sonrío.

—Qué historia tan edificante —dice—. Y supongo que el sexo y el arte eran actividades legales en la RDA, ¿o había una prisión especial para quienes buscaban el placer? Además, si el crimen de Klaus Wexler fue un desfalco, ¿por qué no lo juzgó ningún tribunal? ¿Por qué la Stasi lo trajo aquí, a una cárcel de interrogación secreta?

Prinz se pone frenético cuando termina de hacer sus necesidades. Escarba la tierra y suelta un ladrido agudo, burlón. A los estudiantes de mirada vacía les interesa mucho más eso que nuestra conversación.

—Lo que vuestro guía no menciona —les digo— es que en su día yo estaba al cargo de esta prisión. O sea que para mí Klaus Wexler es más que una placa de latón. Era una persona de carne y hueso, y cuando confesó su verdadero crimen, yo estaba ahí para oírlo. Quiero destacar que vuestro guía

no ha desmentido que el dramaturgo fuera un perverso sexual, un drogadicto y un ladrón. Pero lo que Klaus Wexler confesó era algo mucho más grave, algo que vuestro guía seguramente no quiere que oigáis.

—Al contrario —responde el conservador—. Esta oportunidad no se presenta todos los días.

—Esta época del año era la temporada de confesiones —digo—. Empieza con la llegada de las primeras heladas. El frío se instala en los muros de hormigón y en las puertas de acero, y en ese momento los reclusos toman conciencia de que han venido aquí para quedarse. A muchos los han detenido en las manifestaciones de verano, y tras los primeros meses aquí, a medida que van comprendiendo el verdadero significado de la palabra *soledad*, esos nuevos reclusos se arrepienten de sus estúpidas transgresiones contra el Estado y empiezan a querer confesar. Pero conspirar contra tu país y sus habitantes no es un acto baladí. Cuando un interno indica que está preparado para confesar es cuando se lo manda a pasar una buena temporada al sótano de la prisión, la zona que recibía el nombre de *submarino*.

Hay una chica con auriculares en los oídos; no sé si me oye o si escucha música pop. Intento mirarla a los ojos, pero lleva un teléfono móvil en la mano y me apunta con él, como si éste fuera a protegerla de las verdades que estoy diciendo.

—Un criminal se siente preparado para confesar, muy bien —le digo—. ¿Y qué? No va a elegir él el momento, como si nos estuviera haciendo un favor. Tiene que desearlo, incubar un deseo tenaz de desembuchar y confesarlo todo, y ese momento no va acompañado de ningún tipo de coronación. No; el criminal debe depositar su confesión en un plato de latón, junto con sus esperanzas, sus penas y un puñado de peladuras de patata frías, y pasarlas a través de la ranura para bandejas de la puerta de su celda, como el resto.

Detrás del teléfono, la chica abre mucho los ojos.

—Pero el dramaturgo... —señala el conservador.

—Ah, sí, el dramaturgo —lo interrumpo—. Decidí bajar personalmente al submarino. Allí, Klaus Wexler admitió que había conspirado para huir de la Alemania del Este, que había copiado sus manuscritos y que había intentado fugarse durante una representación de su última obra en Austria.

Personalmente, creo que la RDA cometió un error restringiendo los movimientos de sus ciudadanos. Era un buen país, un país libre, y si alguien deseaba marcharse, debería haber podido hacerlo. Pero las reglas no eran ésas, y ese tipo de decisiones no nos correspondían a nosotros. Un piloto debe obedecer las leyes de la aerodinámica, del mismo modo en que un médico debe observar los protocolos médicos.

Sale humo de la bolsita de basura. La enrosco, le hago un nudo y señalo al conservador.

—He aquí lo que el dramaturgo confesó: llorando, les dijo a los interrogadores que no había dejado nada dispuesto para sus padres, ya mayores; que éstos eran pobres y débiles, y que no tenían a nadie; y que había estado a punto de abandonarlos, de condenarlos al frío y la soledad de una muerte prematura. Le oí decir con mis propios oídos que había tenido suerte de que lo delataran y lo pescaran. Ésa es la verdad acerca de su amado dramaturgo. Y así fue como salvamos a Wexler de un crimen todavía más grave: condenar a sus padres a morir solos, a sucumbir lentamente al hambre y la enfermedad.

—¿El señor Wexler hizo esa confesión en una celda de agua? —me pregunta el conservador.

—Yo no era miembro de la Stasi, no era un interrogador; era un funcionario público, un administrador de prisiones, pero aquí no se produjeron torturas, si eso es lo que insinúa —le digo—. Nadie podrá mostrar ni una cicatriz, ni un moratón, ni una herida fruto del tiempo que pasó aquí. Nadie ha podido aportar ni una sola fotografía que demuestre que un solo recluso sufrió lesiones en mi prisión.

—¿Estaba Klaus Wexler desnudo cuando confesó? —pregunta el conservador—. ¿Y estuvo confinado en una celda completamente oscura y con el suelo cubierto de agua helada, como afirmó más tarde?

—El agua se recogía mediante los canalones del desagüe —le digo, señalando el tejado del centro— y se almacenaba en aquel depósito. En verano el agua estaba caliente, y en invierno estaba fría; eso era lo único que influía en su temperatura.

Los estudiantes levantan la vista hacia el tejado, su aliento es visible en el aire de noviembre.

Yo recojo a mi perrito y lo sujeto entre los brazos.

—Ni los funcionarios, ni los abogados, ni los jueces hacen las leyes — digo—. Pero aun así tienen que obedecerlas.

El conservador hace una reverencia.

—Gracias por esta conversación tan instructiva —dice, y acto seguido se lleva a los alumnos hacia la tienda del museo.

Prinz y yo pasamos la tarde creando un sistema de vigilancia. Rebusco por el garaje hasta encontrar nuestra vieja cámara Polaroid y una bobina de hilo de pescar que, unido al disparador, servirá como cable trampa. *Prinz* es un fiel ayudante. Se sienta en un taburete a mi lado, y siempre que le dé cada tanto una galletita salada con forma de pescado, sigue todo lo que hago con sumo interés.

Pero ¿cómo lograr que se accione el disparador cuando alguien tropiece con el hilo?

Lo intento con varios mecanismos: la palanca para vaciar un lavabo, el brazo de un triturador de ajos y el mango de un troquel para cartón. Nada funciona. El experimento me inspira respeto hacia la Stasi, cuyos hombres eran auténticos maestros, capaces de hacer cámaras con relojes de cuco, pajaritas y tocones de árbol. Ciertamente, es posible que la Stasi convirtiera los pisos inferiores de mi prisión en la casa del terror, pero hay que admitir que iban sobrados de ingenio.

Finalmente cojo un calibrador de freno de una bici antigua de mi hija y lo acoplo al cuerpo de plástico de la cámara con dos tornillos. ¿Había mencionado ya que tengo una hija? Es una mujer maravillosa, ya adulta, casada. La veo cada año en verano y por Navidades, como un reloj. Enfoco a *Prinz* con la cámara y tiro del hilo de pescar, con lo que el calibrador rota, aprieta el botón y, ¡clic!, salta el flash.

—Y ahora vamos a pillar al tipo misterioso que nos deja esos paquetitos —le digo a *Prinz*.

Aunque tiene ya la lengua teñida de naranja, lo recompenso por su lealtad con otra galletita.

Pero la instantánea cuadrada que escupe la cámara debe de llevar años ahí dentro. *Prinz* y yo observamos cómo se va revelando: lentamente, aparece la imagen granulada de mi mujer. Está echada encima de una sábana blanca, desnuda. Su mirada es seductora, el alcohol todavía no le ha ablandado el semblante, y me doy cuenta al instante de que quien tomó esa foto no fui yo.

Cuando oscurece salgo al jardín. Preparo la cámara, que escondo detrás de una calabaza, y extendo el hilo entre las hojas dispersas. *Prinz* contribuye con una meadita. Entonces vuelvo a meterme en casa con el paquete en la mano y lo dejo encima de la mesa del comedor, junto a los demás.

Cuando apareció el primero, hace un mes, supuse que se trataba de un error, que lo habían entregado en la dirección equivocada. Lo guardé sin abrirlo, a la espera de que su verdadero destinatario viniera a reclamarlo. Pero cuando llegó el segundo comprendí que no se trataba de ningún error. Inmediatamente abrí el primero. Dentro estaban las llaves que había llevado colgando de la cintura durante dieciséis años; el juego maestro de la prisión. ¿Cómo habían dejado de estar en mi poder? ¿Quién me las había enviado y por qué? Me las colgué al cinturón, el lugar que les correspondía.

El siguiente paquete sólo sirvió para ahondar en el misterio. Dentro había un cenicero. Era pesado y estaba hecho con el cristal que se usa para fabricar los objetivos fotográficos. Era un recuerdo que Gitte me había traído de Dresde, de un congreso de fotografía organizado por el Estado al que había asistido. Cuando la luz lo iluminaba directamente, el cenicero proyectaba un halo misterioso que ponía muy nerviosos a los reclusos que había sentados a mi mesa. Un día, cuando llevaba diez años sobre mi escritorio, desapareció. Registramos la cárcel de arriba abajo, hasta el último milímetro; los prisioneros pasaron varias semanas sin descansar. Si se rompía, el cenicero podía convertirse en un arma terrible, pesada y afilada, capaz de rajar el gáznate de una decena de guardias. Inspeccionamos las letrinas, los canalones del desagüe y las cenizas del horno. Vaciamos varios calderos de estofado del comedor. Los reclusos cribaron treinta mil paladas de nieve a mano. Mandamos desnudar a los cadáveres helados de la morgue y partir las escayolas de todos los pacientes de la enfermería. No volví a ver el cenicero nunca más, hasta que reapareció, envuelto a mano, en mi jardín. Casi podía oler los cigarrillos f6 que fumaba entonces.

Desenvuelvo el último paquete lentamente. El cordel está muy tenso; el papel, perfectamente doblado. El celo transparente que sujeta las esquinas tiene un tono amarillo, burocrático. Dentro descubro un brazalete de plata que le compré a Gitte en nuestro vigésimo aniversario de boda. Después de lo que les había pasado a sus padres, y porque nunca sabremos cuánto tiempo habría durado su matrimonio, Gitte y yo siempre decíamos que pasaríamos cincuenta años casados. Por eso mandé grabar en el brazalete la inscripción:

HANS & BRIGITTE ~ YA SÓLO FALTAN TREINTA.

Era demasiado pesado para su muñeca, dijo. Sólo se lo ponía para actos oficiales.

No sé por qué, pero al coger aquel brazalete entre las manos me echo a llorar.

Prinz se sube a la mesa para lamermme las lágrimas.

Esa noche, *Prinz* y yo nos acurrucamos en el sofá; desde aquí, si nuestro visitante misterioso decide dejarnos otro paquete, veré el flash de la Polaroid. Una ráfaga de viento sube por el tiro vacío de la chimenea. Se oye un crujir de hojas secas en el exterior. Una luz blanca y mate penetra a través de las cortinas de encaje y proyecta una telaraña de sombras encima del perro, que mira desde detrás de mis rodillas. Bajo esta luz moteada contemplo la Polaroid de mi mujer. Su cuerpo ya no es joven, pero sigue siendo hermosa. Diría que el fotógrafo piensa lo mismo: ha capturado la elegancia de la caída de su pelo y de sus pechos, que se decantan delicadamente a un lado. Está preparada para él. Tiene las piernas ligeramente separadas, la mirada curiosa e irónica. Me duele pensar que el tipo no tendrá que apartar el peso muerto de sus muslos, que ella lo hará por él. Y, sin embargo, no sabrá nada de sus brasas secretas.

Es ya tarde cuando me llama mi hija. En principio no teníamos que hablar hasta mediados de diciembre, para hacer planes para el *Weihnachten*.

—Papá —dice—, hay un vídeo tuyo en internet.

—Eso es imposible —respondo—. No concedo entrevistas. Por favor, dime cómo está tu madre. ¿Habla de mí alguna vez?

—El vídeo es increíble —explica—. Sales insultando a un escritor famoso y blandiendo una bolsa con caca de perro.

—¿Está ahí? —insisto—. ¿Está en tu casa, contigo?

—Papá, escúchame. Ha aparecido un vídeo de tu perro cagándose encima de la placa dedicada a Klaus Wexler y de ti hablando con él como si te entendiera. Papá, ese hombre ganó el Georg-Büchner Literaturpreis, y tú dices que era un perverso y un drogadicto y admites que lo tuvisteis desnudo y congelado en tu prisión, y que lloró porque había abandonado a sus padres.

—Yo no hice nada malo —le digo—. No le hice daño a nadie. ¿Se lo dirás a tu madre de mi parte? Que nunca hice nada con intención de hacerle daño, que seguí todas las normas y que cuando sucedieron cosas malas en nuestro matrimonio, quien hizo la vista gorda fui siempre yo.

A la mañana siguiente decido pasear a *Prinz* por la acera contraria y me descubro mirando a través de las ventanas de la gente. Me pregunto si los adornos de sus jardines son sinceros o simple atrezo. Los paquetes han despertado toda mi suspicacia. La Stasi ya no acosa a sus sujetos, pero mis ojos no pierden detalle. Un hombre se agacha para atarse el zapato. Una mujer vestida con chándal se pasa la mano por el vientre. Veo a un hombre de mi edad y lo estudio: ¿se tocará la oreja o, peor aún, cruzará las manos a la espalda? No puedo evitar buscar un significado oculto en los coches aparcados, en sus colores y modelos. Hubo una época en que no costaba nada distinguir los coches de quienes te espiaban. Sabías qué significaba cuando un Moskvitch aparcaba junto a la acera, o cuando dos Trabants blancos avanzaban juntos, un por cada lado de la calle.

Nos detenemos delante del 66 de la Genslerstrasse, donde se encuentra la entrada principal de la prisión. Una horda de chavales baja de un autocar, se nota que son *Wessis*; los niños del oeste tienen un aire arrogante, como si el Berlín Este fuera su juguete nuevo y estuvieran probándolo. Los *Ossis*, en cambio, son cautos e inseguros, como si estuvieran violando la propiedad en su propio barrio; fuman el doble y miran siempre de reojo.

En este cuadro plástico aparece el conservador; lleva un *walkie-talkie* en la mano y acompaña al grupo escolar junto a su guía, una mujer de unos sesenta años. Al verme, el tipo cruza la calle casi brincando.

—*Guten Tag*, señor alcaide —dice.

—Ahora soy sólo Hans —le respondo.

Me mira a los ojos.

—¿Ha visto el vídeo?

—Me han hablado de él, sí —digo.

—No se enfade. La chica que lo grabó es joven. Basta con ver el resto de los vídeos que ha colgado: un chaval que se cae de la bici, ella y sus amigas pintándose las uñas de los pies, un gato atacando un cuenco de fruta...

Asiento con la cabeza.

—Por favor, Hans, tómese un café conmigo. Lo invito yo. Tengo que hablar de algo con usted.

Cruzamos la calle, pero al llegar ante la puerta de la prisión me detengo.

—¿Es por el perro? —pregunta el conservador—. Le aseguro que es bienvenido. Muchos de los que regresan llevan perros como apoyo emocional, para que la experiencia no les resulte tan dura.

—¿Qué experiencia?

El conservador frunce el ceño.

—La de regresar aquí.

—*Prinz* no es ningún apoyo emocional.

—Por supuesto que no —dice él.

No me decido a cruzar el umbral. El tipo me dirige una mirada expectante.

—¿Cuándo fue la última vez que entró? —pregunta.

—El 3 de octubre de 1990 —respondo.

—¿Desde el año noventa? ¡Pero si vive a una manzana de aquí! —dice, y echa un vistazo a mi cinturón—. Y todavía lleva las llaves de la prisión. Adelante, Hans, le aseguro que todo el mundo es bienvenido aquí. El centro está abierto para todo aquel que desee recordar.

Me pone una mano en el hombro y me guía hacia el patio. Yo tenso la correa de *Prinz*.

El patio está lleno de adolescentes agitados y turistas holandeses. Donde estaba situado el club social de los oficiales de la Stasi hoy hay una librería. Han reconvertido las jaulas de los tigres del muro sur en un café. Nos dirigimos hacia allí y, después de pedir un capuchino, nos sentamos en unas

sillas modernas, detrás de unas cristaleras tintadas. Las paredes del café están decoradas con fotografías enmarcadas; en su día, algunas de ellas colgaban en mi despacho, incluida una en la que saludo al jefe de la Stasi, Erich Mielke, durante su inspección del centro.

—En mi despacho tenía una fotografía en la que salíamos mi mujer y yo —le digo al conservador—. Si fuera posible, me gustaría recuperarla. Cuando cerraron la prisión pensé que se nos concedería un día extra para retirar nuestros efectos personales, pero no fue así.

—Conozco la imagen —dice el conservador—. En realidad, los archivistas justo han terminado de restaurar su despacho. Son buenísimos. Tendría que ver la meticulosidad con la que documentan cada celda. Toman nota de cada letra grabada en las paredes, de cada huella dactilar atrapada en las capas de pintura, todo ello para intentar determinar qué prisioneros fueron encarcelados aquí y cuándo. Porque, como sabrá, se destruyeron todos los registros.

—Yo sólo dirigía la prisión —le digo—. Era un simple administrador. Me encargaba de asignar personal a los distintos turnos, de gestionar los traslados, de comprar el papel higiénico... Estaba al cargo de la seguridad, no de los interrogatorios. Yo no sabía nada de lo que sucedía en esas celdas. El director de la Stasi era Grünwald, era él quien se encargaba de los interrogatorios. Y debo decir que, a los administradores, los mandos de la Stasi nos miraban siempre por encima del hombro; ellos tenían su propio comedor, su club, su sauna... Fueron ellos quienes decidieron destruir los registros.

—O sea, que Grünwald le dio la orden de destruir los archivos de los prisioneros y sus hombres la ejecutaron —dice el conservador.

—Tardaron casi un año, sí.

Una chica nos trae los capuchinos. Lleva una camiseta blanca con charreteras de vinilo planchadas sobre los hombros, además de una ridícula colección de medallas en el pecho y una chapita identificadora en la que pone: GUARDIA DE PRISIONES DE LA STASI.

El conservador se percata de mi mirada horrorizada.

—Lo sé, lo sé —dice—. Yo también preferiría que no fuera así, pero esa camiseta es el objeto más vendido de nuestra tienda. Y el centro es deficitario. Cobramos una entrada simbólica y los guías nos suponen un gasto tremendo. Se trata de personas que quedaron seriamente dañadas por su paso por aquí y somos su único sustento económico. Tenemos grandes planes: organizar exposiciones, abrir los archivos... Pero de momento, como suele decirse, nos centramos en lo básico.

Pruebo el capuchino; sabe a mazapán.

—Sus problemas económicos son muy fáciles de entender —le comento—. Esto no es más que una prisión abandonada. ¿Quién va a querer pagar para visitar un lugar así?

—No se quite méritos —responde el conservador—, no se trata de una cárcel cualquiera. Pero entiendo lo que quiere decir. La cuestión es cómo lograr que los jóvenes se interesen por el pasado. Eche un vistazo —dice, señalando a los estudiantes que hay en el café, con nosotros—. Andan siempre mirando el móvil, ése es nuestro verdadero competidor. Durante las visitas, la mitad están actualizando sus páginas de Facebook, mandando mensajes a sus amigos, tuiteando, etcétera. Algunos cuelgan la visita entera en YouTube, pero no parece que vivan la experiencia. ¡Y pensar en todo lo que hacía la Stasi para espiarnos! Ni siquiera ellos fueron capaces de soñar con un mundo en el que los ciudadanos llevaran voluntariamente artilugios de seguimiento, se vigilaran e informaran sobre sí mismos, mañana, tarde y noche.

—Todo eso es información —digo yo—. Y, sin embargo, el mundo es más misterioso que nunca.

El conservador se inclina hacia delante.

—¿A usted le parece que el mundo es *misterioso*?

Tiene una expresión de profunda satisfacción en la mirada.

—¿En qué puedo ayudarlo? —le pregunto.

—Ah, sí, cómo no —dice—. He aquí mi propuesta. Le tengo a usted por un tipo filosófico, Hans. Creo que es usted un hombre con opiniones. Le propongo que lleve a cabo una visita guiada de Hohenschönhausen, tal vez para un grupo de estudiantes. Podríamos grabarla en vídeo y preservarla como un documento importante. Podría decir lo que quisiera: compartir

información, rebatir críticas, aportar nueva luz... Pero, sobre todo, contaría la historia de este lugar. Dentro de un tiempo, cuando usted y yo hayamos desaparecido, una historia como ésta seguirá hablando por sí misma.

No puedo evitar sonreír.

—¿Y quién querría escuchar esa historia?

—Universitarios, estudiantes, historiadores... A falta de archivos, las historias son lo único que tenemos.

Prinz suelta un gemido, la mirada fija en las galletitas de nuestros platos.

—Se equivoca conmigo —le digo—. No soy un tipo filosófico y no sé ninguna historia.

Mientras pronuncio esas palabras me acuerdo de Gitte y me pregunto dónde estará y qué estará haciendo en estos momentos. ¿Estará con su amigo el fotógrafo? ¿Escalarán juntos las montañas confesionales de Anonyme Alkoholiker para descender luego a los valles oscuros del sexo sobrio?

Prinz vuelve a gemir.

—De hecho, tengo una pregunta sobre perros —dice el conservador, que rompe un trozo de galletita y se lo ofrece a *Prinz*—. ¿Puedo?

Yo asiento con la cabeza.

—*Männchen machen, Prinz* —digo.

Prinz se incorpora sobre las patas traseras y levanta las patitas delanteras. El conservador le lanza la recompensa. Con la lengua fuera, *Prinz* sigue la galletita con los ojos y la caza al aire.

—Se llama *Prinz*, ¿verdad? —pregunta el conservador—. Es un buen nombre para un perro.

—Se lo puso mi mujer. Me lo regaló cuando se marchó.

—Lamento oír eso.

—¿Oír qué?

—Que usted y su mujer se han separado.

Miro al pequeño *Prinz*, ajeno a los problemas del mundo.

—Es algo temporal —digo.

El conservador asiente en silencio.

—En cuanto a los perros —dice—, un antiguo recluso me contó que le costaba dormir por culpa del ladrido de los perros. Pero aquí no hay ninguna perrera. ¿La cárcel usaba perros, Hans?

—Los perros venían de noche —respondo—. Un adiestrador llamado Günter los traía al anochecer. Todavía vive en el barrio. Günter era un célebre entrenador de perros de la academia de la Stasi en Golm. Pero un día la jauría se volvió contra él y lo atacó, lo degradaron y tuvo que incorporarse al servicio de prisiones. Tenía unas terribles marcas de mordiscos en un lado de la cara y ceceaba a causa de las heridas, que intentaba ocultar dejándose barba. Creo que también debió de perder varios dedos, pues siempre llevaba unos gruesos guantes de piel. Aparecía al anochecer, arrastrado por la furibunda jauría, y saludaba con aquellos guantes enormes. «Los perros están bastante agresivos esta noche», anunciaba. Una noche, tal vez con la esperanza de ganar puntos con nosotros, Günter escondió algo de carne en las jaulas de los tigres. Todavía había un recluso haciendo ejercicio en la jaula cuando Günter soltó a los perros al grito de...

—Por favor, por favor —dice el conservador—. Tiene que guardarse esta historia para cuando lo grabemos en vídeo.

Alguien intenta contactar con él por el *walkie-talkie*, pero lo pone en silencio.

—¿Podría ir a cualquier parte de la prisión? —pregunto—. ¿Y decir lo que quisiera?

—Tendría libertad total —dice él—. Naturalmente, acompañaríamos el vídeo con material de contexto: habría que informar al espectador de qué tipo de prisión era, qué sucedió aquí, cuántas personas murieron, etcétera. El procedimiento estándar.

—La tasa de mortalidad en Hohenschönhausen no difería mucho de la media nacional.

—Lo siento, pero eso no es exacto —replica el conservador—. Las cifras son mucho más altas. Han sido verificadas y son indiscutibles.

Me levanto y tiro de la correa de *Prinz*.

—Lo que pasó aquí no tuvo nada que ver con la tortura, deje de insistir en eso. Lo que sucedió aquí, sucedió en la mente de los reclusos, no en sus cuerpos.

Una extraña sonrisa se dibuja en el rostro del conservador.

—Por favor —dice—, no terminemos así. Veamos si podemos encontrar su fotografía.

Cogemos nuestros capuchinos y cruzamos el patio; *Prinz* parece excitado con la nueva aventura. De camino al complejo de administración, tenemos que pasar por delante de la ridícula «piedra conmemorativa», situada en medio del patio de ejercicios. El edificio al que accedemos tiene pasillos con archivadores metálicos a ambos lados. Hay centenares, todos vacíos. Miles de dossiers sobre reclusos, miles de confesiones, destruidos. ¿Qué significó todo aquello, si ya no queda nada?

Tomamos unas escaleras por las que subí en incontables ocasiones, pero aun así me llevo una sorpresa al ver adónde me llevan: al despacho del alcaide. Los archivistas lo han preparado como si de una exposición se tratara. En la puerta hay una placa escrita en alemán, inglés, francés y chino. Dice: «Oficina del alcaide Hans Bäcker, que durante quince años dirigió esta prisión con precisión absoluta. Nunca un recluso llegó tarde a un interrogatorio o a una sesión de tortura de la Stasi».

Me vuelvo hacia el conservador, que se limita a devolverme la mirada.

Entro y me sobreviene un pensamiento que nunca antes me había asaltado: la sala tiene el mismo tamaño y la misma forma que las celdas de los reclusos. Hay otras placas, que informan acerca de las radios que comunicaban con las torres de vigilancia y el sistema de luces intermitentes que permitía saber qué salas de interrogación estaban ocupadas en cada momento. Las paredes están cubiertas de manchas de nicotina, excepto en tres puntos, donde los archivistas han abierto tres boquetes en el yeso. Han trazado tres círculos rojos alrededor de los agujeros: uno al lado del radiador, otro junto a mi escritorio y otro en el techo. Están marcados con las leyendas «Mic1», «Mic2» y «Mic3». En una placa se puede leer: «Ni siquiera el alcaide Bäcker estaba a salvo de la vigilancia de la Stasi. Tres aparatos de escucha lo controlaban todo el tiempo». Me acerco a uno de los micrófonos y lo toco con la yema del dedo. Mis ojos siguen el cable hasta que desaparece hacia donde fuera que los hombres de Grünwald escuchaban. Mis llamadas a Nina cada tarde, cuando ella salía del colegio. Las veces en que Gitte llamaba, sola y consumida por la culpa, medio borracha ya a primera hora de la tarde, para confesar infidelidades de las que yo no quería saber nada.

Me doy la vuelta. Encima de mi escritorio está la caja de madera de «objetos perdidos». En la etiqueta pone tan sólo: «Objetos confiscados a los reclusos». Hay algunas joyas, una pelota de goma, un transistor, una biblia en miniatura, etcétera. Encuentro un maltrecho ejemplar de *1984*. Abro el libro y leo unas líneas. Se trata de ficción, desde luego, pero el autor acertó en muchas cosas: el control, la vigilancia, la sensación de que nada puede ser espontáneo, que el menor de los actos acarrearán consecuencias para tu futuro... Evoca una sensación que hace mucho que no tenía, la sensación de que, aunque tengas un trabajo y una casa fantásticos, no hay ningún lugar seguro al que regresar.

El conservador cierra la puerta y ahí está el retrato: Brigitte y Hans en el Augustusbrücke de Dresde, echando pan a los patos del Elba. Lo colgué ahí para que quedara oculto mientras estuviera ocupado en asuntos de la prisión, para que sólo se viera con la puerta cerrada, cuando estuviera a solas y pudiera pasar un rato con la imagen de ella. Es la clase de fotografía que cuelga un hombre que necesita saber que, pase lo que pase en las celdas que lo rodean, hay una mujer que lo quiere, que lo espera y a quien, después de que llegue Günter con sus perros rabiosos, podrá abrazar.

Alargo la mano para coger la foto de la pared, pero el conservador me detiene.

—Lo siento —dice, juntando las manos—. La fotografía es ahora propiedad del pueblo alemán.

Paso la tarde entera paseando a *Prinz*. No olisquea cada arbusto que encuentra, como es habitual en él. Huele las entradas de las casas, los neumáticos de los coches y todos los asientos de la marquesina del autobús. Sé que busca a Gitte. Olisquea por todas partes, pero no hay rastro de ella.

Sopla viento del noroeste. Me subo el cuello del abrigo. Por la acera opuesta veo a un hombre también con abrigo. Camina despacio, e imagino que me sigue. Dejo vagar la mente hacia las iglesias donde, a esta hora del día, Gitte se reúne con los demás *Alkoholiker*. Seguramente esté intentando reconciliarse con su turbulenta historia: cómo sobrevivió al bombardeo de Magdeburgo y cómo ella y sus familiares vivieron igual que las ratas entre

los escombros, acosados por los tanques, el tifus, las monjas y, finalmente, los soviéticos. Hace mucho tiempo, cuando nos conocimos, me contó la historia de cómo su padre, después del bombardeo de enero, salió con una carretilla a buscar algo que no hubiera ardido: ropa, comida o madera para hacer fuego. Regresó antes del anochecer con una bomba todavía sin explotar, que metió en el almacén abandonado donde se habían refugiado. Gitte rememoró en términos míticos cómo su padre había reunido a la familia a su alrededor para que vieran cómo retaba a la bomba a luchar.

Intenté muchas veces que me aclarara el sentido de aquellas palabras. Se trataba de un tema delicado, de modo que tenía que andarme con cuidado; faltaba poco para que la enfermedad se llevara a su madre y para que su padre terminara en un campo de trabajo soviético y sus hermanas, en los orfanatos. La suya era una de esas historias. Acerca de la noche en que su padre había luchado contra la bomba, sólo logré sacarle que era un recuerdo feliz, que no recordaba haber pasado frío ni hambre, que estaban todos juntos y que su padre ganó la pelea.

—Pero ¿cómo luchó contra la bomba? —le pregunté una vez.

—La atacó con un ladrillo —respondió ella.

Yo nunca he sufrido como Gitte. Me hirieron durante el bombardeo de Rostock y mi madre decidió que nos marcháramos a Schwerin, cerca de donde habían destinado a mi padre y donde creía que estaríamos más seguros. De la bomba que desencadenó los acontecimientos recuerdo bien poco. Tenía cinco años y estaba en la calle, junto a un grupo de caballos del cuerpo de bomberos. Hacía frío y de su pelaje se elevaba una nube de vapor, después de que cruzaran el centro de la ciudad al galope. Recibí el impacto de un muro de luz. De pronto noté una ráfaga de aire y arenilla, y como la bomba había caído en un taller de soldadura, un aluvión de limaduras de hierro salió proyectado en todas direcciones. Los fragmentos de metal eran como relámpagos, cada esquirla soltaba una descarga eléctrica.

La primera vez que Gitte me vio sin camisa, alargó la mano para acariciar las cicatrices y los pinchazos, y sus ojos buscaron los míos con un destello de reconocimiento, como si finalmente hubiera encontrado a alguien que había pasado por lo mismo que ella, capaz de entender, sin que ella tuviera que expresarlo con palabras, los acontecimientos que la habían

marcado. Y como yo ya estaba enamorado de ella, porque ya me había olvidado de quién era sin ella, no hice nada por sacarla del engaño. Pero con los años, cuando necesitó a alguien capaz de comprenderla, me mostré incapaz.

Prinz y yo pasamos junto a un local de la *Bahnhofstrasse* de esos en los que la gente se reúne después del trabajo, donde varias parejitas comparten platos de *Buletten* y brindan con copas de *Federweisser*, turbia como el vidrio de mar. *Prinz* se detiene en seco. Pero no mira la comida, sino al hombre del abrigo del otro lado de la calle.

En la otra acera, el hombre del abrigo se detiene.

Se vuelve hacia nosotros y se lleva un dedo a la nariz, la seña que usaba la Stasi para decir «abortar seguimiento».

Empieza a cruzar la calle y cuando se acerca más me doy cuenta de que es Grünwald, y que sonrío. Todavía lleva el bigote de coronel de la Stasi, pero advierto que se ha blanqueado los dientes.

—Pero si es Hans —dice—. ¿Has estado escondiéndote de nosotros?

Ve el periódico que lleva bajo el brazo.

—¿Qué tal va la búsqueda de empleo?

—Ya nadie usa los anuncios clasificados —me informa—. Todo se hace por ordenador, pero este nuevo sistema conspira para dejarnos a los viejos fuera del mercado. ¿No se suponía que este nuevo país iba a ser justo? ¿Que iba a valorar los méritos de las personas? Pues a la hora de la verdad sólo encontramos discriminación. Mielke me condecoró personalmente con el Escudo Negro en reconocimiento por mi excelencia como interrogador, pero ¿tú crees que alguien me va a dar trabajo? El *Gewerkshaft* de la policía emplea a trescientos especialistas en interrogatorios, pero ¿tú crees que se leerán mi solicitud?

—¿Me has asaltado para que te escriba una carta de recomendación? —le pregunto.

Grünwald me da un golpecito con el periódico. Es la mayor muestra de afecto de la que es capaz.

—Vaya, Hans tratando de ser gracioso... Mal asunto —dice—. ¿Cómo lo llevas? ¿Has tenido noticias de ella?

—Las tendré pronto, creo. Apenas han pasado cuatro meses. Sólo necesita tiempo para desintoxicarse. Tiene algunos problemas que resolver. Aunque ojalá supiera dónde está, cómo pasa los días.

—No la has buscado en Facebook, ¿verdad?

—No sabría ni por dónde empezar.

—Mejor, créeme —dice—. Yo tengo cinco mil amigos en esa red, ¿sabes?, el máximo permitido. Y adivina cuál es nuestro tema actual de conversación. ¿Sabes quién es nuestro nuevo héroe?

—Supongo que te refieres al vídeo, ¿no?

—¡Eres tú, Hans! Nuestro nuevo líder.

Antes de que pueda admitir que he sido incapaz de localizar el vídeo en internet, me lo enseña en su teléfono. El vídeo es corto y, sí, mis gestos blandiendo la bolsita de mierda de perro producen un efecto desafortunado. Lo más interesante es que la chica ha escrito cosas sobre las imágenes, con flechitas y palabras en rojo. En un momento dado, por ejemplo, aparece una flechita que me señala la frente y un texto que dice: «Vena hinchada». Otros de los mensajes son «Ojos de pirado» y «Baboso». Cuando expongo mi argumento más destacado, el espectador no puede evitar fijarse en unas ondulantes líneas rojas que me salen de la boca, acompañadas del mensaje «Aliento de viejo».

Bajo la vista y *Prinz* me está mirando.

—No te desanimes, Hans —dice Grünwald—. Este vídeo es positivo. Eres el único que dice la verdad. Todos esos antiguos reclusos me ponen enfermo. Se han convertido en famosillos de tres al cuarto escribiendo libros y apareciendo en programas de entrevistas, y, créeme, saben perfectamente lo que la gente de la tele quiere oír: historias horribles de tortura y cuentos chinos sobre cementerios secretos. Una vez oí a uno que decía que lo habíamos convertido en una marioneta viviente. ¡Una marioneta! ¿Qué éramos, Guantánamo? ¿Un gulag norcoreano?

Dos mujeres se acercan hacia donde estamos nosotros, mirando un mapa. Grünwald entabla conversación con ellas de inmediato. Su esposa (como hicieron la mayoría de las mujeres casadas con miembros de la Stasi) lo dejó en cuanto cayó el Muro, y debo admitir que el hecho de que mi matrimonio sobreviviera me hizo sentir superior.

—Me temo que nos hemos perdido —dice una de las mujeres. Nos damos cuenta por el acento de que son austriacas.

—¿Podemos ayudarlas? —pregunta Grünwald. Aunque tiene el pelo blanco, se lo peina de tal forma que, al caerle sobre la sien, le brinda la ocasión, que no desaprovecha en este momento, de recolocárselo con un gesto enérgico de sus dedos largos y finos.

—Queremos llegar al museo de la tortura antes de que cierre —dice la otra mujer.

Grünwald hace una mueca.

—¿Un museo de la tortura? —pregunta, y se vuelve hacia mí—. ¿Tú habías oído hablar de eso alguna vez?

Yo niego con la cabeza.

—¿Quién crearía un museo así? —pregunta Grünwald—. ¿Y quién querría visitarlo?

Pero la primera mujer no se deja amilanar.

—Está en una prisión —dice—. Y es un lugar famoso.

Nos enseña el mapa para que lo veamos. Están marcados los lugares conmemorativos del Holocausto, los campos de deportación y exterminio nazis y, justo en medio de todo eso, nuestra prisión.

—¿Les va el turismo de atrocidades, o algo así? —pregunta Grünwald.

La otra mujer coge el mapa.

—Es Historia —dice—. Así es como se demuestra el respeto.

—Si no conoces el pasado, estás condenado a repetirlo —añade su amiga.

—Sí, conocemos el lugar que ustedes andan buscando —digo yo.

Grünwald me interrumpe.

—Sí, es verdad —dice—, ahora me acuerdo de la prisión a la que se refieren. —Y señala en la dirección contraria—. Para llegar allí tienen que tomar el tranvía M5 y bajar en la quinta parada. No, en la sexta. Seis paradas, su prisión histórica está exactamente seis paradas en esa dirección.

Las mujeres nos lanzan una mirada suspicaz, pero dan media vuelta y se alejan caminando.

Cuando se han marchado, Grünwald se pasa la mano por el pelo, como para librarse de lo que acaba de ocurrir.

—Ven al local esta noche, Hans. Deja que tus viejos amigos te inviten a una cerveza, brindaremos por tu nueva fama. Y, déjame que diga, vienen algunas señoras que prefieren la compañía de un hombre de la RDA; te las presentaré. Les gustan los tipos que les encienden los cigarrillos y les pagan las copas. Anhelan nuestra autoridad, Hans. Desean a un hombre que ejerza el poder. ¿Qué me dices? Si quieres, puedes traer a tu chuchó, hay un ciego que viene con el suyo.

No me cuesta nada imaginar cómo debe de ser pasar la noche bebiendo con Grünwald en su tugurio de la Stasi: conversaciones interminables sobre la época de la RDA, cuando la cerveza era más fuerte, los orgasmos más largos y las monedas de plata auténtica. Seguro que a medianoche estarán ya poco menos que cantando en ruso. Además, la simple idea de hablar con una mujer que no sea la mía me pone enfermo.

—El vídeo te ha molestado, ya lo veo —dice Grünwald—. No tienes que hacer ni caso a las burlas de esa niñata. Fuiste un alcaide admirable y respetable. Y la gente lo sabría si todos esos expresidarios mentirosos no acapararan la prensa. Pero ¿tú crees que le han dicho alguna vez a un periodista: «La prisión estaba limpia y ventilada, y la comida llegaba siempre puntual, tres veces al día»? ¿Alguna vez mencionan que la prisión tenía un hospital perfectamente equipado, y que el personal médico estaba formado por veintiocho personas? ¿Te acuerdas de la tormenta de nieve del 84, cuando todo Berlín se quedó a oscuras? Tú fuiste el único que mantuvo las luces encendidas, Hans. La prisión de Hohenschönhausen fue la única instalación que conservó la calefacción y la electricidad, gracias a ti.

Las mujeres austriacas se han detenido al final de la manzana y están examinando de nuevo el mapa. Me doy cuenta de que nos lanzan otra mirada escéptica.

—Grünwald —le digo—, se te ha olvidado mencionar por qué me estabas siguiendo.

—Ah, sí. Es porque te he visto hablando con el conservador del sitio ese. Debes tener cuidado con ese tipo, Hans, déjame que te lo diga. Financia a los antiguos reclusos y les consigue entrevistas en la tele. Tienes que contarme qué te ha dicho.

—Quiere que haga un vídeo. Quiere que hable de la prisión, que cuente nuestra parte de la historia.

—¿Y para qué iba a querer eso?

—Primero tengo que hacerte una pregunta.

—Desde luego, Hans. Por ti lo que sea.

Quiero preguntarle por los micrófonos ocultos de mi despacho y por los archivos secretos que debieron de reunir, por todas las llamadas que grabaron y cómo en este preciso instante su cerebro de mosquito debe de estar al corriente de todos los secretos entre Gitte y yo.

Pero en el último momento cambio de opinión.

—¿A ti te mandan paquetitos? —le pregunto—. ¿Cosas de cuando trabajábamos en la prisión, perfectamente envueltos y entregados siempre de noche?

Se muestra intrigado.

—¿Tú calificarías esos paquetes de «regalos»? —pregunta.

—Son cosas que en su día fueron mías. Objetos sentimentales.

Prinz se impacienta y suelta un ladrido. Saco una galletita de una bolsa que llevo en el bolsillo, pero *Grünwald* me detiene.

—Lo que este pequeñajo quiere es afecto —dice, y levanta a *Prinz* del suelo—. Es dándole y negándole cosas como lograrás condicionar su respuesta. —Le rasca las orejitas—. Así pues, por un lado tienes a un conservador de una prisión que quiere algo de ti y, por el otro, de pronto empiezan a aparecer viejos objetos personales de tu época allí.

Grünwald sonríe y su expresión tiene un destello de amenaza y de intriga. Entorna los ojos con un gesto no carente de placer, mientras imagina diversos escenarios que van desplegándose ante él. Fue precisamente esa mirada lo que le valió el Escudo Negro. Resulta fácil olvidar, incluso a mí, que en su día miles de reclusos vivían muertos de miedo por él, que la gente prefería ahorcarse antes que pasar una tarde en su presencia.

A la mañana siguiente, el conservador me entrega el retrato. Cuando llama a la puerta me levanto del sofá, e incluso yo noto el olor que el viejo tapizado deja en mí. Viste traje y lleva el marco envuelto en un paño negro, como si

fuéramos a inaugurar el retrato.

—Lo he conseguido —dice.

Levanta el paño un instante y ahí están Brigitte y Hans, marido y mujer.

—Los archivistas lo han examinado —dice el conservador—. Creen que es obra de la fotógrafa Sibylle Bergemann.

—Una vez mi mujer posó para Sibylle, cuando las dos trabajaban en las Praktica Kamera Werke. Cuando las Praktica Kamera Werke todavía existían. Despidieron a todos los empleados cuando cayó el Muro. Trescientas personas.

Me ofrece el retrato.

—Los archivistas creen que se trata de una imagen bastante rara y, naturalmente, sigue siendo propiedad pública. Considerémoslo un préstamo a largo plazo, ¿le parece? O una exposición remota.

El conservador tiene bastante clase. No deja vagar la mirada por el interior de mi casa para tasar, como han hecho otros, una vivienda que muchos quisieran. No menciona a mi mujer, ni el vídeo que quiere que grabe, ni el evidente cable trampa que cruza el patio.

Decido que es imposible que sea él quien deja los paquetes, de modo que ni se lo pregunto.

—Gracias —le digo. Acepto el retrato y le estrecho la mano como despedida.

De nuevo dentro, guardo la fotografía aún envuelta. Por lo que sea, no soy capaz de apartar el paño.

Prinz y yo nos partimos una salchicha. Me la como con las manos, apoyado en el fregadero. Gitte solía desayunar una sola rebanada de pan; por la mañana, con la resaca, era lo único que le entraba. Encima del mármol está su vieja tostadora fabricada en la Alemania del Este. La enchufo y preparo una tostada, sólo para deleitarme con el aroma. Abro el congelador y ahí están los vasos de vodka esmerilados, congelados y colocados boca abajo, en el fondo del cajón. Decido asearme y afeitarme, por lo menos, pero en el baño me quedo mirando el segundo lavabo, el suyo, limpio y reluciente bajo un círculo de bombillas blancas.

Hoy *Prinz* y yo salimos en dirección opuesta a la prisión, lejos de los autocares escolares y de las líneas 256 de bus y M6 de tranvía. En la acera, las sombras están cubiertas de escarcha, de modo que *Prinz* avanza haciendo eses, siguiendo el sol y brindando tributo a todo lo que llama su atención con tres gotitas de pis. Atravesamos barrios y calles comerciales, y pronto nos encontramos plantados delante del escaparate de una licorería. Aquí es donde le compraba su botella diaria. Dispuestas en largas hileras y en torres pulcramente construidas, se muestran botellas de todo tipo: las hay transparentes, de tono caramelo y de un verde cítrico aún por madurar. Conozco el peso y el precio de cada una de estas botellas, en cuyos cuellos esbeltos y hombros recios percibo la figura de mi mujer, su presencia, la forma de sus días:

Su despertar. Luego, un buen rato en la bañera, en silencio y con los ojos cerrados. Tostada y té con las cortinas corridas. Ya un poco más animada, se dirigía al invernadero, donde, casi ceremoniosamente y con gran concentración, se encargaba de bulbos y plantas trasplantadas, y mezclaba la tierra con las manos como si no tuviera preocupaciones. A mediodía, mucho más recuperada, se dedicaba a estudiar los cuerpos de las cámaras que arreglaba. Por las tardes cobraban vida los escenarios lejanos de sus artículos de *Der Spiegel*, pero empezaba ya a asomar cierta agitación. Yo percibía una ausencia en su mirada, una infelicidad perenne. Sólo después del primer gimlet se libraba de esos problemas, fueran los que fueran. Espuma de coctelera, rodajas de limón, el terciopelo rojo de las horas... Así eran nuestras tardes; el alcohol me la devolvía para luego, lentamente, llevársela a un lugar al que sólo ella podía ir. Cuando se acostaba ya sólo quedaba el continente. Pero el cuerpo al que yo me abrazaba estaba unido a su espíritu; estaba convencido de ello. Cuando le hablaba, sabía que podía oír mis palabras desde lejos. Cuando le abría las piernas y la penetraba, alguna noche su cabeza se volvía hacia mí sobre la almohada. Con los ojos cerrados, alineaba su cara con la mía, y yo sabía que allí donde estuviera, fuera donde fuera, tenía los ojos abiertos. En ese lugar había también una versión de mí, y la mirada de Gitte, por primera vez en todo el día, se cruzaba con la mía. Ésa es la gran ironía: Gitte necesitaba que el licor la llevara a un lugar donde pudiéramos conectar de forma pura y diáfana. En aquel sitio lejano su rostro

estaba iluminado por las brasas, cuya tibieza nos calentaba. Pero a pesar de mi imaginación y de mis dotes de percepción, nunca llegué a ver esas brasas. Era como contemplar a través de los lagos de Schwerin las fogatas de los campamentos del ejército ruso, que seguía avanzando; sólo el nuevo día revelaría qué intenciones los atraían a las llamas.

Por la noche, despierto de un sueño escasamente iluminado y descubro a *Prinz* sentado sobre mi pecho. No ladra, pero está muy tenso y tiene el pelaje erizado. Sigo su mirada, desde el sofá hacia las cortinas, justo a tiempo para ver una silueta que se mueve en el exterior. En cuanto se dispara el flash de la Polaroid, me levanto.

En el césped descubro a mi hija, envuelta en un pesado abrigo.

—¿Nina? —pregunto.

Ella me mira, sorprendida. Lleva algo en las manos.

—Nina, ¿qué significa todo esto?

—Lo siento, papá —dice, y deja un paquetito sobre la hierba—. No paramos de descubrir objetos. Mamá no quiere verlos.

—Tu madre... ¿Es ella quien me manda todo esto?

—Dice que se pondrá en contacto contigo cuando supere el Paso Nueve —asegura Nina.

—¿Paso Nueve? —pregunto—. ¿Qué significa Paso Nueve? ¿Por qué paso va ahora?

Mi hija mira hacia la calle, donde hay un coche esperándola. Hay alguien dentro.

—¿Es tu madre? ¿Está en el coche?

Mi hija retrocede un paso.

—Papá, yo también preferiría que no tuviera que ser así —dice—. Te escribiré una carta pronto, cuando esté preparada. De momento está recuperándose.

Doy un paso hacia ella.

—¿Recuperándose de qué? —le pregunto—. ¿De la guerra? ¿De cómo la trataron esas malditas monjas?

Ella empieza a alejarse.

—Lo siento, papá —dice—. Tengo que irme.

Corro para interceptarla.

—¿Ha sido su amigo el fotógrafo? ¿Es él quien la ha convencido de esto?

Nina niega con la cabeza e intenta esquivarme, pero no se lo permito.

—Van juntos a esas estúpidas sesiones para recuperar la sobriedad — insisto—. ¿O el tipo la ha dejado? ¿Es de eso de lo que se está recuperando?

Mi hija intenta no escuchar, pero yo sé que estoy sobre la pista correcta y no pienso rendirme.

—El fotógrafo ha sido cruel con ella, ¿verdad? La ha abandonado y ahora no tiene a nadie. Está completamente sola, ¿verdad?

—No hay ningún fotógrafo —dice finalmente mi hija—. Eres tú. Es de ti de quien se está recuperando.

—¿De mí?

—¿No te acuerdas? ¿No te acuerdas de nada?

—El pasado, la época en que fuimos una familia... Eso es lo único en lo que pienso.

—¿Y qué me dices de las furgonetas de reparto de leche? —pregunta—. ¿En eso no piensas nunca?

—¿Cómo?

Nina señala hacia la calle, donde mi mujer aguarda en punto muerto.

—Crecí viendo furgonetas de leche circulando por nuestra calle —dice—. Nadie me contó nunca que en realidad no transportaban leche, que eran furgonetas de la prisión camufladas con las que trasladaban a nuevos reclusos. Manifestantes, estudiantes, adolescentes... Personas a las que pronto desnudarían y violarían después de confiscarles sus posesiones.

—Pero eso no éramos nosotros —replico—. Yo hablo de la familia, tú hablas del trabajo. Eso eran obligaciones con las que tenía que cumplir.

—¡Me regalaste unos guantes! —me espeta, poco menos que escupiendo la frase—. ¡Me los ponía para ir a todas partes, presumía de lo suaves que eran, de lo bien que me quedaban! ¿Cómo iba a saber de dónde habían salido? ¿Por qué nadie me contó que habían pertenecido a una chica como yo, una chica a la que internaron en ese centro criminal?

Da media vuelta y se aleja corriendo.

Mi hija, huyendo prácticamente de mí. Y mi mujer, conduciendo el coche con el que huye.

Sentado a la mesa del comedor, estudio la Polaroid de mi hija, inclinada para dejar el paquete en el jardín. Vuelve la mirada cautelosamente hacia la casa, donde yo duermo profundamente. Su propia casa, la casa donde creció.

—No era ningún centro criminal —le digo a *Prinz*.

Entonces cojo el paquete. Mi perrillo es un amasijo de nervios. Se sienta en el taburete, mirando alternativamente hacia el paquete y hacia mí con los ojos húmedos, sacando y escondiendo la lengua.

Que una cárcel no es un lugar agradable, es una obviedad. A lo mejor para una esposa o una hija resultaría más sencillo que uno fuera granjero o cantautor, pero alguien tiene que dirigir esos centros, alguien tiene que hacerse cargo de las tareas poco agradecidas. Yo sabía perfectamente que, con un padre al que los soviéticos habían encarcelado, no iba a hacer carrera en el Partido. Y con una madre que había cuidado primero a alemanes y luego a americanos, no iban a aceptarme en ninguna de las universidades en las que había soñado estudiar. A Nina se le olvida que ella pudo ir a las mejores escuelas gracias a mi trabajo.

Corto el cordel y rasgo el papel manila.

Dentro de la caja hay unos guantes de cuero. No encierran ninguna historia, simplemente los descubrí en la caja de «objetos perdidos» y me pareció que le quedarían bien a mi hija.

Dentro de la caja también hay una pluma. De este objeto me acuerdo muy bien. Al conservador le encantaría tenerlo. Era de una escritora disidente. Seguramente no les costará adivinar su nombre, pues tuvo una relación con otro escritor disidente famoso, un ruso, y ésta es la pluma que él fabricó estando en la cárcel y que le regaló al conseguir la libertad. Es pesada y puntiaguda, hecha con metal de cazuela. Los prisioneros rusos tenían permitido utilizar plumas, que fabricaban con fines de autodefensa, pero lo irónico es que ésta se usó para escribir novelas.

Me llevé la pluma a casa y Nina se enamoró de ella nada más verla, de modo que se la regalé. Escribía todos los trabajos del colegio con ella. Y, a ver, si tan mala era la pluma, ¿cómo es posible que Nina sacara tan buenas notas? Si fui un padre tan terrible, ¿cómo es posible que Nina destacara en canto, en ballet y en todos los ámbitos académicos? ¿Cómo es posible que apareciera de forma consecutiva en tres obras teatrales del colegio?

—No fui tan mal padre —le digo a *Prinz*—. No fui un hombre horrible.

Aparto los guantes, el cenicero y el brazalete, y cojo las llaves de la prisión. *Prinz* las olisquea una sola vez.

—No soy un criminal —le digo.

Examino las llaves lentamente, con gran atención, intentando conjurar la imagen mental de la puerta que abre cada una.

Decido que haré el vídeo, pero a mi manera. Invierto un día entero en los preparativos. Para modificar mi aspecto, me compro un chaleco nuevo y una camisa a la moda, ambos muy modernos. Luego me compro un peluquín, y me sorprende lo natural que me queda. Me decido por una gorra deportiva para completar el conjunto. En una tienda de electrónica me enseñan varias gafas con cámaras en miniatura instaladas en la montura. Puedo grabar durante varias horas con tan sólo mirar algo, y resulta casi invisible.

A la mañana siguiente, delante del 66 de la Genslerstrasse, *Prinz* y yo contemplamos la llegada de los autocares escolares. Finalmente nos fijamos en uno más pequeño y antiguo que los demás, un autocar que viene del campo. Uno a uno, van saliendo todos los estudiantes *Ossis*. Van vestidos con chaquetas similares, como si pertenecieran a una banda de instrumentos de viento.

Prinz y yo nos acercamos al vehículo. Encontramos al conductor sentado encima del pedestal de un alcorque, fumando.

—¿Vienen de Gera? —le pregunto.

—De Zwickau —responde el conductor.

—¿Cuánto duran estas visitas? —le pregunto.

—Cincuenta y cinco minutos —contesta.

Se nota que la vida lo ha tratado bastante mal, pero aun así va bien afeitado y lleva un anillo de casado.

—Necesito que alguien me vigile al perro durante cincuenta y cinco minutos —le digo, mostrándole un billete de veinte euros—. Y usted tiene que esperar de todos modos, ¿verdad?

El tipo le echa un vistazo a mi perro y asiente. Coge el dinero.

—Sólo le pido una cosa —digo, y me saco la bolsa de galletitas saladas del bolsillo—. Dele una de estas chucherías cada tres minutos.

El conductor coge la bolsa de galletitas naranjas y sacude la cabeza.

—Lo que no pase en Berlín... —murmura.

Me arrodillo delante de *Prinz*.

—Este viaje lo tengo que hacer a solas —le digo.

Sus ojos se mueven rápidamente y al final se clavan en los míos. Sé perfectamente qué está intentando decirme.

Me compro una entrada y espero en el patio de mantenimiento con una decena de adolescentes de Zwickau, hijos de operarios de las fábricas de automóviles. Bordadas en las chaquetas marrones de sus uniformes hay notas musicales doradas. Se nos acerca un guía, un tipo de unos cuarenta años. Lleva el pelo de punta, levantado en varias direcciones, y parece levemente resacoso. Menuda vida de libertinaje, un generoso sueldo a cambio de ofrecer de vez en cuando alguna visita guiada a grupos de alumnos de instituto. Apuesto a que pasa los días fumando maría y escuchando *Volksmusik*. Pero el tipo se dirige hacia un grupo de chavales *Wessis*; se nota a la legua que son de Frankfurt, niños ruidosos y engreídos, hijos de banqueros, cuyas notas les han abierto ya las puertas de varias universidades californianas.

Una mujer se acerca a nosotros.

—Me llamo Berta —dice.

Es una mujer discreta, de pelo corto y unos ojos estoicamente tristes que le dan un aire ucraniano. Berta estudia a los estudiantes y acto seguido me examina a mí sin demostrar emoción alguna. Siempre creí que las mujeres debían tener su propia prisión. No es que hubiera ningún problema, desde luego. A lo mejor es que estoy chapado a la antigua. Grünwald adujo que el

aislamiento de los reclusos implicaba que cada uno habitaba, como quien dice, en una prisión individual. Aunque yo creo que simplemente le gustaba interrogar a mujeres.

Berta no pierde ni un momento, se dirige hacia el ala donde estaban las celdas y nosotros la seguimos.

—Llegué a la prisión de detención de Hohenschönhausen en un vehículo camuflado de furgoneta de reparto. Aparqué aquí —dice, indicando una zona asfaltada cerca de la puerta de recepción—. En su día aquí había una estructura, de tal forma que al salir de la furgoneta no veías nada de la prisión. Habíamos pasado varias horas dando vueltas, o sea que sospechaba que me encontraba lejos de Berlín. La primera regla de Hohenschönhausen era que ningún prisionero podía tener contacto con otro. Durante los siguientes dos años no vi a nadie más que a mis carceleros e interrogadores. Usaban luces de advertencia para asegurarse de que ningún prisionero coincidiera accidentalmente con otro. Al salir de la furgoneta había una luz roja encendida, lo que significaba que estaban trasladando a otro prisionero por el ala de las celdas. Inmediatamente, me obligaron a acuclillarme en posición de sumisión.

Se me escapa una risita al recordar al pobre prisionero daltónico. Todos se vuelven a mirarme.

Cruzamos la puerta de acero y penetramos en el pasillo amarillento. De pronto me asalta el olor de aquel lugar, tan característico de la prisión de Hohenschönhausen: una mezcla de amoníaco, pintura para barcos de guerra, paneles de aislamiento acústico y la electricidad que circulaba por los cables de seguridad. Que quien me escolte sea una reclusa me parece sumamente inapropiado. Me acuerdo de una prisionera que estaba convencida de que Hohenschönhausen no era una prisión sino un plató de cine. Si no le gustaba lo que decías, gritaba: «¡Corten!»; si los hechos tomaban un rumbo que no era de su agrado, decía: «¡Empecemos otra vez, desde el principio!».

Subimos por las escaleras-jaula, pero antes de llegar a las celdas del segundo piso Berta hace un gesto para que nos detengamos. Los críos levantan la vista para mirarla.

—Al llegar aquí siempre guardo silencio un momento —dice Berta—, para homenajear a los muertos.

Los estudiantes son hijos de buenas familias trabajadoras e inclinan la cabeza.

Miro fijamente a Berta para asegurarme de que la imagen de mi grabación no se mueva.

—¿A qué muertos homenaja? —le pregunto—. ¿A los muertos en general?

—Guardo un momento de silencio en nombre de quienes no lograron salir con vida de esta prisión. De quienes no están aquí para hablar por sí mismos.

—La tasa de mortalidad de este centro no era más alta que en el resto de la RDA —digo.

—En realidad —responde ella—, una persona joven tenía cinco veces más probabilidades de morir aquí dentro.

—Está comparando prisioneros con personas normales —le respondo yo—. Esta prisión albergaba a criminales y a personas subversivas, depresivas y suicidas. Para este grupo, la tasa de mortalidad era la misma dentro y fuera de la prisión.

Berta me estudia un instante.

—¿Vio usted morir a algún recluso aquí? —le pregunto—. ¿Vio a algún recluso que sufriera, de hecho?

—No vi a ningún recluso —dice—. Sólo hablo de mi propia experiencia.

—En realidad, trabajando como guía para estas visitas se ha erigido en la voz de toda la prisión.

—Una de las desafortunadas leyes de la atrocidad —responde Berta— es que quienes realmente llegan a conocerla a fondo no están ahí para hablar de ella. Lejos de intentar hablar en su nombre, honramos su experiencia con nuestro silencio.

Me muero de ganas de cargar contra su concepto de «atrocidad», pero los estudiantes me dirigen miradas de incertidumbre y no quiero que se vuelvan en mi contra. Nos limitamos a contemplar el momento.

Avanzando lentamente por el ala de la prisión, Berta habla y habla sobre el trato que recibió: las luces siempre encendidas, la sensación de aislamiento, la privación de sueño. Nos muestra las pantuflas azules y el

holgado uniforme azul que todos los prisioneros estaban obligados a llevar. En el vestíbulo nos hace andar como ellos: las piernas separadas, las manos a la espalda y la cabeza gacha. Nos enseña el cable de alarma que recorre las paredes y que, si alguien tiraba de él, avisaba al escuadrón de inmovilización.

Mientras cruzamos el ala este, un joven señala una puerta cerrada con más cerrojos que las demás. En la solapa lleva su nombre bordado: «Matthias».

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —pregunta Matthias con voz grave.

—Es una de las salas de aislamiento —dice Berta.

—¿Eso? —pregunto yo—. Es un armario de mantenimiento.

Matthias me mira un segundo y vuelve a mirar a Berta.

—Es un cuartito sin importancia —explico—. Aquí guardábamos las fregonas con las que limpiábamos después de un incidente.

El chico señala las numerosas cerraduras de la puerta.

—Y ¿entonces a qué viene tanta seguridad? —pregunta.

—Aquí, el objeto más insignificante puede convertirse fácilmente en un arma o una herramienta para fugarse —le explico.

—Todas estas salas se usaban para castigar a los presos —asegura Berta, intentando recuperar la autoridad.

Examino las llaves de mi llavero maestro hasta encontrar la que busco. Abro el cerrojo delante de todo el mundo. Sería incapaz de describir la satisfacción que me produce oír el chasquido del mecanismo y el de los pestillos al girar la llave. Durante un momento, escucho cómo ese ruido retumba por toda el ala. Entonces abro la puerta. Dentro hay un lavamanos, un cubo y, en un estante, un solitario bote de detergente.

—¿Está segura de que está cualificada para dar lecciones sobre esta prisión? —le pregunto a Berta.

—Y usted ¿me puede decir qué cualificaciones tenía para dirigir esta institución? —replica ella—. ¿Tiene algún título de justicia criminal? ¿Escribió un libro sobre administración de centros penitenciarios?

Los alumnos se vuelven hacia mí.

Puedo eliminar fácilmente la pregunta de mi vídeo, de modo que no contesto.

—Almacenábamos grandes cantidades de detergente líquido, debido a los intelectuales —les explico a los alumnos—. Seguramente ya habéis deducido que en su día trabajé en esta institución. En mi opinión, los intelectuales eran quienes peor lo pasaban. No paraban de cuestionarse los «por qué» y los «cómo»; andaban siempre lamentándose por su suerte y dejando garabatos sobre lo absurdo y lo injusto de su situación en todas las superficies de las celdas. Naturalmente, sus meditaciones filosóficas tenían una respuesta muy sencilla: habían conspirado contra su país y debían pagar por ello. A mí dadme una prisión llena de carpinteros, carniceros y fontaneros; éstos sí saben responder a preguntas en lugar de hacerlas, éstos sí saben seguir normas y cumplir sus condenas.

—Durante el tiempo que pasé aquí —dice Berta—, nunca se me ofreció ni un momento con un lápiz, papel o material de lectura de ningún tipo.

¿No había dejado de luchar nunca? ¿Nunca se había resignado a una rutina que le permitiera gozar de algún privilegio?

A continuación se adentra en el territorio Grünwald: el ala de interrogatorios.

Avanzamos junto a varias salas idénticas hasta llegar a la 124.

—Ésta era mi sala de interrogatorio personal —dice Berta—. Durante dos años, aquí no interrogaron a nadie más que a mí. Me cubrían la cabeza y me traían hasta aquí para someterme a sesiones periódicas en las que me acosaban para que confesara mis lealtades, mis socios, mis cómplices y mis crímenes.

—¿Y cuáles fueron sus crímenes? —le pregunto a Berta, que se calla de golpe, se vuelve hacia mí y mira fijamente a cámara.

—En 1985, mi marido y yo intentamos saltar el Muro de Berlín con una escalera de limpiaventanas. Era al alba y estábamos cerca de Potsdamer Platz. En ese punto hoy hay un centro comercial. Alcanzamos la parte superior fácilmente, nos sentamos a horcajadas en el muro y recogimos la escalera. Pero fuimos bastante ingenuos. Creíamos que al otro lado encontraríamos el Berlín Oeste, pero en lugar de eso había cientos de metros protegidos por alambres de púas, sensores y dóbermans que patrullaban el perímetro a lo

largo de unos cables. Y más allá había otro muro. Decidimos intentar alcanzarlo. Se oyeron tiros y le dieron a mi marido. A mí me cazaron los perros.

Una de las chicas acaricia la cruz que lleva en el cuello. Bordado en su chaqueta, el nombre «Katja».

—¿Y por qué tenían tantas ganas de escapar? —pregunta.

Berta y yo nos miramos y los dos nos acordamos de golpe de lo poco que saben los jóvenes sobre esa época. Como única respuesta, Berta abre la mirilla para que los estudiantes puedan contemplar por turnos una sala de interrogación de la Stasi.

—Permitidme —digo. Abro la puerta con una llave maestra.

Ante nosotros vemos una silla con un respaldo alto, un largo escritorio y un taburete.

Uno de los chicos va a entrar, pero Berta lo detiene.

—Esta sala no está incluida en la visita —dice.

—Pues a mí me parece un lugar para la conversación —comento—. No para la tortura.

Berta observa el taburete con gesto atribulado.

—Esta parte de la visita ha terminado —dice.

—¿Cómo es posible que hablar se considere una forma de tortura? —les pregunto a los estudiantes.

Berta contempla la sala con mirada perdida.

—Cuando llevas días sin dormir —dice con voz ausente—. Cuando te preguntan por turnos, te dicen que no volverás a ver a tu familia, que tu padre ha perdido el empleo y que han echado a tu hermana de la universidad. Cuando te dicen que tu marido murió por las heridas, aunque en realidad está vivo, aunque está en la misma prisión que tú durante dos años y ni siquiera lo sabes. Cuando te muestran tu certificado de defunción con todos los campos rellenados a excepción de la fecha de la muerte, y tienen la cortesía de preguntarte qué día prefieres palmarla. Cuando finalmente dices que confesarás lo que quieran, pero en lugar de tomarte declaración, te mandan al submarino.

Berta se seca los ojos y se aleja por el pasillo.

Los estudiantes se miran unos a otros con expresión indecisa.

Seguimos a Berta. Admito que a nadie deberían mostrarle su propio certificado de defunción. Y que no está bien separar a una mujer de su marido. Sí, la mujer era una criminal subversiva, pero eso no significa que no me compadezca de ella por lo que sufrió a causa de su acto de desafío. Pero cuando la alcanzamos la tristeza ha desaparecido de sus ojos. Vuelve a poner la directa, caminando de espaldas al tiempo que va citando varios estudios sobre torturadores y víctimas. Acto seguido entra en modo entrevista, se pone a hablar sobre compasión y empatía y añade un par de afirmaciones de interés público sobre el humanismo en general. Mientras atravesamos las salas centrales de la prisión, minimiza los crímenes de los reclusos e insinúa que los encarcelaron por leer poesía prohibida, por asistir a conciertos de protesta y por escuchar programas de emisoras *Wessis*.

En la zona de residencia, Berta nos conduce hasta la celda 124, que está abierta.

—Yo era 124 —dice—. Durante dos años ése fue mi único nombre. Y esta jaula fue mi casa. —No entra, y nosotros tampoco lo hacemos. Desde lejos, hace que nos fijemos en la puerta blindada, la mirilla, la ranura para bandejas, las goteras del techo y la cama de madera—. Tenías que dormir toda la noche boca arriba, con los brazos y las piernas en cruz —les cuenta a los estudiantes—. Durante toda la noche los guardias miraban por la mirilla, y si no estabas en la posición reglamentaria, te caía un castigo.

—¿Qué tipo de castigo? —pregunta Katja.

—Iba variando —responde Berta—. A veces simplemente te impedían usar las letrinas, de modo que tenías que hacer tus necesidades en un cubo. Cuando yo llegué te sometían a exámenes ginecológicos.

—Por favor —la interrumpo—. Eso no es cierto. Había unas normas que se cumplían. Si un guardia hubiera cometido una infracción como ésa, habría recibido una sanción.

Berta me ignora y se limita a responder a la estudiante.

—Una batería de exámenes ginecológicos —dice—. Cada día, durante mis primeras tres semanas aquí. Veintiuna sesiones bajo el espéculo.

Katja se santigua.

—Eso son cuentos —digo—. El doctor Werner nunca lo habría permitido.

Dirigiéndose a los estudiantes, Berta dice:

—Cuando visitemos el submarino, veréis que había castigos peores.

—El submarino nunca se utilizó como medida de castigo —digo yo—. Formaba parte del régimen de interrogatorios.

Berta me ignora.

—A continuación visitaremos el ala de medicina —explica—. Allí podréis juzgar por vosotros mismos la naturaleza de la atención médica que ofrecía el centro.

Le enseño mi entrada.

—He pagado mi entrada como todos —protesto—. También participo en esta visita.

—Sí —responde Berta—, y la visita sigue adelante.

—Pero todavía no hemos terminado aquí —digo, y entro en la celda 124—. No está tan mal —anuncio—. Hay habitaciones más pequeñas en el mundo. Aquí dentro se pueden hacer estiramientos, incluso ejercicio.

—Entonces ¿le parece espaciosa? —pregunta Berta.

—No es el Kempinski Hotel —digo—, pero desde luego tampoco es una jaula.

—¿Había visto alguna vez la habitación de esta forma? —pregunta Berta, y me cierra la puerta.

Oigo el cerrojo. Intento abrir la puerta, pero no hay ningún tirador ni mecanismo.

—¿Qué significa esto? —pregunto.

—¿Sigue pareciéndole grande?

Lo voz de Berta me llega débil a través del metal.

Ir a abrir una puerta y no encontrar un tirador es una experiencia extraña. Recorro la superficie metálica con las manos, pero no hay nada, ni siquiera puedo sacudirla.

—Muy bien —digo, acercando la boca a la puerta—, lo que intentaba demostrar ha quedado claro.

—¿Seguro? —pregunta ella—. Entonces ¿la habitación le parece diferente?

Miro por encima del hombro y me fijo en la cama de madera, las paredes de hormigón mohosas y la letrina de metal abierta.

—La habitación me parece la misma —respondo—. Y ahora, abra la puerta.

La mujer no responde.

—¿Puede abrir la puerta, por favor? —insisto.

Una vez más, no obtengo respuesta. Pego la oreja a la puerta metálica pero no oigo nada.

—¿Hola? —digo—. ¿Sigue ahí?

—Me acuerdo de usted —dice Berta—. Sé quién es.

Ahora soy yo quien se queda en silencio.

—¿Usted se acuerda de mí? —pregunta.

—Esto no forma parte de la visita —digo—. Quiero que abra la puerta.

—No puedo abrirla —dice Berta—. No tengo la llave.

Me arrodillo en el suelo y miro a través de la ranura para las bandejas. Veo las zapatillas deportivas de los estudiantes y los tobillos de Berta por debajo del dobladillo de la falda. Lleva un pequeño tatuaje de una mariposa. Saco la mano por la ranura y les ofrezco el juego de llaves maestras. Me quedo así un buen rato, pero nadie las coge.

—Primero —dice Berta— tengo que saber si se acuerda.

—No necesito recordar el pasado —digo—. Sé perfectamente lo que sucedió.

—Si tan inocente era este lugar —dice—, ¿por qué lo cerraron?

—Si tan horrible era este lugar —digo yo—, ¿por qué regresa una y otra vez?

—Aquí me robaron parte de mi identidad. Estoy intentando recuperarla.

Tengo una réplica perfecta para esta frase, pero me la guardaré para añadirla con letras rojas en el vídeo.

—Esto no es justo —replico—. No soy un criminal, no puede tratarme como si lo fuera.

Me quitan las llaves de la mano. Una de las peculiaridades de estas celdas es que tienen el interruptor de la luz en la parte exterior; lo recuerdo cuando todo se queda a oscuras. Oigo los pasos de todos alejándose. Me abstengo de golpear la puerta y gritar, no pienso darle ese gusto a Berta. Me levanto y extendiendo el brazo a oscuras. Aunque me acuerdo de estas habitaciones, tropiezo con algo y estoy a punto de caerme. Finalmente

encuentro la cama de madera. La cámara de mis gafas filma la oscuridad, pero es que no sé cómo apagarla. ¿Cómo he terminado aquí? ¿Qué serie de indignidades me han llevado a acabar encerrado en mi propia prisión?

Pienso en el padre de Gitte, que intuyó que su familia estaba a punto de destruirse y que durante uno de sus últimos momentos de felicidad juntos decidió pasar a la acción. Me pregunto cuál fue nuestro momento. Reviso mentalmente las vacaciones y los actos escolares tratando de dar con él.

Me viene a la mente una salida que hicimos los tres. Cogimos nuestro pequeño Trabant azul y nos encaramamos a las montañas y los bosques de colombinas con vistas sobre Cottbus. Gitte quería probar una vieja Praktica. Señalé varios lugares de pícnic a lo largo de la carretera, pero ella los rechazó todos. Finalmente eligió uno cubierto de basura y neumáticos viejos. Pero cuando aparcamos y bajamos, vi que la luz del sol se filtraba entre los árboles, y que, si nos colocábamos en el lugar correcto, el fondo de la imagen sería una pared de granito moteada. Gitte montó el trípode y puso el temporizador de la cámara. Los tres corrimos a sentarnos encima del tronco de un árbol caído. Me puse bien las charreteras, Gitte se colocó bien el pelo, Nina se acomodó encima de nuestras rodillas. Oíamos el tictac del temporizador. Esbozamos una sonrisa fotogénica. Sonreímos y esperamos, pero el temporizador seguía descontando segundos. Nos miramos con una amplia sonrisa en los labios y pusimos los ojos en blanco, pero el temporizador seguía a lo suyo. Fue Nina quien se echó a reír por lo ridículos que estábamos, y al momento los tres nos partíamos de risa. El temporizador nunca terminó de hacer tictac, lo que nos pareció todavía más gracioso, y la foto no se llegó a hacer. Pero aquél fue el momento, con Nina saltando sobre nuestras rodillas, Gitte desternillándose, con la cabeza echada hacia atrás, y yo en medio de todo. Aquél era el momento de coger un ladrillo, levantarlo bien alto y descargarlo con todas mis fuerzas sobre la bomba.

Al poco se oyen pasos y alguien introduce la llave en el cerrojo. La puerta se abre y me encuentro delante de Berta.

—Ya creía que se había olvidado de mí —le digo.

Aunque la potente luz que la ilumina desde atrás me deslumbra, me doy cuenta por su expresión de que olvidarme no es una opción.

—No debería haber hecho esto, ha estado mal —dice—. No representa ni lo que soy ni lo que pienso.

—La verdad es que no la recuerdo —respondo yo—. Tuve a un gran número de reclusos bajo mi responsabilidad durante muchos años. Lo siento mucho, pero no me acuerdo.

—Claro —concede ella, y me ofrece las llaves—. Tenga, no las quiero.

—Me gustaría poder recordar —le digo—. Pero tal vez sea mejor no abrir ese libro.

Ella asiente.

—Si eso es lo que cree, ¿por qué no lo cierra definitivamente? Lo he visto varias veces paseando a su perrillo. ¿Por qué no vuelve a casa con él y se olvida de todo esto?

Acepto las llaves. Berta regresa con el grupo y yo decido hacer caso de su consejo.

Al salir al patio oigo a los estudiantes cantando. Están en el patio central, rodeando la piedra conmemorativa, y cantan *Ins Wasser fällt ein Stein*.

Ése será el vídeo de la visita que colgarán en internet.

«Sí —pienso—, *Prinz* ya ha esperado bastante.»

Pero mientras me dirijo hacia la puerta principal oigo que Berta reúne a los alumnos para visitar el ala del hospital.

—Y ahora, la casa de los horrores —exclama con tono indignado y furioso.

Me detengo en seco y los veo entrar en fila india, e incluso desde la distancia oigo cómo les explica que esposaban a los reclusos enfermos a las anillas de los muros y que en las salas de espera encadenaban las sillas de ruedas. Sé que a continuación empezará otra vez a soltar la monserga sobre reconocimientos que no existieron y sobre cómo el doctor Werner se aseguraba de recuperar a los pacientes lo justo para que pudieran soportar más sesiones de interrogación.

No lo puedo tolerar, es demasiado.

Cruzo el pasillo cubierto con baldosas blancas y los encuentro reunidos alrededor de una mesa de exploración, donde los estudiantes, con los ojos como platos, inspeccionan los estribos y las correas de piel podrida. Berta

parece sorprendida al verme, pero sigue hablando en tono más frenético todavía:

—Así pues, el doctor Werner ayudaba a los interrogadores indicándoles el grado de abuso que cada recluso soportaría desde el punto de vista clínico.

Cruzo los brazos y, con mucha calma, digo:

—Ha llegado el momento de hacer prevalecer la razón. Estas mentiras deben concluir.

Berta me ignora y conduce a los alumnos al quirófano. Al ver las condiciones, éstos sueltan un soplido. Berta describe todas sus experiencias en el hospital. Se arremanga la camisa y muestra las cicatrices blancas que le dejaron los mordiscos de los perros. Su forma de hablar hace que todo adquiera un aire siniestro: el chaleco de plomo que cuelga de una clavija, los manguitos amarillentos de un inhalador, el brazo mecánico oxidado de un foco montado en el techo.

—Pero fue usted quien escaló un muro y quien se tiró voluntariamente a un foso vigilado por perros guardianes, ¿no? —le pregunto.

No responde, sino que, como si huyera de un monstruo, lleva a los estudiantes hasta una habitación vacía con las paredes alicatadas con azulejos de color rosa.

—Y aquí —dice Berta— os describiré el más diabólico de todos los instrumentos de la Stasi. Ya no existe, porque a la Stasi le preocupaba demasiado que alguien pudiera descubrirlo. Dejaron las salas de tortura intactas, con todos sus instrumentos para infligir dolor, pero la única prueba que queda de lo que os voy a describir a continuación son estos cuatro agujeros del suelo, a los que estaba atornillado.

Los estudiantes forman un círculo para contemplar los agujeros.

—Montada aquí había una máquina que servía para aplicar dosis de radiación a los reclusos, para así poder localizarlos con un contador Geiger después de soltarlos.

—No puede hablar en serio —le digo—. Esta sala era un dispensario. No puede llenarles la cabeza con esas ideas absurdas.

—Pero ¿no es cierto? —pregunta Berta—. ¿Niega usted que la Stasi marcaba a sus sospechosos con transmisores e identificadores radiactivos?

—Es difícil discutir sobre una mentira tan burda —le digo—. Sí, la Stasi fue culpable de cosas similares en otras partes, pero si hubiera sucedido aquí, yo lo sabría. ¿Quién podría crear una máquina así?

—¿Quién inventaría una sala de torturas con agua? —pregunta Berta—. ¿A quién se le ocurriría crear una sala de aislamiento en la que los reclusos debían aguardar sin luz y en posición de sumisión?

—Esas salas eran un elemento necesario dentro del proceso corriente de interrogación de los reclusos —respondo—. Además, ninguna persona inocente se vio jamás sometida a ese trato.

—¿Ninguna persona inocente? —pregunta, mirándome fijamente—. ¿Por qué pasaron un año triturando los miles de archivos de reclusos si sólo contenían información necesaria sobre los interrogatorios corrientes de personas culpables?

—Lo sabe perfectamente —le respondo—. Esos archivos contenían nombres de personas inocentes: los funcionarios inocentes que llevaron a cabo los interrogatorios, agentes de campo que se limitaron a cumplir la ley, informantes patrióticos y colaboradores comunitarios.

—Y entonces ¿dónde está la máquina de radiación? —pregunta—. ¿Por qué ha desaparecido?

—Porque nunca existió.

—Y, dígame, ¿cómo es posible que Rudolf Bahro, Jürgen Fuchs, Klaus Wexler y Gerulf Pannach murieran todos de un tipo raro de leucemia después de pasar por aquí?

—Cuando mi hija se cayó de la bicicleta, la traje aquí —le explico a Berta—. El doctor Werner le colocó el hueso en su sitio. Fue él quien le puso una escayola en el brazo. Era un hombre paciente y cariñoso. Le firmó la escayola a mi hija, todos los oficiales de la Stasi lo hicieron. O sea que no había ninguna máquina de radiación. Lo que usted propone no se puede ni discutir. Es demasiado descabellado.

—Numerosos reclusos han testificado en relación con esta sala —dice Berta—. Todos describen cómo les apuntaron al pecho con una máquina.

—Ya basta —digo, agitando las manos—. La visita ha terminado, oficialmente.

—No —dice Berta—. Falta el submarino.

No tengo ningunas ganas de adentrarme en el submarino para demostrar que esta prisión, por desagradable que resulte, era una parte necesaria de una sociedad funcional. Además, a esta hora normalmente *Prinz* y yo estamos ya compartiendo una salchicha. Es casi la hora en que cada día me trae la correa para que lo saque. Pero me fijo en los cuatro agujeros del suelo. Aunque preferiría terminar el vídeo aquí y dedicarme a mis quehaceres diarios, a veces el deber nos obliga a hacer cosas que preferiríamos ahorrarnos.

Sigo a los estudiantes a través del patio sur y desciendo con ellos las escaleras del sótano.

Bajo tierra está oscuro y huele a metal.

Nuestro aliento forma nubes de vapor a la luz de las bombillas desnudas.

Los únicos sonidos que se oyen son los ecos de nuestros pasos mientras caminamos junto a las cámaras sin luz y los cuartos recubiertos de caucho. Sin decir nada, Berta nos hace entrar, uno a uno, a una celda casi oscura con un potro de sumisión. Apenas se distinguen los pesados bloques de madera del potro. Resigo sus contornos con las manos; la madera es lisa, pulida por el contacto con la carne humana.

Una de las chicas reza en voz baja.

Cuando nos ponemos en marcha hacia las celdas de agua Berta empieza a hablar:

—No estoy segura de cuánto tiempo pasé aquí abajo. Las celdas de agua son como máquinas del tiempo. Estás desnuda, a oscuras, con agua fría hasta los tobillos. ¿Durante cuánto tiempo, cuántos días? ¿Una semana, dos? No puedes soportar los momentos a medida que van pasando, de modo que tu mente te traslada a lugares lejanos.

Al llegar al final del bloque, Berta abre una puerta de par en par y deja a la vista una sala oscura. Nos asalta el olor que desprende.

—Ésta es la celda donde me encerraron —dice.

Al ver la celda de agua, una de las chicas, asustada, se pone a cantar *Amazing Grace*.

Otra chica, con voz alta y clara, la acompaña en alemán, cantando *Grosse Gnade*.

Y de pronto se ponen a cantar todos, en canon y en dos idiomas:

*How sweet the sound,
Wie süß der Klang,
That saved a wretch like me!
Die einen armen Sünder wie mich errettete!
I once was lost,
Ich war einst verloren,
But now am found,
aber nun bin ich gefunden,
Was blind but now I see.
War blind, aber nun sehe ich.*

Cuando cogen aire para entonar otra estrofa, exclamo:

—Se acabaron los cantos.

Berta se vuelve hacia mí.

—¿Cuál sería la respuesta adecuada? —pregunta—. ¿Cómo deberían responder a la tortura?

—Y ya basta también de metáforas —le digo, y me desabrocho los puños de la camisa—. ¿Dice que estuvo en esta celda?

La determinación de mi tono de voz hace que a Berta le cambie la expresión.

Levanto la mirada y visualizo el depósito de agua, situado cuatro pisos más arriba. Sigo con la vista las viejas tuberías que recorren el techo de las celdas. Entonces examino mis llaves hasta que encuentro la que abre las válvulas de seguridad.

—¿Se puede saber qué hace? —pregunta Berta.

No es fácil, pero consigo introducir la llave en el viejo cerrojo. Entonces, con las dos manos, cojo la llave de paso y tiro con fuerza. Cuando finalmente logro abrirla, un chorro de agua oxidada salpica el suelo de la celda. Vuelvo a cerrarla y empiezo a desabrocharme el chaleco.

—Es desagradable, de acuerdo —le digo—. Pero le demostraré que no es ninguna tortura.

—No sé qué está pasando —dice Berta—, pero nada de esto es necesario. Ahora este sitio es un lugar conmemorativo, su capacidad para hacer el mal ha pasado a la historia.

—Tengo una pregunta para usted —le digo a Berta, cuando por fin me libero del último botón de mi camisa. Por la cara que ponen los alumnos, sé que mis cicatrices han quedado a la vista.

—Pare, por favor. Deje lo que sea que esté a punto de hacer —me pide Berta.

—Sinceramente —le digo—, ¿no se llevó nada de valor de su estancia aquí? ¿Ni una sola cosa positiva de todo el tiempo que pasó en Hohenschönhausen?

Berta me observa mientras me quito los zapatos y los calcetines y los dejo junto a la pared.

—Sí, hay una cosa —dice por fin—. Si se la cuento, ¿parará?

Me detengo para escucharla.

—La prisión cambió una cosa, aún no sé cómo —dice—. Hizo que algo en mí despertara. Aunque éramos jóvenes, mi marido y yo no lográbamos concebir. Lo habíamos intentado durante meses. Y, sin embargo, al mes de salir libres me quedé embarazada. Ahora tenemos tres hijos.

Imagino a esos niños mientras me quito la gorra, el peluquín y las gafas.

—Aprecio su honestidad —le digo a Berta—. Ahora yo seré honesto con usted. Su existencia entera se ha convertido en una pequeña historia que cuenta a desconocidos. Y ahora le voy a demostrar que esa historia no es cierta.

—¿Mi historia? ¿Se refiere a mi vida, lo que tenía antes de que llegara la Stasi? ¿O la historia que los interrogadores querían hacerme confesar? ¿O la historia que vivo ahora, en la que todo el mundo me dice que debo olvidar el pasado y pasar página, aunque cualquier detalle me devuelve a este lugar?

—Está enfadada y la entiendo —le digo—. Pero esas cosas que va contando sobre radiación y tortura y muerte son peligrosas, pueden hacerle daño a la gente. Por eso debo mostrarle la verdad.

—¿Y cómo piensa hacerlo?

Me quito los pantalones y los doblo meticulosamente. Vestido sólo con los calzoncillos, me meto en la celda.

—Ahora voy a cerrar la puerta y usted la atrancará desde fuera —le digo—. Y entonces abriré la llave de paso.

—¿De verdad no se acuerda de mí? —me pregunta—. ¿Se ha olvidado del mote que me puso? ¿O de lo que hizo cuando descubrió que les tenía miedo a los perros? ¿No recuerda lo que le pregunté un sinnúmero de veces? Mis recuerdos de usted son tan claros... Recuerdo estar sentada en su despacho una tarde. Estuve esperando mientras hablaba por teléfono con su hija. Qué injusto, pensé, que usted pudiera tener una hija.

Nos dirigimos mutuamente una mirada de asombro y extrañeza.

—Y ahora, si me permite... —digo. Al cerrar la puerta, la oscuridad adquiere una nueva dimensión—. Abrirá la llave y la dejará abierta —le grito—. Yo la avisaré cuando la profundidad constituya una tortura.

Noto el latido de mi corazón y el calor de mi aliento dentro de la pequeña sala.

El suelo está húmedo, transpira frío.

A través de la puerta oigo un debate de voces apagadas.

Pero no estoy preocupado; sé qué va a pasar. Dirigir una prisión te enseña muchas cosas sobre la naturaleza humana, y no hay mejor sensación que la de haber juzgado correctamente a alguien.

—Por favor, ya basta —me pide Berta a través de la puerta—. Por favor. Pasa un rato más implorándome que desista.

Tiene gracia, pero al atravesar el metal y el caucho su voz cambia, se vuelve vulnerable. Y de pronto caigo, es oír el sonido del miedo y las súplicas a través del caucho y me vuelve todo a la memoria. Recuerdo. Una vez tuvimos una conversación a través de esta misma puerta.

—Un anillo —grito—. Eso es lo que quería. Era sobre eso que me preguntaba, una y otra vez.

Al otro lado de la puerta se hace el silencio.

—Sí, un anillo —grito—. Voy a contarle la verdad sobre ese anillo. Se lo regalé a la hija de un colega en una fiesta; había sacado muy buenas notas en el colegio y, casualmente, yo lo llevaba en el bolsillo. Tenía una mariposa, ¿verdad? Debió de ser el mismo día en que llegó. Seguramente había desaparecido el primer día.

Al otro lado de la puerta sigue el silencio.

—Dígame, ¿qué significaba ese anillo para usted?

Al cabo de un momento oigo el chirrido de la vieja llave de paso al empezar a girar.

Cuando el chorro helado de agua oxidada me cae encima, no me sorprende. El frío se traslada inmediatamente a los fragmentos de metal que aún tengo en el pecho. Sí, por extraño que sea, no me resulta inesperado. Noto el sabor a zinc de los canalones metálicos, me lleno los pulmones con el olor a hojas otoñales. Argamasa fría y ladrillos helados, ésta es la sensación que me transmite el agua, pero eso no es necesariamente malo, si es que eso es posible. Se trata de una sensación elemental, familiar, como la misma prisión.

Y creo que Berta tiene razón en una cosa: que soportar esa sensación hace que tu mente te traslade a lugares lejanos. Pienso en los viajes de Gitte a un país distante, donde sólo necesitaba proteger unas brasas con las manos para conservar el calor. De repente siento que puedo ir al lugar al que ella iba; tal vez finalmente podamos compartir ese espacio. Empiezo a notarme entumecido, poco a poco el frío se va convirtiendo en otra cosa. Cuando deje de sentir por completo, empezará mi viaje. Espero ese momento, saboreando la lluvia que cayó hace tiempo en un país llamado Alemania del Este.

PRADERA OSCURA

Normalmente me encargo del jardín al anochecer, cuando me entra el deseo. Pero he pasado la mayor parte de la noche despierto, escribiendo un artículo titulado «¿Tu pornografía te vigila?». Acabo de colgarlo —firmado con seudónimo, por supuesto— en una página web de seguridad informática bastante influyente y va a dar bastante que hablar. El artículo explica que una baliza de rastreo se ha colado en los archivos de pornografía infantil que circulan por la red; cada vez que alguien copia una imagen, la baliza se copia con ella, y cada vez que el archivo se envía, la baliza manda una señal. Y soy yo quien oyó la señal.

Salgo de mi pequeño bungalow de North Hollywood y me adentro en la oscuridad que precede al alba. No se oye ningún ruido procedente de la Ventura Freeway y el primer 737 todavía tardará un rato en despegar del aeropuerto de Burbank. Voy hasta mis rosas, plantadas a lo largo de la verja de metro y medio que rodea mi jardín.

La clave para la jardinería nocturna es el frontal de minero. No elijáis un modelo de xenón, ni de halógeno, ni de LED. La luz ideal es tenue y suave. Su brillo debe permitirte identificar a duras penas la naturaleza verdadera de las cosas. La luz buena es la que no proyecta sombras.

El barrio está formado por una mezcla de viejos ucranianos y jóvenes latinos, de actores de porno pasados de rosca y *hipsters* acabados de llegar. Enciendo el frontal e inspecciono los capullos carmesí de mis altísimas rosas Othello. Luego echo un vistazo a las Applejack, las coral, las Blue Sky y las Bourbon; en *National Geographic* hay un artículo fascinante sobre cómo se crearon las rosas Bourbon. Veo una Marlowe en la cúspide de la perfección. Justo cuando voy a tocarla, alguien se acerca en la oscuridad. Bajo la pálida luz que sale de mi frente veo que es Rhonza, una vecina de mi calle. Rhonza siempre sale a pasear a horas intempestivas.

Cuando pasa a mi lado, dando grandes zancadas, dice:
—Te tengo calado, mirón hijo de puta.

Las Marlowe son de color rojo anaranjado por fuera, pero cuando se abren, tienen un tono rosa pálido. Corto la rosa, le limpio el tallo y la meto en un cubo blanco que he colgado de la verja. Dejo rosas para que la gente del barrio las coja. En el fondo las rosas no me importan demasiado, las plantó la que vivía aquí. «Señora Roses», la llamaba todo el mundo. Sin el *National Geographic* no habría logrado averiguar qué variedad de rosa era cada una. Pero cuidarme de ellas me relaja. Además, ¿qué tipo de hombre sería si dejara morir las rosas de una viejecita?

Hago una pausa y me bebo un tetrabrik de leche de cuarto de litro, como los que se toman los chavales en el colegio. Sé que la mayoría de la gente que se levanta pronto estará ya preparándose el café, pero es preferible limitar los estímulos externos. Echo varias rosas más en el cubo y entonces veo a la mamá de la Tigresa, que se acerca tambaleándose calle abajo hacia donde estoy yo. Vive en el edificio de apartamentos de al lado, tiene dos hijas, un blog sobre música y una relación seria con el alcohol. Es una habitual de la escena de conciertos de Los Ángeles. Sale cada noche y la verdad es que su blog tiene muy buena reputación, y que ella tiene fama de descubrir bandas que empiezan.

La mamá de la Tigresa se detiene frente a mí, sus ojos ebrios fijos en el cubo de rosas. Mientras intenta decidirse por una, su mano flota como la de una hechicera, y aunque me tiene justo delante, parece no verme. La mamá de la Tigresa elige dos rosas; una para cada hija, supongo.

El primer vuelo del día despegó de Burbank y nos sobrevuela. Son las cinco y media de la mañana.

—A juzgar por su aspecto, creo que le vendría bien un tetrabrik de leche —le digo.

—Por Dios, señor Roses —dice—, no puede pegarle estos sustos a la gente.

Con las rosas en la mano, se marcha hacia el patio de su apartamento de estuco, decorado con palmeras enanas y pintado de color rosa, al estilo hotel California.

La Tigresa es la hija mayor; va a sexto, y a los doce años es ya lo bastante madura para cuidar de su hermana pequeña. Suelo ver a la Tigresa cuando va en bici al colegio. La tigresa en cuestión es la mascota de su

escuela. Algunas mañanas pasa pedaleando ataviada con el disfraz de mascota y con la enorme cabeza de tigre atada al portaequipajes de la bici. La Tigresa no enchufa. La Cachorra es su hermana menor, de diez años. A veces va sola al colegio. A menudo se detiene a examinar las flores de mi cubo, pero nunca coge una.

Yo no tengo unas mazmorras en casa, ni tampoco llevo una tobillera localizadora. No me dedico a seguir a los camiones de helado. Ni siquiera tengo internet, que es un regalo de Dios para los depredadores sexuales infantiles. Tenéis que entender que no le he hecho daño a nadie en toda mi vida y que el que termina pringando en esta historia soy yo.

Pero lo admitiré de entrada, porque ésta va a ser una historia peculiar: la Cachorra enchufa.

Por la mañana, cojo Laurel Canyon hacia el sur, hasta Studio City, donde llevo a cabo la partición de un conjunto de servidores defectuosos; todos ellos dedicados a distribuir porno, por supuesto. Luego, en Encino, desbloqueo el ordenador de un armenio que asegura que su hija le puso una contraseña y luego se olvidó de ella. A la hora de comer voy a un restaurante salvadoreño de Lankershim Boulevard. Como fuera, bajo el cielo de Los Ángeles, blanco como durante una tormenta de nieve. Las pupusas están buenas, pero si como ahí es porque la terraza está cubierta por un arcoíris permanente, debido al rocío que desprende el túnel de lavado contiguo. Que nadie os quiera convencer de que en Los Ángeles no hay arcoíris.

Antes comía junto a mi furgoneta para asegurarme de que no me la mangaban. Hace diez años, cuando me metí en el negocio de reparación de ordenadores, utilizaba la furgoneta como almacén de piezas y aparatos de diagnóstico, pero hoy en día me dedico fundamentalmente a la seguridad informática y todas las herramientas que necesito caben en una cartera llena de pen drives. El porno implica un montón de problemas de seguridad, en particular el porno infantil. Basta con que un empleado descargue un archivo para que una red entera se vaya al traste. Puedes terminar en la cárcel sólo por mirarlo de refilón, por eso nadie quiere tener nada que ver con ese material,

que está plagado de malware y código siniestro. Nadie aparte de mí, según parece. Por lo visto, no había nadie más que yo en el mundo cuando la baliza mandó la señal.

Por la tarde estoy dando vueltas por el valle, tumbando cortafuegos y depurando errores, cuando recibo un mensaje de texto para un trabajo de reparación de los de toda la vida, y qué demonios, ¿por qué no? En veinte minutos estoy llamando a una puerta de Van Nuys.

El tipo abre pero se queda ahí, mirándome.

—Alguien me ha mandado un mensaje sobre un problema con un disco duro... —le digo.

—Un tipo al que conozco me ha dicho que usted es de fiar —responde él.

Alguien sin experiencia pensaría que el tipo le recuerda a alguien con quien estudió en Northridge, el típico tío regordete, con barba *hipster* y una ironía mordaz, que sólo podía terminar en un apartamento de mierda como éste. Pero yo lo calo de inmediato. Están los que nacen y los que se hacen, y luego están los que, como este tipo, eligen.

Veo el ordenador, una máquina de sobremesa de gama alta, con un procesador de núcleo múltiple y ventilación líquida conectado a dos pantallas gemelas de tamaño cine. Es el típico equipo de edición de cine y animación.

—Se ha apagado de repente —dice—. Y ahora no logro arrancarlo. Lo he probado todo.

—¿La pantalla ha soltado un destello o se ha puesto azul? —le pregunto—. ¿Ha visto un cursor que parpadeaba o ha oído una especie de chasquido?

—No me acuerdo —responde, pero parece haber tomado una decisión respecto a mí y se aparta.

Dentro, le echo un vistazo rápido a la máquina. Tiene una pegatina con un código de barras, seguramente sea propiedad de un estudio de cine.

—Si es un ordenador de trabajo, llévelo a su empresa —le sugiero—. Su jefe se lo arreglará.

—El tipo al que conozco me ha dicho que arregla ordenadores por trescientos dólares, sin hacer preguntas —dice, y saca un fajo de trescientos billetes de dólar.

Me pongo unos guantes morados de látex y desconecto el router inalámbrico.

Desatornillo el panel lateral de la torre, saco los ventiladores, conecto un cable I/O y reinicio el equipo. Inmediatamente detecto los códigos de error y el registro del kernel, y mientras el sistema ejecuta el análisis de rendimiento, inserto un pen drive en el que he copiado varias decenas de imágenes. Desde el sistema raíz, introduzco un comando para que éste busque las cadenas de datos de estas fotografías, imágenes que no le dirían nada a una persona corriente: la foto de un hombro, una mesa, una colcha, un pie. En realidad se trata de detalles totalmente inocentes de imágenes de encuentros sexuales entre adultos y menores. Inmediatamente, el sistema devuelve el resultado de la búsqueda, y el tipo y yo vemos cómo la pantalla se llena de imágenes de su colección de pornografía infantil.

—Todo eso ya estaba en el ordenador cuando me lo dieron —dice—. Hace tiempo que tengo pendiente eliminarlo.

—Sí, claro.

—No hay fotos de niños —añade, como excusa.

—Qué bien —digo yo.

Hago un inventario rápido; es lo de siempre. Tiene la serie Teensy, la trilogía Fawn, Pale Ribbons y demás. Esta clase de búsquedas suelen dar resultado porque la inmensa mayoría del porno infantil al alcance del público medio se limita a unas pocas decenas de colecciones de imágenes que se intercambian o se venden a través de servidores zombi.

Me detengo en una imagen.

—¿Ve a esta niña?

No dice nada.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunto.

Tarda un momento en responder:

—John.

—¿Ve a esta niña, John?

Él asiente.

—En realidad no se llama Sissy. ¿Y este tipo de aquí, el que va en calcetines? Es su tío. Actualmente cumple una condena de treinta y cinco años en una prisión federal por abuso sexual prolongado de una menor.

—Oiga... —dice, y vuelve a ofrecerme el fajo de dinero, pero no lo cojo.
Aún no.

—¿Quiere saber cómo se llama en realidad?

Niega con la cabeza.

—Mejor —sigo diciendo—, porque ahora es una mujer adulta y tiene un mandato judicial válido contra cualquier persona que posea estas imágenes. Y así es como se entera uno de su nombre real: después de que lo arresten, recibe una orden en la que se le informa de que le debe ciento cuarenta mil dólares.

Examino el resto de los directorios, pero contienen el material habitual.

—¿Sabe qué error cometen todos los pornógrafos infantiles? —le pregunto.

Me mira con recelo.

—La iluminación —digo.

Acto seguido aprovecho la ocasión para poner a prueba la tesis de mi artículo. Cambio el pen drive y rastreo los tipos de archivo del ordenador buscando la baliza, que es una simple línea de código ASCII de 256 caracteres. Inmediatamente, los directorios de porno de John se iluminan. Organizo las imágenes por fecha y veo que las primeras que compré, hace más de un año, son las de una legendaria colección de Polaroids escaneadas, conocida como Summer Poppies, lo que significa que quienquiera que se dedique a seguir el rastro a estas imágenes lleva bastante tiempo en ello.

John y yo nos quedamos en silencio, contemplando a Poppie con su maquillaje y sus pestañas postizas y con la mirada que la hizo famosa. Ésta es una colección que me parece particularmente perturbadora. Soy consciente de que los seres humanos estamos profundamente corrompidos y de que, a lo largo de nuestras vidas, terminamos por entender el extremo de depravación sexual al que puede llegar nuestra especie. Pero en Summer Poppies las peores perversiones aparecen edulcoradas, disfrazadas de falsa inocencia, con zapatillas de conejito, piruletas y sábanas de Snoopy. Aquí, incluso las gotas de semen flotan con elegancia y captan la luz.

—Esta imagen emite una señal —le cuento a John—. Es como un troyano. Cuando te la descargas, descargas también la baliza. Y cada vez que te conectas a internet, la baliza emite una señal.

—¿De qué está hablando? —pregunta él.

—Pero lo bueno es que la baliza no forma parte de la imagen —sigo diciendo—, sino del formato de archivo, aparece en los metadatos, de modo que puedes alterar la imagen, cortarla, hacer lo que quieras con ella, y la baliza seguirá ahí. Da igual lo que le hagas a la imagen, ésta siempre emitirá su señal. Y gracias a eso lo saben.

—¿Qué es lo que saben?

—Que las fotos están aquí, John. En su disco duro.

Entonces me doy cuenta de que hay una imagen que no emite la señal. Es de una niña a la que nunca he visto. Porque eso es lo que es, una niña; ni una adolescente, ni una preadolescente, sino una niña. Está sola, fotografiada de cintura para arriba, y viste una camiseta amarilla de manga corta. La imagen no tiene ningún elemento sexual, ni siquiera lleva coleta, y tampoco está tomada en un plató: no hay ni cortinas de Hello Kitty, ni trípodes, ni focos. No; es simplemente una niña en una cocina corriente, y la imagen no forma parte de una *sesión* sino que es un momento de su vida cotidiana, una instantánea que la ha sorprendido junto a una puerta mosquitera por la que entra una luz difusa que proyecta una tenue sombra sobre su piel. Tiene una expresión asustada y sus ojos, muy abiertos, reflejan la incertidumbre de no saber qué sucederá a continuación, combinada tal vez con una pizca de esperanza de que, de un modo u otro, logrará eludir el episodio desconocido pero fatal que está a punto de empezar. Me fijo en que tiene el brazo borroso, a medio levantar; para defenderse de algo, para agarrarse a un adulto buscando seguridad, ¿o tal vez lo ha levantado instintivamente, con el gesto involuntario de cuando te topas con algo horrible?

—¿De dónde ha sacado esta imagen? —le pregunto.

—No lo sé —dice él—. La cambié, no me acuerdo.

—¿Conoce a esta niña?

—Pues claro que no —dice él—. Oiga, yo sólo quiero que me arregle el ordenador.

Ya sé que si le hacen daño a una niña, lo de menos es que se lo hagan bajo unos focos potentes en una sesión fotográfica de producción impecable o encima del linóleo roñoso de la casa de un amigo de la familia; el daño es el mismo. Pero me convenzo de que se trata de lo último y de que está

sucediendo ahora mismo, o que sucedió hace poco, y también de que si quien sea, incluso yo mismo, toma las medidas apropiadas, todavía está a tiempo de detener la situación.

Copio la imagen de la niña y extraigo el pen drive.

—La tarjeta RAM tiene una clavija rota —le digo a John—. Sólo da error con grandes cascadas de datos. Es fácil de arreglar, pero no se tome la molestia: lo que tiene que hacer es extraer los drives de los puertos, llevárselos al jardín y romperlos a martillazos. Rompa los pernos para asegurarse de que no se pueda extraer la información. Dígale a su jefe que le han robado el ordenador y reviente los drives de memoria. ¿Me ha entendido?

Asiente con la cabeza, pero está claro que no entiende lo que ocurre.

—Y no intente guardar las imágenes. Ya saben que las tiene.

—¿Quién lo sabe? —pregunta.

Le cojo el dinero.

—¿Usted quién cree?

De vuelta en casa, ni siquiera miro los rosales. Dentro, enciendo todas las luces y recorro las pequeñas habitaciones con paso inquieto. La imagen de esa niña me tiene totalmente jodido. Mire adonde mire, ahí está. Estoy obsesionado con su brazo borroso. Lo levanta, pero no puede hacer nada para impedir lo que está a punto de pasar. En su cara se refleja tanto su inocencia como la conciencia de lo que le espera. Y entonces levanta el brazo. El pasado, el presente y el futuro existen todos a la vez.

Y lo más jodido, lo más chungo y horrible, es que me enchufo. Me destroza masturbarme, colocarme frente al lavamanos y correrme dentro: cuando cierro los ojos, la veo; cuando los abro, ante mí, en el espejo, estoy yo. Pero es lo único que puedo hacer para que se termine.

Y entonces me echo a llorar, lloro de verdad, porque la niña sabe lo que va a pasar, sabe que no puede hacer nada para impedirlo, y aunque sabes lo que te espera, sigues llevándote una sorpresa cuando, después de todo un día navegando, después de que el capitán haya condecorado a todos los miembros de tu grupo de *sea scouts*, después de haberlo pasado bien y de la increíble sensación de haber logrado una hazaña por haber doblado el cabo de

la isla Catalina, y a pesar de todas las veces que ha pasado anteriormente, sigues llevándote una sorpresa cuando el capitán se te acerca en la oscuridad y se te lleva al camarote que usa como almacén, que huele a lona de vela húmeda y al petróleo que impregna los bártulos de cuando hace mal tiempo. Encima de una pila de ropa sucia de los chicos mayores es donde te fuerza, sujetándote boca abajo. La cadena del ancla se tensa sobre el casco y no hay ninguna luz más allá del tenue brillo del sensor de la bomba, ningún sonido excepto el de su barba afeitada con navaja al frotarse contra tu nuca y el de sus manos cuando te tira de las correas del chaleco salvavidas.

Durante las siguientes noches, desatiendo el jardín y enciendo el ordenador. Ahí es donde almaceno una colección de imágenes. Las fotos enchufan, mucho, como un músculo capaz de doblarte por la mitad. No tienen nada de erótico, en realidad son más bien inquietantes. Pero enchufan. Miro imágenes de antes y después, cientos de ellas al mismo tiempo: justo antes y justo después. Va muy bien modificar las fotografías, crear una grande a partir de muchas pequeñas; concentrarse en una manita desafiante, que estruja las sábanas, o en una mano abierta y lacia, totalmente rendida. Una sola mirada basta para narrar una historia entera, de modo que a menudo recorto las imágenes hasta dejar sólo los ojos: ojos caídos, ojos perdidos, ojos cerrados, la mirada desbocada de un ojo que ve algo muy distinto a lo que tiene enfrente, o una simple mirada desafiante, vuelta hacia arriba.

Cuando observas estas series fotográficas, la mejor forma de abordar lo que ves es mirando las imágenes en orden inverso: algo horrible le está pasando a un niño, de pronto es algo menos malo, y menos malo, entonces el niño y el adulto se separan, y después de hablar durante un breve instante, salen por puertas diferentes.

Nunca me masturbo delante de mi ordenador, porque entonces las sesiones terminan demasiado pronto. Sólo puedo decir que, al tiempo que me empujan hasta el límite, las imágenes me ayudan a centrarme. Por lo que sea, me siento purgado. Durante unos días soy como todo el mundo.

He leído unos cuantos libros sobre el tema. Una psicóloga afirma que, al ver de nuevo el escenario, la víctima experimenta un proceso de revictimización. Otro psicólogo asegura que el desarrollo emocional se trunca en el momento del abuso, lo que te vuelve incapaz de tener una relación más allá de un nivel adolescente. Yo sólo estoy seguro de una cosa: estos dos expertos nunca han sido víctimas de un abuso, ni siquiera han visto qué aspecto tiene. No aguantarían ni una sola imagen. No lo soportarían ni un minuto, no podrían pasar ni sesenta tristes segundos mirando un vídeo que mostrara a alguien abusando brutalmente de un inocente.

Me despiertan unos golpes en la puerta. Es mediodía. Como tengo por costumbre dormir vestido, puedo abrir de inmediato. Si duermes con la ropa puesta no tienes que cubrirte con las sábanas. No tienes que deshacer una cama hecha, ni siquiera tienes que plegarla y devolverla a su forma de sofá.

Cuando abro la puerta, al otro lado hay un agente de policía.

—Tiene usted unas flores fabulosas —dice el poli, señalando el jardín.

—Son de la señora que vivía antes aquí —respondo.

—Soy el agente Hernandez —dice—. Jaime Hernandez. Un colega mío, el sargento Rengsdorff, me ha sugerido que venga a hablar con usted. Me ha dicho que hace tiempo nos ayudó a desbloquear varios portátiles y que colaboró en el caso de un menor.

Asiento.

—Ah, sí. Denis. ¿Cómo le va?

—El sargento Rengsdorff se jubiló el año pasado y yo ocupé su puesto en el Departamento Especial de Crímenes contra Menores.

No para de recibir mensajes y el teléfono le vibra constantemente, pero no le presta atención. Imagino que será el típico poli enrollado que da su número a personas con problemas y en situación de riesgo y les dice que estará ahí si lo necesitan.

Justo en ese momento, Rhonza pasa por delante de casa.

—¿Finalmente van a trincar a este asqueroso? —grita—. Alguien ha estado mirando por las ventanas de todo el barrio y sé que ha sido él. Se le nota, tiene los ojos sucios.

El poli levanta la mano en un medio saludo que significa: «Tomo nota, señora; gracias por la información». Pero Rhonza aún no ha terminado.

—Mírelo —añade—. Mire qué ojos de mangosta.

Cuando ya se ha marchado, el agente Hernandez me dirige una sonrisa cómplice.

—En todos los barrios hay alguien así —dice, pero de pronto está estudiando mi reacción.

—Pase, por favor —le digo.

El poli entra.

—¿Acaba de mudarse? —pregunta, y casi le digo que vivo aquí desde hace siete años, pero finalmente cierro la boca y me fijo en cómo repasa las paredes blancas y vacías, la nevera y la cama plegable pulcramente hecha.

—Nunca terminas de instalarte del todo —respondo.

—Y cuando lo haces, es hora de volver a mudarte —dice él, mirando la librería donde guardo mis *National Geographic*, hileras y más hileras de lomos amarillos.

Estamos junto a la encimera de la cocina.

—¿Un vaso de agua? —le pregunto—. ¿Un cuarto de leche?

—Tiene muchas revistas —comenta—. No sabía que ésa todavía se publicara.

—Tengo una suscripción vitalicia.

—¿Y eso? —pregunta con voz inexpresiva, pues en realidad está escrutando el contenido de mi nevera cuando la abro.

—Por un premio que recibí de niño, cuando estaba en los *sea scouts*. Fui el *scout* del año de nuestro grupo, aunque no hice nada especial para merecerlo. En realidad fue más bien un premio de consolación.

El poli vuelve a mirarme.

—¿Qué son los *sea scouts*?

—Como unos *boy scouts* pero en el agua. Aprendes navegación y otras habilidades marítimas. Pero mi grupo ya no existe, se disolvió después de que el líder de la patrulla se quitara la vida. Un día fue de excursión a Topanga Canyon y se ahorcó.

Me observa mientras abro el tetrabrik.

—Vaya, lo siento —dice—. Estoy seguro de que su legado pervive.

Tomo un trago de leche.

—Bueno, las revistas siguen llegando.

—Exacto —dice el agente Hernandez—. Estoy aquí por un artículo que ha aparecido en internet. Básicamente, dice que es posible incorporar un código a las imágenes explícitas y que eso permitiría seguir las. No acabo de entenderlo, la verdad. Denis, el sargento Rengsdorff, me dijo que hablara con usted.

—Sí, lo he leído —le digo, y se lo cuento todo sobre la señal y las balizas: los pornógrafos infantiles parecen no tener ni idea de que alguien ha modificado sus archivos, lo que hace pensar que alguna agencia, seguramente federal, ha cambiado los archivos de los pornógrafos por archivos alterados. En lugar de arrestarlos, los federales los están utilizando para crear una base de datos de usuarios.

Después de asimilar la información, Hernandez me observa un momento y, acto seguido, empieza a hacerme preguntas. Se trata de todas las preguntas apropiadas sobre detección y distribución. También pregunta cómo sé tantas cosas.

—El tipo que escribió el artículo firmó como «Pradera Oscura» —dice finalmente—. ¿Tiene algún significado en jerga informática?

—Que yo sepa, no.

—Hay una cosa que no entiendo —dice el agente Hernandez—. Si esta señal, si esta línea de código de doscientos cincuenta y seis caracteres es la clave, ¿por qué el tal Pradera Oscura no la publicó junto con el artículo?

—No lo sé —digo yo—. A lo mejor, si revelara esa información, pondría en peligro una investigación federal de grandes proporciones.

—Pero ¿eso no lo hizo ya escribiendo el artículo? —pregunta—. O sea, el tipo en cuestión ¿es de los buenos o de los malos?

—No entiendo la pregunta.

—Pues es bastante simple. El tipo del artículo ¿intenta proteger a los niños alertando a las autoridades sobre una forma para cazar a los abusadores, o intenta ayudar a los pedófilos advirtiéndolos de una vulnerabilidad?

Sigo sin entender a qué se refiere.

—La información es información —le digo.

—¿Conoce al tal Pradera Oscura? —pregunta Hernandez, pero yo no respondo—. Creo que le voy a aceptar ese tetrabrik de leche.

Cuando abro la nevera, él vuelve a inspeccionarla. No hay nada que ver, tan sólo varios estantes llenos de tetrabriks de leche perfectamente alineados.

—Si le he entendido bien —continúa—, alguien que tuviera ese código podría encontrar a todos los consumidores de pornografía infantil de Los Ángeles.

—Si tuviera ese código —le digo—, podría crear un mapa de Google en tiempo real en el que aparecieran todos. —Le paso el cartón; él lo agita para que la leche produzca espuma—. Pero ¿a quién pescaría? —le pregunto—. Yo veo media docena de ordenadores al día, y la mayoría contienen porno. Veo de todo. Estoy harto de toparme con material de ese tipo. Y, créame, verlo no me produce ningún placer; en realidad me resulta bastante doloroso. Pero tiene que entender que esas fotografías son casi todas de hace diez, veinte años. Las víctimas son ya personas adultas y los criminales son viejos, seguramente conectados a una bombona de oxígeno.

—Ah, ¿sí?

—No se puede retroceder en el tiempo —digo—. No es posible evitar que suceda lo que ya ha sucedido. Ya sólo se pueden ajustar cuentas.

Hernandez bebe un trago de su cartón.

—Sabe que la venden en garrafas, ¿no?

—Prefiero las cosas en pequeñas cantidades —le respondo.

—Tengo hijos —me dice entonces—. O sea que estoy en el Departamento de Menores por motivos personales. Y le diré que no creo que haya ninguna diferencia entre quien viola niños y quien mira fotografías de niños violados. La mayoría de los agentes del cuerpo creen que a esta gentuza habría que pegarles un tiro en plena calle, como si fueran perros. Yo no pienso tanto en esa vertiente del asunto; mi preocupación son los niños. Y el tiempo que haya pasado desde que les hicieron daño no me importa en absoluto.

Me mira un instante, casi con tristeza.

—Personalmente, no creo que sea usted de los malos —dice—. Pero debería tener claro si se considera de los buenos o de los malos; eso es algo que debería preocuparle mucho. Y hay una forma muy fácil de demostrarse a

sí mismo que no es de los malos: podría ahorrarnos muchos quebraderos de cabeza y pasarnos el código.

Me deja su tarjeta.

Sigo al poli hasta la calle y lo veo marcharse en su coche patrulla. Desde el porche veo que la Tigresa y la Cachorra han abierto un puestecito de limonada. Han instalado una mesa y dos sillas plegables en el aparcamiento y están ahí sentadas, esperando. Tienen varios limones, un tarro con azúcar y una jarra de agua helada. Las piernas de la Cachorra se balancean hacia delante y hacia atrás debajo del hule. Nadie se para en su puestecito, tampoco yo.

Cuando oscurece, enciendo el ordenador y paso un rato recortando imágenes. Se trata de una tarea controlada y ordenada, que me relaja. Cojo las imágenes que he copiado de los discos duros de otra gente y elimino las erecciones, las penetraciones y las muecas. No hace falta que os cuente que detesto los vídeos. Un vídeo no se puede recortar. Y una vez arranca, es imposible controlarlo.

Abro la foto de la niña en la cocina. Primero la recorto hasta tener una imagen en la que sólo se ven sus ojos. La guardo. A continuación recorto el rayo de luz que se le refleja sobre la piel. La guardo. Recorto una imagen que es sólo amarilla; un recuadro de su camiseta amarilla, nada más. Finalmente me centro en la mano. Recorto y recorto hasta que no queda más que un borrón; ni siquiera se distingue que se trata de una mano. Entonces destruyo el original. De esta forma despojo la fotografía de la capacidad de hacer daño; ya no es pornografía infantil, no es pornografía, ni siquiera es infantil. Elimino lo que te carcome, lo que te impide levantarte y salir del fondo de la barca.

En el jardín, corto unas cuantas flores pero pronto me descubro observándome la mano a la luz de mi frontal de minero, tenue y lisa. Es como la luz de un eclipse, cuando la luna pasa por delante del sol. Un fin de semana el capitán nos llevó a la isla de Santa Cruz para ver un eclipse. Durante la travesía hacia allí nos enseñó revistas de desnudos y estuvo contándonos

chistes sobre marineros y tiburones, mariquitas y curas. Anclamos en Potato Harbor y remamos por equipos hasta la playa. Cuando empezó el eclipse, la luz se atenuó levemente. La mayoría de los chicos miraron al cielo con sus jodidas gafas negras. Yo fui el único que se dio cuenta del tipo de luz que nos rodeaba. De pronto el capitán me puso una mano en el hombro.

Normalmente, su anillo de la marina mercante desprendía un brillo turquesa, pero en aquel momento era azul marino.

¿Cómo se me había acercado tanto sin que me diera cuenta?

—Cuando la gente piensa en la luz, en general considera tan sólo dos opciones: encendida o apagada —me dijo el capitán—. Pero el *scout* observador sabe que hay cientos de tipos de luz, del mismo modo que hay cientos de tipos de agua. Y cada una tiene sus propias leyes.

Sacó un paquete de doce latas de cerveza, una para cada miembro de la tropa.

Brindamos por el sol y la luna y su unión temporal. Fue la primera vez que probé el alcohol.

—Lo que pasa durante un eclipse no sale del eclipse —anunció el capitán, y los demás lo jaleamos.

Lo había dicho con un tono al mismo tiempo gracioso y amenazante, como cuando contaba un chiste de gais. Y todos sabíamos lo que pensaba de los gais.

Al día siguiente, la Tigresa y la Cachorra sacan un montón de bártulos al jardín y organizan un mercadillo de segunda mano. Cuando me acerco, las encuentro sentadas detrás de una mesa cubierta de artículos domésticos. La Tigresa lleva unos pantalones cortos de gimnasio y una chaqueta vaquera. La Cachorra lleva una sudadera heredada.

—¿Por qué no estáis en el colegio, chicas? —les pregunto.

—Es sábado, señor Roses —dice la Cachorra.

Nunca había estado tan cerca de ella. Ni uno solo de sus rasgos enchufa: ni los rizos castaños, ni las mejillas regordetas, ni sus expresiones exageradas. Es sólo porque se está en la cúspide. Su rostro transmite una franqueza cándida y entusiasta, y así es como se presenta ante un mundo que

todavía no ha revelado su naturaleza oscura y sin remordimientos. Una parte de mí quiere matar a la persona que logrará arrebatarme esa mirada. Otra parte, detestable, insondable, considera que lo más natural sería ser yo ese ladrón.

Me fijo en una licuadora.

—Está como nueva —dice la Tigresa—. Ni siquiera la hemos usado.

Entonces observo una plancha para gofres. La Cachorra levanta las cejas con expresión tristonca.

—Gofres —dice simplemente.

—¿Estáis ahorrando para algo, chicas? —pregunto.

—Vamos un poco escasas de fondos —dice la Tigresa.

Están comiendo tostadas congeladas directamente de la caja. Me doy cuenta de que la puerta de su apartamento está abierta.

—¿Y vuestra madre? —pregunto—. ¿Está durmiendo?

—Se ha ido de gira con un grupo —dice la Cachorra.

—¿Qué grupo? —pregunto.

—No nos acordamos —dice la Tigresa—. Y no podemos mirar el blog de mamá. No nos funciona internet.

—Ni la tele por cable —añade la Cachorra.

—¿A usted le funciona internet? —pregunta la Tigresa.

—No tengo internet —les digo.

La Tigresa asiente con gesto de solidaridad.

—Pero bueno —dice—, se ve que serán los próximos Nirvana.

—¿Y sabéis cuándo volverá vuestra madre? —pregunto—. ¿Tenéis forma de contactar con ella?

—Sí —dice la Tigresa—. Le mandamos un mensaje y nos contestó. Nos dijo que no nos preocupáramos por ella, que está bien.

La Cachorra me ofrece un radiorreloj.

—Cinco pavos —dice—. Proyecta la hora en el techo.

—No, gracias —respondo.

—Lo más triste —dice la Tigresa— es que nuestra casa está llena de cosas que pertenecieron a músicos de rock, auténticos objetos de coleccionismo.

—Tienen un valor incalculable —comenta la Cachorra.

—Pero no podemos venderlos —añade la Tigresa.

—Porque tienen un valor incalculable —dice la Cachorra—. Mi padre es una estrella de rock —añade entonces.

—El mío también —dice la Tigresa—. Pero el suyo es famoso de verdad, de esos que llenan estadios. Nos manda un cheque cada mes, por eso no tenemos que trabajar.

Echo un vistazo al resto de las cosas: una báscula de baño, una cámara Polaroid plegable, una lámpara... Intento recordar cuándo fue la última vez que vi a su madre.

—¿Tenéis algún familiar que cuide de vosotras? —les pregunto—. ¿Algún pariente al que podáis llamar?

Las dos niegan con la cabeza y yo asiento, pensativo.

—Siempre acabo comprándome algo cuando veo un mercadillo —les digo—. Es una adicción que tengo.

—¿Y qué me dice de un cuadro? —pregunta la Cachorra.

De detrás de la mesa saca la pintura de un barco en un mar aterciopelado iluminado por la luz de la luna. El marco de madera está hecho a mano y cubierto de manchas oscuras. Es el típico cuadro que los mexicanos venden en los semáforos de Sepulveda Street.

—Creo que es un clíper —dice la Tigresa.

—En realidad es un balandro —puntualizo—. Un balandro de Bermuda, aparejado para navegar en solitario.

—¿Es marinero? —me pregunta la Cachorra.

—Antes salía a navegar —digo—. Hace una eternidad que no lo hago, pero distinguir los barcos es muy fácil, sólo hay que fijarse en las velas y los mástiles para saber si se trata de un balandro, un cúter, un queche, una goleta o un clíper.

—Ahora sí que tiene que comprarlo —dice la Tigresa.

—Es un cuadro muy bueno —comento, rascándome la barbilla—. Seguramente no pueda permitírmelo.

Las niñas se miran.

—Háganos una oferta —propone la Tigresa.

Abro la cartera y miro qué llevo dentro. Saco los trescientos billetes de dólar.

—Es lo máximo que puedo pagar —les digo.

Cuando oscurece, me siento en el porche a leer el último *National Geographic*. No quiero estar en la misma habitación que mi ordenador y esta noche no estoy de humor para encargarme del jardín. Hay un artículo sobre unos soldados americanos que se dedican a desactivar bombas en un país lejano. Primero tienen que inspeccionar la bomba, una tarea sumamente estresante porque cualquier elemento en el que trabajen puede contener material explosivo. Una vez se han familiarizado con el artefacto en cuestión, intentan desmontarlo. Separan la fuente de alimentación del detonador y luego el detonador de la carga. Cuando una bomba explota no es como en Hollywood, explica un soldado. Cuando te despiertas, no sabes qué es real y qué es el eco que te resuena en la cabeza. Dice que puedes desactivar una bomba en el mundo real, pero que la bomba que llevas en la cabeza estará ahí para siempre.

Sin que me dé cuenta, la Tigresa y la Cachorra han aparecido en el porche, delante de mí. Bajo la revista y ahí están, la Tigresa con su disfraz a rayas y la Cachorra con un pijama de arcoíris y unicornios.

—Había un tío mirando por la ventana de casa —dice la Tigresa.

—Daba mucho miedo —añade la Cachorra.

—Se ha oído un ruido, hemos mirado y ahí estaba —explica la Tigresa.

—No quiero volver a casa —dice la Cachorra.

—Todo irá bien —les digo—. Vamos a echar un vistazo.

Cruzamos mi jardín, el aparcamiento y el patio de su apartamento de un dormitorio.

Dentro, las paredes están cubiertas de guitarras, portadas de discos y platos de batería dedicados con rotulador permanente. La madre de la Tigresa ocupa el dormitorio, de modo que las niñas duermen delante del televisor, en el suelo. Éste está cubierto de ropa sucia y de cajas de cartón, hay bicis tumbadas y cruces hechas con cinta de carroceros encima de la moqueta que marcan los pasos de baile de la mascota.

—¿Dónde lo habéis visto? —pregunto.

Señalan la ventana que queda encima de la mesita del desayuno.

—He oído que hay un mirón en el barrio —digo.

—¿Qué es un mirón? —pregunta la Cachorra.

—Es un tipo —respondo—, un tipo al que le gusta... O sea... que...

—Uno que mira por las ventanas de las casas —dice la Tigresa.

—Ah, vale —dice la Cachorra—. Pero ¿por qué lo hace?

La Tigresa me mira, preguntándome si deberíamos explicárselo, pero yo niego con la cabeza.

—Esperadme aquí —les digo.

Salgo y rodeo el edificio, abriéndome paso entre los contenedores de basura y los respiraderos de las secadoras, hasta llegar a la parte trasera del apartamento. Allí, pego las manos al cristal y miro dentro, observando a las niñas como lo haría un pervertido. La Cachorra mira hacia mí y grita, la Tigresa grita, y entonces se dan cuenta de que sólo soy yo.

Voy hasta la ventana del dormitorio. La hierba está aplastada debajo del marco y alguien ha eyaculado en numerosas ocasiones sobre el estuco rosa. Acerco la nariz al cristal y veo el dormitorio de la madre. Ahí está el colchón donde la madre de la Tigresa duerme la mona, donde —frita, con las sábanas arrebujadas y la bata abierta— pasa los días.

Vuelvo a entrar y les digo a las chicas que seguramente alguien se ha equivocado de ventana. Aun así, cubrimos los cristales con toallas. Las niñas se alegran de tener visita. La Tigresa me enseña su baile del tigre. Se pone la cabeza del disfraz y ejecuta su coreografía con actitud seria, como si fuera el último cuarto y de su actuación dependiera que los espectadores animen al equipo.

La Cachorra también actúa para mí. Empieza a moverse por el apartamento como un delfín. Sus codos se convierten en aletas. Se llena las mejillas y aguanta la respiración. Cuando levanta la cabeza, respira por encima del agua, y cuando encoge el cuello, se sumerge en las profundidades. No corre esquivando ropa sucia, sino que nada en el océano. En este mar lejano no existen ni el alcohol ni los apartamentos de una habitación en North Hollywood. Aquí, los hombres no se follan a las *groupies* ni se masturban mientras tu madre duerme. Observo a la Cachorra nadando a mi alrededor, su cuerpo joven y ágil describe círculos en silencio, completamente ajena a los planes que el mundo le tiene reservados.

Cuando clava sus ojos en los míos, buscando mi aprobación, le digo que ya vale de nadar y bailar. Voy hasta la nevera, cubierta de *flyers* de clubes nocturnos. Dentro no hay nada, ni siquiera leche.

—¿Tiene hambre, señor Roses? —pregunta la Cachorra.

El congelador también está vacío.

—¿Qué ha pasado con el dinero que os he dado por el cuadro?

—Hemos tenido que pagar una factura —dice la Tigresa.

—¿Qué factura?

—Ha venido un hombre —responde la Tigresa—. Un tipo que conoce a nuestra madre. Y resulta que se le olvidó pagar una factura.

—Esperadme aquí —les digo.

Voy hasta el 7-Eleven de la esquina, donde compro cereales integrales, plátanos, una garrafa de leche y unos taquitos de aspecto dudoso pero que por lo menos están calientes.

Detrás de la caja hay varias hileras de revistas guarras. Aparto la mirada. Me siento como un buen tipo, un tipo normal que tiene interacciones normales con los demás. La Cachorra es realmente potente. Enchufa un montón. Pero me siento fuerte, bien. Les llevo la comida y, después de despedirme de ellas, me planto delante de la puerta y les pido que cierren y echen la llave.

—Quiero oír el cerrojo —les digo.

Cierran la puerta, pero en lugar de echar el cerrojo, preguntan:

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Leed un libro —respondo a través de la madera—. O, mejor aún, acostaos. Y ahora, cerrad la puerta.

Hay un momento de silencio. Y finalmente echan el cerrojo.

Una vez en casa, cuelgo el cuadro de la barca donde puedo verlo desde la cama. Me echo encima de las sábanas, pensando en un tipo que navega a solas. Todas las luces del apartamento están apagadas, pero la claridad que entra por la ventana permite percibir la fuerza y el tamaño de las olas, y cómo el viento tensa la jarcia. El marinero otea el horizonte oscuro, de modo que no se le ve la cara. Pero es evidente que la suya es una historia muy antigua: un marinero ha perdido algo en el mar y decide volver a buscarlo.

Es un cuadro cutre, pero paso horas preguntándome si el marinero logrará recuperar lo que extravió, si sabrá encontrar el lugar donde lo perdió. Para ello tiene que navegar en el tiempo, navegar a lo que fue. Es un viaje imposible, pero tiene la barca muy bien aparejada y sujeta el cabo con una mano. El viento sopla con fuerza y él surca las olas con la proa. Pero lo más importante es que el marinero ha tomado la decisión. Se ha embarcado.

Decido mandarle un mensaje al agente Hernandez. Es medianoche. Utilizando un software para esconder los datos de mi tarjeta SIM, le mando el siguiente mensaje:
5c2758ba7d4f4dd90c5525b5aa6a09cb4305452c121e5a5961c1f4fc451223fee'

Por la mañana, recibo un mensaje de alguien que necesita asesoramiento informático en Sun Valley. Es un lugar peor que Pacoima, Chatsworth, Reseda o mi propio barrio, North Hollywood. Cojo la carretera de Tujunga en dirección al norte, hasta La Tuna. Me detengo delante de una antigua perrera, situada entre una cementera y el solar de un taller. Hay una cadena que impide la entrada al solar, de modo que aparco en la calle.

Compruebo la dirección y le mando un mensaje al número que me ha escrito: «¿Es donde la perrera?».

Recibo la respuesta al momento: «Sí, DM14097. Llama a la puerta, estamos en casa».

Nadie ha conectado nunca mi identidad real con DM14097. Ya no soy esa persona; ya no uso nicks, ni visito foros, ni salas de chat, ni directorios P2P. Dejé de utilizar Tor, eDonkey y Fetch. No cambio, negocio, compro ni copio archivos. He renunciado a internet. Tengo tan sólo mi pequeña biblioteca y con eso voy tirando.

Compruebo el teléfono, pero la persona en cuestión también sabe ocultar la información de su tarjeta SIM.

Justo entonces me manda otro mensaje: «X cierto, soy Dodger6636».

En el mundo que ya no habito, y donde la gente existe sólo online, la fantasía y los hechos se confunden. Y, sin embargo, había un hombre famoso por lo que había hecho. Ese hombre era Dodger6636, una leyenda en el mundillo. Debe de haber sobrevivido a todos.

Echo un vistazo a la perrera abandonada y me fijo en las parabólicas improvisadas del techo y las ventanas cubiertas con papel de aluminio. Experimento la sensación, la descarga de energía que notaba cada vez que llegaba algo de Dodger a mi carpeta de Dropbox: el avatar de un perrito me alertaba de ello bailando en una ventana de mi ordenador y dejando un hueso en la parte inferior de la pantalla. Cuando recibías un envío de Dodger sabías que se trataba de algo especial, una exquisitez olvidada que no habías visto nunca.

Paso por encima de la cadena. Mientras cruzo el aparcamiento, oigo el crujir de cristal y gravilla bajo mis pies.

Dodger abre la puerta sin darme siquiera tiempo a levantar la mano para llamar.

—Pradera Oscura —dice, mirándome de arriba abajo—. Sigues vivo.

—Al parecer tú también —le respondo.

Es mayor que yo y tiene algo de tripa. Le han extirpado lo que tal vez fueran pequeños melanomas de la frente y el cuero cabelludo. No nos conocíamos personalmente —nunca he conocido a nadie de ese mundo—, pero aun así dice:

—Me acuerdo bien de ti. Eres distinto a como te imaginaba, pero los gustos nunca cambian. Sólo te van las fotografías, si mal no recuerdo. Y eres un tipo *vintage*, ¿verdad? Te gusta el material clásico.

Basta una mirada a los ojos de Dodger para saber de qué tipo es; Dodger es de los que nacen.

—En realidad he empezado una nueva vida —le digo.

—Claro —responde él—. Lo entiendo perfectamente. —Se saca un pen drive del bolsillo—. En ese caso no querrás esto. Pero te lo daré igualmente, por los viejos tiempos. Lo he cargado con material personalizado para ti.

Me lo ofrece y lo cojo. Debía de llevarlo en el bolsillo desde hacía rato, porque está caliente.

—¿Tú sabes lo difícil que es encontrar material *vintage* nuevo? —me pregunta—. Creo que fue Wordsworth quien dijo: «Lo que pierde la primavera lo gana el otoño». Tú sólo recuerda que me he esforzado, que me lo he currado por ti. Está encriptado, pero la contraseña es «Pradera Oscura».

Cierro la mano en la que llevo el pen drive y Dodger me invita a pasar.

—No ha sido fácil dar contigo —me cuenta—. Pero te necesitamos.

Sigo a Dodger a través de una sala de espera vacía hasta un pasillo lleno de una retahíla de servidores parpadeantes; varios ventiladores zumban a toda potencia para evitar que se sobrecalienten. Entramos en lo que en su día fue tal vez la sala donde lavaban a los perros, hay un par de mostradores y fregaderos de acero inoxidable. Los fregaderos son profundos. Uno está lleno de tazas de café sucias y el otro de productos de belleza. En una mesa metálica hay un hombre editando un vídeo. Tiene un par de pantallas tamaño cine y una mesa de mezclas.

—Bert —le dice Dodger—, te presento a Pradera Oscura. No le van los vídeos, es un hombre de fotografías.

—De la vieja escuela —responde Bert sin apartar la vista de sus pantallas.

—Pradera Oscura es el que publicó el artículo —dice Dodger—. Está aquí para asegurarse de que todos nuestros servidores estén limpios.

Las mesas son altas y hay varias sillas de director a su alrededor.

—No sabes cómo me alegra verte, viejo amigo —me dice Dodger cuando nos sentamos—. Tu artículo trata un asunto de suma gravedad para nosotros. ¿Podemos contar con tu experiencia?

—Menuda torre de servidores tienes aquí —digo—. ¿Disponéis de una línea T1?

Dodger levanta las manos.

—El negocio lo exige —comenta, y acto seguido me describe toda su configuración de hardware.

Tengo la sensación de que al otro extremo de un corto pasillo hay más habitaciones. A lo mejor se trata de salas de veterinaria o están llenas de jaulas de animales. Echo un vistazo a las pantallas de Bert y veo que contienen imágenes de una niña. Está desnuda, sólo lleva calcetines. Entra en plano, de espaldas al espectador, y se acerca a una mesa. Bert rebobina y la niña vuelve a entrar, se acerca otra vez a la mesa e, inclinándose ligeramente hacia delante, apoya las dos manos en ella.

—No tendría que ser muy difícil —le digo a Dodger, aunque no he oído exactamente qué me decía, el vídeo resulta absolutamente absorbente—. Iré a buscar los drives de diagnóstico a la furgoneta.

Dodger me pilla y sonrío.

—Y dice el tío que no le gustan los vídeos —le comenta a Bert.

—Sí, ya —responde éste.

—¿Quién puede culparte? —pregunta Dodger—. Es una chavala muy especial, nueva. Fíjate bien, patizamba e insegura. Ni siquiera sabe adónde tiene que mirar. Siempre les pido que no se quiten los calcetines, es uno de esos detalles...

En la pantalla entra un hombre desnudo, pálido. Se acerca a la niña desde atrás.

—Necesita un nombre —dice Dodger—. Pero todos los buenos ya están cogidos: Dazzle, Sparkle, Crush, Taffy, Daphne, Tumble, Twist...

—¿Y qué me dices de Trample? —pregunta Bert.

—Tú dedícate a editar —le suelta Dodger, y se vuelve hacia mí—. Bert no tiene sentido de la belleza, no aprecia nada.

En la pantalla, el hombre se acerca a la niña. La rodea por la espalda y coloca las manos encima de las suyas, sujetándola con fuerza. La niña desaparece detrás del cuerpo voluminoso del hombre, su figura de niña se desvanece y yo me enchufo. Sucede de forma tan repentina que me estremezco y siento cómo un espasmo me recorre el cuerpo. El cuerpo del hombre tiembla al empezar, y la niña desaparece, no queda nada de ella.

—Uau —dice Dodger al verme la cara—. ¡Parece que tenemos un nuevo fan! Bert, haz una copia extra; Pradera Oscura es un admirador.

Bert se da la vuelta y me lanza una mirada suspicaz. Se diría que lleva mucho tiempo sin dormir.

—Pero si ni siquiera se ve a la niña —dice—. Es la parte que estoy eliminando.

—Lo que funciona, funciona —concluye Dodger—. Dijiste que no te gustan las películas, pero ésta te va, ¿verdad? Ayúdanos y te la regalo. Dales un repaso a nuestros servidores y es tuya.

Por primera vez me doy cuenta de que la mesa del vídeo es de acero inoxidable. Y justo en el instante en que me doy cuenta de que también yo me encuentro ante una mesa de acero inoxidable, una niña entra en la sala y pasa junto a mí. Sujeta un cuenco de cereales con las dos manos. Son cereales de esos con nubes de colores y el cuenco está lleno hasta arriba, la leche está

a punto de derramarse, de modo que la niña camina despacio, con los ojos clavados en el borde. Tiene el pelo húmedo y lleva un albornoz. Es ella, es la niña de la pantalla, y de pronto comprendo que cuando Dodger me la ha ofrecido, no se refería a la grabación.

Alzo los brazos como si quisiera defenderme y me levanto con tanto ímpetu que la silla de director se cae al suelo. La niña se vuelve hacia mí y la leche se le derrama por las manos. Nuestros ojos coinciden durante un segundo y al cabo de un instante estoy corriendo. Tiro el pen drive y echo a correr. Me pego un golpe contra la mesa de Bert, sus monitores están a punto de caer al suelo, y mientras corro hacia la furgoneta me falta muy poco para derribar una torre de servidores.

Al llegar a casa, cojo mi ordenador y lo arrastro primero hasta el jardín y luego hasta el caminito de cemento. Empiezo a aporrearlo con un martillo. Entonces le doy la vuelta y parto la cubierta de aluminio con las orejas del martillo. Arranco el procesador gráfico, el drive óptico y las tarjetas RAM. Raspo todos los circuitos de la placa base. Destrozo los drives de todos los puertos mientras pienso: «Soy de los malos, estoy podrido». Empiezo a machacar los drives, los brazos de los actuadores saltan por los aires, los pernos se agrietan.

—Soy malo —murmuro para mí—. Estoy podrido.

Descargo el martillo una y otra vez, hasta que sólo quedan trozos de plástico y fragmentos de aluminio. En cuanto a los discos duros, los discos de aleación se deforman con cada golpe y terminan hechos trizas. Rhonza pasa por delante de mi casa. Echa un vistazo rápido, pero si tiene una opinión sobre lo que ve, se la guarda.

Martillo en mano, me levanto y me vuelvo a contemplar mi casa. ¿Qué tipo de persona vive aquí? Sé que hay de los que nacen. Pero ¿y los que se hacen? ¿También tienen elección? ¿Todavía pueden elegir?

Paso el día conduciendo. Voy hasta el puerto deportivo y aparco la furgoneta bajo la claridad deslumbrante del aparcamiento. Avanzo junto a los muelles flotantes y todo me resulta familiar: gente echando paladas de hielo en neveras de plástico, el capitán de un barco de alquiler quitando a

manguerazos la sal de unos aparejos. Pero al llegar al atracadero donde, en mi mente, sigue siempre amarrado un velero llamado *Ketchfire*, no encuentro nada, sólo un arcoíris de diésel en el agua. ¿Hubo otros chicos? ¿Fui el único? Mi mente no me deja recordar al capitán más que a fogonazos: unos zapatos de suela blanca, unos brazos bronceados, una barba gris.

Cerca de La Cienega Boulevard había una pizzería a la que el capitán solía llevarnos. Está abierta. De hecho, sigue llena de chicos: equipos de fútbol, de la liga infantil de béisbol, un grupo de niños con uniformes de kárate a conjunto... Me tomo un refresco light en un vaso de plástico rojo mientras los observo. Me fijo en cómo comen pizza y van de aquí para allá con sus botas de tacos, y me da lo mismo si alguien me mira mal. Fue aquí donde, después de formar nuestro grupo de *scouts* y de hacernos a la mar por primera vez a bordo del *Ketchfire*, el capitán nos trajo a comer una pizza y nos dio nuestros motes. A otros chicos les puso nombres como Nav, Crusher, Sparks o Cutter. Entonces me miró a mí. Y debió de ver algo, algo debí de transmitirle, porque dijo:

—Y tú eres Pradera Oscura.

Enfilo Topanga Canyon y dejo atrás el rancho de Charlie Manson y el motel donde Jim Morrison escribió *Roadhouse Blues*. Supongo que debería comentar también que se oía otro sonido en el fondo del barco. El capitán tenía una cámara de esas antiguas de usar y tirar. Utilizaba carretes de verdad, y para hacer avanzar la cinta tenía que girar una ruedecita de plástico tres veces: riiic, riiic, riiic. Entonces se oía un zumbido agudo mientras se cargaba el flash. Encuadraba las fotos con gran meticulosidad, tomándose su tiempo, y nunca sabías en qué momento te deslumbraría la luz.

Aparco donde empieza la senda de Santa Ynez y echo a andar por encima del parque canino, con sus toneles de caca de perro metida en bolsas ecológicas, y por senderos llenos de envoltorios de condones de colorines que se agitan entre las zarzas. Aquí arriba hay un roble marítimo rodeado de hierba amarillenta. Según el periódico, sucedió aquí. Sopla una leve brisa. Mirando hacia el oeste, contemplo una panorámica del océano. Estudio el viejo árbol, con su pesado tronco y sus ramas retorcidas, y me pregunto en cuál de ellas ataría la sogla el capitán Stevenson.

Cuando vuelvo a casa ya ha anochecido. Encuentro a la Tigresa y a la Cachorra en mi porche.

—Había otra vez alguien en nuestra ventana —dice la Tigresa en cuanto me acerco.

—Lo hemos oído —añade la Cachorra.

—En serio —insiste la Tigresa—, ha sido superhorrible.

—¿De verdad había alguien? —les pregunto.

Las dos se quedan calladas.

—No quiero volver a casa —dice la Cachorra, y la Tigresa asiente en silencio.

—Pasad —les digo, y abro la puerta. Dentro, enciendo todas las luces y saco tres tetrabriks de leche de la nevera.

Las niñas corretean de aquí para allá inspeccionando cada rincón. Entran en mi dormitorio, pero sólo encuentran cajas de componentes informáticos. Regresan decepcionadas.

—¿Dónde está su cama? —preguntan—. ¿Dónde duerme?

Les paso los tetrabriks de leche y señalo el sofá cama que tienen justo enfrente.

—También duerme en la sala de estar... —dice la Cachorra, con una mirada de afinidad.

—¿Y no tiene mesa? —pregunta la Tigresa.

—Me como los bocadillos en la encimera de la cocina —les digo.

—¿Ni siquiera tiene una silla? —pregunta la Cachorra.

—Está en el porche —le digo—. Estabas sentada en ella hace un momento.

—¿Y dónde está la tele? —insiste la Cachorra.

—Tomaos la leche y a la cama las dos.

Están agitadas, revolucionadas, pero me hacen caso. Se meten debajo de las sábanas e intentan no moverse. La Tigresa contempla el balandro de Bermuda.

—Nunca me había fijado en este cuadro cuando lo teníamos colgado en casa —dice.

Echo un vistazo al marinero, con la jarcia entre los dedos. Ha emprendido su viaje, el más importante de todos. Ha decidido hacia dónde zarpar y ha trazado el rumbo. Lo único que tenía que hacer era decidirse.

—A dormir las dos, venga.

En el porche empiezo a leer un artículo sobre vehículos de exploración en Marte, pero no logro concentrarme; el agente Hernandez no para de mandarme mensajes, lo mismo que Dodger. Casi nunca rememoro la época de los *sea scouts*, pero esta noche el niño que fui está por todas partes: su mirada confiada, su callada esperanza. Tampoco logro quitarme de la cabeza a la niña con las manos apoyadas en la mesa de acero inoxidable. Ni el pen drive de Dodger; oigo una y otra vez el agradable sonido que se oiría al introducirlo en el puerto USB de mi ordenador. Mi mente empieza a llenar el pen drive perdido con un millar de imágenes. Ya echo de menos mi ordenador, la calma y el orden que me proporcionaba, y cómo todo dejaba de dar vueltas en cuanto lo encendía; pasa un coche y los restos de su carcasa brillan en el caminito de acceso.

Cuando calculo que las niñas ya se habrán dormido, entro en casa.

Siguen despiertas.

—Apague las luces —dice la Cachorra—. No puedo dormir con las luces encendidas.

—Dejémoslas así un rato más —les sugiero.

Me siento en el borde de la cama. Me desato los zapatos y me desabrocho el cuello de la camisa. Me tumbo junto a ellas; yo encima de las sábanas, ellas debajo.

Los tres contemplamos el techo.

—¿Es usted el hijo de la señora Roses? —pregunta la Cachorra.

—No, sólo le compré la casa.

—Yo también quiero un apodo —dice la Cachorra.

—No, no lo quieres —le contesto yo—. Créeme.

La Tigresa está entre nosotros, pero aun así noto la energía que irradia. La siento. Su mirada directa; cómo levanta la ceja con expresión curiosa; la sombra oscura debajo de la manga de su pijama.

—¿Alguna vez habéis hecho algo malo? —les pregunto.

La Cachorra deja la mirada perdida.

—Ssssí —dice lentamente, como si visualizara el cementerio donde descansan las decisiones equivocadas de sus diez años y el páramo de sus consecuencias.

—Todo el mundo ha hecho algo malo —dice la Tigresa—. ¿Y usted?

—He hecho algunas cosas malas —respondo—. Pero nunca le he hecho daño a nadie. No directamente, nunca he sido yo quien hería a otra persona.

—Entonces ¿alguien le hizo algo malo a usted? —pregunta—. ¿Es por eso por lo que ha sacado el tema?

—Hace mucho tiempo, sí. Me pasó algo malo.

La Tigresa se vuelve hacia mí, nuestras caras están muy cerca.

—¿Como qué?

—Supongo que habrá fotos por ahí —digo.

—¿Fotos? —pregunta—. ¿Qué tipo de fotos?

Yo sacudo la cabeza.

—Corren por ahí —le digo a la Tigresa—. Pero no las he visto nunca. Porque nunca miro fotos de niños.

Ella entorna los ojos, intentando entender a qué me refiero. Como es la mayor, decido contarle la verdad:

—Miro fotos de niñas.

La Tigresa reflexiona un momento.

—En el equipo de animadoras, algunas niñas intercambian fotos de niños en sus teléfonos —dice finalmente—. Es lo único que les interesa.

Empieza a hablarme de ello: de sus amigas y de los chicos de los que están enamoradas, de lo peligroso que es reenviar una fotografía...

—¿Alguien puede apagar la luz? —pide la Cachorra.

La Tigresa empieza a cantarle una nana. Es una canción sobre una niña que se adentra sola en un bosque oscuro.

—*My girl, my girl* —canta la Tigresa—, *don't lie to me*.

—*Tell me, where did you sleep last night?* —la acompaña la Cachorra.

—*In the pines, in the pines, where the sun don't ever shine* —cantan las dos juntas.

—Qué nana tan rara —les digo.

Me ignoran y terminan el estribillo al unísono:

—*I would shiver the whole night through*.

Entonces la Tigresa me lanza una mirada.

—Eso se lo cuenta a Kurt Cobain —dice.

Me levanto torpemente, por culpa de mi erección, y voy hasta el interruptor de la luz.

Observo a las niñas un momento, sus siluetas debajo de las sábanas, sus boquitas, mientras la Tigresa guía a la Cachorra a través de los últimos versos, que hablan de ir donde sopla el viento frío. A lo mejor me precipité con la Tigresa. A lo mejor la juzgué demasiado a la ligera. La verdad es que tiene algo. A su manera, también enchufa.

Apago las luces.

Fuera, cruzo el jardín y me adentro en los rosales. Una vez allí, me lamo la mano. La lamo de arriba abajo, hasta cubrir la palma y los dedos. Me coloco detrás de las Blue Sky y las Bourbon para que se me vea menos desde la calle y empiezo a masturbarme. No me atrae el placer sino la seguridad, el control de la estimulación y la gestión de uno mismo. Lo hago por las niñas. Necesitan que me encargue de ellas, ahora me doy cuenta. Puedo ser una influencia positiva en sus vidas. Soy yo quien oyó la señal, quien conoce el código. Lo que el agente Hernandez no entiende es que cuando te pasa algo malo sigue pasándote todos los minutos de tu vida. Y ya no hay marcha atrás, no hay rescate, ni redada, ni soga, ni ciento cuarenta mil dólares que valgan. El momento de actuar no es después, sino antes, ahora. Y no hay nada hermoso en una gota de semen que cae sobre una rosa, bajo la luz de la luna. Se trata tan sólo de un deber. De algo que hay que hacer mientras los inocentes duermen.

LA SONRISA DE LA FORTUNA

Cada viernes, DJ quedaba para comer con Sun-ho. El tipo había sido la mano derecha de DJ en Corea del Norte y DJ le debía más de lo que puede comprarse con dinero. Pero lo único que a Sun-ho parecía gustarle realmente de Seúl era la comida rápida, de modo que aquellos almuerzos eran la única forma que tenía DJ de mostrarle su gratitud. O a lo mejor le estaba pidiendo perdón. DJ no habría sabido cómo describir la deuda que tenía con Sun-ho, aunque desde luego era más de lo que podía expresarse con un supermenú doble extragrande. Aun así, en los cuatro meses desde que había desertado, habían ido a Bonchon Chicken, a Kyochon Chicken, a Gimbap Cheonguk y a media docena de establecimientos más. Aquel día habían quedado en Insadong para tomarse unas hamburguesas *bulgogi* en el restaurante de una cadena llamada Lotteria.

DJ salió de la residencia donde vivía, en el distrito de Gwanak. La residencia distaba mucho de ser lujosa pero le recordaba a su casa en todos los sentidos positivos: puertas siempre abiertas, suelos de cemento, una hora límite de llegada por la noche y esa sensación de estar solo y acompañado al mismo tiempo. Además, allí no era el único que se encontraba en una situación compleja. En las otras literas dormían hombres con problemas de alcoholismo, hombres que lo habían perdido todo por culpa del colapso económico e incluso unos cuantos desgraciados a quienes habían mandado a Irak a luchar junto a los americanos. DJ entendía que en Corea del Sur consideraban a los americanos como amigos. En realidad él nunca había creído que fueran el enemigo. Al fin y al cabo, ¿no eran los americanos quienes habían inventado la lotería de rasca-rasca, la metanfetamina, los billetes de cien dólares y, sobre todo, el convertidor catalítico?

Era un febrero frío. Envuelto en su abrigo grueso y su bufanda, DJ cogió la línea azul hasta el centro de Seúl y a continuación la línea naranja hasta la estación de Anguk. En cuanto salió del metro, oyó un eco que resonaba por los pasillos, el inconfundible sonido de un acordeón tocando *No hay patria sin ti*. Todo el mundo iba y venía de un lado a otro, de esa forma caótica y

desconcertante de caminar que tenía la gente del Sur. Nadie parecía darse cuenta de que lo que sonaba era una canción de Corea del Norte, y menos aún de que se trataba del gran tributo musical a Kim Jong-il.

Pero lo sorprendente era que DJ tenía una sospecha bastante fundada de quién la tocaba. Cuando él y Sun-ho habían llegado finalmente a Corea del Sur, habían pasado varios meses en un centro de transición gubernamental llamado Hanawon. Allí habían conocido a una mujer célebre por haber desertado con su acordeón; se decía que, por culpa de su instrumento, había estado a punto de ahogarse cruzando las impetuosas aguas otoñales del río Tumen. Se llamaba Mina y aseguraba que no había querido desertar: su marido había desaparecido y ella había salido a buscarlo.

DJ echó a andar hacia aquel sonido melancólico. Los acordes eran triunfales y desolados, una combinación que no había oído desde que se había marchado de casa. Sin embargo, a medio camino de la salida de Samil-daero se dio cuenta de que la música era cada vez más débil y que había estado avanzando en la dirección equivocada. Entonces la canción se terminó; la había perdido. Pero la melodía, y también la evocadora forma de tocarla de Mina, se le quedaron grabadas en la mente. Salió a la superficie y empezó a deambular por los barrios, y de pronto sintió nostalgia del Norte. Las montañas yermas y nevadas que rodeaban Seúl le recordaban los acantilados helados de Chongjin. Los tejados tortuosos y las parabólicas torcidas de Bukchon Hanok le resultaban familiares. Al pasar junto a una iglesia, oyó a una numerosa congregación que alababa a Yesu-Nim antes de sumirse en una callada plegaria. Aunque no veía a los feligreses, DJ se detuvo en la acera y oyó aquel sonido puramente norcoreano, el susurro casi silencioso de mil cabezas inclinándose al unísono.

Pronto su atención volvió a la desconcertante naturaleza de Seúl. Había mujeres con mascarillas quirúrgicas de plástico y perritos con vestido. Al pasar junto a un gimnasio, DJ se fijó en la fila de hombres que corrían en las cintas. ¿Qué fuerza los empujaba? ¿De qué huían? Más tarde vio un café para gatos y una sala donde un grupo de chicas adolescentes bailaban con máquinas. En un centro comercial vacío vio unas escaleras mecánicas que giraban incesantemente; los escalones aparecían, ascendían y desaparecían sin llevar a nadie a ninguna parte.

Fue éste el estado mental en que DJ llegó al Lotteria. Dentro, se sentó en un reservado amarillo. A través del cristal contempló la chocante vida callejera: una chica con tatuajes en el cuello, un estudiante con los ojos pintados, un hombre adulto y sano y en edad de servir en el ejército sentado en la acera, sin hacer nada. La única cosa normal que DJ vio fue Sun-ho, que se acercaba lentamente por la calle. Tenía problemas en la cadera y caminaba arrastrando una pierna. En el Norte era apenas tan alto como un chaval de trece años. Allí, en cambio, tenía el tamaño de un niño, aunque la intensidad de sus ojos, grandes y separados, impedía cualquier confusión.

Cuando Sun-ho entró, saludó a DJ con una leve inclinación de cabeza y, aunque ya no estaba bajo sus órdenes, fue directamente a buscar comida para ambos. Pasó delante de los clientes que hacían cola y, acto seguido, se volvió a examinarlos. Todos tenían la vista fija en sus móviles, fingiendo que no había pasado nada. Sun-ho los estudió un instante y finalmente sacudió la cabeza; no soportaba a los coreanos del Sur, con su intachable sentido del orden y la obediencia. Rendirse a la voluntad de un dictador asesino era una cosa, pero ¿a qué fuerzas invisibles obedecían los habitantes del Sur?

—Estoy a punto para procesar su pedido —dijo el empleado del Lotteria.

Sun-ho encontró su paquete de cigarrillos y se llevó uno a los labios.

—Está prohibido fumar —dijo el empleado—. Política de empresa.

Sun-ho señaló las imágenes de los productos. Indicó que quería el menú de hamburguesa de *bulgogi* y levantó dos dedos.

—¿Quiere las hamburguesas con sabor picante Shanghái? —le preguntó el empleado.

Sun-ho asintió y sacó un puñado de vales restaurante emitidos por el Gobierno, pero el empleado negó con la cabeza.

—Aquí éstos no valen —dijo.

Sun-ho se palpó los bolsillos hasta encontrar las cerillas.

—¿Usted cree en la chispa divina? —le preguntó al empleado.

Fue entonces cuando éste se percató del áspero acento norteño de Sun-ho. La gente de la cola también dejó lo que estaba haciendo y prestó atención: el hombre con el suéter de golf, un grupo de adolescentes con uniforme escolar...

—No entiendo a qué se refiere —dijo el empleado.

Sun-ho lo miró fijamente a los ojos.

—¿Cree usted en la llama del Señor, que todo lo consume? —preguntó —. ¿Cree que sólo el fuego puede redimir sus pecados?

Sun-ho no era un tipo grande, eso era cierto, pero no os confundáis: había servido siete años en la Marina, a bordo de un submarino con una tripulación de diez hombres; se había enemistado con el Bowibu y había pasado un invierno en el campamento 25. Sun-ho había aguantado la Fatigosa Marcha en la provincia de Hamgyong Norte durante la peor época de la hambruna y había sobrevivido a la Purga de Chongjin.

El empleado del restaurante aceptó los vales y le sirvió la comida en bolsas para llevar.

Sun-ho se sentó delante de DJ en el reservado, donde se quitó la dentadura postiza y empezó a desenvolver su hamburguesa.

—¿De dónde has sacado esas majaderías? —le preguntó DJ—. ¡Me has puesto nervioso hasta a mí!

—Es algo que he descubierto —respondió Sun-ho—. El discurso cristiano pronunciado en un tono no cristiano acojona a la gente del Sur.

—Has ido a demasiadas reuniones.

—Sí, demasiadas —dijo Sun-ho, y pegó un mordisco.

Al llegar al aeropuerto de Incheon y rendirse a las autoridades, no los habían dejado marcharse libres, como ellos esperaban. Pasaron ocho semanas en Hanawon, donde los interrogaron y entrevistaron, les tomaron las huellas dactilares y los sometieron a una batería de exámenes físicos y mentales. Todos los desertores terminaban allí. Recibían clases sobre cómo adaptarse a la vida en Corea del Sur: cómo gestionar el dinero, cuidar de la higiene personal, ser amables, evitar la criminalidad... DJ y Sun-ho vivían bastante bien en el Norte, por lo que no habían quedado tan estupefactos como otros desertores. Sin embargo, en Hanawon habían aprendido una cosa que los había sorprendido: Dongjoo y Sun-ho no eran los nombres más populares entre los chicos del Sur. Los nombres anticuados podían suponer un obstáculo para su integración, les dijeron. Las autoridades sugirieron que Dongjoo adoptara un apodo más moderno, como DJ. Sun-ho se había marchado de la sala.

Pero ni siquiera al salir de Hanawon los habían dejado libres. Demasiados desertores terminaban volviéndose alcohólicos, vagabundos, suicidándose o, peor aún, desertando de vuelta al Norte. De ahí las reuniones: reuniones con el funcionario al cargo de su caso, reuniones de grupos de apoyo, reuniones con organizaciones cristianas y sesiones semanales para «soltarlo todo». Los sábados por la mañana, unos niños de secundaria les daban clases de inglés. Les abrieron cuentas bancarias, les concedieron subvenciones para que encontraran alojamiento y les regalaron un montón de vales restaurante que ningún restaurante decente aceptaba. Por suerte, los que sí los aceptaban eran los que servían la comida que más les gustaba: sabrosa, muy picante y como mágica, pues aparecía siempre que querías.

Ambos asintieron en silencio, saboreando cada bocado.

—¿Qué te parece? —preguntó Sun-ho—. ¿Tú crees que a Sauce le habría gustado esta hamburguesa?

DJ guardó silencio, de modo que Sun-ho respondió a su propia pregunta:

—Sí, yo creo que le habría encantado. —Con una patata frita rebañó salsa Shanghái del envoltorio de papel—. Las patatas, en cambio, son demasiado grasientas para ella —siguió diciendo—. ¿Te acuerdas de la piel de Sauce, de lo perfecta que era? O sea que sí a la hamburguesa, pero por su complexión habría evitado las patatas fritas.

Corría el rumor de que Sun-ho se había acostado con todas las viudas de Chongjin. Y, sin embargo, sólo hablaba de Sauce, de cómo casi había conquistado a Sauce y de cómo, con un poco más de tiempo, Sauce habría sido suya. Desde que se habían escapado, Sauce había ascendido a la categoría de ángel, pura e inaccesible como el mismísimo Yesu-Nim.

DJ sabía que cuando Sun-ho empezaba a divagar sobre Sauce lo mejor era cortarlo, pero no pudo evitar preguntar:

—¿Y qué pensaría Sauce de todas las mujeres de Namhan con las que te estás acostando?

—Estoy preparando el terreno para acostarme con ellas —puntualizó Sun-ho—. A las mujeres del Sur no puedes simplemente saltarles encima, amigo mío. Tienes que cultivarlas, asistir a muchas reuniones. Además, lo que yo haga con otras mujeres no tiene ningún impacto en la pureza de Sauce.

—¿Y qué haces con todas esas mujeres del Sur? —preguntó DJ—. ¿Contarles las historias jugosas que quieren oír?

—El objetivo de las reuniones es gestionar tus experiencias —dijo Sun-ho—. Esas mujeres son voluntarias y se preocupan por nuestro sufrimiento. Están ahí precisamente para escuchar.

—Ah, un desertor famoso en ciernes —dijo DJ.

Habían visto desertores de ese tipo en ROK TV. Normalmente eran mujeres jóvenes y guapas, que lloraban mientras contaban las historias más desgarradoras, marcadas siempre por el hambre, la separación, el sufrimiento y la tortura. Siempre había un bebé que moría. Siempre había el momento en el que la historia se teñía con la oscura sombra de la violación; entonces el entrevistador alargaba el silencio antes de abordar la huida a la desesperada. Los desertores corrientes no eran noticia. La tele no hablaba nunca de un tipo que se había escapado de Corea del Norte en un Mercedes negro, cuyo conductor iba sentado encima de una maleta llena de billetes de lotería falsos para poder ver por encima del volante.

—Y esas mujeres ¿toman vino blanco mientras tú les hablas de inviernos helados y peligros interminables? —preguntó DJ.

—Los inviernos eran helados.

—Teníamos una estufa de propano.

—Y había peligro. Disparaban a la gente. La gente desaparecía.

—Pero nosotros pagábamos sobornos para estar protegidos —dijo DJ—. No les has contado a esas mujeres las cosas que hacíamos en Chongjin, ¿verdad?

—Claro que no —respondió Sun-ho.

Se relamió los últimos restos de salsa de los dedos y arrugó el envoltorio.

—Y la hambruna fue real.

DJ asintió.

—Sí, la hambruna fue real.

Sun-ho sonrió.

—Oye —dijo—, en esas reuniones de Gwanak sólo vas a conocer a pobres y chalados. Ven a Gangnam; todas las mujeres que asisten son auténticas fariseas, sus maridos no están en casa y han mandado a sus hijos a

Stanford. Disponen de tiempo y créeme que se cuidan.

Sun-ho se dio cuenta de que había un grupo de adolescentes con uniforme escolar que no paraban de echar miraditas hacia su mesa.

—¿Qué pasa? —exclamó, dirigiéndose hacia su reservado—. ¿Qué coño estáis mirando?

Los adolescentes fingieron estar muy interesados en sus patatas fritas. Sun-ho se volvió hacia DJ.

—Yo, a su edad, no me dedicaba a lanzar miraditas estúpidas. A los dieciséis años la vida para mí era una hoz y un martillo.

Era cierto. A DJ le habían trazado claramente el camino, pero el de Sun-ho había sido mucho más caótico. DJ se fijó en los chavales. Cuando era estudiante, en Pyongyang, también había llevado uniforme escolar, con pañuelo rojo. Un ferri cargado con estudiantes como éstos había naufragado, y últimamente DJ no paraba de ver a chavales uniformados por las calles, abrazándose en los vagones del metro, matando el tiempo en los puestos de comida rápida. Tenían algo espectral. Los chicos con sus corbatas verdes y blancas, las chicas con sus bufandas blanco loza y sus jerséis del color del océano frío, helado. Mientras el ferri se hundía, lentamente, les dijeron a los estudiantes que aguardaran en sus camarotes, y allí estuvieron hasta que el barco desapareció bajo las olas.

—Casi se me olvida —dijo Sun-ho—. He traído regalos de buena suerte.

Sacó un puñado de tarjetas de lotería. DJ cogió una. Era un rasca-rasca llamado Triple Jewel.

—¿Qué piensas hacer con todo esto? —preguntó.

Sun-ho se encogió de hombros.

—Cobro los cheques del Gobierno en una licorería. He comprado unos cuantos por puro capricho. ¿Por qué no probar suerte con la lotería coreana?, he pensado.

DJ inspeccionó la tarjeta bajo la luz. No era el típico rasca-rasca barato de los chinos. Tampoco se parecía a las tarjetas falsas del Pai Gow Poker, de esas que podían imprimirse a millares. Ni siquiera eran Sonrisa de la Fortuna, el billete de lotería de más calidad que jamás hubieran falsificado.

—Fíjate en ésta —dijo Sun-ho—. Esta lotería se llama 520. Puedes ganar una pensión del Gobierno coreano. Te pagan cinco millones de wones al año durante veinte años.

DJ se quitó las gafas de leer que le había dado el oftalmólogo de Hanawon y examinó la tarjeta de 520. Tenía capas múltiples, zonas duales, una lámina holográfica, patrones de confusión y tiras de invalidación. Observando el cartón con más detenimiento, vio que contenía elementos de microimpresión y microperforación. Aquella tarjeta estaba hecha con unas máquinas muy sofisticadas, seguramente varias máquinas, y no con la vieja imprenta japonesa que ellos habían logrado modificar y seguir usando.

—No estés tan serio —le dijo Sun-ho—. Rasca unos cuantos.

DJ vio cómo Sun-ho sacaba una llave de coche y rascaba vigorosamente la capa de vinilo gris de una de las tarjetas. DJ reconoció la energía furibunda de los ojos de Sun-ho. En Corea del Norte, el delito estaba sancionado por el Estado; el delito era una necesidad absoluta. Si algún día cenabas, era gracias a una ilegalidad. Allí en Seúl, en cambio, el delito era un asunto totalmente distinto.

—Un momento —dijo DJ—. ¿Qué haces tú con una llave de coche?

Sun-ho se la tendió. Era la llave de un concesionario Toyota, con un sello del año 2000. Servía para abrir cualquier Toyota fabricado aquel año.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó DJ.

—La traje conmigo —dijo Sun-ho—. Traje todas las llaves que teníamos.

¿Cómo era posible que durante la espantada confusa en que se había convertido su huida a Sun-ho se le hubiera ocurrido coger las llaves maestras? DJ le devolvió la tarjeta de lotería.

—Líbrate de ellas —dijo—. Ya no tenemos que cumplir con elevadas cuotas de divisa extranjera. Esos días ya forman parte del pasado. Y no necesitas una pensión 520, ahora recibimos ingresos del Gobierno.

Sun-ho pasó al otro lado del reservado, de modo que los hombres quedaron codo con codo. Allí miró a DJ con sus ojos saltones. Los médicos de Hanawon habían dicho que los ojos de Sun-ho eran el síntoma de una

enfermedad, una enfermedad que tenía un nombre que Sun-ho no recordaba. Sus ojos asustaban a la mayoría de la gente, pero en aquel momento, mientras los miraba, a DJ le parecieron sólo vulnerables y reveladores.

—Sí, juego a la lotería —dijo Sun-ho—. Y sí, soy amigo de unas cuantas mamás de Gangnam. Y sí, cojo coches prestados. ¿Y qué?

—¿Cómo que coges coches prestados?

Sun-ho ignoró la pregunta.

—Sólo estoy intentando sacar lo mejor de la situación en la que nos encontramos —dijo—. Yo no elegí desertar, lo digo por si se te ha olvidado.

DJ bajó la mirada.

—No, no se me ha olvidado.

—Bien —repuso Sun-ho, y le dio una palmada en la espalda a DJ.

En el Sur no existía ninguna palabra que describiera su relación. Sun-ho era unos quince años mayor que DJ, pero era más que un tío. El término *camaradas* estaba obsoleto, aunque en realidad nunca había servido para explicar los sacrificios que ambos habían hecho para ayudarse mutuamente. Aunque Sun-ho lo llamaba «*sayang*» y, bromeando, «gran *boseu*», DJ nunca había actuado como si fuera el jefe. Y nunca había habido un subalterno tan astuto y con una mirada tan penetrante como Sunho, que ejercía de secretario, chófer, colega, sicario y amigo. A lo mejor en el Norte tampoco había ninguna palabra que describiera su relación, pero allí no necesitaban ninguna.

—Además, no es por mí por quien tienes que preocuparte —dijo Sun-ho—. Yo sólo he perdido un país, pero tú vas a perder mucho más. Supongo que lo que a ti te preocupa es no acabar encajando aquí, pero si quieres saber mi opinión, DJ, has empezado a encajar demasiado bien.

¿Cómo explicarle a Sun-ho que el hecho de vivir en Seúl le permitía ver con mayor claridad no el Sur, sino la vida que había llevado en el Norte? ¿Dónde estaba el billete de lotería que te limpiaba la sangre de las manos?

Se oyó un sonido, el efecto disparador electrónico de un móvil al tomar una fotografía. Se dieron la vuelta y vieron a los adolescentes sentados inocentemente, sorbiendo sus refrescos. Sun-ho se levantó y se acercó cojeando a su reservado.

—No vale la pena, marchémonos de aquí —dijo DJ a su espalda.

—¿Queréis la foto de un norcoreano? —les preguntó Sun-ho.

Los jóvenes no levantaron la vista, aunque a una chica se le escapó una risita nerviosa.

—Pues aquí me tenéis —dijo—. Vamos, hacedme una foto, una imagen Chosunin para vuestras páginas de internet.

—Vamos —insistió DJ—. Déjalo ya.

Pero Sun-ho no lo dejó. Se acercó más al grupo y esbozó una sonrisa desquiciada, exagerada.

—Estoy listo para la foto —les dijo—. Estoy sonriendo, mirad, estoy diciendo «*kimchi*».

Los estudiantes seguían petrificados.

—Ya me parecía a mí —dijo Sun-ho—. No sois más que pasajeros y este país de mierda es vuestro ferri. Nos llamáis robots, decís que somos zombis que sólo sabemos obedecer órdenes, pero por lo menos nosotros sabemos qué es la adversidad. Sabemos qué significa sobrevivir y os puedo asegurar algo: ni uno de nosotros se habría ahogado en ese barco.

A lo mejor *sangre* era una palabra demasiado fuerte. Sí, DJ había llevado un tipo de vida muy concreto en Corea del Norte. A lo mejor había gozado de algunos privilegios, pero ¿tenía las manos *ensangrentadas*? Nunca se había sentido cómodo vendiendo falsas esperanzas, medicamentos falsos y coches que no cumplían los mínimos de seguridad. Y sí, el Régimen utilizaba con fines siniestros el dinero que él recaudaba. Pero sólo al llegar al Sur había empezado a pensar en la sangre. Sólo allí había oído lo que decían los demás, algo imposible en el Norte. En Hanawon los desertores hablaban de una hambruna eterna, de interminables trabajos forzados, de represalias aleatorias y de castigos nunca vistos desde las invasiones mongolas. Contaban historias de esclavitud, de desapariciones y de prisiones que se tragaban a familias enteras. Siempre había habido rumores, pero sólo allí, en el Sur, DJ pudo relacionarse con personas de provincias remotas asoladas por la pobreza, lugares que nadie tenía permiso para visitar. Ahí estaban sus cuerpos, fibrosos y ennegrecidos; ahí estaban sus dientes cariados y su piel cubierta de escamas a causa de la pelagra.

Y luego estaba Google Maps. DJ estaba enganchado a las fotografías vía satélite de Pyongyang: el Estudio de Arte Mansudae, donde su madre había sido pintora, y la bolera Pista Dorada, donde, a la sombra de la Torre Juche, se había proclamado campeón juvenil. Contemplaba la universidad donde había estudiado Ingeniería, recordando con nostalgia cómo una única bombilla se quedaba encendida después de que Pyongyang se sumiera en la oscuridad. La bombilla proyectaba su luz sobre la estatua de Kim Il-sung de la universidad. En la universidad, DJ estaba convencido de que algún día las fórmulas que memorizaban servirían para convertir su país en un gran país. Todos lo creían. Por eso los estudiantes bajaban de sus dormitorios cuando se iba la luz y se sentaban juntos a los pies del Gran Líder, a leer y estudiar bajo su luz eterna.

Naturalmente, el destino que les aguardaba era otro. Después de la graduación, a los estudiantes de la mitad inferior del curso de DJ les asignaron trabajos de ingeniería. Ésos eran los que iban a encargarse de diseñar cosas. A los buenos estudiantes, DJ entre ellos, los reclutaron en unidades de producción de divisa extranjera. Había una división que fabricaba medicamentos falsos. Otra dirigía una empresa de seguros fraudulentos que operaba en todos los países de la costa del Pacífico. Otros trabajaban en laboratorios de producción de droga, reempaquetado de cigarrillos o distribución de aletas de tiburón. A DJ lo mandaron a Chongjin para que supervisara una imprenta que producía billetes de lotería falsos. Tuvo tanto éxito que lo pusieron al mando de una operación que comerciaba con coches usados a nivel asiático. Importaban ochocientos vehículos al mes procedentes de Japón, les quitaban los convertidores catalíticos y los airbags, modificaban los cuentakilómetros y los vendían en China tirados de precio.

Resultaba duro ver imágenes de Chongjin. Incluso desde el espacio, se distinguían los vertederos tóxicos, las balanzas romanas oxidadas, las tumbas de la hambruna que se extendían a los pies de las montañas. Los puntitos negros que llenaban la plaza principal eran niños mendigos, que dormían al aire libre. En las tiendas de campaña que había montadas cerca de los astilleros se alojaban los grupos de guardias que se iban turnando en los

barcos prisión. Y junto a las vías del tren, al oeste de la ciudad, estaban los vagones cargados de familias que esperaban para partir a las minas prisión de Mantapsan y al campo de concentración de Hwasong.

Era Sun-ho quien lo había protegido de todo aquello. En cuanto DJ había bajado del tren en Chongjin y lo habían asaltado los niños *kotjebi*, pidiéndole comida, Sunho estaba ahí para ahuyentarlos. Sun-ho se encargaba de los vagabundos que se abalanzaban sobre su sedán negro. Sun-ho mantenía a los estibadores a raya y plantaba cara a las tripulaciones de los ferris de Niigata. Era él quien se enfrentaba a los vendedores ambulantes de billetes de lotería chinos de Yanbian y sobornaba al Bowibu. Incluso durante los días más oscuros del año 97, cuando los seres humanos se comían el pegamento de los carteles de propaganda, Sun-ho llegaba cada mañana con pescado y arroz, y DJ no tenía que preguntar de dónde sacaba la comida.

Pero ¿de qué le servía reevaluar sus recuerdos si nunca más iba a volver a ver Corea del Norte? No; ahora tenía que entender cómo funcionaba Seúl. Además, cuanto más tiempo llevaban allí, más se invertían sus papeles. Allí, quien necesitaba a alguien que lo protegiera era Sun-ho.

DJ aceptó el consejo de Sun-ho y cambió de lugar de reunión, pero en vez de buscar la pompa de Gangnam, encontró otra en Gwanak, cerca de la terminal de autobuses de la orilla sur. La nueva reunión tenía lugar en una iglesia urbana con una cruz de neón. Cuando llegó, el grupo de apoyo a los alcohólicos que también se reunía allí estaba justo en la pausa. Los alcohólicos estaban ante la puerta, fumando e intercambiando su nerviosa energía, y DJ les leyó la mente a medida que los desertores iban pasando: «Mi vida será un desastre, pero por lo menos no nací en el Norte».

En el sótano había un círculo de sillas metálicas. Encima, un retrato de Yesu-Nim con una corona de espino. Cuando empezó la reunión, los presentes le rindieron tributo. DJ inclinó la cabeza, como todos los demás. No había mamás buenorras de Gangnam dirigiendo la sesión, tan sólo *ajummas* cristianas de porte severo.

Los desertores de la sala fueron presentándose uno por uno, mencionando cosas como la edad, la provincia de nacimiento y la fecha de desertión. Acto seguido tenían que decir tres cosas buenas de la vida en el Sur. La gente solía recurrir a lo habitual: la libertad, las oportunidades, internet, etcétera.

Había una chica joven y bastante serena, excepto por su mirada precavida, y tan guapa como algunas de esas desertoras que se habían hecho famosas. Sin su acordeón, a DJ le costó reconocerla.

—Me llamo Mina —dijo—. Soy de la provincia de Hamgyong Norte. Fui maestra de escuela hasta que empezaron mis problemas. —A lo mejor estaba distraída, o no escuchaba, pero dijo tres cosas que le gustaban de la vida en el Norte—. Echo de menos ir de karaoke y a las aguas termales con mis amigas. Y sobre todo echo de menos a mis alumnos. —Hizo una pausa—. En esta época del año, el tiempo me hace pensar en ciervos —añadió—. Antes de la hambruna, mi padre los criaba para vender las astas. Me encantaban sus cuernecitos; eran suaves como el musgo y olían a agua de río.

El Norte era un país de vandalismo, corrupción, brutalidad y asesinato. Pero Mina tenía razón, también era posible hallar belleza en Chongjin. Bajo la gruesa escarcha invernal, incluso los esqueletos de las viejas fábricas soviéticas podían resultar hermosos: grúas apiladoras congeladas bajo densas nubes blancas, carros de zinc abandonados y cubiertos de hielo, cintas transportadoras oxidadas que vigilaban, como centinelas, el paso de icebergs de detritos procedentes de Vladivostok.

DJ se fijó en la media melena de Mina, en sus ojos esquivos. El único lugar donde se podía cantar karaoke en Chongjin era el Club de los Marineros, un garito nocturno para peces gordos y altos funcionarios del Partido. Y tenían que conocer a alguien importante dentro del ejército para poder acceder a las termas de Onpho. DJ se preguntó si su marido tendría un alto rango en la Marina. Había un número bastante limitado de comisiones y ésta era ya de por sí una forma bastante fiable de terminar entre los desaparecidos.

Cuando le llegó el turno, DJ no quiso admitir que era de Pyongyang.

—Deserté de la provincia de Hamgyong Norte —se limitó a decir.

¿Y qué cosas positivas podía enumerar de la vida en el Sur? ¿Que sólo le gustaban las hamburguesas, Google Earth y las gafas de leer que le habían regalado? No quería ponerse sentimental recordando el Norte, aunque echaba de menos Chongjin, el olor a sal de las redes de pescar puestas a secar y las olas verde jade del mar del Este. Echaba de menos a las agentes de tráfico, los bloques de pisos color pastel y los grupos de calistenia que recorrían la ciudad al anochecer, cosas todas ellas que no volvería a ver nunca más. Echaba de menos a las mujeres ataviadas con abrigos de piel de conejo. Echaba de menos los rabanitos invernales, arrancados de la tierra helada y lavados con nieve. Echaba de menos cómo cada atardecer se iba la luz y un manto de noche os cubría a ti y a la persona con la que estabas y cómo de pronto afloraban todas las conversaciones íntimas que habías estado reprimiendo durante el día.

Los ojos de Mina encontraron los suyos. Se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando.

—Aprecio la democracia, la libertad y la variedad de la programación televisiva —dijo, y luego añadió—: Aunque echo de menos la oscuridad que había por la noche.

Recibió varias miradas de decepción por aquel comentario tan contraproducente. Al final de la reunión, mientras volvían a alabar a Yesu-Nim, Mina se marchó discretamente y DJ la siguió. La mujer cogió Bongcheonro hacia el parque de Boramae.

—El otro día te oí tocar, en la estación de Anguk —le dijo DJ cuando finalmente la atrapó. Ella le dirigió una mirada que tanto podía ser suspicaz como curiosa—. Tienes mucho talento —añadió DJ, pero ella no respondió—. ¿Fuiste a Mangyongdae o al conservatorio?

—Me pasaba el día enseñando canciones de propaganda a los niños —dijo—. Hay que saber tocar el acordeón para eso.

Un escuadrón de cazas obsoletos protegía la entrada del parque. Los aviones estaban montados sobre unos enormes pedestales, sus morros cónicos apuntando hacia el norte. Mina entró en el parque y tomó un sendero cubierto de nieve.

—¿Tus maestros no tocaban el acordeón? —le preguntó, pero DJ negó con la cabeza—. ¿De dónde eres?

—De Pyongyang.

—Ya me lo pareció, por el acento —dijo ella—. A lo mejor los niños de Pyongyang aprendíais de verdad. En el lugar de donde yo vengo las cosas eran de otra manera. Unos hombres vinieron a mi instituto y dividieron a las chicas en dos grupos: las guapas y las que no lo eran. A las guapas las mandaron a otro sitio y a nosotras nos dieron acordeones. Y ya está. Si detestabas el acordeón, era problema tuyo.

DJ habría querido decirle que a él le parecía muy guapa, pero guardó silencio. Habría querido preguntarle por qué había arriesgado la vida desertando con un instrumento que detestaba, pero tampoco habló.

Llegaron junto a un grupo de mujeres que, abrigadas contra el frío, ejecutaban una especie de baile a cámara lenta. Se movían al unísono: la mano tardaba una eternidad en pasar por delante de los ojos, levantaban un pie que parecía que no volvería a posarse jamás. DJ y Mina intercambiaron una mirada y se pusieron de nuevo en marcha para no romper a reír.

—En Hanawon estabas con un hombre mayor —dijo Mina al cabo de un rato—. ¿Era tu padre?

DJ no había visto a sus padres desde que había recibido el título de ingeniero. Para él eran como el recuerdo de una fotografía, una imagen contemplada durante tanto tiempo antes de que se perdiera que ya había empezado a reemplazar la realidad.

—No, era Sun-ho —dijo—. Trabajábamos juntos generando divisa extranjera.

Mina le dirigió una mirada claramente suspicaz.

—No hacíamos nada peligroso —siguió diciendo DJ—. Alguien robaba coches en Japón que luego se enviaban a Vladivostok, se manipulaban en Chongjin y se trasladaban en tren al norte, donde los chinos falsificaban la documentación. Otra gente se hacía rica; nosotros simplemente teníamos algo que comer.

Se dirigieron hacia una pista de hielo al aire libre. Había grupos de adolescentes y parejas patinando en dirección contraria a las agujas del reloj. Algunos bailaban una música que DJ no había oído nunca.

—¿Nadie reconoce las canciones que tocas? —le preguntó DJ.

—Sólo los norcoreanos —respondió Mina.

—¿Y te has topado con gente a la que conocías en el Norte?

—Con alguna, sí.

—Pero no con la que andas buscando.

Ella negó con la cabeza.

Al rato estaban apoyados en la barandilla, mirando cómo los patinadores se deslizaban sobre el hielo. La música estaba tan alta que no se oía la mejor parte, las cuchillas derrapando en las curvas. El tipo que ponía la música llevaba auriculares y unos mitones que le permitían manipular un tablero lleno de botones y girar los discos manualmente.

—Me gustaría oírte tocar alguna vez.

Mina echó un vistazo a las familias que patinaban ante ellos.

—Como quieras —le dijo—. Pero que sepas que cuando toco lo hago para mi marido.

DJ hizo lo posible por esbozar una sonrisa.

Junto a ellos había un adolescente que seguía el ritmo con la cabeza.

—¿Cómo se llama esta música? —le preguntó DJ.

En cuanto oyó su acento, el adolescente dejó de moverse.

—Eso se lo tendrá que preguntar al DJ —dijo. DJ no entendió—. Es usted del Norte, ¿verdad?

DJ asintió con la cabeza.

—¿Tienen DJs allí? ¿Sabe de qué le estoy hablando?

—¿DJs?

—¿Cómo le explico ahora qué es un DJ? —se preguntó el adolescente—. Un DJ es una especie de artista. Coge diferentes tipos de música, yo qué sé, funky y música rara, antigua, incluso música mala, música que normalmente no escucharías. Entonces la mezcla, y esa mezcla es su estilo, su personalidad.

El viernes, DJ se reunió con Sun-ho en el restaurante de una cadena americana llamada Burger King. Sin embargo, al abrir la puerta, Sun-ho salía con tres menús Whopper en bolsas para llevar.

—¿Para quién es el tercer menú? —preguntó DJ.

—Ven —respondió Sun-ho—. Tengo que enseñarte algo.

Sun-ho se puso en marcha, con paso tambaleante y arrastrando lentamente un pie. Dos manzanas más adelante, se detuvieron frente a un Corolla de 2002. DJ conocía los Toyota a la perfección.

—El sedán LE —dijo—. Con la actualización.

—Vamos —le dijo Sun-ho—. Échale un vistazo.

DJ se agachó e inspeccionó el tubo de escape; efectivamente, ahí estaba la muesca. Se la hacían a todos los coches que alteraban, para seguirles la pista. Cuando se levantó, DJ sonreía.

—Iba por la calle y de pronto lo he visto —explicó Sun-ho—. Imagina el viaje que ha hecho para llegar hasta nosotros: de Niigata a Vladivostok, a Chongjin, a Shenyang y, finalmente, a Seúl.

Sacó la llave maestra, abrió la puerta del conductor y los dos se metieron dentro.

Antes de cerrar la puerta del acompañante, DJ apartó una pila de libros de texto y los dejó en la acera. Por pura inercia, bajó el visor, levantó la alfombrilla y abrió la guantera. Su mayor motivo de asombro eran las cosas que uno podía encontrar en un coche japonés; aparte de comida y dinero, una vez habían encontrado un megáfono, una mujer hinchable y una neverita con un globo ocular. En una ocasión incluso habían encontrado un gatito, que vivía en el maletero y se alimentaba de manzanas viejas.

Los tres menús descansaban entre ambos. DJ se fijó en la tercera bolsa y le echó una mirada a Sun-ho.

—Luego te cuento para quién es la hamburguesa extra —dijo Sun-ho—, pero primero tenemos que parar en un sitio.

Pusieron rumbo hacia el hospital universitario de Sinchon-dong. Al cruzar la avenida Olímpica, DJ se dio cuenta de que, como iba en metro a todas partes, nunca había visto realmente la ciudad. Desde la carretera elevada se divisaba Yeouido, los edificios de la Asamblea Nacional y los barcos de turistas amarrados en el Hangang. Encaramados al puente de Seogang, vieron por primera vez los islotes de Bamseom, donde grandes bandadas de ánades y patos mandarines tomaban el sol de mediodía.

Al llegar al hospital, Sun-ho aparcó delante de la entrada de urgencias, bloqueando la rampa de las ambulancias.

—Vuelvo enseguida —dijo, y se marchó cojeando hacia la puerta.

DJ se inclinó para echar un vistazo al cuentakilómetros; apenas marcaba veintisiete mil. Entonces dio unos golpecitos con los nudillos donde debería estar el airbag del acompañante; vacío.

Al rato vio a dos guardias de seguridad que sacaban a un hombre del hospital a rastras. El hombre sujetaba varias docenas de globos en las manos. Los guardias intentaron arrebatarle los hilos de los globos, pero al ver que no podían lo tiraron al suelo.

Cuando llegó al coche, Sun-ho estaba lívido y no paraba de despotricar mirando hacia el ala de maternidad, mientras intentaba meter un montón de globos en el asiento trasero. «¡Es un niño!», ponía en los globos.

—¡Les habría dado el dinero, joder! —gritó Sun-ho—. ¿Qué se piensan, que van a nacer cincuenta niños en una sola noche? Es imposible. ¿Para qué necesitan entonces tantos globos en la tienda?

DJ no tenía ni idea de qué le estaba contando Sun-ho, pero en cambio ya sabía para quién era el menú extra.

—La hamburguesa no le llegará nunca —dijo DJ—. Eres consciente de ello, ¿verdad?

Sun-ho dirigió su furia contra DJ.

—Que Sauce reciba la hamburguesa o no es lo de menos —dijo—. Lo que importa es que se la mandemos.

Pusieron rumbo al norte por la autopista 1, hacia la zona desmilitarizada, con Sun-ho al volante. Conducía como si estuviera en Corea del Norte y acelerara por carreteras vacías de cien metros de ancho con un salvoconducto firmado por el dictador en persona.

—¡Yesu-Nim! —exclamó DJ mientras el coche iba dando bandazos entre los carriles atestados de vehículos. Se volvió para ver si habían provocado un accidente, pero se topó con un muro hecho de globos.

Cuando volvió a girarse hacia delante, Sun-ho lo fulminó con la mirada.

—¿Yesu-Nim? —le preguntó, meneando la cabeza.

—Ten cuidado —le dijo DJ—. Vamos en el único coche de Corea del Sur que no tiene airbags.

Cruzaron el Imjingang y dejaron el coche junto a un centenar de autobuses turísticos, en la estación de Dorasan. El aire olía a diésel y a comida de feria. Se abrieron paso entre una multitud de turistas hacia el

observatorio y se acercaron a una hilera de prismáticos. Juntos contemplaron Corea del Norte: el monte Songaksan, el valle de Gaeseong y las granjas colectivas de Geumamgol, donde varios bueyes arrastraban algo que no lograban distinguir a través de unos altos hierbajos marrones.

—Fíjate, qué prados tan tranquilos —dijo Sun-ho, enfocando la imagen—. ¿A que parece como si pudieras volver a casa caminando?

DJ apartó el ojo del visor y miró a su amigo.

—Sí —dijo—, sería un paseo de lo más agradable. Lástima de los siete millones de minas terrestres.

Un grupo de estudiantes se acercaron y apoyaron la espalda en el parapeto. Eran jóvenes y guapos, y a lo mejor se estaban burlando de los globos de Sun-ho. En general, parecían mucho más interesados en comer bolas de boniato fritas que en contemplar el Norte.

Sun-ho se puso tenso con su llegada. Los adolescentes de uniforme lo ofendían, pero al parecer aquellos estudiantes sin uniforme todavía lo ofendían más. Miró por los prismáticos.

—Imagina lo estúpidos que debemos de parecerles a nuestros paisanos —dijo Sun-ho—. Imagina qué pensarán los coreanos auténticos de nuestras gorras de béisbol con lentejuelas, nuestras camisetas manga y nuestras zapatillas K-Pop.

DJ echó un vistazo a la campiña, pero sólo vio campesinos trabajando, ataviados con pesados abrigos de cañamazo; caminos de tierra y tejados de metal ondulado. No se veía ni un solo coche, y menos aún autopistas, hospitales o personas mirando hacia Corea del Sur.

—Están prohibidos los envíos —oyeron gritar a alguien—. Están prohibidos los envíos.

Se dieron la vuelta y vieron los cascos blancos y negros de los guardias fronterizos avanzando entre la multitud. A toda prisa, Sun-ho metió la hamburguesa de Sauce en una bolsa de plástico, juntó las asas e hizo un nudo.

—Están prohibidos los envíos —gritó un soldado.

Sun-ho soltó el cargamento. Los globos se alejaron a gran velocidad, empujados por el viento a través de los campos. Después de superar una pequeña arboleda, el paquete se elevó y se perdió en el cielo de Corea del

Norte.

Los soldados llegaron hasta ellos, vociferando.

—¿Quién de vosotros ha soltado ese envío de contrabando? — preguntaron.

DJ y Sun-ho no dijeron nada. Los adolescentes que había junto a ellos no dijeron nada.

Los soldados los miraron uno a uno fijamente, antes de seguir avanzando por la línea de observación, cuestionando a otros. Cuando hubieron desaparecido, Sun-ho se acercó a los chicos. Habló con el más alto, que debía de ser jugador de baloncesto.

—Eres leal —le dijo Sun-ho—. Me gusta. No has tenido miedo de esos soldados surcoreanos. Sí, tu mente es fuerte. Pero quiero preguntarte algo que me intriga: ¿por qué os vestís así?

El joven le devolvió una sonrisa desconcertada.

—Fíjate en tu amigo —siguió diciendo Sun-ho, señalando a otro de los chicos—. Va vestido como si fuera un cantante de pop. Y ese de ahí se ha pintado los ojos con delineador. ¿Sabéis quién usa maquillaje? Las chicas extranjeras que son secuestradas y enviadas a Pyongyang a trabajar como putas para oficiales del Partido.

La sonrisa desapareció del rostro del joven.

—Eres coreano —dijo Sun-ho con desdén—. Los coreanos derrotaron a los yurchen. Los coreanos resistieron a los manchú. Repelimos las invasiones mongolas, seis veces intentaron conquistarnos y seis veces los derrotamos.

—Ya basta —dijo DJ—. No son más que niños.

Pero Sun-ho no había terminado.

—Derrotamos a los japoneses —insistió—. Los doblegamos en el sitio de Jinju, en la batalla de Opko y los expulsamos de los bosques de Taebaek en el año 45. ¡Incluso les pegamos una paliza a los americanos!

—¿Los americanos? —le espetó el joven, riendo—. Este *ajeossi* está pirado. Nunca hemos luchado contra los americanos.

Entonces Sun-ho descargó un puñetazo hacia la garganta del joven. DJ intentó interponerse entre ambos, pero alguien lo agarró por la espalda y lo tiró al suelo. Notó un antebrazo en la garganta y olió el aliento a comida

basura del chico que lo asfixiaba. Cuando volvió en sí, estaba a cuatro patas y Sun-ho le daba palmaditas en la espalda. Los chicos se habían esfumado.

—¿Ves?, ya te has recuperado —le dijo Sun-ho—. Sólo has pasado unos minutos inconsciente.

A DJ le caía saliva por la comisura. Tenía gravilla clavada en las mejillas y lágrimas en los ojos.

—Qué bien se siente uno cuando pelea, ¿no? —dijo Sun-ho.

DJ intentó responder que no, pero le salió un sonido ahogado, como una arcada. Parpadeó y contempló el suelo de cemento, negro de escupitajos.

—¿Qué le ha ocurrido a nuestro país? —preguntó Sun-ho en tono filosófico y distante—. ¿Cómo nos ha podido ocurrir esto?

—Éste no es tu lugar —dijo DJ—. Te sientes desubicado, y lo entiendo. Pero no puedes volver, es imposible. Tienes que empezar a adaptarte, tienes que aceptar que aquí las cosas son distintas.

—Yo te diré cuál es nuestro lugar, Dongjoo —dijo Sun-ho—. Estamos hechos para otra época, una época anterior a ésta, cuando un hombre tenía mujer e hijos y pasaba sus días en el pueblo donde nacía. En verano, la familia se daba un festín con lo que su caballo de guerra podía llevar hasta casa. En invierno se acurrucaban juntos para darse calor.

Sun-ho ayudó a DJ a levantarse y lo sostuvo para que no se cayera.

—No puedes ir por ahí atacando a la gente —dijo DJ—. La vida aquí es diferente.

Sun-ho ignoró sus palabras.

—Porque, al final, ¿qué necesita un hombre? —se preguntó mientras sacudía el polvo de la ropa de DJ—. ¿Algo de calor bajo el suelo, una mujer a la que acabas amando, el arco de cuerno de carnero que hereda de su padre? Deberíamos haber nacido antes de todo esto, Dongjoo. ¡Lo que daría por haber vivido hace mil años! Habría servido a un rey Goryeo, habría llevado una vida de honor... En aquella época, si tu crecimiento quedaba truncado, era debido a una cosecha calamitosa, no porque un dictador te robaba la comida. Si te rompías la cadera, era por culpa de un buey malhumorado, no de la policía secreta de los cojones.

—Si pudiera, te ayudaría a regresar —dijo DJ.

Sun-ho echó un último vistazo hacia el Norte.

—Bobadas —dijo, y le dio otra palmada a DJ en la espalda.

Mina dejó que DJ la oyera tocar. Cogieron la línea naranja en dirección a Daehwa y tocaron en las estaciones de Apgujeong, Oksu y Geumho. Mina solía cerrar los ojos mientras tocaba, lo que permitía a DJ fijarse en cómo se inclinaba hacia atrás para llenar el fuelle, cómo su mano derecha acariciaba el teclado mientras la izquierda aporreaba los bajos del acordeón. Aquel día, sus melodías fueron menos patrióticas que de costumbre. Cuando tocó *Hwiparam* en la estación de Yaksu, un hombre al que no vieron la acompañó silbando desde el fondo del túnel. Con *El puente arcoíris* se les acercó una mujer que había desertado en Hamhung y que ahora tenía un puesto en el mercado, donde vendía tofu al estilo norteamericano. Después de *Bangeap Sumnida*, en cambio, quien se acercó fue un tipo de Nampo; empujaba un carrito y vendía cuencos helados de *naengmyeon*.

—Sois nuevos los dos, se os nota —dijo, y echó unos wones en la funda del acordeón—. Tened paciencia. Tardará un poco, pero al final Seúl os ofrecerá su pezón.

Cuando se marchó, los dos se rieron de aquella frase.

Resultó que la estación de Dongguk se encontraba debajo de una iglesia altísima de cristal azul. Después del sermón, Mina cantó *Sigo esperándolo*. Los parroquianos que se dirigían a los trenes formaron un gran círculo para oírla cantar, ignorando tal vez que a quien esperaba no era a su amado Yesu-Nim. Mina les dio las gracias y, al oír su acento, los espectadores le llenaron la funda de dinero.

Cuando la multitud se hubo dispersado, Mina cogió el instrumento y se puso a practicar escalas ociosamente.

—Los que vienen a mis reuniones me dicen que deje el acordeón —comentó.

DJ se sentó en el frío suelo de mármol, cautivado todavía por la canción.

—¿Lo dices en serio? —preguntó.

—Dicen que nunca aceptaré el Sur mientras mi música rinda homenaje al Norte.

—Pero ¿y tu marido? —quiso saber—. ¿Qué pasa con tu misión?

—Dicen que si mi marido estuviera aquí, su nombre constaría en la lista de Hanawon.

Mina dejó de apretar el fuelle, de modo que al pulsar notas con los dedos se oía sólo un chasquido de botones.

—Aunque no aparezca, lo importante es que lo hayas buscado, ¿no? —razonó DJ.

Mina parecía indecisa.

—Sí, supongo.

—No puedes dejar de tocar el acordeón —dijo él—. De eso estoy seguro. Forma parte de ti. ¿Por qué no aprendes canciones nuevas? O, mejor aún, escribe tus propias canciones.

Aquello hizo reír a Mina.

—¿Y sobre qué crees que debería cantar?

—¿Qué tal sobre una mujer que busca a su marido? Una mujer que nunca se rinde. Y que, de hecho, toca el acordeón en todas las estaciones de Seúl.

—¿Tú crees que saldría una buena canción?

—¿Bromeas? —preguntó DJ—. Acabarías en uno de esos concursos de la tele. Una mujer hermosa protagoniza una increíble huida y a continuación rastrea un nuevo país, interpretando canciones norcoreanas para encontrar al hombre al que ama. No quedarían un par de ojos secos en todo el Sur.

Mina se puso a tocar de nuevo.

—Yo sólo dije que tenía que encontrar a mi marido —repuso—. Nunca dije que lo amara.

«Nunca dije que lo amara.» DJ pasó todo el turno lavando platos y oyendo esas palabras. El agua hirviendo le calaba las manos y le permitía concentrarse. Y las pilas de platos no se terminaban jamás. DJ no tenía ni que pensar en ellas: llegaban los platos sucios, se elevaba una nube de vapor y ahí estaban las palabras de Mina. En la trasera del restaurante, los demás trabajadores pasaron la noche intercambiando historias sobre cazar vírgenes, sobre bailarinas del distrito de Gangnam y sobre episodios circenses en el *jimjilbang*. A DJ le divertían sus historias, pero nunca metía su cucharada.

¿Qué podía aportar él sobre temas como los clubes nocturnos, las saunas de vapor o incluso las mujeres? Además, no había contado una historia en su vida, por lo menos no sobre sí mismo.

Esa noche, en su litera, DJ se dedicó a estudiar las tarjetas de lotería surcoreana que le había regalado Sun-ho. Cuando él y Sun-ho se dedicaban a falsificar lotería china, imprimían miles de billetes y los repartían entre los vendedores ambulantes del otro lado de la frontera. Su imprenta no era nada del otro mundo, de modo que en una serie todos los billetes tenían premio, mientras que en la siguiente eran todos perdedores.

DJ se dio cuenta de que el tipo de la litera contigua lo estaba mirando. Era uno de los jóvenes veteranos de guerra.

—Tú eres del Norte, ¿verdad? —le preguntó el veterano.

—Así es —respondió DJ.

—Qué putada —dijo el veterano—. Supongo que verías de todo. La hambruna, los lavados de cerebro, el Querido Líder... Todo eso es verdad, ¿no?

—Sí, supongo que sí —dijo DJ.

El veterano asintió. Hubo un momento de silencio.

—¿Te gusta la lotería?

—Me interesa —dijo DJ, y le ofreció una tarjeta—. ¿Quieres probar?

—No, gracias —respondió el veterano—. En la vida sólo dispones de una cantidad limitada de suerte.

DJ asintió con la cabeza. Era tarde y a su alrededor sólo se oía el sonido que hacían los demás al apagar sus lámparas y al cerrar sus taquillas metálicas. Cuando DJ alargó la mano para apagar la luz, el veterano volvió a hablar.

—¿Sabes quiénes están como locos por las tarjetas de lotería? —preguntó—. Los malayos. Todos nuestros proveedores eran malayos. En Irak, digo. Eran musulmanes, pero supongo que estaban de nuestro lado porque abastecían nuestra base. Formé parte de la División Zaytun. El caso es que tenían prohibido apostar, pero por algún motivo sí podían jugar a la lotería. No parecía que les importara nada más. Cada viernes se formaba una tormenta de billetes sin premio que se arremolinaban por toda la base.

El veterano le pasó una moneda.

—¿Y esto?

—Es un rasca-rasca, ¿no? Necesitas algo con que rascar.

DJ se puso de lado para que el veterano pudiera ver. En la tarjeta había tres columnas y tenías que rascar una piedra preciosa de cada una. DJ eligió un diamante, un zafiro y otro zafiro.

—¿Cuál es el veredicto? —preguntó el veterano.

—He perdido.

—Mejor así, créeme —dijo el veterano—. No malgastes tu suerte. En Irak estaba todo plagado de minas. Yo sólo pensaba en largarme de ahí. Y eso que no entrábamos en combate, ni nada parecido. De eso se encargaban los americanos. Pero cualquier cosa podía volar por los aires: un coche, un contenedor, un montón de basura. Y volaba, literalmente, por los aires; lo vi con mis propios ojos. Tenía que tomar pastillas para dormir. Pero lo curioso es que ahora no puedo dejar de pensar en ese lugar. Cuando cierro los ojos sólo veo Irak.

DJ estudió su tarjeta. Rascó el resto de las piedras preciosas y se dio cuenta de que los billetes de Corea del Sur eran distintos. Si hubiera elegido un diamante, un zafiro y una esmeralda, habría ganado veinte mil wones. Todas las tarjetas eran ganadoras si las jugabas bien, y eso significaba que tu destino dependía sólo de ti.

Al día siguiente, DJ había quedado con Mina delante de su residencia. Habían acordado que recorrerían la línea negra del metro en dirección a Onsu, pero, cuando llegó, Mina parecía no tener prisa. Se sentó en el banco para fumadores, con la funda del acordeón en el regazo.

—¿Qué tipo de hombres duermen aquí? —preguntó—. ¿Golfos? ¿Se esconden de algo?

DJ no se esperaba aquella pregunta.

—Yo diría que son tan sólo hombres con problemas —dijo.

—¿Tú crees en las segundas oportunidades? —preguntó ella—. ¿Crees que la gente cambia?

DJ se reclinó en la parada del autobús.

—Son dos cuestiones distintas —dijo.

—Éste es el tipo de lugar donde se alojaría mi marido —dijo Mina, que se fijó en dos hombres de aspecto demacrado que salían de la residencia y se encogían a causa del frío—. De niña, todos sabían que si me hacían algo, yo respondía. Si alguien me robaba la comida, se lo devolvía con creces. La gente sabía que era mejor no meterse conmigo. Me forjé una reputación. Cuando mi marido se largó, todos menearon la cabeza. Desapareció con todos nuestros ahorros y la gente chasqueó la lengua. «Pobre hombre», decían. «Mina lo va a perseguir hasta el fin del mundo.» Porque yo era así. Y eso fue lo que hice.

—Ah, ¿sí?

—Lo más gracioso es que aquí nadie me conoce. No tengo que ser esa persona.

—Pues deja de buscarlo. Deja de tocar en el metro.

—Pero ¿quién sería entonces? —preguntó ella.

DJ no supo qué responder.

Desde calle abajo se oyeron bocinazos y gritos. Se volvieron y vieron un BMW negro que se acercaba lentamente. Iba en dirección contraria por una calle de sentido único, y el conductor pegaba gritos a todo aquel que se le ponía por delante. Entonces el coche aparcó y vieron que quien conducía era Sun-ho.

Otro coche se detuvo frente al BMW y el conductor levantó los brazos con gesto de perplejidad. Sun-ho tocó el claxon y con la mano izquierda le tiró un puñado de huesos de pollo encima del capó.

DJ se acercó al sedán.

—¿Qué pretendes, que te maten?

—No —dijo Sun-ho—. Es hora de comer —añadió, levantando un cubo del Kentucky Fried Chicken.

—Pero hoy no es viernes —dijo DJ.

—Eso se lo cuentas al viento —dijo Sun-ho—. Sopla hacia el norte. Subid antes de que le dé por girar.

Los asientos de atrás estaban llenos de globos, de modo que Mina y DJ se apretujaron delante, con el acordeón. Sun-ho metió primera y se lanzó contra el tráfico que avanzaba en sentido contrario. Pegado a Sun-ho, DJ se dio cuenta de que llevaba una chaqueta nueva de plumón.

—Alguien ha ido de compras —dijo.

—Una de las mamás sexis de Gangnam me llevó a la tienda *duty free* del hotel Shilla. Todavía no me he recuperado. Y, encima, esas mujeres no paran de regalarme sus Samsung viejos —dijo Sun-ho, que le dio un teléfono a DJ y otro a Mina.

—¿Y qué hago yo con esto? —preguntó DJ.

—¿Es que te lo tengo que contar todo? —protestó Sun-ho—. Si quieres que te consideren un buen desertor, tienes que tener un Samsung. Entonces te conceden automáticamente la ciudadanía y, a continuación, el Gobierno te regala un Hyundai, una bandera y una Biblia.

DJ levantó las manos.

—¿Se puede saber quién se ha meado en tus cereales?

—Con un Samsung puedes actualizar tu perfil en los sitios de citas rápidas y recibir textos de Yesu-Nim en persona —dijo Sun-ho—. Gracias a sus bendiciones, te convertirás en un empresario surcoreano importante y podrás fundar tu propio internet. Finalmente lograrás ser un desertor famoso. Y sí, te concederán tu propio programa en la tele, «La hora de DJ», donde realizarás conmovedoras entrevistas a desertoras guapas como la propia Mina.

Ella meneó la cabeza.

—¿Entiendes ahora por qué creía que era tu padre?

—Ah, sí, qué fácil es burlarse del viejo Sun-ho —dijo éste—. Hasta que un día lo necesitas. ¿Te acuerdas de ese día, DJ? ¿El día en que me necesitaste?

Sun-ho giró a la derecha y se incorporó, ahora en el sentido correcto, a un acceso de la autopista en dirección norte.

—Sí, no me he olvidado —respondió DJ.

—¿De qué día habláis? —preguntó Mina.

—Uy, es una historia interesantísima, ya lo verás —dijo Sun-ho—. Y DJ la cuenta de maravilla, ¿verdad, DJ?

DJ le lanzó una mirada a Mina.

—Vamos —lo animó ella.

—La historia empieza con un hombre llamado Jongil —dijo DJ.

—Yo nunca conocí al tal Jong-il, por cierto —puntualizó Sun-ho—. Si es que existe.

—Jong-il y yo estudiamos la carrera de Ingeniería juntos —siguió contando DJ—. El padre de Jong-il era muy astuto. Le puso a su hijo el nombre del hijo de Kim Il-sung porque nadie se atrevería nunca a meterse con alguien que se llamara igual que el Querido Líder. Jong-il era listo y los dos éramos muy competitivos. Una semana yo era el mejor estudiante, a la siguiente lo era él. Peleábamos constantemente por ser los primeros, estábamos siempre intentando superar al otro. Pero entre nosotros también había respeto. Si yo descubría que íbamos a tener un examen sorpresa, se lo decía a Jong-il, y él hacía lo mismo. Al final, yo terminé siendo el número uno.

—Parece que la historia tendrá un final feliz —dijo Sun-ho—. Apuesto a que al final todo saldrá bien.

—Total, que Jong-il termina en Wonsan, produciendo medicamentos falsos. La parte de las pastillas es la más sencilla: usan polvo laxante al que una máquina da forma y color. Jong-il comparte su laboratorio con Manseok, también de nuestra universidad, que produce drogas duras, como éxtasis. La clave de los medicamentos falsos está en la presentación, de modo que Jong-il utiliza mi imprenta para producir etiquetas y blísteres a cuatro tintas.

—¿Tu imprenta? —preguntó Mina.

—Es una larga historia —respondió DJ—. Un día recibo una llamada de Jong-il. Me dice que ha habido un error, que, por una confusión, una remesa de medicamentos falsos ha ido a Pyongyang en lugar de China, y que alguna gente de la capital se ha puesto enferma. Dice que están rodando cabezas y que el equipo de Man-seok ha desaparecido. Dice que han ido unos camiones a buscarlo, que acaban de aparcar delante del edificio. «Lárgate», me dice Jong-il. Y entonces se corta la llamada.

—Pero ¿tú crees que Dongjoo me informa de todo esto? —le preguntó Sun-ho a Mina—. No, claro que no. Viene a verme y me dice que corte la luz, que mande a todo el mundo a casa, que coja todos los billetes de lotería y que vaya a por el coche. Dongjoo es un experto en diseño, contabilidad, especificaciones técnicas y cosas así, pero yo soy experto en personas. Ése es mi trabajo. Si alguien está mintiendo, me doy cuenta enseguida. Tendría que

haberme olido que se trataba de un camelo: ¿primero alguien mete la pata en la producción y luego también en la distribución? Estamos hablando de gente que nunca mete la pata. ¿Quién se queda con nuestro negocio cuando desertamos? Pues Jong-il, ¿quién va a ser!

—Todo el mundo mete la pata —dijo DJ—. También nosotros. ¿Qué me dices del tren motor de los Lexus? ¿O de lo del Mahjong Madness? ¿Se te ha olvidado la vez en que quemamos diez mil tarjetas de lotería?

—Total, que subimos al coche y ponemos rumbo a la frontera norte, igual que ahora —dijo Sun-ho—. «Más rápido», repetía Dongjoo una y otra vez. Pero aparte de eso, no me cuenta nada.

—Tenía demasiadas cosas en la cabeza —dijo DJ—. Mis padres, los trabajadores, sus familias... La idea de huir era un sueño extraño, posible e imposible al mismo tiempo. Sólo a medida que nos acercábamos a la frontera fue volviéndose real. Sólo entonces pensé en Sun-ho y en que no podía dejarlo atrás.

—Admite la verdad —dijo Sun-ho—. Lo que pensabas era: «Sun-ho conoce a los guardias de la frontera, la cruza todo el tiempo». Tú, en cambio, no la habías cruzado nunca.

—Pensaba que estaría muy feo que, después de tantos años de amistad, yo consiguiera la libertad y tú no.

—Nunca habías visto el mundo exterior. No conocías a nadie en China. No tenías ni puñetera idea de cómo era el mundo real. Tenías miedo.

—Sí, tenía miedo de que te mataran.

Durante un rato Sun-ho se limitó a conducir. Tan sólo se oían los globos entrechocando en el asiento trasero.

—Total, que no me informa de que vamos a desertar. ¿Te lo puedes creer? ¡No tenía ni idea de que me marchaba de casa para siempre! No me puedo despedir de nadie, no puedo ver a Sauce, ni oír su voz una última vez.

—¿Quién es Sauce? —preguntó Mina.

—¿Por qué no le cuentas a Mina lo que le dijiste al guardia de frontera? —dijo Sun-ho.

—Eso fue un error —admitió DJ—. No lo he negado nunca.

—Estamos en el puente —le contó Sun-ho a Mina—. Al otro lado está China. Yo cruzo la frontera una vez al mes para entregar billetes de lotería y firmar las remesas de vehículos. Me pongo a repartir cigarrillos, como de costumbre, cuando de pronto Dongjoo baja la ventanilla y dice: «No os vamos a ver nunca más», al guardia de frontera. «¿Qué?», responde éste, a lo que Dongjoo añade: «Y vais a morir aquí». El guardia se pone muy serio, y en cuanto se lleva la mano al cinto doy gas a fondo. Por eso no pude dejar a Dongjoo en China y repartir unos cuantos cigarrillos más a la vuelta.

—Lo dije en plan triste —protestó DJ—. Estaba pensando: «Nunca volveré a ver estas montañas, nunca volveré a ver Chongjin, nunca volveré a ver a mis padres». Y el guardia era un crío, no tendría ni diecinueve años. Dije exactamente lo que estaba pensando, que nos marchábamos y que todos morirían allí.

—¿Y qué pasó? —preguntó Mina.

—¿Que qué pasó? —le espetó Sun-ho—. ¡Pues que estamos atrapados en Corea del Sur! ¡Esto es lo que pasó!

Mina dio un respingo ante su indignación.

—Pero ¿fue una artimaña? ¿Qué pasó con vuestro negocio? ¿Se lo ha quedado Jong-il?

DJ miró por la ventanilla, hacia los barrios grises de tejados azules.

—No lo sabemos —dijo finalmente.

—Yo sí lo sé —dijo Sun-ho, y entre dientes añadió—: Vaya si lo sé.

El cielo estaba encapotado sobre el aparcamiento de la zona desmilitarizada, con unos nubarrones grises que avanzaban hacia el norte.

Sun-ho aparcó detrás de una fila de autocares turísticos. A duras penas, sacó del asiento trasero un montón de globos plateados impresos con diversas variantes de «Cumpleaños feliz». A pesar del frío, Sun-ho se quitó la chaqueta nueva y la ató a los globos.

—La última vez cometí el error de enviar los globos desde la frontera, donde están los guardias patrullando —dijo—. Esta chaqueta tiene un largo viaje por delante; un kilómetro extra no importará.

DJ vio cómo los globos se arremolinaban con el viento, intentando levantar su ligero cargamento. Había imaginado que, primero la hamburguesa y ahora la chaqueta, llegarían volando a un campesino, pero el viento soplaba hacia el norte, con una trayectoria que los llevaría por encima de Panmunjeom y Gaesong, rumbo a Pyongyang. En su imaginación, los globos volaban directamente hacia sus padres, en Potonggang, pero cuando se acercaban, cuando imaginaba a sus padres en el balcón con los brazos abiertos mirando hacia el sur, cuando la imagen a vista de pájaro era lo bastante cercana para verles las caras, la expresión, cómo habían envejecido..., no veía nada. Su imaginación simplemente se apagaba.

Mina señaló el extremo opuesto del aparcamiento.

—¿Qué está ocurriendo allí?

DJ se volvió para echar un vistazo. Donde se terminaba la fila de autocares había un grupo reunido alrededor de un puñado de globos enormes, de varios pisos de alto. Había también cámaras de televisión y un micrófono con pie.

—Apuesto a que será una de esas desertoras famosas —dijo Sun-ho—. Con grandes ojos y una historia tristísima, dispuesta a hacerse famosa contándole al mundo lo pobrecitos y lo patéticos que somos.

Pero cuando se acercaron vieron que el desertor era un hombre de la edad de DJ y la estatura de Sun-ho. Lucía un traje y una sonrisa radiantes, y llevaba una placa donde ponía «Seo». Dirigía a un grupo de personas que llenaban los globos con el gas de unas bombonas marrones y cargaban los cestos con miles de panfletos.

Seo se acercó a Sun-ho y le entregó un panfleto. Ponía «Kim Jong-un es un criminal de guerra», seguido de varias frases sacadas de un informe de la ONU.

—Tú también eres del Norte, se nota —dijo Seo—. Ven y ayúdanos a correr la voz.

Sun-ho le devolvió el panfleto.

—¿Qué crees que va a hacer la gente con esto? En el Norte hace frío. A menos que también les mandéis cerillas, estos papeles no servirán de nada.

—Te equivocas —dijo entonces Seo—. Tenemos que correr la voz.

—Ya saben que sufren, no necesitan que nadie les cuente que el Régimen es malo.

—¿Seguro que lo saben? —preguntó Seo—. Yo lo sospechaba en secreto, pero no tenía forma de saberlo. Tal vez si me hubiera caído en las manos un panfleto enviado desde el Sur por gente preocupada por nuestra situación... Por lo menos habría confirmado mis sospechas. Y a lo mejor habría actuado antes.

—Esto es una chaqueta —dijo Sun-ho—. Las chaquetas sí son útiles en invierno. Es ligera, de plumón. Y mira qué pone aquí: North Face. La marca North Face es la mejor. En este bolsillo hay unas barritas energéticas. —Sun-ho abrió un bolsillo, en el que había dos teléfonos Samsung—. Y también hay un mapa.

Metió la mano en otro bolsillo y sacó unos billetes de Sonrisa de la Fortuna.

—¿Y eso qué son? ¿Billetes de lotería? —preguntó Seo.

Sun-ho bajó la mirada, frustrado.

—El mapa está en el otro bolsillo —rectificó.

—Sin voluntad de ofender —dijo Seo—, pero ¿tu plan consiste en enviar a una gente que vive oprimida una chaqueta de diseño y una posibilidad remota de tener buena suerte? Lo que necesitan es la verdad.

—Yo no creo en la suerte —dijo Sun-ho—. Esos billetes son todos ganadores.

—¿Y eso cómo lo sabes?

Sun-ho apretó los dientes y no dijo nada.

—Kim Jong-un viola constantemente los derechos humanos —dijo Seo—. La ONU lo ha dicho oficialmente. Lo mejor que podemos hacer es mandarles noticias. Primero liberas la mente y luego viene el cuerpo.

—Gracias por el discursito filosófico —dijo Sun-ho—. ¿Por qué no hacemos un experimento teórico? Imaginemos que soltamos nuestros globos al mismo tiempo y que la gente del campo los ven acercarse. Un globo lleva panfletos; el otro, una chaqueta de plumón con los bolsillos llenos de teléfonos, comida y tarjetas de lotería con premio. Ahora imaginemos hacia cuál salen corriendo los campesinos.

—Ni de coña vas a lanzar tus globos con los míos.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo de la verdad?

—¿Qué día es hoy? —preguntó Seo.

—Trece de febrero —respondió Sun-ho.

—¿Y tú naciste en Corea del Norte?

Sun-ho le lanzó una mirada suspicaz.

—Sí.

—¿Quién nació el dieciséis de febrero?

Sun-ho hizo una mueca.

—Kim Jong-il —dijo.

—¿Y qué pone en tus globos?

Sun-ho ni siquiera tuvo el valor de decirlo.

—Yo trato de mandar un mensaje de verdad y solidaridad —siguió diciendo Seo—. Tú, en cambio, parecerá que mandes regalos y felicitaciones para el Querido Líder.

—Puede que algunos lo crean así —dijo Sun-ho, y acto seguido soltó la chaqueta, que se alejó volando hacia el norte. Entonces Sun-ho se acercó a Seo, tanto que éste sintió su aliento—. Y ahora podrías compartir un poco de verdad y solidaridad conmigo y decirme de dónde sacas esos globos tan grandes.

Dos noches más tarde, alguien llamó al móvil que Sun-ho le había dado a DJ. Éste se incorporó en su litera. Tan sólo se oían los ronquidos de los hombres, y por las ventanas de cristal reforzado entraba el tenue resplandor de la ciudad. DJ tuvo la inquietante sensación de haber despertado en el Norte. Por un momento sintió que más allá de las literas de hierro y la habitación de cemento estaban los esqueletos metálicos de fábricas abandonadas, y, más lejos aún, la calma gélida del mar del Este bajo la luz de la luna. En Chongjin, cuando despertaba así, a media noche, se tomaba un vaso de agua de arroz chamuscado mientras contemplaba por la ventana los campos cubiertos de coches en los que tenían que trabajar, coches que en su día habían pertenecido a personas cuyas vidas intentaba imaginar.

El teléfono le vibró en la mano. DJ se cubrió con la rasposa manta de lana y tocó la pantalla.

—Diga —susurró.

—Le habla el subinspector Kang, de la comisaría de Samseong. Hemos arrestado a un caballero que se niega a darnos su nombre. Este número es el único contacto que consta en su teléfono.

—¿Qué ha hecho?

—Aquí dice que lo han arrestado por obstaculizar el tráfico —dijo Kang—. Al parecer estaba gritándoles a los conductores por respetar los semáforos. Probablemente se trate de un incidente relacionado con el alcohol.

—Sí, le conozco —dijo DJ—. Voy enseguida.

La comisaría estaba en la línea verde, de modo que DJ tardó muy poco. Los agentes eran organizados y eficientes. Dejaron atrás una gran sala de detención y llegaron a un pasillo con una hilera de celdas individuales. Encontró a Sun-ho solo, tumbado sobre un banco metálico. Tenía los ojos abiertos. DJ se sentó en el suelo y los miró fijamente. En ellos vio una combinación de serenidad y cansancio que sugería que Sun-ho se había peleado con la policía, una mirada perdida que debía de haber llegado después de una rendición que había pasado largo rato evitando.

—¿Es verdad que has estado bebiendo, amigo mío?

Sun-ho negó con la cabeza.

—Vamos, te llevaré a casa.

—Prefiero pasar la noche aquí —dijo Sun-ho—. No me importa. Se está caliente y hay sitio de sobra.

—¿Aquí? ¿En el banco metálico de una celda?

—Tengo que pedirte algo —dijo Sun-ho—. ¿Me harías un favor?

—¿Qué tipo de favor?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? ¿Se te ha olvidado ya todo lo que he hecho yo por ti? ¿No te acuerdas de Najin? ¿Y qué me dices del camarada Seok? ¿Te has olvidado del envío del May Day?

—Yo también te salvé el pellejo muchas veces —dijo DJ—. Tu mal genio te acarreó muchos problemas.

—Ven a Gangnam mañana por la noche, ¿vale? Si vienes a una de mis reuniones, lo entenderás. Le encontrarás sentido a todo. Me alojo en el edificio más alto de Dosan-daero, cerca de Seolleung-ro. Nos encontraremos en la calle justo después de la puesta de sol.

Aquel asunto olía mal, pero DJ aceptó.

—Tú también tienes que hacer algo por mí —dijo—. Dale una oportunidad a este lugar. No es fácil acostumbrarse, ya lo sé, pero hoy he visto un autobús que paraba para recoger a una anciana. El bus tenía un sistema hidráulico o algo, y se arrodilló para que la mujer pudiera subir. Eso nunca pasaría en nuestro país. El Norte jamás construiría una máquina que se humillara ante las personas.

Pero Sun-ho no escuchaba.

—Y trae también a tu novia —dijo—. Un poco de música de acordeón nunca viene mal. Confía en mí, a las mujeres de Gangnam les va a encantar.

—No es mi novia —protestó DJ—. Tiene marido.

Sun-ho soltó un gruñido.

—*Tenía* marido. Todo lo que había en el Norte ya no existe. Y lo mismo vale para nosotros. Tus padres, de los que no puedes ni hablar, no existen. Todo lo que yo tenía, todo lo que yo era, ha dejado de existir. —Sun-ho se volvió hacia la pared—. Y ahora vete —dijo.

—No puedo dejarte en la cárcel.

—¿No? ¿Y por qué no?

—Porque tengo la sensación de estar abandonándote.

Sun-ho lo volvió a mirar, sonriendo por primera vez.

—Lo dices como si fuera algo malo.

La noche siguiente, DJ hizo lo que le había pedido. Cuando oscureció, él y Mina fueron hasta Apgujeong, en Gangnam. Allí, el edificio de la Shinsegae Corporation desprendía un brillo dorado y púrpura, y la fachada de la galería Luxury Hall estaba cubierta de un color cambiante. Algunas tiendas estaban cubiertas por una armadura metálica y había otras cuyas coloridas baldosas trepaban por las paredes y se desbordaban hasta la calle. En un escaparate vieron un oso de peluche rosa con diamantes en los ojos; en otro, unos *cupcakes* cubiertos con copos de oro. No tenían que ser de Corea del Norte para saber que muchas familias tiraban adelante o se hundían por menos de lo que algunos estaban dispuestos a pagar por una gorra hip-hopera con diamantes incrustados.

Mina se colgó el acordeón y, revelando una tendencia hacia el humor negro, tocó *Seguiré al Partido hasta el fin* mientras paseaban ante los escaparates.

En Dosan, cerca de Seolleung-ro, Sun-ho los llamó.

—Estoy aquí, amigos míos —les gritó.

Cuando se acercaban, Mina tocó un fragmento de *A ningún lugar sin ti*.

—¿Dónde se celebra esa reunión tan entretenida? —preguntó.

DJ se fijó en que Sun-ho llevaba una chaqueta North Face.

—¿No la enviaste al Norte?

Sun-ho sonrió.

—Era una que me sobraba —dijo.

DJ levantó la mirada y contempló la torre iluminada.

—¿Vives aquí?

Sun-ho se puso a su lado y admiró también el edificio.

—Es bonito, ¿verdad?

Sacó una tarjeta con la que abrió las puertas, cubiertas con espejo. En lugar de dirigirse hacia el ascensor, Sun-ho tomó la escalera de incendios; echaba la pierna mala escalón abajo, se agarraba a la barandilla con las dos manos y bajaba la pierna buena. DJ y Mina lo siguieron durante dos tramos de escalera, hasta que llegaron a un pasillo de hormigón que daba acceso a las diversas infraestructuras del edificio. Ahí estaban los paneles de distribución, las válvulas de los aspersores de incendios y un ascensor de servicio. Con su tarjeta, Sun-ho abrió un pequeño armario de mantenimiento que olía a envoltorios de comida rápida y a ropa sucia. Ocupando la mayor parte del armario había una silla de plástico enmohecida, encima de la cual descansaba una gran mochila negra. Había bolsas de plástico y de agua colgando del techo, y todavía quedaba sitio para un montón de cajas de cartón. De una de esas cajas Sun-ho sacó varios móviles que se guardó en el bolsillo.

—¿Qué es esto? —preguntó DJ—. ¿Una especie de almacén?

Sun-ho le enseñó dos correas de ventilador de coche sucias.

—Para el peso —dijo—, no hay nada más resistente que una correa de ventilador Toyota.

Mina examinó el armario en silencio.

—¿Vives aquí? —preguntó.

Sun-ho se colgó la mochila a la espalda. A continuación se volvió hacia DJ.

—Sólo tengo una silla, lo siento —dijo, y le dirigió una mirada inesperadamente seria—. Si quieres, puedo conseguirte otra. ¿Quieres que te consiga otra silla?

DJ no entendía la pregunta.

—Pero ¿faltan sillas en la reunión?

Sun-ho no respondió. Cogió la silla y cerró la puerta, pero antes de que terminara de cerrarse, DJ entrevió lo que había debajo de la silla: una jarra de agua medio llena de lo que parecía orina. Reflexionó acerca de la pregunta de Mina: ¿era posible que alguien viviera en un armario? ¿Podía alguien dormir de pie? Él y Mina intercambiaron una mirada.

Sun-ho se alejó por el pasillo con la silla bajo el brazo y pulsó el botón del ascensor de servicio.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo en este edificio? —preguntó DJ.

—Es una residencia muy exclusiva —dijo Sun-ho.

Las puertas del ascensor se abrieron y los tres entraron. Sun-ho pasó la tarjeta y pulsó el botón de la azotea. Unos discretos pitidos anunciaban los pisos a medida que la pantalla se iba iluminando.

—¿La reunión es en el tejado? —preguntó DJ.

Sun-ho le pasó la tarjeta de la puerta.

—Para que podáis salir del edificio —le dijo. La tarjeta llevaba un nombre y un número de apartamento.

Cuando llegaron, la azotea estaba oscura y soplaban un fuerte viento.

—No entiendo nada —dijo DJ.

—No hay ninguna reunión —dijo Mina.

—¿En serio crees que iría a una de esas sesiones de lavado de cerebro? —preguntó Sun-ho.

—¿Y qué me dices de las mujeres de Gangnam? —preguntó DJ—. ¿Tampoco existen?

—Nunca traicionaría a Sauce de esta forma.

DJ salió a la azotea. El alquitrán bajo sus pies estaba blando. Por el cielo pasaban jirones de nubes iluminados por el brillo del tráfico y de las tiendas. Detrás del muro cortina se alzaba la silueta de la ciudad, de color ámbar

centelleante. Y detrás de ésta, la franja negra del río Han.

A medida que sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad, DJ distinguió dos cilindros marrones; eran tanques de helio.

Inmediatamente, Sun-ho empezó a amarrar la silla de plástico a una tubería con un trozo de cuerda. A continuación ató una correa de ventilador a cada brazo y comenzó a llenar un globo enorme con helio de uno de los tanques.

Mina se volvió hacia DJ con mirada incrédula.

—¿No piensas impedirselo?

Era una buena pregunta.

—¿En serio vas a hacer esto? —preguntó DJ—. Suponiendo que no te mueras de frío o por la falta de oxígeno, o en el momento de aterrizar, ¿no crees que te matarán?

—A los traidores —dijo Sun-ho—, a éstos es a quienes matan. A los héroes no.

—No puede ser que creas eso. Matan a quien quieren.

—Vale, tienes razón —dijo Sun-ho—. Pero no debes preocuparte por mí.

Sun-ho le hizo un nudo al primer globo con un cordón trenzado y lo ató a una de las correas de ventilador. La silla se levantó, sujeta sólo por la cuerda, y quedó haciendo equilibrios sobre una de las patas de plástico. Sunho empezó a llenar otro globo; el gas siseaba, el globo se iba desplegando agitado por el viento.

—Sauce es mucho más joven que tú —dijo DJ, pero Sun-ho no respondió—. Apenas habéis hablado.

—¿Te sabes *Arirang*? —preguntó Sun-ho a Mina—. ¿Tocarías *Arirang* para mí?

Con una mirada entre el asombro y el desconcierto, Mina abrió la funda del acordeón y empezó a tocar los primeros acordes lentos, a los que siguieron las notas de aquella antigua melodía.

—Así, muy bien —dijo Sun-ho, atando otro globo—. Ya me dijo Dongjoo que tenías mucho talento. ¿Sabías que esta canción se remonta a la dinastía Joseon? Hace ya seiscientos años que nuestro pueblo la canta. ¿Te sabes la letra? ¿La cantarías para mí?

—*Arirang* —cantó Mina—. *Arirang, arariyó.*

Sun-ho hizo rodar el tanque y lo acercó a la silla para poder sentarse e inmovilizarla con su peso. Con la mochila en el regazo, empezó a llenar otro globo.

—Sé razonable —dijo DJ—. El padre de Sauce es miembro del Partido. Su hija únicamente se casará con otro miembro. No lo conseguirás jamás.

Sun-ho levantó la mirada desde la silla.

—¿No crees que es posible volver a empezar? —preguntó—. ¿Dónde está tu imaginación?

Entonces, para dar por zanjada la conversación, Sunho se puso a cantar con Mina, un dueto acompañado por el acordeón y por el silbido del helio. DJ echó un vistazo a los globos mientras se iban hinchando; giraban furiosos y tiraban de la silla en el aire turbulento.

Cuando hubo hinchado seis globos, la ingravidez de la silla resultaba casi visible. Sun-ho volvió aquellos ojos grandes y tristes hacia DJ.

—Mil *li* con cada zancada... —dijo. Era el principio de un eslogan propagandístico que se habían visto obligados a repetir un millar de veces.

—¿Por qué te marchas a oscuras? —preguntó DJ.

—Con luz, a oscuras... Da lo mismo —dijo Sun-ho.

DJ notó que le ardían los ojos.

—No, no da lo mismo —respondió—. No quiero que te marches. Eres lo único que tengo.

Sun-ho asintió en silencio.

—Plantéatelo de este modo: yo soy la parte del Norte que tú poseías, y tú eras la parte del Sur que yo poseía. Siempre será así. Siempre seremos un equipo.

DJ negó con la cabeza.

—No me puedo creer que vayas a hacer esto.

—Vamos —dijo Sun-ho—. Mil *li* con cada zancada...

DJ no dijo nada.

—Mil *li* con cada zancada...

Finalmente, DJ terminó la frase:

—Vuela el caballo alado Chollima.

Sun-ho esbozó una cálida sonrisa y deshizo el nudo que lo amarraba. Pero no se elevó flotando por el cielo: las patas de la silla traquetearon y, acto seguido, empezaron a arrastrarse por la azotea. La silla fue cogiendo velocidad, hasta que Sun-ho se estrelló contra el muro cortina. Los globos se agitaron violentamente.

DJ se acercó corriendo y puso las dos manos encima de la silla para detenerla.

—Te vas a matar —le advirtió—. ¿Cómo quieres llegar a Corea del Norte si ni siquiera puedes salir del tejado?

Sun-ho volvió a sonreír.

—Ha sido un fallo tonto, nada más —dijo—. Se me ha olvidado darte esto. —Agarró la mochila y se la tendió a DJ. Éste alargó la mano para cogerla, pero Sun-ho la retuvo un instante—. No te subas al ferri —le dijo con una mirada intensa—. Si sigues sus reglas, terminarás convirtiéndote en uno de ellos.

DJ cogió la pesada mochila y Sun-ho salió despedido hacia el cielo, girando incontrolablemente y oscilando hasta que desapareció.

DJ se dio cuenta de lo mucho que pesaba la mochila y oyó un tintineo metálico en su interior. No necesitaba mirar dentro para saber que estaba llena de convertidores catalíticos. Tenía los ojos fijos en el punto del cielo donde había desaparecido Sun-ho. Era imposible que éste consiguiera lo que se proponía; era imposible que retrocediera mil años volando. Aunque a lo mejor lo más parecido que podía uno encontrar a eso era Corea del Norte.

Mina dejó de tocar. Cerró el acordeón y se acercó a DJ, que seguía junto al muro.

Las nubes iban y venían por el cielo. Al cabo de un momento, ya no se parecía en nada al cielo en el que había desaparecido Sun-ho.

—Esto no pasaría nunca en el Norte —dijo Mina, y sacudió la cabeza con una mirada de asombro—. Allí todo está planificado. Lo tienen todo amañado. Esto, en cambio, ha sido... espontáneo e inesperado. Esto ha sido real.

DJ dejó vagar la mirada por aquel horizonte de edificios; miles de luces, millones. Los apartamentos oscuros seguían pareciéndole más razonables que los iluminados. Y no había ninguna luz que por sí sola pudiera guiarte.

—¿Tú nunca piensas en volver? —preguntó DJ.

Estaban uno al lado del otro, mirando hacia el norte.

—¿Volver? —repuso Mina, que negó con la cabeza—. Tengo la sensación de que acabo de llegar.

—Ya —dijo DJ—. Yo también.

AGRADECIMIENTOS

Deseo dar las gracias a la John Simon Guggenheim Memorial Foundation y a la Universidad de Stanford por su generoso apoyo. También estoy en deuda con la biblioteca Kalmanovitz de la Universidad de California, en San Francisco, donde escribí partes de este libro.

He tenido la suerte de poder contar con varios editores buenísimos: muchas gracias a Tyler Cabot y David Granger, de *Esquire*, por defender «Nirvana»; a Christopher Cox, de *Harper's Magazine*, por sus acertadas revisiones de «Datos interesantes»; a John Wood y Steven Albahari, de 21st Editions, por imprimir a mano y con mucho cariño «George Orwell fue amigo mío»; gracias también a Cheston Knapp y Michelle Wildgen, de *Tin House*, donde se publicaron inicialmente «Huracanes Anónimos», «Pradera Oscura» y «La sonrisa de la fortuna». «Huracanes Anónimos» se reeditó en *The Best American Short Stories*. «Nirvana» se reeditó en *The Best American Nonrequired Reading*.

Este libro no podría haber tenido mejor editor que David Ebershoff, y Warren Frazier es el príncipe de los agentes literarios. He recibido el apoyo inestimable de la Facultad de Letras de Stanford, y en particular de Eavan Boland, Elizabeth Tallent y Tobias Wolff. Gracias también a Gavin Jones. Mi agradecimiento asimismo a Ed Schwarzschild, Todd Pierce, Neil Connelly, Scott Hutchins, Skip Horack y Russ Franklin, que leyeron diversas versiones de estos relatos y me ofrecieron sus sabios consejos.

Muchas gracias a la doctora Patricia Johnson, al doctor James Harrell y al honorable Gayle Harrell. Phil Knight es mi fuente de sabiduría e inspiración. Stephanie es mi estrella polar, mis Pléyades, mi Hōkūle‘a y mi Cruz del Sur. Mi eterno agradecimiento a Jupiter, a James Geronimo y a Justice Everlasting.

Notas

* «Abuela» en cajún. (*N. del t.*)

* Práctica de los nativos americanos en el campo de batalla consistente en contar cuántos enemigos derriba cada guerrero. (*N. del t.*)

 Seix Barral



Adam Johnson

George Orwell

fue amigo mío

